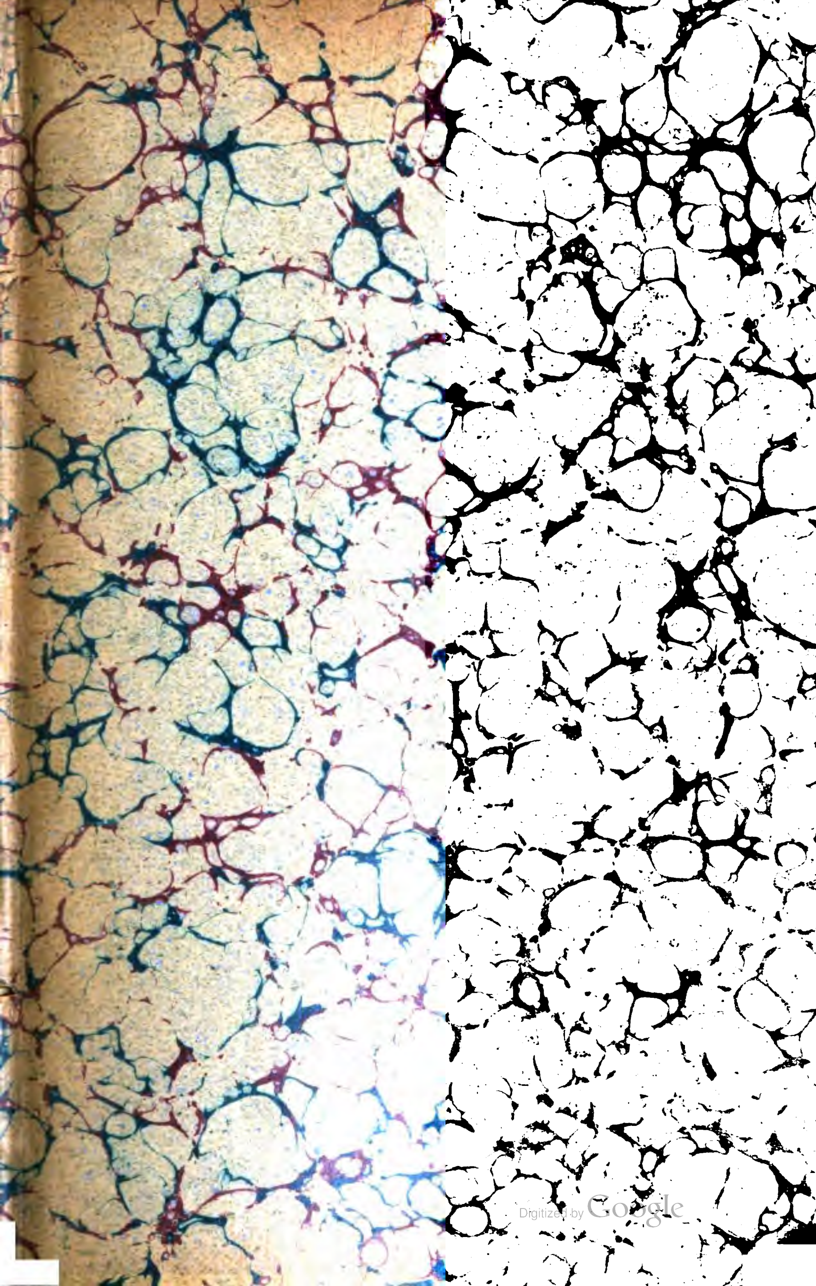
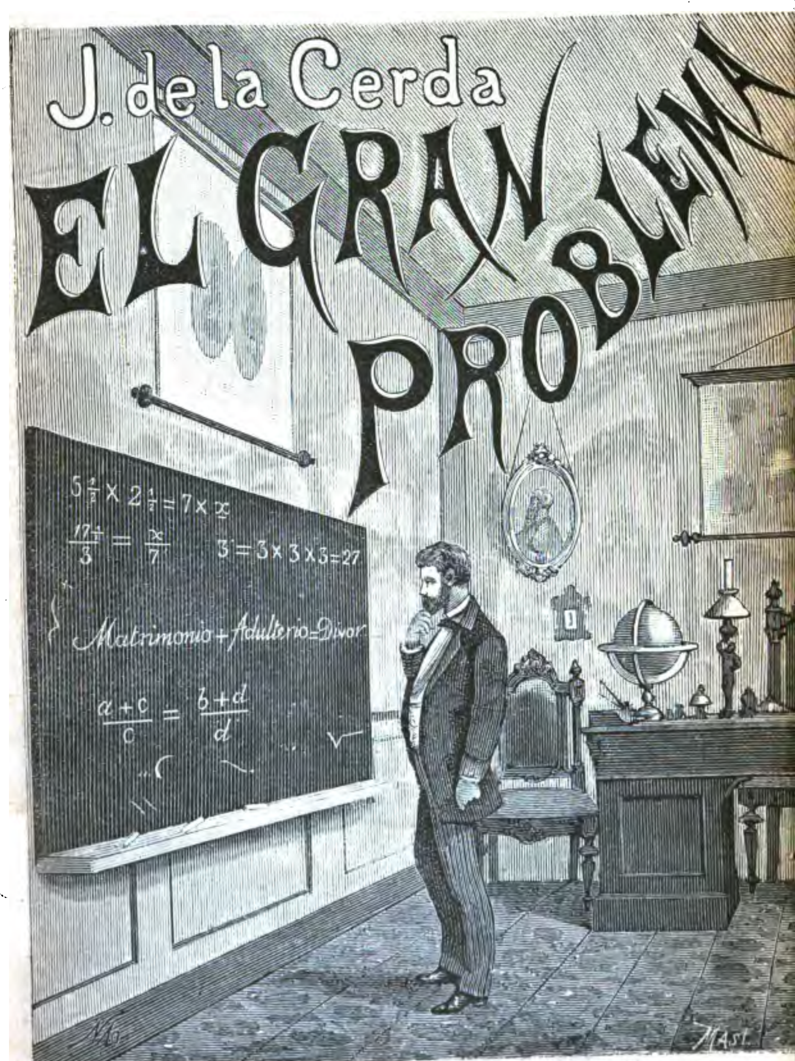


Span
5681
1.31



EL GRAN PROBLEMA


J. de la Cerda
EL GRAN PROBLEMA
Matrimonio + Adulterio = Divor
MAS.

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL.»

EL GRAN PROBLEMA

NOVELA ORIGINAL

por

D. JUAN DE LA CERDA



MADRID
EL COSMOS EDITORIAL
Montera, núm. 21

1884

Madrid: 1884.—Imprenta de A. Pérez: Flor Baja, 22.

A MONINA.

Te dedico mi primera novela, que sería una obra maestra si mi torpe ingenio hubiera podido retratarte con fidelidad.

Buena ó mala, valga como testimonio de mi respeto y de mi sincero cariño.

MADRID 3 de Junio de 1884.

EL AUTOR.

EL GRAN PROBLEMA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Beatriz Aracil de Loarre á Margarita de Irrueca.

«VALLADOLID 12 de Diciembre de 187....

»¿Conque te casas?.... No puedes imaginar toda la alegría que me causó tu carta, lacónica como de muchacha en vísperas de unirse para siempre al hombre amado. Y mi gozo es mayor aún, porque con placer te veo por fin abjurar de aquellas extravagantes ideas, que casi enfriaron nuestra amistad cuando hace cuatro años ya tratabas de disuadirme de mi matrimonio con Rafael, antítesis del tipo de marido que tú considerabas único capaz de realizar la dicha de una mujer; puesto que el elegido por ti, según mis noticias, es un joven como tú, y no

un viejo con muchos millones. ¡Este era tu ideal! ¿Te acuerdas? Á ser la misma Margarita de hace algún tiempo, creo que me hubiera visto en gran aprieto para enviarte mi regalo de boda, porque la riqueza de cariño (único valor que representa la modesta caja para guantes que te envío), no te hubiera servido para nada. Pero por tu carta veo que ya crees en *algo* que no es puramente material, pues amas al hombre por sí mismo, y nada temo: mejor podemos entendernos ahora, que cuando juntas nos educábamos en Chamartín de la Rosa. Ya no considerarás absurda mi pasión por un marido, sin más patrimonio que su talento y su laboriosidad, ni más medios para hacerme dichosa que una modesta renta y un cariño espléndido; ya no te parecerá fastidiosamente ridículo que renuncie á divertirme lejos de mi pequeño Rafaelín, á quien constantemente hago falta. En una palabra: ya empiezas á comprender que, si es posible vivir felices en la tierra, la felicidad no existe fuera del hogar para las mujeres bien organizadas como tú y como yo.—

Débiles por naturaleza, necesitando apoyo y protección, dependemos fatalmente del ser que Dios creó para amarnos y protegernos. Pero como en el mundo todo está compensado, tenemos una ventaja sobre él: nosotras vemos retratarse el cielo en las primeras sonrisas de los hijos, y los hombres no pueden verle hasta después de morir como cristianos. No pienses que exagero: hay cosas que no pueden explicarse por medio del lenguaje, y una de ellas es lo que se adora al niño, fruto del amor: al ser que se formó en nuestro seno; á quien nutrió nuestra propia sangre; que al nacer nos tiende sus manecitas por instinto, y nos ama después por gratitud. Cuando tengas el primer hijo, Margarita, podrás comprenderme: entre tanto, suspende tu juicio.

»Abraza á tu madre, y recibe la más cumplida enhorabuena de tu amiga, que te quiere como una hermana,—Beatriz.»

Margarita de Irrueca á Beatriz Araeil de Learre.

«MADRID 19 de Diciembre de 187....

»No puede decirse de este agua no beberé, mi querida Beatriz, y siguiendo tu consejo, suspendo mi juicio. Tal vez ahora, como entonces (cuando te enfadabas al oirme decir que el amor era más temible que la viruela), tienes razón. Pero yo no la veo.

»Mi criterio sobre el matrimonio no ha variado: opino de igual modo que cuando decía, tratando de disuadirte de tu casamiento, que el marido perfecto era un viejo con muchos años, y un millón por cada uno de ellos.

»Soy mujer y joven; á mi edad no cabe la sordidez del egoismo; no niego, pues, la existencia de las pasiones, con su cuenta y razón, se entiende. Te aseguro que quiero á Carlos mucho más de lo que me creía capaz de querer; pero no por esto abjuré de mis principios.

»Tú rechazaste un nombre ilustre y una posición brillantísima, que con su mano te ofrecía

tu tío el duque de Campo Redondo, para casarte con un médico, excelente muchacho, pero sin más atractivos que su juventud y su amor. Duquesa y rica, hubieras obtenido infinitamente mas ventura, á mi juicio, que esposa de un discípulo de Galeno, muy enamorado, pero pobre, y sin esperanzas de ser rico. ¡Aseguras que en tu hogar no falta nada para que seas feliz!.... ¿Me perdonarás que te crea más resignada que dichosa?....

»Yo no me encuentro en tu caso. Es verdad que mi novio no es viejo, y ha logrado interesarme como nadie lo consiguió; pero á su edad proporcionada á la mía, reune un nombre ilustre y una fortuna brillante. Es decir, no tiene ningún defecto para mí; sobrepuja al ideal. Pero si, como á ti Rafael Loarre, Carlos Montaral me ofreciera su amor.... y nada más, enamorada y todo, no me casaría con él, segura de que con mi repulsa le daba la mayor prueba de cariño: no consentir en nuestra mutua desgracia.

»El *contigo pan y cebolla* pasó de moda, murió con nuestros románticos abuelos, y hoy se

dice con más razón : *que cuando el dinero no entra por la puerta, sale el amor por la ventana.*

»No te niego que es sublime la vida patriarcal del hogar doméstico...., bien descrita por un buen novelista ; pero hoy, créeme, pertenece á la historia.

»Tampoco comprendo, como supones, que un hijo impida divertirse.

»Cuando hay excelentes institutrices que se dedican á estudiar la manera de dirigir la educación de los niños pequeños, es hasta contraproducente que una madre pretenda sustituirlas sin más elementos que el amor maternal. Y habiendo magníficos colegios en donde económicamente aprenden, cuando mayores, lo que nosotras no sabríamos enseñarles, es un sacrificio inútil renunciar al mundo con sus pompas y vanidades al casarnos, cuando entonces la vida nos sonríe, y sus delicias aparecen á nuestros ojos más accesibles que siendo solteras.

»No sólo creo yo que una mujer puede vivir en sociedad, después de casada, sin faltar al más pequeño de los deberes impuestos por su estado,

sino que me parece su virtud aún más meritoria en medio del mundo lleno de tentaciones que encerrada entre las cuatro paredes de su casa, sin más ocupación que cuidar á su marido y á los chiquillos, convertida en ama de llaves con el título de esposa.

»Cuando la nodriza, que por su robustez, y por otras mil propiedades, es superior á la madre débil como solemos ser las mujeres nacidas en altas esferas, representa un gasto imposible ó muy difícil de hacer, es justo el sacrificio por el hijo y el esposo, aunque cueste perder la juventud y la belleza.

»Cuando por falta de recursos no se puede sostener una persona á propósito para cuidar al niño mientras alcance la edad de llevarle al colegio, claro es que no se le va á dejar criarse como un salvaje.

»Pero no siendo así, ¿á qué sufrir sin necesidad?....

»He ahí el *por qué* de mi opinión sobre el prototipo de marido.... He ahí el *por qué* de haber criticado yo tu matrimonio con un hombre po-

bre.... He ahí *por qué* me impuse el precepto de no casarme como no fuera para mejorar de suerte.... Yo, haciendo la vida que tú haces, sería infeliz; y como la desgracia que nos proporcionamos es mucho más dolorosa que la que se nos viene encima sin saber cómo, hubiera preferido permanecer soltera, mejor que ser una esposa muy enamorada pero mártir.

»Afortunadamente, con mejor suerte que tú, voy á reunirlo todo. ¡El porvenir es mío!....

»Soy *práctica*, gracias á los buenos consejos de mi madre, pero no *interesada;* por consiguiente, tu regalo *humilde* tiene para mí tanto ó más valor que otros riquísimos de personas no tan queridas como tú. Te lo agradezco, pues, con el alma, y lo haré figurar el primero.

»Por cierto, que me gustaría poder enseñarte mi canastilla. Carlos ha sido espléndido: me hizo ya los presentes de ordenanza, y llaman la atención. Son dignos de un rey.

»Mamá, ha hecho la pobre un esfuerzo, y me ha equipado con decoro.... ¡Es tan buena, y me caso tan á su gusto!....

»El lunes, es decir, dentro de ocho días, se celebrará la boda, y desde la iglesia iremos á la estación.

»Carlos exige que me ocupe exclusivamente de él unos cuantos meses. Los emplearemos en recorrer Italia, y, por lo tanto, hasta el verano próximo no oirás hablar de la marquesa de Valdegarcén. En Biarritz pasaremos Julio, Agosto y parte de Setiembre; volveremos á Madrid para esa época, y entonces espero que me harás una visita, para tener ocasión de conocer á tu pequeño y su hermanito, que, según me dijiste no ha mucho, esperas á fines de Mayo.

»He oído contar de no sé qué filósofo griego ó romano, que para demostrar el movimiento, echó á correr.... Te quiero probar que la felicidad verdadera consiste en lo que yo creo, y he de conseguirlo con hechos, no con frases huecas como lo haces tú.

»No te quejarás ahora de mi laconismo. Mi carta es interminable, por estilo de las que me escribía Carlos cuando estaba en la guerra.

»Te envía un millón de besos tu,—MARGARITA.»

De Beatriz Aracil á Margarita de Irrueca.

«VALLADOLID 31 de Diciembre de 187....

»Hace dos días recibí tu carta, y no he tenido tiempo de escribirte, porque mi niño ha estado enfermo, y cuando él sufre, no sé yo pensar más que en su dolor.

»Hoy ya juega alegre como un gatito joven, y la calma vuelve á reinar en mi espíritu: aunque poco, algo puedo decir en contestación á tus teorías sobre el matrimonio.... ¿Te enfadarás? Es probable; pero no puedo contenerme. La madre y la esposa se sublevan al oir que *blasfemas*.... porque eres *práctica*.....

»¡Me das lástima, Margarita!.... ¡Y me causarían horror tus palabras, si no te hiciera la justicia de creer que no sabes lo que te dices!....

»Porque te quiero, ruego al cielo que te ilumine y evite que, siendo infeliz, labres la desventura de un hombre.

»Como no podriamos entendernos nunca, concluyo. Tuya,—BEATRIZ.»

De Margarita de Irrueca á Beatriz Aracil.

«MADRID 4 de Enero de 187....

»Son las dos de la tarde. Á las cuatro me caso, y á las ocho salgo para Francia.

»No contesto á tu carta, porque ni tengo lugar, ni, aunque le tuviera, lo haría. Los hechos serán quienes te saquen de tu error.

»Repito lo dicho. Te espero el día 1.° de Octubre.

»Es felicísima y seguirá siéndolo, á pesar de tus pronósticos, tu—MARGARITA.»

CAPÍTULO II.

Carlos de Montaral era lo que se llama un buen mozo, y las circunstancias todas que le rodeaban eran tales, que con razón podía llamársele un hombre feliz.

Los frescos colores de sus mejillas, naturalmente morenas; su andar resuelto; la viveza de sus ojos negros y brillantes; su cabello oscuro, abundoso y reluciente, revelaban la salud perfecta de aquel cuerpo hercúleo sin grosería, alto sin desproporción y elegante sin afeminamiento.

¡En su frente, ancha y tersa, no había una arruga; en su franca mirada no se descubría un destello de tristeza; en su semblante se leía la felicidad!....

Huérfano desde la cuna (pues perdió á su padre antes de venir al mundo, y su madre al

darlo á luz voló á reunirse con el esposo inolvidable, á todas horas llorado), no por esto sufrió las pesadumbres propias del hombre que no tiene familia.

En D. José Pallás, íntimo amigo del difunto marqués de Valdegarcén, y lejano pariente de la mujer que por dársela á él perdió la vida, halló Carlos un tutor probo y un padre cariñoso. Doña Micaela Pérez le amó como á un hijo, y Ramona (hija única de D. José y doña Micaela) compartió con él los juegos infantiles, primero, y la ternura de los seres á quienes la naturaleza hizo hermanos, más adelante. Lleno de salud; querido por los que para él constituyeron la verdadera familia; amante correspondido por la mujer á quien entero diera su corazón; dueño de un nombre ilustre y poseedor de una pingüe fortuna, todo sonreía en derredor del joven marqués de Valdegarcén el día 4 de Enero de 187....

Despertó aquella mañana después de un sueño en que le conmovieron difusas imágenes creadas por su imaginación vivísima, excitada por el amor. Dormido, había soñado lo que soña

ba despierto; es decir, que junto á Margarita recorría el camino de la vida, sembrado de flores por doquier, á la luz de un sol esplendoroso, y sin más norte que la propia ventura, reflejo de la dicha de su idolatrada compañera. Luego que se despabilaron sus sentidos, miró el reloj que colgaba á la cabecera de su lecho, encerrado en una caprichosa cajita imitando un chalet suizo, y tirando del cordón de la campanilla, murmuró, mientras comenzaba á vestirse:

—¡Las nueve!.... He dormido poco.... ¡y sin embargo, desperté antes que de costumbre!.... ¡Amor, amor; bien sujeto tienes á tu esclavo!.... ¡Y yo, que afirmaba hace dos años que no había nacido aún la mujer capaz de inspirármelo tal cual le comprendía!.... La verdad es que para conseguirlo fué preciso que Dios se propusiera darme un mentís, y se desprendiese del más querido de sus ángeles, de Margarita.... porque, como ella, pocos ha de haber en el cielo....

Aquí llegaba Carlos de su monólogo, y abrochándose el caprichoso batín, salía de la alcoba, cuando, abriéndose la puerta poco á poco, dió

paso á una cabeza cubierta de cabellos casi blancos, crespos y ensortijados, como las lanas de un vellón merino.

—Pasa, Lorenzo,—dijo Carlos con tono afectuoso, dirigiéndose al hombre que acababa de asomarse.

—Pensé que dormías aún.... y por eso abrí con cuidado,—repuso el llamado Lorenzo, penetrando en la estancia.

—No; hoy me desperté solo y temprano. Alguna vez habías de oir la campanilla de mi cuarto antes de venir á despertarme.

—¡Ay, hijo mío! Quiera Dios que en adelante duermas con esa tranquilidad que me encantaba. Te declaro más valiente que yo. Cuando en la batalla de Mendigorría saqué á tu padre herido de entre las garras de los carlistas, caían las balas como el granizo en tronada de primavera; y, créeme, el peligro de mi amo (Q. E. P. D.), me daba pena, pero no miedo. Hoy, sin estar en la guerra, cuando el riesgo porque temo alegra tu cara, en vez de darle el tinte de la muerte que tenía la de mi capitán al cargarle sobre

mis hombros aquel día inolvidable, ¡tiemblo de miedo y tengo pena!.... Hay casos en que un balazo vale más que un matrimonio.

—¿Sabes, viejo mío, que te pones inaguantable con tus filosofías de solterón empedernido?

—¿Y sabes tú, Carlitos de mi alma, lo que te juegas?

—Si á esto llamas juego, soy jugador de ventaja.

—Ó no. ¡Quién sabe!.... ¡En fin, sea lo que Dios quiera!.... Te empeñaste, y te sales con la tuya. ¡Ojalá seas tan feliz como esperas!

—Bueno: perfectamente. Hablemos de otra cosa.

—Sea.

—¿Dispusiste mi equipaje? Con ese azoramiento que tienes, ¿no habrás olvidado nada?

—Todo está corriente. Jacobo y yo concluímos ayer de arreglarlo, y aquí tienes las llaves de las maletas,—dijo el viejo Lorenzo, entregando á Carlos un manojito de ellas.

—¡Bravo, veterano....!—exclamó éste, po-

niéndole una mano sobre el hombro, mientras con la otra tomaba el llavero.

—Dichoso tú, que sabes separarte de nosotros tan alegre.

—¿Acaso sería natural que llorase? Me caso con la mujer que más quiero en el mundo....

—¡Pero no con la que más te quiere!—interrumpió el viejo.

—¿Sabes de alguna infeliz criatura que se muere por mí?—exclamó el joven, con tono de cómica curiosidad.

—¡Tal vez!....

—¿Y no puedes revelarme su nombre?—añadió con igual acento.

—Vaya, déjate de bromas, y no preguntes más,—repuso enfadado Lorenzo.

—¿Se puede pasar....?—dijo detrás de la puerta una voz de mujer, delgada, y argentina como un chorro de piezas de á duro al caer sobre una losa de mármol.

—Adelante,—exclamó Carlos.

Y una criatura, que difícilmente se puede describir, penetró en la estancia.

Pequeña de cuerpo, con los cabellos rubios como el oro viejo, y la tez blanca y pálida como el marfil nuevo, Monina parecía el modelo que sirvió para hacer esas figuritas de porcelana de Sevres, artísticamente bellas, á cuya vista no puede menos de exclamarse: *¡qué cosa tan mona!* En sus ojos azules, grandes, diáfanos como el cielo de una tarde del estío, se veía reflejada un alma pura y candorosa, y en la dulce expresión de su correcto semblante, no faltaba un detalle para que pudiera decirse con razón que tenía cara de buena.

Formando un diminutivo de las dos últimas sílabas de su nombre, Ramona, llamábanla todos *Monina*....; y en verdad que el nombre le cuadraba perfectamente.

—Oí hablar á mi viejecito, y suponiendo que estabas levantado ya, vine á devolverte por primera y última vez tu visita cotidiana,. Carlos: ¿estorbo?—dijo dirigiéndose al joven, mientras él . besaba en la frente.

—¿Puede estorbarme mi hermana alguna vez? ,res injusta, Monina,—repuso con cariño Carlos.

—¡No te enfades; lo dije por broma! Pero, ¿de qué hablabais, que Lorenzo regañaba cuando pasé?

—¡Oh!: de cosas muy graves. Figúrate: me decía que hay una mujer enamoradísima de mí; una criatura ideal, que se muere de pena porque me caso.

—¡Qué cosas tienes, Lorenzo!....—dijo la joven poniéndose encarnada, y sin poder contener su exclamación.

—¡Acaso tú también!.....

—Yo nada sé, Carlos; pero me figuro que si, en efecto, hay una mujer que te ama, si tú no la quieres á ella.... es como si no existiera tal sentimiento. El amor y el dinero, dice un refrán que no pueden estar ocultos; de modo que si tú la conocieras, sabrías que te amaba; eres bueno, no te burlarías de ella.... y Lorenzo no se enfadaría. ¿Tienes ya arregladas todas tus cosas? Si quieres, te ayudaré. Como te nos vas (añadió con mimosería), vine con el propósito de acompañarte un rato; pero no quiero servirte de estorbo. Anda, ocúpate en lo que tengas que hacer.

—En primer lugar, conste que me voy ; pero no os dejo. Os llevaré en mi alma.

—Más fácil será que te lleves las nuestras, que no pretender llevarnos en la tuya.... ciego como estás,—objetó Lorenzo.

—¿De modo que supones que nos olvidará?—dijo Monina.

Y dirigiéndose á Carlos, añadió con tono de cariñoso reproche :

—¿Qué te parece?

—Me parece que nuestro viejecito, como tú dices, ha pisado hoy alguna mala hierba.

—Vuestro viejecito, como dice Monina con mucha razón, porque soy vuestro en cuerpo y alma, porque os quiero como si fuerais hijos míos; *vuestro* viejecito, repito, está de mal humor, porque se crispa al ver ciertas cosas.

—¿Y cuáles son esas cosas?—preguntó Carlos con acento zumbón, gozoso, haciendo enfadarse al pobre viejo.

—Lo primero tu ceguera, y luego....

—Que te vas (interrumpió Monina con viveza), y no podrá, por lo tanto, verte; él, que en

veinticinco años que tienes, te vió diariamente, siendo objeto de tus caricias. Pero me quedo yo....

—Y te amaré por él y por mí,—añadió Lorenzo con fuego.

Un criado penetró en la estancia, diciendo á Carlos que D. José Pallás deseaba hablarle. Salió el joven, y no bien hubo cerrado la puerta detrás de sí, Monina, dejando de dominar su emoción al verse sola con el viejo servidor del padre de su hermano adoptivo, dijo con acento en que el dolor y la gratitud se mezclaban por partes iguales:

—Lorenzo, has estado á punto de cometer una imprudencia, que jamás te hubiera perdonado.

—¡Tienes razón, hija mía! Dispénsame si falté á la promesa que te hice cuando me confiaste tus penas. Él va á ser infeliz probablemente, porque esa mujer no es capaz de lo que tú hubieras hecho. Comprender lo que Carlos vale. ¡Tú!....

—¡Yo me gozaré en su ventura!.... Con eso me contento. Dios no lo quiso, cúmplase su voluntad.

Bajó Monina la vista, y túvola fija en el suelo unos segundos: al levantarla, enjugó una lágrima, hizo un esfuerzo, se repuso, y tomando una mano del veterano que la miraba, moviendo la cabeza de arriba abajo, con el disgusto que sentía pintado en el rostro, le dijo:

—Carlos ama á otra mujer: si le dijeras lo que á ti solo confié el día que perdí toda esperanza de ventura.... conseguirías que sufriera, porque me quiere como á una hermana.... ¡Y yo nó podría ser para él como hasta hoy!.... Si es feliz, bendeciré á Dios, porque le dió la dicha. Si es desgraciado.... le rogaré que ponga á mi alcance el medio de mitigar sus penas. ¡Te ruego que seas prudente, y sepas callar, Lorenzo!....

El viejo no replicó. Salió del cuarto la joven, y cuando Carlos volvió á poco, Lorenzo cepillaba furiosamente una prenda de vestir, y al verle entrar, murmuró:

—¡Es un chico de talento.... y, sin embargo, tiene ojos y no ve!....

CAPÍTULO III.

La observación del veterano era exacta; pero, si bien se mira, pecaba de injusta : amar y discurrir, son dos palabras que determinan ideas antitéticas. El amor de un hombre de veinticinco años; el día en que va á jugarse su porvenir entero, uniéndose con una mujer que ocultó sus defectos debajo de su cariño ó detrás del interés de aparecer perfecta á los ojos del futuro marido, es un sentimiento que excluye el raciocinio. Á no ser así, la inmensa mayoría de los matrimonios no se llevarían á efecto.

En el alma, como en la materia, la exagerada actividad de ciertas funciones determina un estado patológico : si el espíritu se sobrexcita por un sentimiento, determina calentura , como se pone febril el cuerpo cuando la combustión normal se aumenta por cualquier causa.

La fiebre de amor, pues, si bien se mira, reviste todos los caracteres de una enfermedad corporal. Invade el organismo, aumenta hasta subyugarlo todo, disminuye y desaparece luego de la manera más completa, ó se convierte en dolencia crónica, compatible con las funciones vitales, en cuyo caso es tan duradera como la vida misma, si un agente muy poderoso no causa la radical curación. Cuando esto último sucede, semejante á ciertas enfermedades contagiosas que sólo una vez atacan al mismo individuo, no es de temer que de nuevo no nos invada: atrófiase el órgano en que se asentó, y una vez encallecidas las cicatrices que produjo la extirpación.... ¡tal vez se alcanza el estado perfecto!....

Hacía año y medio que Carlos conoció á Margarita en casa de su tía la marquesa de Pedralera. Fué presentado á ella, y cuando abandonó el suntuoso palacio en que se celebró el baile, sintió por primera vez en su vida esa ansiedad sin causa claramente determinada, síntoma primero de la simpatía que ha de trocarse en amor más adelante.

La joven, á su vez, pensaba, al acostarse, en las galanterías que habían halagado sus oídos por espacio de muchas horas, y entre todas, las que profirieron los labios del joven marqués de Valdegarcén resaltaban con más brillantez y más encanto.

Uno y otra frecuentaban la más alta sociedad, y, por consiguiente, ni escasearon en adelante ocasiones en que pudieran encontrarse sus miradas, ni faltaron lugares y motivos á propósito para esgrimir los dos las armas que la coquetería y el amor propio ponen en los ojos y en los labios de los jóvenes en esa edad en que el amor existe latente en las almas.

Poco á poco llegó el juego á convertirse en lucha, embotáronse las inteligencias, sobrevinieron las escenas tragi-cómicas, y, por mutuo convenio, se habló claro; transigióse, se formalizó el trato, y el mundo declaró á la enamorada pareja pintiparada para recorrer el camino que conduce á la felicidad suprema, única verdadera que se forma y se vigoriza al calor del hogar, entre ruído de besos y sonrisas de ángeles.

Para una mujer cualquiera, Carlos era el prototipo del hombre: hermoso, ilustre é inmensamente rico; apasionado, sin tener una mancha en su alegre vida de soltero, ni ser esclavo de ninguno de esos vicios que tan sólo lo son cuando avasallan.

Margarita hubiera sido una excelente muchacha, sin ciertos defectos de educación, patrimonio de una inmensa mayoría de mujeres, más ignorantes que malas, y que, aun sabiendo menos, si discurrieran más, serían del todo buenas.

Pero el que la eligió por compañera no era capaz de apreciar aquellos puntos negros, porque en el período álgido de la fiebre de amor no hay un solo hombre capaz de no atribuir al objeto amado el máximum de perfectibilidad posible en la tierra; y aun puede afirmarse que, á sangre fría, no hubiese juzgado con perfecto discernimiento.

El juicio que se puede formar de una mujer á quien se ve constantemente influída por el afán de agradar, con quien no es posible discutir sobre nada profundo, porque lo fundamental



lo aprendió sin pensar en ello, y nadie se ocupó de hacer que se procurase una razón lógica en que basar la idea, sería aventurado en un hombre muy conocedor de las mujeres, y fuera de seguro falso en quien, como Carlos Montaral, las juzgó en el Casino con gran falta de caridad, olvidando que una le dió el ser, y sin más razón que el instinto, se enamoró de la primera que supo herir la parte vulnerable de su carácter: el amor propio.

Dotada de una imaginación ardiente hasta el exceso, hablaba con gracia chispeante, reunía á su genio alegre una figura simpática á primera vista, sin que, desmenuzadas sus facciones, pudiera hallarse una sola del todo perfecta, y por todo esto Margarita figuraba entre las mujeres más bellas, y aun las sobrepujaba, tratándose de volver locos á los que componían la pléyade de adoradores que en paseos, salones y teatros giraba á su alrededor, como si fueran satélites de un astro de gran magnitud.

Pero entre todos ellos, ni uno solo podía echarle en cara una señal de desagrado al oirle

murmurar apasionadas frases, ni menos aún jactarse de no haber merecido una de aquellas carcajadas tan suyas con que solía helar una calurosa declaración de amor en los labios de los que se atrevieron á dar carácter formal á sus pretensiones.

Carlos fué el único que consiguió fijarla algún tanto primero, y él solo llegó á la envidiada meta después, cuando monopolizó la conversación y el baile con ella: cuando llegó á interesarla como se interesa á una mujer amante en fin.

—La conozco como á mí mismo. Me ama con frenesí. Es dócil como la cera, y por eso he trocado su carácter frívolo por otro modo de ser, que constituye mi dicha.

He aquí la opinión de un hombre enamorado, que en doce meses de conversar íntimamente con la mujer destinada á ser su compañera, no supo más que decir *te adoro* en todos los tonos; redujo su autoridad á exigir ridiculeces, alardeando un dominio denigrante: limitó las pruebas del cariño á las del celoso impertinente, y sin saber él mismo adónde iba, esperaba con impaciencia

el día de embarcarse, sin brújula ni conocimientos náuticos, en un bajel con velas de fina holanda, y con timón de carcomida madera, para dirigirle con enérgica mano á través del proceloso mar de la vida....

Cuando, un cuarto de hora antes de la fijada para la ceremonia, llegó Carlos á la puerta de la parroquia *** en compañía de Monina y los padres de ésta, junto á la que da sobre la calle de *** esperaban varios amigos. Saludáronle, dejáronles pasar, y les siguieron á lo largo del claustro que conduce á la sacristía. Al penetrar en ella, dijo en voz baja uno descubriéndose:

—¡Mira que es mucho hombre! ¡Se va á casar, y está tan fresco, como si fuera á tomar una trinchera!.... ¡Eso es valor!....

—Sí; el valor de la ignorancia,—repuso el interpelado.

Quien tal dijo, capaz de ser valiente como Carlos Montaral, por joven y por iluso, se proponía tan sólo hacer gracia con un chiste.... ¡Y, sin embargo, se trataba efectivamente del valor de la ignorancia!....

La tranquilidad de aquel hombre, su alegría, procedían de la irreflexión; de otro modo, pensando que al pronunciar aquel solemne *sí* iba á unirse *para siempre* á la suerte de otra criatura, de tal manera, que sólo muriendo el uno sería libre el otro, ni tranquilidad ni alegría hubieran podido ser perfectas.

Á no estar loco, ¿podría alguien conservar el ánimo sereno, no sabiendo de cierto si va á comprometerse, á realizar una futesa, ó á remover el mundo con una palanca sin punto de apoyo?....

CAPÍTULO IV.

El sol calentaba apenas, próximo á hundirse en su ocaso. El cielo sin una nube, y el viento frío que hacía ya dos meses tomó carta de naturaleza en la corte, presagiaban una noche de esas tan peculiares de la coronada villa durante los meses del invierno, que aviva con su tenue pero helado soplo el hogar de los ricos, al paso que la desesperación en el ánimo de los pobres, sin más calor posible que el de su cuerpo empobrecido por el hambre.

La sacristía y la capilla reservada de la parroquia de *** ofrecían inusitado aspecto; multitud de cirios reflejaban en los viejos dorados de cuadros y retablos sus rojizos resplandores; un enorme brasero exhalaba humo de incienso, mezclado con ácido carbónico, junto á una cómoda de nogal oscuro y reluciente, destinada á guardar sagrados ornamentos; los acólitos, en-

vueltos en sus sotanas rojas y sus roquetes blancos, cuchicheaban calentándose las manos alrededor del fuego, y el párroco, puesta ya la sobrepelliz, hablaba en voz alta con el viejo sacristán, apoyada la barba en los pulgares juntos, y con los codos sostenidos por los brazos del sillón de negruzco cuero que le servía de asiento.

El enorme reloj giraba insensiblemente sus saetas de acero, marcando los minutos y las horas, como el tiempo hace marchar á nuestro organismo, camino de la destrucción de la forma, sin que nos demos cuenta de ello: el órgano de la iglesia sonaba con una nota sola, sostenida por la mano del afinador; ruído confuso de voces, mezclado con estrépito de martillazos repercutidos en la bóveda, llegaba á la sacristía, donde se esperaba sin impaciencia un cortejo nupcial.

Primero, un matrimonio que fundaría una nueva familia, y sería, por consiguiente, germen de vida: luego un funeral, último esfuerzo de la vanidad de un hombre que, desde nueve días antes, yacía debajo de la tierra, sin que un lujoso uniforme, ni un costoso féretro de inco-

rruptibles materias, fueran obstáculo para que los gusanos devorasen sus carnes putrefactas, ni más ni menos que devorarían las del más abyecto de los animales.

Dos cosas esperaban aquellas gentes, que, siendo contrarias en sus objetos, producirían iguales consecuencias para ellos: el matrimonio de Carlos y Margarita, á las cuatro; el funeral de un prócer, á las cinco. Concluído el uno, las voces de los carpinteros y los martillazos que daban al formar el túmulo, tan alto casi como el techo, habrían cesado ya.

El sacerdote trocaría por la capa pluvial negra y dorada el blanco roquete; murmuraría el *De profundis* con igual acento que momentos antes recitó la Epístola de San Pablo, y estas dos ceremonias no despertarían en su mente ideas que no brotaran en las de los menestrales al percibir el dinero, fruto del ejercicio de su profesión....

Estaban cerradas las velaciones; tratábase tan solo de un desposorio, y los novios decidieron guardar para cuando regresaran, la ceremonia de velarse.

Al volver de nuevo á Madrid, el arzobispo de N., pariente de la madre de Carlos Montaral, celebraría la misa con el lujo y el esplendor correspondientes á la jerarquía del joven.

Sin embargo, las dos dependencias de la iglesia denotaban que se trataba de algo extraordinario. Había en el suelo cojines, para que los novios pusieran cómodamente las rodillas, no escaseaba la luz, estaban bien limpias las ropas de los monaguillos, y el humo del incienso embalsamaba el aire con su olor fuerte, pero agradable.

Y es que la condición humana es igual en todas partes. El templo mismo donde se venera al Señor de los señores, no está libre de la influencia del rey del mundo, el dinero.

Poco antes de la hora fijada para la ceremonia, la calle de *** fué llenándose de coches, que conducían mujeres envueltas en abrigos ricos y hombres encerrados en gabanes que aislaban sus cuerpos del frío helador que hacía.

Al sonar la primera campanada de las cuatro en la torre de la iglesia, detúvose frente á la

puerta el landó en que iban Carlos y su familia adoptiva. Á poco llegó otro, del que se apearon Margarita, su madre y la marquesa de Pedralera, que con D. José Pallás representarían á los Reyes en el cargo de apadrinar la boda. Entraron unos detrás de otros en la capilla, y cesaron los murmullos de la concurrencia, cuando el párroco, seguido del sacristán y de los acólitos que sostenían los pesados ciriales, llegó junto al ara, y dijo calándose las gafas:

—¿Están presentes todas las personas que han de asistir al desposorio?

Y al oir que estaban todas, continuó:

—Pues acérquense los novios, los padrinos y testigos.

Hízose como pedía, colocó á cada uno en su puesto, y abriendo un libro, después de dirigir una mirada por encima de sus anteojos al grupo de invitados, dió comienzo á la ceremonia con arreglo al ritual.

Al decir, dirigiéndose á Carlos: «¿Quiere V. r esposa á doña Margarita?.... », detúvose un omento para buscar un papel en que estaban

escritos los apellidos de los contrayentes. Monina, que con sereno semblante sonreía y miraba á Carlos y su novia, dejó de pronto de sonreir, y mientras, en medio de aquel sepulcral silencio, el sacerdote deletreaba con torpe lengua los mal escritos nombres, ella fué palideciendo, contrájose su boca, abrió mucho los ojos, apretó con mano convulsa el pañuelo de fina batista dentro del manguito de sedosa piel, y al escuchar cómo el joven decía «sí» con voz llena y clara, aflojáronse sus nervios, coloreóse su rostro hasta arrojar fuego, y entornó los párpados y volvió á sonreir.... ; pero, ¡con qué sonrisa!.... ¡Había en ella más amargura que en la esponja que la mano impía de un verdugo acercó á los labios del Salvador para calmar la sed que al cuerpo daba la fiebre del martirio!....

....

....

Sonoros besos, sollozos de alegría, lisonjeras frases, fueron los sonidos que repitió el eco del oscuro claustro que de la sacristía da paso á la calle, no bien salieron de la iglesia novios y

asistentes. Plácemes y enhorabuenas, no todas francas y leales, fueron las palabras que acompañaron á los desposados hasta el coche.

Y en medio de aquel bullicio, en medio de aquel cuadro de ventura, reflejada en todos los rostros, alguien había que lloraba riendo y se moría de pena.... Era ese *alguien* Monina, que cuando al salir del portal se detuvo, sacó su manecita del manguito y en ella el portamonedas, tomó una peseta y la puso en la mano que le tendía una pordiosera ciega y anciana, pero cuyo rostro revelaba la estóica indiferencia del idiota; suspiró, y le lanzó una mirada que, más que conmiseración, revelaba envidia....

Los recién casados, después de despedirse de las personas de cumplido, subieron solos en el elegante cupé llegado aquella mañana de París, y seguidos por los más íntimos en sus respectivos coches, dirigiéronse todos á la estación del Norte.

Al llegar, hallaron á Lorenzo, que esperaba. Abalanzóse á la portezuela del carruaje que conducía á Ramona y á sus padres, hizo caer el es-

tribo, y ofreció su mano á la joven, que bajó la primera.

Temblaba la de ésta, y él se la apretó cariñosamente.

Al penetrar en el andén detrás de todos, el viejo mascullaba nervioso los crespos pelos del blanco bigote, y mirando al cielo con aire de mal humor, murmuraba entre dientes, diciendo siempre lo mismo:

—¡Por vida del Santo que manda más que Dios!....

El veterano era un ángel viejo. Esta frase era su juramento favorito cuando las cosas no iban á su gusto, y en aquella ocasión salían todas de la manera más opuesta á su voluntad. No le cabía en la cabeza la idea de que se abandonara tan fácilmente á personas con quienes se había vivido siempre, por una recién conocida, fueran las que quisieran sus circunstancias.

Verdad es que él nunca había sentido el amor egoista que embargaba á Carlos; ese afecto que Schopenhaguer llama el hambre de la especie.

CAPÍTULO V.

La hora de salir el tren estaba próxima; las ventanillas de los departamentos de cada carruaje con gente que impedía ver cuántas personas podrían colocarse aún, como si tal procedimiento llegara á librarles de la compañía de otros viajeros tan ganosos como ellos de obtener la mayor comodidad posible, y junto á las portezuelas, observábanse tan pronto alegres rostros de quienes ven partir al deudo ó al amigo con placer, como tristes fisonomías de los que en un viaje de los seres queridos encuentran algo á semejanza de la muerte, que separa en un instante lo que se creía unido para siempre.

La locomotora, como un monstruo que jadea luchando por romper las cadenas que le someten á la voluntad de un hombre más fuerte que

4

él, por ser más inteligente, producía ese murmullo *sui generis* del vapor encerrado y comprimido por el hierro.

Los empleados, cada uno en su oficio los pequeños, no siempre en él los grandes, iban y venían de aquí para allá por entre los grupos de viajeros y acompañantes; trepidaba el suelo al pasar las carretillas cargadas de equipajes, y los vendedores de periódicos, novelas y guías de ferrocarriles discurrían pregonando su mercancía con su voz semejante á la canturia que usan las nodrizas para adormecer á los niños pequeños.

Precedidos por un dependiente de la empresa, y en pos de ellos amigos y criados conduciendo maletillas, mantas y demás utensilios que se requieren cuando se emprende un largo viaje, llegaron los novios al *sleping-car* alquilado por Lorenzo aquella misma mañana.

Abrió el primero, saludó y retiróse; subio uno de los segundos, y fué colocando objeto tras objeto, cuantos unos y otros trajeran; despidióse de todos Margarita, abrazó llorando la última

á su madre, que lloraba también, besóla repetidas veces, y, ayudada por su esposo, penetró en el departamento reservado para ellos.

Á poco sonó la campana de la estación, y el grito, «señores viajeros al tren,» lanzado por la poderosa voz de un mozo asturiano, especie de Hércules con blusa, pareció como que era la señal de ataque para aquel abigarrado ejército de hombres y mujeres. ¡Qué confusión! ¡Qué de voces! ¡Qué de frases cariñosas! ¡Qué de suspiros! ¡Qué de risas! ¡Qué extraña mezcla, en fin, de manifestaciones, de sentimientos distintos y de ideas diversas!

—¡Padre! ¡Madre!.... (dijo Carlos, abrazando á D. José Pallés primero y á su esposa luego.) Mi boda, mi ausencia, mi suerte, sea la que fuere, no ha de influir sobre mi cariño hacia vosotros. Fuisteis mis padres, en sustitución de los que os agradecen vuestro proceder desde el cielo. ¡Seguid siéndolo, y nunca me neguéis el .ulce nombre de hijo!.... Besó repetidas veces . doña Micaela, y al soltarla, ella, acongojada, levó á sus ojos el pañuelo sin poder replicar.

D. José se esforzaba por sonreir, y el bueno de Lorenzo, á un lado, se mordía con furia el bigote, se frotaba las manos, y con los músculos de su semblante estirados á fuerza de voluntad, refunfuñaba entre dientes su juramento favorito. Todos, sin excepción, estaban afectados, y entre todos, Monina sola sonreía como si no sintiera, como si su alma estuviera lejos de allí.

Pero cuando su hermano adoptivo soltó de entre los brazos á su segunda madre, y yendo hacia la joven los abrió de nuevo, y con voz conmovida, dijo: «¡Y á ti, hermana mía!....», transfiguróse su rostro, palideció hasta la lividez, y con un movimiento rápido y nervioso saltóle al cuello, poniéndose sobre las puntas de los piés para alcanzarle, y sin cuidarse de su peinado que al tropezar con el ala del sombrero de Carlos se desbarató, como si nadie la viera, aplicó su boca contraída, ardorosa y amarga á los labios del joven esposo, y le besó en silencio, hasta que, faltos de aire los pulmones, hubo de retirarla para respirar.... Sus mejillas entonces ardían, sus ojos parecían animados por el fuego de la fiebre,

y sus delicadas facciones expresaron un furor salvaje cuando cruzó con la de Margarita, que la contemplaba con extraña expresión, su mirada, provocadora como la de una leona que oculta debajo del vientre á sus cachorros al ver al cazador que se aproxima al cubil en que se cobija, perdido hasta el instinto de la conservación, dispuesta á morir, pero desgarrando entrañas y viendo brotar la sangre del cuerpo del enemigo.

Sin darse cuenta de lo que le pasaba, dejó Carlos á Monina, que, sin verter una lágrima, seguía mirando á la recién casada; fijóse en Lorenzo, le abrazó en silencio, y subió á su carruaje en el momento en que la locomotora; lanzando un ensordecedor resoplido de gigante, se disponía á partir. Cerró el veterano la portezuela, crujieron las cadenas; trepidó el suelo, atronaron el aire las plataformas machacadas por las ruedas, y aumentando su marcha por momentos, lanzóse aquel prodigio de la inteligencia humana fuera del cobertizo de la estación, hasta ofrecer sólo el farol rojo

del último coche á la vista de los que en el andén agitaban sus pañuelos en señal de despedida.

—¡Vamos, Ramona, hija mía!....—dijo doña Micaela, tocando en el hombro á Monina, que miraba cómo huía el tren, llevándose á lo que más amaba en el mundo.

Al contacto de aquella cariñosa mano, la joven se estremeció, volvió la cara, y fijando la vista en la de su madre, «vamos,» exclamó, llevándose á los ojos el pañuelo, reducido al tamaño de una nuez dentro del puño que le había estrujado, sin sentir que las afiladas uñas se clavaban en el pulpejo á través de la fina piel del guante.

Parecía otra. Su fisonomía había recobrado la expresión de dulzura que le era habitual; sus ojos azules ya no miraban furiosos; expresaban tristeza, y por sus mejillas de nácar resbalaban las lágrimas como las gotas de lluvia resbalan por los pétalos de las azucenas después de una tempestad en el estío.

La educación podía ya más que el instinto.

Volvía á sentir como sienten las mujeres civilizadas.

....

....

....

Fuera ya de la estación, dispersóse la concurrencia, y unos en sus carruajes, otros á pié, dirigiéronse todos hacia el centro de la coronada villa.

—Vaya, anímate, Monina. Dentro de poco tal vez tú nos abandonarás, como Carlos, por otro ser más querido, aunque no tan amante como nosotros,—dijo D. José Pallés con tono cariñoso, golpeando dulcemente sobre una rodilla á su hija, sentada enfrente de él al lado de doña Micaela.

—El Evangelio lo dice: es la ley de la vida. Por él abandonarás á tu padre y á tu madre,—añadió la última.

—Pues dígalo quien lo dijere, podéis estar seguros de que seré una excepción de esa ley (exclamó la joven con resuelto tono). No he de casarme nunca, ni aunque os perdiese y me

quedara sola completamente, cosa que pido á Dios no suceda.

—Vamos, no digas tonterías (añadió la madre). La mujer se casa por necesidad, á menos que se resigne á ser una figura decorativa en el mundo.

—Pues yo creo que el matrimonio no tiene razón de ser más que amando mucho...., y yo no he de amar nunca.... de manera que pueda prescindir de vosotros.

—¿Apostamos algo á que antes de tres años, es decir, antes de cumplir los veintiuno, nos dejas, á pesar de tus propósitos?—exclamó don José, riendo.

—No hay apuesta posible, porque hasta la vida te debo; pero si pudiera ser, te la apostaría.

—Muy resuelta estás, Monina,—prosiguió D. José, siempre en el mismo tono jovial.

—No lo sabes bien, papá,—repuso la joven.

Guardaron todos silencio, y algunos minutos después se apeaban frente á la escalera de su hotel de la Castellana.

Cuando aquella noche, á última hora, Loren-

zo entró, con objeto de recibir órdenes para el día siguiente, en el gabinete de confianza donde se reunía de ordinario la familia, por casualidad Monina estaba sola. Bordaba junto á un veladorcito que sostenía una lámpara de aceite, y al verle entrar le miró, y dejando su tarea, le dijo:

—Papá se fué á acostar, y mamá vendrá en seguida. Siéntate.

El viejo, sin responder nada, sentóse sobre la silla en que apoyaba Ramona los piés, y mirándola con expresión de paternal cariño, exclamó:

—¡Pobrecita mía! ¡Cuánto has sufrido hoy!....

—¡Y qué remedio tiene, Lorenzo!.... ¡Dios no quiso que fuera yo dichosa!.... ¡Cúmplase su santa voluntad!.... ¡Si Carlos consigue serlo.... me daré por satisfecha!....

—Lo que más me duele, es haberte hecho caso. Yo debí decirle tu secreto...., y á estas horas serías feliz, y lo sería él también. Sois tal para cuál; tú le amas con locura...., mientras la otra es un mal bicho, que se casó por conveniencia nada más.

—No seas injusto. Se aman mucho, y serán felices.

—Pero de todos modos tú.... si no consigues olvidar, no lo serás nunca.

—¿Crees tú, Lorenzo, que se olvida cuando, como á mí me pasa, se cifra la única dicha en un afecto enorme, que todo lo invade y todo lo domina? ¡No; no puede ser!.... Sin embargo, tengo una ventaja. Yo quiero á Carlos sin más interés que su felicidad. Si es dichoso, me resignaré á no serlo yo. Si es infeliz, y á cambio de lo que yo más estime puedo contribuir á evitar que lo sea.... entonces.... habré realizado mi ideal.

—¡Eres un ángel!

—No; soy una mujer enamorada.....

—Si cuantos aman sintieran lo que tú, el mundo sería un paraíso.

—¡Ó un infierno, Lorenzo!.... Tú no sabes lo que es sentir como yo siento, y pensar á todas horas que la felicidad es imposible. Tú ignoras lo que yo he sufrido esta tarde al perder la última esperanza de que sucediese un milagro, una

cosa fuera del orden natural.... porque de otro modo, Carlos no se podía arrepentir antes de unirse á Margarita para siempre. ¡Yo no sabía hasta hoy cuánto le amaba!.... ¡Yo no sabía que se puede morir de pena sin que el cuerpo afecte lo que se padece!.... ¡Ay, Lorenzo, qué digna de lástima soy, por lo que tú me admiras!....

La tranquilidad de la joven había desaparecido á medida que su discurso se fué animando, y al pronunciar la última frase, rompió á llorar amargamente.

Ella nunca había luchado, y el primer día en que hubo de hacerlo, fué tremenda la batalla, por lo poderoso de los combatientes. Dos elementos capaces de inspirar todo lo bueno, como todo lo malo, chocaron, y desgarraron aquella alma pura de una niña en el primer paso de la vida moral; el amor, que decía á su corazón *llora*, y las conveniencias sociales, que decían á su rostro *miente*. De aquella lucha resultaría un *modus vivendi*, si era Monina una criatura superior; un alma estéril, si era tan sólo una pobre mujer,

sin más dique para resistir la desventura que su débil criterio de cristiana rutinaria. No había término medio: quedaría después del combate un mártir cuyas lágrimas fueran una especie de culto, ó un ser desesperado, miserable autómata, incapaz de sentimiento, porque de un hombre descorazonado se puede hacer un filósofo; pero de una mujer cuya sensibilidad se embota, no puede hacerse más que un animal egoista. El primero basta que piense!.... La segunda debe sentir antes que pensar. Cuestión de la manera de estar organizados uno y otra: cuestión del objeto para que fueron hechos!....

Pero Ramona estaba constituída como pocos seres humanos. Sabía llorar como rara vez lloran las mujeres, y pensar llorando, como ningún hombre sabe hacerlo.

Por esto resultaba con lo bueno de los dos, y no maldijo al ser que el corazón llamaba ingrato, porque la inteligencia hizo brillar la justicia; ni el raudal de sus lágrimas podía agotarse jamás, porque la razón regulaba el dolor sin conseguir extinguirlo.

En una palabra: Ramona era una *mujer* de talento. Tenía la cabeza y el corazón perfectamente constituídos cada uno de por sí, y juntos se complementaban. Estaba en el caso de poder hacer frente á las contrariedades de la vida, como lo está el marino á quien ayudan la inteligencia y el valor cuando ruge la tempestad en el cielo y se encrespan las olas furiosas debajo de sus piés. Pero, como para éste, dependía todo para Monina de que el bajel, el mísero cuerpo, no se destruyera por débil, á pesar del esfuerzo del encargado de manejarle.

CAPÍTULO VI.

Cuando Carlos de Montáral salió de la escuela de Valladolid, tenía fama de atrevido con las hembras, y de afortunado en empresas amorosas. Él mismo nos ha dicho que antes de conocer á Margarita creía que aún no había venido al mundo la mujer capaz de hacerle amar. Era un cumplido caballero, y claro es que nunca se jactó de una buena fortuna, ni menos nombró á una bella que le había amado con frenesí hasta sacrificárselo *todo*. Pero allá, en lo más hondo de su alma, donde el amor propio vive y amamanta á sus hijuelos la soberbia, la vanidad y el orgullo, alguna idea había de que no era él hombre vulgar en cuestión de amores; y recordando los que tuvo con muchas á quienes vió en espíritu á través de un grueso lente de au-

mento que le prestó la candidez de sus pocos años, parecióle que sabía bastante para encerrarse en un *sliping-car* solo con la mujer amada con frenesí ó deseada con ardor (que no es lo uno como lo otro, y no sabía Carlos cuál de los dos afectos sentía). Sin parar mientes en el asunto; preocupado sólo por el afán de casarse y preparar su viaje, pasó los días anteriores, y aun todo el que acababa precisamente, cuando, lejos ya del sitio donde dejara deudos y amigos, apartóse de la ventanilla y subió el cristal, que en pocos segundos se cubrió de una capa de vapor condensado, que bien pronto se convertiría en costra de hielo.

Era ya casi de noche; empezaban á destacarse las estrellas en el cielo oscurecido por la ausencia del sol, y dentro del vagón, iluminado por el farolillo fijo en el techo, se distinguían difícilmente los objetos desde el uno al otro extremo.

Margarita, sentada junto á la portezuela opuesta á la que le había servido para entrar, miraba á Carlos con expresión indefinible; sus

ojos decían mucho y muchas cosas al propio tiempo.

Pero apenas vió que aquél se apartaba de la ventanilla, volvió la cara con rapidez, y afectando indiferencia, fijó la vista en el camino, siguiendo el movimiento de los alambres del telégrafo, que, de poste á poste, parecían subir y bajar.

Por un momento el joven se quedó inmóvil, y, á no decirle algo dentro de él mismo que era menester hablar alguna cosa, so pena de parecer ridículo, habría seguido largo rato sin cambiar de postura, y aun se hubiera sentado lejos de su mujer de muy buena gana.

Él, que hacía veinticuatro horas hubiese encontrado en su mente materiales sobrados para pronunciar un verdadero discurso al oído de su novia; él, á quien nunca faltó una frase mentira con que dar comienzo á su amoroso coloquio, junto á una mujer que, vencida y sumisa, se prestaba á ser su amante; entonces, que sentía afectos dignos cada uno de inspirar un libro in folio, trabábasele la lengua, amontonábanse en

su cabeza los pensamientos, y, tímido como un colegial, no sabía lo que le pasaba.

¡Qué extraño fenómeno!.... Y, sin embargo, á cualquier otro hombre honrado, siquiera fuera la encarnación de un Tenorio (si Tenorio y honradez se pueden hermanar), le hubiera sucedido lo mismo.

¡La *esposa* no es la *novia*, y para ser *querida*, ha de perder el carácter de *esposa* necesariamente!....

Esta última, después de ser madre, ofrece la castidad al esposo como una aureola que circunda su sien augusta.

La querida la entrega al amante como un trofeo, antes de perderla materialmente....

La una es *mujer*, ¡título sublime!.... La otra es la *hembra*, ¡nombre genérico!.... ¡Y, sin embargo, barájanse uno y otro de tal manera en la sociedad de que todos formamos parte, que tan pronto se llama *esposa* á la *hembra*, como *hembra* á la *mujer*, y sin fijarnos más que en la acepción propia de la palabra, resulta á veces que scupimos en el rostro á la *esposa* y ensalzamos

con pompa á la *manceba!*.... ¡Somos injustos los hombres si nos juntamos muchos! ¡Fuerza es convenir en ello!....

Por fin, hizo Carlos un esfuerzo, avanzó dos pasos, y hallóse junto á su esposa. Tomó asiento á su lado, y con el tono más estúpido en que puede hablar hombre idiota, tocóla en el hombro, y dijo:

—¿Qué miras tan atenta, Margarita?

—¡Nada!.... ¡Miraba sin ver!....—repuso ella.

Pero cualquiera diría que su marido le había lanzado una amenaza, á juzgar por su encogimiento, por lo tembloroso de su voz, y por su tendencia á embutirse en el mullido rincón del coche, como quien teme, y dos líneas que le separen más del peligro, le consuelan.

Después de una pausa, en que el joven pensó y desechó un mundo de ideas, habló de nuevo, ya resuelto; tanto, que, tomándole una mano cubierta por el guante, exclamó:

—Yo soy tan feliz, que pienso y no encuentro frase á propósito para pintar mi dicha. ¡Eres mi mujer, me perteneces, eres *mía* para mientras

los dos vivamos!.... ¿Por qué tiemblas? ¿Acaso tú no piensas como yo? ¿Por mi mal estás arrepentida de consagrarte á mí, á mi amor?....

Y así diciendo, pasó la mano que tenía libre por detrás del talle de la joven, y la atrajo hacia sí. Ella no contestó á las preguntas, hechas con voz que revelaba mucho entusiasmo, pero dejó hacer; apoyóse contra el cuerpo de su marido, y dejó caer la cabeza sobre su hombro.

Carlos acercó los labios á su frente, y la besó al tiempo que la apretaba contra su pecho, y con la otra mano estrujaba la que tomara hacía un momento, pero tan fuertemente, que Margarita lanzó un pequeño grito, y se incorporó rozándole la boca con los cabellos, que, formando ondas, caían hasta tocar sus cejas negras, finas y arqueadas.

—¡Ay! ¡Te he hecho daño!.... ¡Pobre Margarita mía!.... ¿Me perdonas?— exclamó Montaral con disgusto.

—Me has clavado las sortijas.... por eso me quejé....—repuso la joven, riendo al ver lo apurado que estaba su marido por tan poca cosa.

—¡Es que te quiero tanto!....

—¿Que me haces mal? ¡Pues vaya un cariño!....

—Te lo hice sin querer: más me dolió á mí.... Decía que te quiero tanto, que siento afán de apretarte tanto contra mi pecho, que quisiera hacer de modo que fuera mi propio cuerpo, mi propia alma.... ¿No lo comprendes tú?....

—Sí, Carlos, lo comprendo.... Á mi vez te adoro.... y no sé qué me pasa.... Me da miedo verme tan dichosa, porque lo soy tan perfectamente, que desmiento á los que dicen que no hay felicidad absoluta en la tierra.

—Pues ya ves cómo los que tal piensan no saben que amando se les prueba su error.

—¡Oh! Si me asegurases que esto duraría toda la vida....

—¿Y por qué no ha de durar mientras vivamos?....

—Porque tú no me amarás siempre así.

—¿En qué te fundas?

—En que te quiero demasiado.... y acabaré por empalagarte. En que no valgo nada materialmente, y hay muchas mujeres que valen

más que yo.... Ahora, en este instante, comprendo que te amo con locura; y soy tan egoista, que ya no me arrepiento de haberme casado contigo.

—De modo que hasta ahora....

—Tenía el remordimiento de comprar mi dicha á costa de la tuya.... Mereces mucho, y yo....

—¡Calla! Calla, si no quieres que te tape la boca como se les tapa á los blasfemos.... con una mordaza....

—Pero si es verdad....

—Calla.

—Si tú eres digno de una diosa....

—¡Calla! Es la última intimación.

—Si....

Margarita no concluyó, porque, atraída con violencia por su marido, no pudo evitar que, juntando su boca con sus labios, la besara, apretando tanto, que se los dejara inmóviles.

Respiró porque se ahogaba, y en lugar de aire puro, penetró en sus pulmones el aliento caliente y pesado de Carlos; cerró los ojos como si fuera á morir, aflojáronse los músculos de sus

miembros, y perdió la facultad de moverlos sin esfuerzo; su mente dejó de producir ideas claras, y cuando la boca del joven se lo permitió, lanzó un suspiro largo y entrecortado, perdida la conciencia del lugar, de la acción y del tiempo. Frases dichas en voz apenas perceptible, sobre su mismo oído, mezcladas con besos que resonaban en su cabeza con ensordecedor estruendo, recuerdos, esperanzas, lo material de la vida de mujer de sociedad, al lado de vaporosos fantasmas que nacían en el cielo y acariciaban con sus alas de color de rosa su rostro enrojecido por la pasión.... Todo esto formaba un confuso maremagnum en su mente entorpecida, y nadie hubiera podido decir si dormía y soñaba, ó vivía y moría al propio tiempo. ¡Era el delirio de los delirios!.... ¡Era la fiebre de amor!.... Una ráfaga de aire helado penetró por la abertura superior de la linterna del vagón; osciló la débil llama y apagóse al fin, al tiempo que el tren se detenía poco á poco, y un hombre, con voz ronca, gritaba al pasar junto á él:

—¡Las Rozas!.... ¡Un minuto!....

La noche lo envolvía todo en sombras, y en medio de millares de estrellas, el planeta Venus brillaba con ese resplandor vivo que lanza en las más frías noches del invierno.

CAPÍTULO VII.

Aunque, no obstante su pequeña estatura, era una mujer perfecta plásticamente considerada, Monina figuraba en último término entre las jóvenes que frecuentaban el gran mundo madrileño.

Con la gracia peculiar de los hijos de Madrid, bautizóla un chusco con el apodo de *Pavita de oro*, aludiendo á sus cabellos blondos realmente dorados, y á su carácter tímido de puro dulce, y por tal renombre se la llamaba á sus espaldas, siendo este el único tributo que le hacía rendir la maledicencia aneja á toda reunión de hombres, por culta que fuere.

En justicia, preciso es confesar que, siendo odo relativo en el mundo, *Pavita* merecía llanarse á una joven de diez y ocho años que no iabía tenido novio nunca, ni dado motivo para

que alguno se lo atribuyera; que nunca hablaba mal de nadie y rara vez bien, porque si oir, ver y callar es una virtud, ella la poseía en grado superlativo; que jugaba al ajedrez con gran destreza, y le divertía más entretenerse así con las personas formales, que bailar y tontear con los muchachos; y, finalmente, que escuchaba atenta las conversaciones serias de los mayores, sin perder una frase, y se aburría oyendo frivolidades.

No por esto vaya á creerse que era tonta, ni menos aún que presumía de seria. Era simplemente reflexiva por naturaleza, y huía de la irreflexión por instinto.

Doña Micaela, su madre, creyó siempre que la peor de todas las que puedan con justicia atribuirse tan hermoso nombre, vale tanto, por lo menos, como la mejor institutriz, y que cualquiera de éstas, con sólo ser mediana, ofrece ventajas incomparables sobre el colegio mejor organizado.

Sin más hijos, pues, que Monina, porque Dios quiso, y Carlos por adopción; rica porque

su esposo D. José Pallás lo era inmensamente, y profesando tales ideas sobre la manera de educar á los niños, no había causa que la disculpara de lo que consideraba un deber; y después que crió á sus pechos á Ramona, educóla por sí misma en compañía del huérfano Carlitos, hasta que este último salió de la casa paterna para comenzar su carrera. Cuando la niña quedó sola, y ya en edad de ilustrar su inteligencia, escogió los mejores maestros de Madrid; buscó las mejores maestras de labores, de adorno y de menaje de una casa; y sin que su amor maternal excluyese la energía necesaria ni sus exiguos conocimientos científicos el tino indispensable, de tal modo supo manejarse, que su hija, á los diez y seis años, hablaba con juicio de lo que puede hablar un bachiller en artes, y lo mismo bordaba en oro que zurcía una prenda desgarrada.

La vuelta de Carlos Montaral al salir alférez de la escuela de caballería, fué el primer incidente que turbó la vida monótona de la joven, pues cambió sus costumbres tranquilas por otras más azarosas. Queríanse como hermanos, y, por

consiguiente, las retiradas á deshora del joven fueron las primeras causas de zozobra para ella. El desafío que tuvo con un extranjero que habló con desprecio del ejército español, el primer motivo serio que le hizo verter abrasadoras lágrimas.

Los tres años de campaña, después de los cuales volvió el joven oficial, capitán y atravesado por un balazo, una serie continuada de temores y alegrías. Y la enfermedad que subsiguió á la herida, el motivo de que en su corazón juvenil germinara el amor purísimo hacia el hombre, sustituyendo al tranquilo cariño hacia el hermano.

Una niña enamorada no siente lo que una mujer bajo el influjo del más poderoso de los afectos. La primera no sabría definir su deseo; la segunda le aprecia con perfecta conciencia. ¡El llanto que á la una sirve para desahogar el pecho y refrescar las mejillas, causa en la otra huellas que nunca se borrarán!....

El golpe, pues, que Monina sufrió al ver partir á Carlos, unido á Margarita por lazos que

le hacían imposible para ella, fué rudo, pero no tanto que destrozara su alma. Primero, porque era fuerte, y además, porque no es lo mismo perder una esperanza que ver morir una ilusión en que se cifró la existencia entera, que se engalanó con los ropajes del deseo, que se acarició con fruición deleitosa, que fué por mucho tiempo germen de venturas presentes y apoyo de futuras felicidades.

Pero así y todo, no fué tan pequeño que no hiciera mella. Los primeros días fueron amargos, y sucedieron otros en que la angustia siguió á la tristeza; y, finalmente, interesóse el organismo de tal modo, que la tristeza se convirtió en hipocondría, ó sea en una enfermedad del alma y de la materia.

La ciencia médica en manos hábiles y la firme voluntad del enfermo, son elementos para curar lo que no ès incurable, mejor que nunca cuando la juventud y la robustez prestan su apoyo.

El doctor del Olmo era un sabio: Ramona, una mujer fuerte de espíritu y joven y robusta

de cuerpo. Entablóse la lucha, y después de algún tiempo, se consiguió que los ojos de la niña brillasen de nuevo llenos de vida, sus mejillas ostentaran el rojo pálido de las manzanas en sazón, y sus labios el encarnado subido de las cerezas no bien maduras.

Pero durante aquella dolencia aguda del espíritu y de la materia, sucedieron en el primero fenómenos extraños, de modo que no volvió, como la segunda, á su primitivo ser.

Apagóse el fuego voraz que consumía, pero quedó el rescoldo del incendio como parte integrante del alma; el mal se hizo crónico, y lo que fué amor ardiente, tornóse una especie de religión, en que un hombre era el ídolo, un pecho de mujer el templo, Ramona la sacerdotisa, y el pensamiento el incienso quemado en el ara santa. Cuando estuvo curada del todo, cambió sus habitaciones de soltera por las que Carlos ocupó soltero también; hízose restaurar cuantos objetos encerraban, y sin poner en ellas uno sólo que revelase la presencia de una mujer, comenzó un género de vida original, consistente en

dedicarse á sus padres, á las artes y al estudio, huyendo en lo posible de saraos y diversiones mundanas, con tal repugnancia, que aquellos no osaban contrariarla.

Después de hacer minuciosamente su tocado muy de mañana, la música y la pintura eran cultivadas con fruto, pues tocaba muy bien el piano y pintaba con notable perfección. Después del almuerzo, largos paseos en compañía de su madre; tras el paseo, la lectura; durante la velada, labores ó al teatro Real, y antes de dormirse de nuevo, lecturas seguidas de las oraciones.

He aquí el modo de vivir Ramona tres meses después de los sucesos con que da comienzo este libro.

CAPÍTULO VII.

El viejo Lorenzo se trasladó á la casa propiedad de su amo el marqués de Valdegarcén, á poco de la salida de éste para el extranjero, con el cargo de mayordomo, destino igual al que había desempeñado entre la servidumbre de los padres adoptivos del joven. Pero no por esto dejó de acompañar á Monina á todas horas, mientras estuvo enferma, y después cuantas le dejaban libre sus escasas ocupaciones.

Por espacio de mucho tiempo no se atrevió á hablar del pasado, y seguramente no lo hubiera hecho nunca, si un día Ramona no hubiera roto el hielo en esta forma.

—¿Sabes, Lorenzo, que Carlitos me tiene enfadadísima! Hace trece días que no se acuerda de nosotros. ¿Has tenido tú alguna noticia?

El viejo titubeó un momento; pero no sabía

mentir, y después de algunos instantes, dijo:

—Sí, Monina; sé que está bueno. Ayer tuve carta....

—Hombre, ¡pues podías haberte callado más tiempo!—exclamó con disgusto la joven, separándose del cuadro que pintaba, y torciendo la cabeza hacia un lado para ver mejor el efecto.

Luego prosiguió :

—¿Y qué dice? ¿Siguen en Milán?.....

—No. Está fechada en Turín. Me da una porción de encargos; me manda que os salude en su nombre....

—¿Es decir que siguen bien?....

—¡Así parece!....

El tono embarazoso de Lorenzo chocó á Monina, que, volviéndose de pronto, dejó paleta, tiento y pinceles, y exclamó, poniéndole una mano sobre el hombro :

—¡Me estás engañando, viejo mío! Ya sabes que leo en tus ojos como en un libro, y conozco que me engañas. ¿Qué dice la carta de Carlos?

—Monina, te juro por mi honra, que....

—Dámela,—dijo la joven con expresión extraña.

—No la tengo,—afirmó el veterano con cierto miedo.

—Con esas canas no te sienta bien mentir. Dame la carta.

—¡Toma!.... (exclamó Lorenzo con tono de pesadumbre). ¡Pero luego!....—y le entregó un sobre que la encerraba.

Monina lo tomó con ansia, sentóse en una butaca, y leyó así:

«TURÍN 5 de Abril de 187....

»Mi querido Lorenzo: Ya ves que no hay por qué llamarme ingrato y egoista, y qué sé yo cuántas cosas más. Ni te olvido á ti, ni olvido á mis padres de adopción, ni dejo de acordarme un solo día de mi querida Monina, la hermana de mi alma.

»Suponiendo que no habrás variado tus costumbres, aunque cambiaste de domicilio, según me decías en tu carta primera que recibí en Roma, anunciándome que la obra estaba termi-

nada, y tú instalado con la servidumbre, no te he escrito á ti, porque lo hice á los padres de Ramona dos veces, y viéndola tú todos los días, es seguro que habláis de mí, y te alcanzan mis noticias.

»Hecha esta salvedad, concluyo lo que tenía que decirte sólo á ti; lo demás, como habría de repetirlo, lo hallarás en la carta adjunta para Monina, á quien darás un abrazo muy apretado al entregársela, para que reciba materialmente uno por encargo, y mil que le envío con toda el alma por escrito.

»Sabes que te quiere tu inolvidable

»Carlos.»

—¡Y bien! (dijo la joven, acabada la lectura.) ¿Y la que te dice Carlitos que me entregues? Dámela.

—¡Monina!.... ¡Perdóname, hija mía! Ha sido una torpeza imperdonable.... ¡pero no la tengo! ¡La he perdido!....—contestó el viejo con angustia.

—¡Eso no puede ser! Tú eres demasiado cuidadoso para perder una carta dirigida á mí.

Aquella frase impaciente resultó dura para Lorenzo, á quien sus canas y su cariño y sus condiciones especiales no quitaban el carácter de servidor antiguo.

—¡No te enfades!.... ¡No me riñas!.... ¡Aquí está la carta!—exclamó tristemente, sacando del bolsillo una con sobre abierto, y alargándosela á Ramona. Pero aquellas palabras que le decidieron, hiriéronle en el fondo del alma, y cuando la joven le miró, en sus ojos brillaba una lágrima....

Al verla, cayó Ramona en la cuenta, y arrepentida de su vivacidad, dirigióse á sí misma un reproche. Levantóse, y yendo á sentarse sobre las rodillas del anciano, le abrazó, le besó en la arrugada frente, y con tono zalamero, le dijo:

—¿Quieres no ser tonto, viejecito mío?.... ¿Á qué viene ponerte todo compungido por una futesa?

—No; ¡si tienes razón!.... ¿Qué derecho tiene un miserable criado para faltar á las órdenes

de su amo, y para meterse en los asuntos de su señora, que, después de todo?....

—¿Tú quieres que me enfade de veras y te eche del estudio, y no vuelva á recibirte en la vida? Pues repite esa majadería. Te vas volviendo chocho hasta no poder más,—interrumpió Monina con un tono de cómica severidad que, unido á las caricias que hacía á Lorenzo, quitaba toda la fuerza á su reprensión.

—¡Por María Santísima, no leas esa carta, hija mía! Créeme.

—¿Y por qué?

—Porque no hay cosa más bestia que un hombre enamorado, si empieza á cometer torpezas.

—¡Qué tontería! ¿Qué me dirá que yo no me figure?—dijo la joven, esforzándose por parecer serena.

Y sacando el billete, comenzó á leer en voz alta:

«Mi querida hermana: Por mamá, á quien escribí con todo el interés que puedes figurarte,

sé que has estado enferma; pero ya sé, también por ella, que te has restablecido del todo, y puedes recibir cartas; por eso te escribo.

»Me rebosa en el alma la felicidad, y se me pasan deseos de contárselo á todo el mundo; pero eso sería ridículo, y á la satisfacción de saber que estabas curada, se reunió la de poder escribirte largamente, porque tú me comprenderás y no te reirás de mí al leer lo que necesito decirte.

»En una frase pueden condensarse todos los pensamientos que me sugiere mi ventura. Quisiera verte esposa, amando y siendo amada como lo soy yo. Tú sabes cuánto te quiero, y medirás el alcance de mi deseo. Es desearte la suprema dicha.

Por supuesto que mis votos se verán cumplidos. No has de tenerme envidia de seguro, porque Dios te dará un hombre como le mereces, y no me irás en zaga en cuestión de saber cultivar las flores, cuyo aroma es la ventura del matrimonio.

»El día que eso suceda, te aconsejo que sigas

igual derrotero que yo. Viajar por Italia junto al ser amado al comenzar la primavera, es un placer que no puede describirse. Es el colmo de la poesía. ¿Seguirás mi consejo?

»Margarita es un ángel. Tú eras apenas amiga suya, y no la conoces casi. ¡Pero cuando volvamos, de seguro intimarás con ella, y la querrás como á una hermana!.... ¡Es tan amante, tan cariñosa, tan apasionada!.... ¡Además, la encuentro más bonita!.... ¡No te rías! ¡Ya sé que no lo es!.... Pero á mí me gusta más que ninguna mujer.

»Puedes creerme. Sólo siento haber perdido el tiempo en vivir como los árboles durante el invierno; con esa especie de sopor que duerme quien, como yo entonces, no ama, no tiene una mujer único móvil de todos sus pensamientos y única encarnación del ideal de los ideales: la esposa.

»Yo fui muy dichoso en medio de mi desventura natural. Aunque al nacer perdí á mis padres, los tuyos les sustituyeron tan perfectamente, que les amo como si les debiera el ser. Tú

fuiste mi hermana del corazón, ni más ni menos que si la naturaleza nos hubiera dado el mismo seno maternal para engendrarnos; te quiero con toda el alma, y nunca olvidaré lo buena que has sido para mí.

»¿Te acuerdas cuántas veces cargaste con la responsabilidad de una travesura mía? ¿Se te han olvidado aquellas horas que pasábamos en el jardín de tu casa haciendo edificios con tierra y hojas, para destruirlos yo luego á pedradas, con pena tuya, porque los habías destinado á servir de vivienda á tus muñecas, y gozo de Lorenzo, que veía en aquello motivo para contarnos el efecto que hacían las bombas en las casas de Bilbao cuando el sitio?

»¡Tampoco creo que se habrá borrado de tu memoria el recuerdo de aquellos días que pasaste á la cabecera de mi lecho, cuando pensabais que me moría de resultas de mi herida! ¡Parece imposible que haya quien aguante lo que tú, tan débil en la forma y tan fuerte en el fondo! ¡Nunca olvidaré la carita de pena que ponías cuando tu madre me sostenía ayudada por

Lorenzo, y tú acercabas á mis labios, secos por la fiebre, la cuchara con la antiespasmódica!.... ¡Aquel horrible olor á éter, que tanto te trastornaba!....

»¡Verdaderamente el hombre que se case contigo, puede jactarse de haber nacido con buena estrella! Por mí, puedo asegurarte que, á no ser mi hermana, me hubieras inspirado una verdadera pasión. Pero, ¡qué barbaridades digo!.... ¡Creo que nunca me hubiera acostumbrado á llamarte *mujer!*

»Ya ves que mi matrimonio ha servido sólo para completar mi ventura, pero de ningún modo para que os olvide ni deje de echaros de menos. Margarita será un ser más en aquella hermosa colectividad que es mi familia, y cuando tú te cases, tu marido, como ella, vendrá á nosotros, en vez de privarnos de ti. Hemos de formar una tribu modelo de cariño y complacencia en aspirar los unos al bienestar de los otros. ¿Estamos de acuerdo?

»Aquí haremos un descanso de quince ó veinte días, pues mi mujer necesita de él. Desde ante-

ayer está delicada, pero no es cosa de cuidado, según asegura el médico. Dirige, pues, tu contestación al *Hotel d'Ighilterra*, donde nos alojamos.

»Hasta la tuya me despido, y esta será la primera carta de las muchas que pienso escribirte.

»Abraza á papá y mamá, cuéntame las novedades que por ahí ocurren, y recibe un millón de abrazos de tu hermano

»CARLOS.»

Terminada la lectura, Ramona plegó el papel, lo volvió al sobre en que vino envuelto, lo dobló por medio á lo largo, y lo metió hasta la mitad entre dos botones del cuerpo de su vestido sobre el seno. Luego se puso en pié, y volviendo á tomar los útiles de pintura, emprendió de nuevo su trabajo, sin pronunciar una sola palabra. Su frente estaba tersa; su rostro sin más expresión que el de una estatua de mármol; su pulso firme y sereno.... pero en sus ojos azules, de ordinario tranquilos y de dulce mirar, brillaba á inter-

valos un fuego extraño, semejante á los últimos relámpagos de una pasada borrasca....

La voluntad de hierro, que dominaba á la materia y encerraba la pasión en el fondo del alma, no era fuerza bastante poderosa para que aquélla arrojase lejos de sí lo que, sin ser bastardo ni mucho menos, recordaba la mísera condición del hombre; en el templo alzado á un amor purísimo, comprimidos y todo, se dejaban notar los celos, hijos del amor propio y el egoismo....

¿Ser fuerte excluye la sensibilidad?

CAPÍTULO VIII.

Al decir de unos, Jaime Jebranis estaba loco. Según otros, era un calavera con talento. En cualquier caso, la verdad es que de tonto no tenía un pelo. Era hijo de un oficial venido á España con la legión Italiana, cuando la guerra civil de los siete años.

El padre de este joven hízose amigo del Marqués de Valdegarcén, por entonces incorporado al ejército del Norte, con fuerzas que operaron por largo tiempo en combinación con las extranjeras, y claro es que si la simpatía por sí misma engendra la amistad, la vida de campaña, que hace compartir con tanta frecuencia peligros y penalidades, aumenta los motivos de adhesión entre las personas que desde luego se fueron simpáticas.

La guerra, pues, fué el origen de aquellas

íntimas relaciones que se establecieron rápidamente entre los dos militares, y dió por resultado que todos les admirasen, llamándoles Pílades y Orestes.

Cuando en la batalla de Mendigorría cayó herido Montaral, estaba lejos su amigo, y no pudo socorrerle; pero al verle exánime y cubierto de sangre después del combate, cuentan los que le vieron que perdió por primera y última vez la serenidad que siempre le acompañaba, y abrazándose al cadáver del valiente Marqués, lloró como un niño, y á grandes esfuerzos se debió arrancarle del lugar del siniestro acontecimiento.

El asistente Lorenzo y él condujéronle á la pequeña aldea cercana, y ellos mismos cavaron la fosa y le cubrieron de tierra mojada con sus lágrimas. ¡Lágrimas de soldado, que abrasan como el plomo al salir del fusil!

Al terminar la sangrienta guerra con el abrazo de Vergara, el bizarro italiano quedóse en el ejército español, con el grado de coronel, y poco después se unió en matrimonio con una



joven, heredera única de un rico comerciante de Valladolid, de quien tuvo el hijo que conocemos con el nombre de Jaime.

Cuando éste quedó huérfano, cerró los libros que para nada le servirían, según él; realizó su cuantiosa fortuna; viajó mucho, gastó más, y por fin instalóse en Madrid, donde acabó por dar cuenta cumplida de un patrimonio conservado por sus padres con religiosidad admirable, atentos sólo al porvernir de su hijo querido.

Sin fortuna, sin carrera, pero bien relacionado, pues su nombre y su dinero, unidos á su carácter, le pusieron en el caso de ser conocido por todo el mundo, tomó un empleo; adhirióse á Carlos Montaral, su amigo por tradición, y ni por un instante le preocupó su cambio de fortuna. Era un italiano de pura sangre, á pesar del cruzamiento, y todo lo que heredó de su noble padre fueron el nombre y los pesos duros.

Saber adular, fué siempre condición muy provechosa para ciertos hombres, y hoy, como siempre, les da buen resultado á los que la po-

seen, y son capaces de utilizarla. ¡Y Jaime era un adulador de talento!....

¿Será menester decir que, aunque todos le censuraban, todos le abrían las puertas de su casa?....

Tenía el coche de los amigos para pasear, su mesa para tratarse á cuerpo de rey, y el sueldo de su empleo para acabar de satisfacer sus necesidades de hombre arruinado por los vicios. Era, pues, un ser feliz.

El día en que Carlos se unió con Margarita, asistió á la boda. El fué quien admiró el valor del novio al penetrar en la sacristía.

Al regresar de la estación, condújole un amigo en su coche, y mientras Montaral era llevado por el tren á través de campos áridos y peñascales en pos de un fantasma que se llama felicidad, varios compañeros suyos, y entre ellos Jebranis, sentados alrededor de la mesa de otro joven, cigarra humana que cantaba sin pensar que hay un invierno en que es preciso tener repuesto para comer ó trabajar, y con el sudor de la frente amasar el pan, charlaban, reían, y,

entre ruído de platos y humo de cigarros, daban fin á la espléndida comida, que por ser lunes, ofrecía á sus íntimos Pepe Morals, catalán, excelente muchacho, pero con el defecto de una vanidad desmedida y un afán ciego por figurar entre los primeros como fastuoso y espléndido, sin que su fortuna, sólo mediana, consintiera tales excesos, so pena de que en un breve plazo quedara paupérrimo el que presumía de opulento.

Eran quince los comensales, y había en la mesa diez y seis cubiertos. Las copas formadas en fila correspondientes al lugar vacío estaban llenas de vinos diversos, y el plato lleno de comida parecía el de un convidado que momentáneamente hubiera salido del comedor.

—Verdaderamente (dijo uno), es una tontería dejar perder su delicioso aroma á estos vinos, que Carlos hubiera bebido, á no desertar de entre nosotros.

Y una detrás de otra, apuró todas las copas.

—Por lo que veo, te entonarás como de cos-

tumbre,—exclamó con aire de reproche Felipe Bosch, dirigiéndose al bebedor.

—¡Tal me propongo!.... Confieso que es repugnante dejarse dominar por el alcohol, para los que lo ven; mas para quien lo siente sin ver.... es el estado perfecto. Yo siento que sea imposible emborracharse para siempre. No hay estómago que lo resista. ¡Pero si pudiera!....

—¡Bonita teoría!....—dijo Bosch.

—¿No te gusta, poeta llorón? Pues peor para ti. Yo me embriago con vino y tú con néctar: total, dos borrachos. Uno que ríe y hace reir; éste soy yo. Otro que llora y hace reir también: ese eres tú. ¡No te envidio!....

Todos, menos el aludido, acogieron con una carcajada las palabras del borracho, que, animándose cada vez más, siguió diciendo:

—No te enfades. No es que haces malos versos. Es que mientes con tal frescura, que á cualesquiera haces gracia.... como Manodito Gázquez. ¡Mal empleado talento!.... ¿Por qué no escogiste otro motivo mejor para tus rimas?.... ¡La mujer!.... Esa especie de enemigo del hom-

bre, que, como la filoxera á las vides, le invade por todas partes. Destruye los afectos serios, las raíces; destroza la corteza, el cuerpo, y acaba por devorar las hojas, las ilusiones; ¡siempre insaciable en su voracidad!.... Y el caso es que, puesta de acuerdo con su congénere insecto, acabará por hacer suyo el mundo. El día que la una devore la última cepa, quedarán pocos hombres á quienes la otra no pueda reducir á muertos que anden. El vino es el único específico que la ahuyenta con certeza.... sabiéndolo beber.

—¡Vaya una chispa filosófico-moral! (dijo Jebranis), y casi casi tiene razón!.... Las mujeres....

—Mira, Jaime (interrumpió Bosch, dirigiéndose á él): deja quietas á las mujeres. Ese borracho, y tú con tus cinco sentidos, me crispáis los nervios con el tema obligado. Yo las defiendo con franqueza; él está furioso porque llamo *mujer* á una aberración de la naturaleza, y tú....

—Y yo (prosiguió Jaime, con ánimo de sacar de sus casillas á Bosch), juzgo que la bella mitad

del género humano no puede traernos más que disgustos si la tomamos en serio. .

—Te he de ver enamorado; marido amante.... y me he de reir de ti.

—Lo primero, nunca; lo segundo, es más que probable, y el adjetivo que sigue á marido, jamás.

—De modo que para ti el matrimonio....

—Es un negocio; una jugada de bolsa en firme, porque jugó el presidente del Consejo de ministros.... ó una inocentada.

—Ahí tienes á Carlos Montaral, que no opina así, y será dichoso cuando tú te arrepientas de haberte vendido como una mercancía.

—¿Y me garantizas tú la dicha de Carlos?

—Sí.

—¿En qué te fundas?

—En que se casó por amor, y es amado; en que es rico, y nunca tendrá el motivo más frecuente, el único tal vez que hiere de muerte la dicha en el matrimonio: las necesidades anejas á una educación, que es una segunda naturaleza cuando esas necesidades no pueden satisfacerse.

—Ideas de enamorado, tan fuera de lo práctico como el amor mismo....—dijo Jebranis.

—¡Escéptico!....

—¡Iluso!....

—Señores (dijo Pepe Morals): propongo que se ordene la discusión. Discútanse el amor y el matrimonio. Cada cuál emita sus ideas, ó adhiérase á una ya expuesta. Después votaremos si se felicita á Carlos Montaral ó se le da el pésame, fundándose en las razones de la mayoría. ¿Se aprueba?

—Aprobado,—dijeron todos.

—¡Pido la palabra!—exclamó Bosch.

—Felipe tiene el uso de la palabra para consumir el primer turno en pro,—exclamó Morals.

El joven aludido era un excelente muchacho, con más imaginación que juicio: es decir, un hombre con cerebro de mujer. Estaba enamorado, y hablar de amor era su tema favorito; lo tomaba todo en serio, no obstante la constante broma que todos sus amigos le daban por ello, y entonces, como siempre, al comenzar su improvisado discurso, creíase delante de un auditorio

formal, y en un Ateneo ó cosa así. He aquí lo que dijo al ponerse en pié:

—Vamos á discutir el amor y el matrimonio. ¿Pero es discutible lo primero? ¡Yo creo que no! Si pudiera definirse ese sublime afecto, el don más hermoso que concedió á la humanidad la naturaleza, habría discusión posible. ¿Pero hay quien lo defina?

—Yo (dijo uno): una barbaridad.

—Un ensueño que cuesta diez años de vida si nos despierta el desengaño,—añadió otro.

—Un delirio, que comienza con un beso y acaba con un bostezo,—exclamó un tercero.

—¡Al orden, señores!—gritó Morals, repicando en una copa con una cucharilla.

—Si no me dejan Vds. hablar (dijo Bosch), me siento.

—¡No, no; que hable!—gritaron todos.

Restablecido el silencio, el orador siguió así:

—Decía que el amor no se define. Es, pues, indiscutible. Vamos al matrimonio....

—No, mira; te vas tú solo.... si quieres,—dijo el borracho, que dió origen á la discusión, desde

el diván donde, medio adormecido, bebía á sorbitos una taza de café, alternando con una copa de coñac.

Bosch le miró con rabia, mientras los demás se reían, y luego continuó:

—El matrimonio, indisoluble, considerado como base de la familia y de la sociedad, por consiguiente, es una institución respetabilísima, á la que debemos aspirar los hombres honrados al llegar el momento oportuno; es decir, cuando hayamos hallado una mujer digna de ser llamada esposa y madre, y cuando, conociendo el mundo lo bastante para estar convencidos de que fuera del hogar doméstico no hay nada que valga más que sus honestos placeres, seamos capaces de ser jefes de una familia y no verdugos de una criatura débil, á quien la religión y las leyes ponen bajo nuestra salvaguardia, imponiéndonos el deber de amarla, como á la encargada de atravesar, sirviéndonos de consuelo, este valle de lágrimas, apoyándose á su vez en nosotros, fuertes por naturaleza. Así, pues, entiendo que Carlos Montaral se ha acreditado de hombre de

talento, dejando nuestra sociedad para trocarla por la de una esposa amante y amada, y considero á los dos dignos de nuestra cordial enhorabuena. Enviémosle nuestros plácemes, nosotros, sus buenos amigos, y hagamos votos por su felicidad. He dicho.

—Pido la palabra,—dijeron varios.

—La tiene pedida el señor Jebranis,—contestó el presidente.

Alzóse el aludido, y dijo así:

—Mi contrincante el señor Bosch, con su claro talento, con su dulce tono, con sus tiernas frases, con su palabrería, digamos así *(risas)*, ha empezado por no definir el amor, y ha concluído por hablarnos del matrimonio, ni más ni menos que una mamá con tres ó cuatro hijas casaderas. *(Grandes risas y aplausos.)* Pero aunque haya de extenderme más que él, no seguiré yo iguales derroteros. El amor es definible, señores: es definible, y yo lo defino. Es una consecuencia lógica del instinto de conservar la especie, ni más ni menos que el hambre lo es del de conservar el organismo; es una ne-

cesidad natural, que deja de existir en cuanto se ve satisfecha, para reproducirse exigente cuando vuelvan á rodear al individuo circunstancias iguales.

—De modo que la mujer, según eso, no tiene más valor que un beafsteck.... ¡No me parece mal!....—dijo Bosch.

Todos, incluso Jebranis, se echaron á reir, viendo el efecto que le producían semejantes disparates.

—Fundar, pues, el matrimonio en cosa tan efímera (continuó Jaime), es absurdo. La institución social que sirve de segundo tema á mi discurso, no es ni puede ser más que un contrato de dos capitales, ó una sociedad de dos individuos, uno capitalista, la mujer, y otro industrial, el marido, sin que les unan más vínculos que unirían á dos comerciantes libres para todo lo que no atañe el capital común. Habiendo formado nuestro antiguo compañero Carlos esa sociedad con una mujer pobre, siendo él rico, creo que debe colocársele fuera de la ley, cubrir con un crespón el asiento que ocupaba en esta

asamblea, y verter una lágrima á la memoria de su libertad perdida para siempre en un momento de amor furioso, ó sea la locura de las locuras. Pido al congreso, pues, que se deseche la proposición de mi contrincante, y se envíe un sentido pésame al desdichado marqués de Valdegarcén. He dicho.

Puesto el punto á votación, todos lo hicieron en contra, más que por nada, por hacer rabiar á Bosch, que tomaba ya en serio su derrota.

—Mira, bebe y consuélate (le decía con tono cómico el borracho). Alégrate como yo, y verás cómo te olvidas hasta de tu Filis. No llores, hombre, no llores.

Amostazado Bosch, salió de la casa; y al sentarse junto á su novia, la Filis que decía su amigo, aún le duraba la impresión de la pasada rechifla.

Después que huyó del lado de sus camaradas, que no por reirse de él dejaban de apreciarle en su valor, el dueño de la casa se acercó á la chimenea, donde hablaban ya de otros asuntos, y dijo, dirigiéndose á uno, oven y distinguido ju-

risconsulto, cuyo talento le ofrecía un brillante porvenir, y que por ser aún nuevo en los lunes de Morals, como se llamaba á sus comidas, se había contentado con oir:

—¿Qué le parece á V.? Es un ángel en figura de hombre. Jebranis tiene el don de exasperarle en cuanto la toma con las mujeres y el matrimonio.

—Sí, verdaderamente (repuso el aludido); se conoce qne tomó en serio sus argumentos. Y el caso es que discurre bien. Ha dicho lo que es el matrimonio, cosa no tan fácil como á primera vista parece.

—Sin embargo, creo yo que, dadas nuestras costumbres, es asunto más cerca de los disparates de Jaime que de sus ideas optimistas.

—¿Y por qué optimistas?

—¡Caramba! ¿Le parece á V. poco, basar la dicha en un albur cuando se lleva en contra una mayoría de probabilidades? Pues las pasiones que obcecan, la educación, que tanto vale para elevar al hombre sobre su nivel natural si es buena, como para destruir en él ciertos im-

pulsos nobles que le son innatos si es mala, unidos á mil circunstancias más, hacen que la mayoría de casamientos se efectúen entre dos personas que se engañan entre sí con premeditación, ó están ciegos por una especie de afecto que alucina y todo lo embellece.

—Quite V. el albur, y desaparecerá el peligro.

—Mas ¿cómo?

—Por medio de una transacción entre las leyes, á mi juicio demasiado exigentes, y las costumbres, á mi entender también, algo depravadas. Quitando á las unas cierta exagerada tendencia á fundar las otras (que deben regularizar tan sólo) en intereses puramente morales; y haciendo de manera que estas últimas se depuren y sustituyan por razones de fundamento, lo que son rutinas viciosas. Aquí mismo, en una reunión de personas ilustradas, donde es bien seguro que la maternidad, por ejemplo, no se hubiera tratado con ligereza, si por un azar hubiéramos hablado de ella al hacerlo de la mujer, hemos discutido á la esposa, fundamento de la madre; nos hemos burlado de quien

la tomaba en serio, y los mismos que tal vez ni en broma hubiésemos discutido lo atentatorio á la sociedad de los hombres, hemos anatematizado el matrimonio, base indispensable de esa sociedad misma. Es decir, inconscientemente, al declararnos partidarios acérrimos del celibato, somos aún más temibles que si conspirásemos contra el derecho de propiedad, por ejemplo; porque si talentos superiores consideraron posible una colectividad socialista, sólo á quien no piense ó no diga la verdad de lo que piensa puede ocurrírsele crear esa colectividad social sin familia, y por consiguiente sin matrimonio, como base de una y otra.

—Fuera de quien defiende la esclavitud del hombre con la suegra erigida en gran inquisidor.... (gritó el borracho con tono tan patético, que todos, incluso Paz, se rieron). Noé, que inventó el vino, fué quien primero dijo el refrán más sabio y más práctico de todos los refranes: «Antes que te cases, mira lo que haces.»

—Y sin embargo se casó,—objetó Paz riendo.

—Sí; pero antes de descubrir las cepas y el

delicioso zumo de las uvas,—replicó el que interrumpió primero el discurso.

—Vamos (dijo Jebranis, siempre deseoso de hacer rabiar á todo el mundo). Si en vez de aquella mujer que yo me sé y me callo, hubieras tropezado con otra, á estas fechas....

—Sería yo otro hombre, es verdad. En vez de un escéptico, sería un ser del todo feliz, ó, quién sabe si mi desventura aún me causaría más pena viéndome encadenado á una fiera incapaz de comprenderme, como el inocente que arrastra el grillete junto con un asesino (repuso el borracho con viveza, y como si el doloroso recuerdo disipara por un momento su embriaguez). Yo no te diré que no pude ser feliz: lo que sostengo es que por riesgo de una equivocación irremediable.... no probaré fortuna casándome.

Fué tan amargo el tono de estas últimas palabras, que se impuso á todos. Cortóse la discusión por común y tácito convenio, y á poco los asiduos comensales de los lunes de Morals separáronse, para acabar alegres la noche en teatros, cafés ó salones.

CAPÍTULO IX.

Tan lejos estoy yo de considerar perfectamente libres todos los actos de los hombres, como de admitir en absoluto la idea de lo fatal, de lo que *está escrito.*

Para lo primero, me basta ver de qué modo ejercen las circunstancias una influencia enorme sobre las acciones humanas.

Para lo segundo, necesito solamente observar en mi mismo individuo, cómo ejecuto mi voluntad cuando no se oponen á ella obstáculos insuperables.

Ahora bien: no basta *querer* una ccsa; preciso es la posibilidad de ejecutar lo que se quiere.... y el imposible está en razón inversa de las fuerzas de quien *quiere.*

Si fuera dado al hombre prescindir de la materia, libre en absoluto el espíritu, se reducirían

la humanidad y el mundo en que vive á una sociedad de ángeles y una sucursal del cielo. Mas como quiera que no sucede así, fuerza es convenir en que es *fatal* la marcha de los sucesos, consecuentes á un hecho ejecutado más ó menos libremente en el fondo, y muchas veces ajeno á la voluntad del individuo, en cuyo caso la facultad de querer queda limitada á modificar las circunstancias que nos rodean.

El adagio tan antiguo que dice *Bien venido mal si vienes solo*, fúndase en la idea expuesta. Los males, como los bienes, se suceden como consecuencia unos de otros, y el primero se manifiesta preparado de antemano por sucesos al parecer insignificantes, como estalla la mina cuando los trabajos concluyeron y el fuego de la mecha llega á determinar la explosión, sin que quien ignora su existencia pueda pensar en ella antes de experimentar sus desastrosos efectos.

Por espacio de seis años, la vida de nuestros personajes se deslizó como se desliza un manso arroyo; reune caudal de aguas poco á poco, y

aglomérase sobre el dique, hasta que falta en un momento la resistencia. Roto el freno, los sucesos se hicieron dignos de contarse, porque excedían lo ordinario; la existencia de todos los hombres que tomaron parte en ellos, trocóse de arroyo en torrente, y las ondas cristalinas se convirtieron en mugidora cascada.

Al reanudar el hilo de la presente narración, todos los personajes que conocemos, y algunos que hemos de conocer, se hallan en Madrid.

Carlos y Margarita, en su elegante casa, siendo la envidia de todo el mundo.

Beatriz y Rafael con sus dos niños, al lado de su tío el duque de Campo Redondo, que, convencido de que entre una esposa joven sin amor, ó dos hijos amantes, vale más lo segundo para un viejo millonario, depuso sus rencores por el desaire que le hizo su única sobrina, renunció á casarse con otra, y los llamó á su lado con tan buena suerte, que á todos decía que su mayor pesar era no haberlo hecho desde el día en que la dejó marchar con su marido á Valladolid, después de la boda.

Jaime Jebranis, encargado de los poderes para manejar los intereses del marqués de Valdegarcén, era querido como un hermano, y retribuído con esplendidez.

Monina, causando admiración á todos, y siendo motivo de las fábulas más peregrinas, vivía encerrada con sus padres ancianos y achacosos en su hotel de la Castellana, hecha un hombre de letras, una artista y una hija modelo de amor filial.

Lorenzo, siempre tan bueno, seguía compartiendo su cariño entre Carlos y Ramona.

Y Pepe Morals, rodeado de su cohorte, daba fin á su fortuna en aras del lujo y la vanidad, bajo las formas de la esplendidez.

Era el 2 de Enero de 18...., nevaba, soplaba el cierzo, y todo presentaba igual aspecto que el día de la boda de Montaral y Margarita. Esta, extendida junto á la lumbre en cómoda butaca, calentaba sus piés apoyándolos sobre el guardafuegos de bronce colocado delante de la chimenea, y con los ojos entornados, debía pensar algo muy alegre, porque sonreía á intervalos y

expresaba en su rostro la mayor complacencia.

—¿Da V. E. su permiso?—dijo una voz de mujer junto á la puerta.

—Entra, Emilia,—contestó Margarita incorporándose.

Una mano apartó las cortinas que cerraban el paso; apareció un gran bulto envuelto en un paño blanco y sosteniéndole entre sus brazos; una joven morena, bajita, vestida de negro con delantal de batista cuajado de puntillas, penetró en la estancia; colocó el lío sobre un diván, y volviéndose hacia su señora, dijo:

—Son los vestidos que llegaron hace poco. ¿Quiere la señora Marquesa que los desenvuelva?....

—Sí (repuso ésta). Veamos si Wort me ha entendido.

Emilia quitó un sinnúmero de alfileres; descubrió ótro paño más fino, y por fin dos trajes, o blanco y ótro azul muy claro; de gró magico el primero, y de raso el segundo; aquél ornado con flecos y bordados de oro, y éste n encajes de color amarillento; púsolos sobre

dos butacas, y se retiró á respetuosa distancia.

Margarita los contempló seria y desde lejos primero; acercóse, y fué observando hasta los menores detalles, mientras su rostro se dilataba con señales de agrado, y cuando volvió á sentarse, se sonreía gozosa.

—Es lo que yo deseaba. No hay duda que puede una fiarse del modisto parisien. Tiene gusto, es espléndido en sus confecciones, y sabe entender á sus parroquianas.

—¿Los probamos?....—interrogó Emilia.

—Sí,—repuso la joven Marquesa, comenzando á desabrochar la bata forrada de pieles en que estaba envuelta.

Cuando quedó en enaguas, púsose en pié de nuevo, fué á colocarse delante de un espejo de luna situado junto al balcón, y desatando las trencillas sujetas delante de su talle algo grueso, tiró de ellas extendiendo los brazos hacia los lados, y dijo poniéndose encarnada por el esfuerzo:

—Aprieta bien, Emilia.

Y cruzando las manos por delante, contenía

el aliento, en tanto que la doncella forcejeaba para comprimir las carnes dentro de aquella especie de prensa de seda y ballenas, llamada corsé. Cuando la compresión fué tal que satisfizo á la víctima, ésta suspiró con pena, removióse para asentar las ropas interiores, encogió los hombros, alzó los brazos hacia el techo, y volviéndolos á bajar, exclamó:

—Venga el traje azul.

La joven sirviente la ayudó á ponérselo.

Ella se miró de frente reflejada en el espejo; en seguida por uno y otro lado; luego por detrás, valiéndose de uno pequeño que Emilia le ofrecía al volverse de espaldas, y concluído el examen, dijo:

—¿Qué te parece?....

—Á mí, superior. ¿Y á la señora le gusta?

—Sin duda. Es cual yo quería. Veamos el otro.

La misma operación tuvo lugar para probar el blanco; mas al mirarle por detrás, el rostro de Margarita se contrajo con muestras de disgusto, y exclamó con agrio tono:

—¡Vaya! El que más gustosa estaba yo en llevar el día del baile, viene inútil; mira qué arruga junto al hombro; mira qué facha de bolsas debajo de los brazos; mira qué ridículo escote, que parece dirigido por un papá mojigato....

—Pues yo, señora, no lo hallo mal,—dijo con tono conciliador Emilia.

—¿Tú qué entiendes de esto?....

—¡Pero, señorita, si eso se compondrá fácilmente!

—¿Quién lo arreglará, tú?

—La modista de la señora.

—¡Valiente arreglo haría!.... ¡Vaya, que no sirve! ¡Nada, que no sirve!....

Y roja de cólera, empezó á desabrochar los botones; hizo saltar uno, y como si aquella fuera la señal de destrucción, tiró con furia, rasgó los ojales, arrancó furiosa flecos y adornos, arrugó la tela entre sus dedos crispados; pinchóse con un alfiler que por olvido no quitó la criada al desempaquetar los trajes, y al ver la blanca seda teñida de sangre, volvióse hacia

la joven, que la veía hacer aquello llena de susto, y tomando un búcaro de encima del velador inmediato, gritó:

—¿Ves? ¡Sangre!.... ¿Llegarás á no ser bestia?....

Y se lo arrojó frenética, con tal fuerza, que fué á hacerse trizas contra el muro, forrado de tapicería, sin tocarla en la cabeza, porque la bajó ella oportunamente.

En esto, el vestido caía en tierra; la joven lo recogió llorando, y Margarita, sombría, pálida y muda, se vistió la bata de nuevo, y sentada junto á la lumbre, se comprimía con el pañuelo el dedo herido, y lanzaba furibundas miradas á Emilia cada vez que veía aparecer una mancha roja sobre el blanco lino.

Cuando la sangre acabó de salir, echóse atrás en la butaca, y sin mirar á la criada, le dijo con acre acento:

—Recoge los trajes y los tiestos del jarrón, y vete.

—¿Hay que llevar el blanco á la modista?.... preguntó la doncella tímidamente.

Margarita volvió la cara sin replicar, y la pobre muchacha, después de obedecer en silencio, salió.

La Marquesa, alegre, no era bella, pero sí atraía con su rostro simpático y su picaresco sonreir.

Dominada por la cólera, era otra mujer: su fisonomía se trocaba de agradable en repulsiva. Había algo repugnante en sus ojos al centellear, y su boca, contraída cuando una mala pasión rugía dentro de su pecho, daba á su cara un aspecto de fealdad poco común.

Á su carácter colérico por excelencia, llamábase por todos, y aun por ella misma, *genio fuerte*, y á la vanidad que la dominaba en absoluto, al afán de ostentar galas y riquezas, se la disfrazaba con el nombre de elegancia, y así se convertía en cualidad envidiable un defecto garrafal.

Carlos, por el contrario que ella, tenía el carácter dulce, y con los años y la experiencia habíase apagado su impresionabilidad. Cuando pasó el período álgido del entusiasmo por la es-

posa, á su regreso, después del viaje por Italia, Alemania y Francia en compañía de ella, parecióle naturalísimo emprender la vida ordinaria de las personas que viven en la alta sociedad. Un marido pegado á su mujer á todas horas, amante como el primer día después de un año de matrimonio, es un tipo grotesco, y él no quería servir de objeto de risa.

Es cierto que la amistad que hallaba en su esposa en sustitución del amor de la luna de miel, le satisfacía menos que este último; pero también es verdad que fuera una ridiculez exigir imposibles, y tal era un amor frenético, absorbente, que redujera todo el mundo á la dicha de amarse. La sociedad tiene exigencias, y fuerza es transigir con ella.

Un día Margarita estaba exaltada; por una futesa surgió una querella; se descompuso, cediendo á la violencia de su genio, y alguna frase dura salió de sus labios, porque la confianza debilitó el dique formado por la educación, é hirió el amor propio de Carlos. La querella tomó proporciones, y cuando, para ponerle término,

el joven dejó la estancia de su mujer, ésta lloraba, y él, mohino y pensativo, sentía cierta especie de vergüenza, recordando los días en que consideraba á su novia como el prototipo de la esposa. Aquella deprimía su dignidad de jefe de la familia, y era menester cohibirla. Insensiblemente fué desplegando una energía tanto más extraña, cuanto que contrastaba con la pasada benevolencia, y las pequeñas reyertas fueron poco á poco haciéndose frecuentes, efecto de la mutua prevención, hasta producir el disgusto consiguiente á la falta de paz dentro del hogar.

Hallábase Margarita á punto de ser madre, cuando una caída que sufrió al bajar de su carruaje, la produjo un aborto, que puso en grave riesgo su vida.

Aquella larga enfermedad sirvió de motivo para aumentar el alejamiento de una manera rapidísima: fué preciso habilitar una habitación para el esposo, no siendo posible que usara el mismo lecho que la enferma ó uno contiguo; los dolores agriaron más el carácter de la joven Mar-

quesa, y durante la convalecencia, las escenas violentas en que Carlos tenía que sufrir y callar por prudente respeto al estado de Margarita, llegaron á ser tan continuas, que aquél buscaba la calma de su alcoba solitaria y la compañía de personas extrañas, con cierta especie de ansia.

El total restablecimiento de la salud de la joven no mejoró la situación. Margarita y Carlos se hallaban mútuamente incómodos; lamentaban en el fondo de su alma defectos del uno y del otro, ocultos hasta entonces por la benevolencia, hija del cariño; sus caricias tenían la frialdad de lo que es una costumbre; no les ofrecían el encanto del amor; sentíanse los dos atraídos por la libertad relativa de aquella independencia, resultado de la separación dentro de la misma casa, y, por lo tanto, no pensaron en ocupar de nuevo el lecho común.

Uno y otra se hubieran opuesto á romper de una manera definitiva los lazos que les unían; uno y otra echaban de menos días venturosos de dulce intimidad.... y, sin embargo, ninguno se esforzaba por robustecer lo que moría por con-

sunción; el amor que, espantado por el frío, apenas daba señales de vida dentro del alma, envuelto en el sudario de la desilusión, que tanto más le helaba cuanto más se envolvía aterido dentro de él.

Este género de vida á nadie extrañaba. La mayoría de las mujeres soñaban con un tipo de marido como Carlos, y la mayor parte de los hombres envidiaban á la esposa fiel y tolerante.... Y, sin embargo, había amargura en el placer del lujo y de la vanidad satisfecha de Margarita....

¡Causaba triste encanto á Carlos aquella vida sin aspiraciones....!

CAPÍTULO X.

Antes del matrimonio de Carlos, nunca hubo intimidad entre Margarita de Irrueca y Ramona Pallás, por más que las dos se llamaran amigas y se vieran muy á menudo en lugares que una y otra frecuentaban. Y si por sus opuestos gustos y sus diversos caracteres nunca pudieron intimar, claro es que los amores de la primera con Montaral fueron una nueva causa para que Monina, por una evolución del alma, imperceptible para ella misma, acentuase más la divergencia, que, por su parte, no evitó la futura Marquesa.

Esta antipatía latente, instintiva, por decirlo así, entre dos mujeres enamoradas de un hombre mismo, aunque sintiendo cada una el amor de cierta manera bien distinta, se definió de un modo concreto cuando Monina abrazó á su hermano adoptivo en la estación del Norte momen-

tos antes de partir el tren. La mirada que entre ellas se cruzó fue una especie de reto, y, siquiera por un momento, las dos se aborrecieron.

La baronesa de Brockel, gran conocedora del corazón de los individuos de su sexo, dice «que todas las mujeres comprenden el amor; sólo que mientras unas sintetizan todas sus aspiraciones de amante en este pensamiento: *¡Cuándo será mío!*, otras las condensan en esta frase: *¡Cuando seré suya!*» Margarita era de las que piensan lo primero; Ramona de las que sienten lo segundo; y así como ésta hubiese amado por impulsión natural todo lo que amase Carlos, siempre que no le impidiera *ser suya*, aspiración única de su espíritu, á la recién casada le era imposible no aborrecer todo cuanto pudiera servir para hacerle perder un solo átomo del dominio sobre el corazón de Carlos, en su afán de poseer en absoluto, con exclusión de todo otro afecto que no fuese amor, al hombre en que cifraba todos sus ideales.

No eran, pues, *celos* lo que pintó una mirada de odio en los ojos de Margarita, ni fué *envidia*

lo que á Monina puso fuera de sí misma, hasta hacerla olvidar las conveniencias sociales.

El amor de la recién casada, exclusivista, dotada de un egoismo atrabiliario, no vió en aquella despedida más que la expansión de la hermana cariñosa; pero aborreció al ser que robaba un beso que creía suyo.

Ella, que era pobre, y estaba segura de que ningún interés más que el amor la hizo marquesa de Valdegarcén, no podía suponer entre Carlos y Monina más que afecto de hermanos, y no sospechó otra cosa; mas, sin embargo, sintió envidia, y le parecieron antipáticos aquellos seres amados por su marido, aunque no aminorasen el sentimiento que á ella le profesaba; hizo extensiva á toda la familia su repulsión, y cuando el tren partió y se vió sola con él, le pareció tan *suyo* como le deseaba.

Hasta que la primera reyerta descompuso á Montaral y dibujó el primer punto negro en el horizonte de su felicidad, la influencia de su mujer le apartó muy considerablemente del trato con los suyos, á tal punto, que pasaron á veces

varios días sin que los viese. Monina, haciendo una vida tan retirada como ya se dijo, frecuentaba poco la casa de su hermano adoptivo, y con esta conducta fomentó el alejamiento.

Mas cuando la paz comenzó á no fijar siempre su asiento en el hogar de los marqueses de Valdegarcén; cuando Carlos se encontró *sólo* en algunos instantes de amargura, buscó por instinto un refugio en quienes le ampararon niño y desvalido, y á medida que su mujer se hacía más violenta, cuanto más *solo* le fué dejando, más y más halló cariño y consuelo en el pacífico hotel del Paseo de la Castellana.

Sucedía con frecuencia que á su regreso, después que unas cuantas horas de reposo cerca de su antigua familia habían devuelto la calma á su espíritu, molestado por una disputa con su mujer, se renovaba la contienda, y el contraste hacía más desagradable el carácter de Margarita.

Ésta se crispaba al ver el proceder incomprensible de Carlos. Es verdad que su genio era violento; ella misma lo reconocía y lo lamentaba. Pero si era así; si no podía evitar aquel

primer pronto, del que luego se arrepentía, ¿qué iba á hacer?

¡Bien hubiese querido poseer aquella empalagosa calma de la *Pavita de oro*, muy mona, muy buena, muy dulce, pero que ni sentía ni padecía!.... ¡Es claro! En aquella casa, donde en mal hora halló Montaral una familia postiza, le darían la razón, la pondrían al nivel de los tigres de Bengala, á ella, que, con su carácter fuerte, amaba á su marido más que todos ellos juntos pudieron amarle en toda la vida....

—Si Carlos se hubiese tomado el trabajo de estudiarme, es bien seguro que no sucedería esto (pensaba á ratos, luego de pasada la furia). Si cuando riño con él, en vez de marcharse de casa, esperase un poco, pasado mi primer pronto, yo iría á buscarle si á mano viene, y le pediría perdón por esas injurias que le hago, según él, cuando dejan de ser injurias desde el momento en que las digo fuera de mí.

Pero no; le es más grato ver al bueno de don osé con su calva y sus canas, hacerle la corte á oña Micaela con un amor de cincuenta años y

pico, mientras *la hija modelo* pinta un mamarracho ó discute con mi marido sobre unas filosofías que ella misma no entiende....

¡Yo no sé por qué Dios no hizo que se enamorase de su hermana de pega, y que yo no le quisiera! ¡Entonces sería tan feliz como yo no sé hacerle! Para conseguirlo, habría de volverme una gansa como Monina, filósofa y artista de novela....

Y con este ú otros discursos que ocupaban la mente de Margarita por espacio de algunas horas, se preparaba un nublado, que descargaba sobre el pobre Carlos no bien volvía junto á su mujer, siempre que la Providencia no deparase una diversión, ó cosa así, que, halagando la vanidad ú otra de sus pasiones, distrajeran su actividad, siempre dirigida por el egoismo.

Aunque lentamente fueron disminuyendo estas escenas, muy frecuentes al principio, nunca llegó á aminorarse siquiera la inquina de Margarita contra la familia de Ramona. La costumbre puede mucho, y el hábito logró hacer que aquélla se conformase con el alejamiento de

Carlos, que, como un astro, después de recorrer una órbita irregular, volvía al punto de partida, modificado apenas en el fondo, al cabo de seis años. Pero así y todo, en momentos de reacción, cuando, á su vez, la marquesa de Valdegarcén recordaba los tiempos primeros de su matrimonio y se veía sola, lamentaba su suerte, hacía un esfuerzo por revivir el pasado bienestar, y cuando una querella, después de algunos días de calma, alteraba de nuevo la paz apetecida y fatalmente quebrantada, al ver á su marido huir de ella y refugiarse nuevamente en su antigua casa, atribuía el hecho á una atracción ejercida sobre él, y no pocas veces el sarcasmo y hasta la grave injuria contra D. José Pallás, doña Micaela ó su hija, fué causa de serios disgustos, que acendraban el amor del esposo hacia ellos, al paso que añadían una razón más para aborrecerles en el ánimo de Margarita.

He aquí la disposición moral de algunos de los personajes más principales de esta historia, que precisaba fijar para la buena inteligencia

de los acontecimientos que van á relatarse en los capítulos siguientes, como consecuencia de circunstancias y hechos, al parecer sin valor, sucedidos en el transcurso de seis años, desde la boda de los marqueses de Valdegarcén.

CAPÍTULO XI.

Cinco días antes del en que comienza á desarrollarse de nuevo la historia de los personajes de mi historia, Carlos fué despertado muy de mañana por Lorenzo, contraviniendo la orden recibida al acostarle la noche anterior.

—¿Qué quieres?—dijo entre sueños el joven, al sentir la mano del viejo servidor que le tocaba en el hombro.

—Acaban de traer esta esquela de casa de Monina. Es urgente, y por eso te llamé antes de la hora acostumbrada. Según dice Julián, que la trajo, parece que D. José se ha puesto muy malo.

Así diciendo, abría Lorenzo el balcón, mientras Carlos, sentado rápidamente sobre el lecho al oir tales palabras, rasgaba impaciente el sobre y leía el billete, que decía así:

«Papá ha pasado muy mala noche. El médico dice que ofrece algún cuidado su mal. Figúrate cómo estaremos la pobre mamá y yo. Ven en seguida.

»Tu hermana,

»MONINA.»

No bien acabó la lectura, saltó Carlos del lecho, y envolviéndose en su bata, dijo al tiempo que entraba presuroso en su tocador, inmediato á la alcoba:

—Ve, y que enganchen la berlina en seguida, mientras me visto.

Salió el viejo, y media hora después el joven se apeaba frente á la puerta del hotel de sus padres adoptivos.

—¿Dónde están las señoras?—preguntó al primer criado que encontró á su paso.

—En el cuarto del señor, con el médico,—replicó éste.

Sin esperar más, subió Carlos precipitadamente la escalera, llegó al primer piso, atravesó

varias estancias, y por fin dió con las personas que buscaba.

El caso era efectivamente serio: Monina no exageraba al declararse atribulada como su madre. D. José Pallás, anciano y achacoso, estaba atacado de una pulmonía de las más graves, y el doctor Loarre no auguraba nada bueno.

Desde aquel momento el hijo adoptivo se constituyó en enfermero, y con ayuda de Monina y doña Micaela, cooperó con su asiduo cuidado para ayudar á la ciencia á verificar una especie de milagro, pues tal fuera la curación del enfermo, cuya débil naturaleza era incapaz de obedecer á la acción de los medicamentos, impotentes por sí mismos para llenar su objeto.

Al comenzar la tarde del día 2 de Enero, D. José parece que experimentó alguna mejoría; durmióse relativamente tranquilo, la fiebre había disminuído, la respiración se hizo más regular, y Loarre dió alguna esperanza, siquiera en el concepto de ganar tiempo y libertad para poder obrar con energía combatiendo el mal.

En cinco días, ni Ramona ni su madre ha-

bían descansado un momento: obligóles Carlos á retirarse para dormir hasta la noche, y ellas, confiadas, cedieron á sus ruegos, dejándole solo con Lorenzo á la cabecera del paciente. Al declinar la tarde, despertó éste, lanzó un suspiro, y al propio tiempo fijó sus ojos en el joven, que á su vez le miraba con interés. Lorenzo dormía sentado en el gabinete inmediato.

—¿Cómo se encuentra V.?—preguntó Montaral.

—¡Mal, hijo mío!.... Conozco que me muero.

—¿Quién piensa en morir?....

—Yo pienso, y pienso con angustia.... (repuso el enfermo con voz dolorida.) ¡Monina y Micaela.... se quedarán tan solas!

—¡Vaya! (dijo el joven conmovido); deseche V. esos pensamientos tristes. Loarre ha dicho....

—Diga lo que quiera el médico, yo sé que me resta muy poco tiempo de estar entre vosotros. Tengo que hablarte, y quiero hacerlo antes de perder la poca energía que me queda. ¿Puedo contar contigo?....

—¿Y me lo pregunta V., sabiendo que le amo como á un padre?....

—Pues bien; oye lo que voy á encargarte. Nunca olvides que tienes una hermana en mi hija, y una madre en mi esposa: sé un hermano y un hijo para ellas. Muero tranquilo, porque confío en ti: pobres mujeres, no les bastan las riquezas para contrarestar los vaivenes de la vida; tú que eres fuerte, ampáralas.... y ahora prométeme no despertarlas mientras no veas que comienza mi agonía. Quiero morir viéndolas; pero también quiero que sufran lo menos posible.

Á poco de haber dicho estas palabras, D. José cayó en una especie de sopor, del que no debía salir ya. Su muerte fué lenta, sin ruído, como muere la luz á quien falta aire poco á poco. El alma pura de aquel anciano feliz y siempre honrado, abandonó su cárcel material sin esfuerzo, pero sin deseo, con dulzura, como quien emprende un viaje esperado mucho tiempo, no como el cautivo que huye rompiendo las cadenas por súbita suerte.

Carlos era á la vez hijo con el corazón y amigo predilecto de la familia del muerto ante el mundo. Su dolor, pues, no le autorizaba para prescindir de los deberes que en casos tales impone la amistad. Preciso fué hacerse superior á la pena y proceder como correspondía. Él fué quien obligó á las pobres mujeres á dejar la estancia mortuoria; él tuvo que dar todo género de disposiciones á criados y extraños para que ningún detalle faltase, y cuando, bien entrada la noche ya, hubo terminado su cometido hasta el día siguiente, abrazó á su hermana adoptiva y á doña Micaela, y, cediendo á la necesidad, trasladóse á su casa, no sin dejarlas en compañía de personas amigas que le sustituyeran cerca de ellas.

Tenía un gran corazón, y al penetrar en su coche, dejóse dominar por el dolor, y rompió á llorar, como quien llora á un padre amado. Él no había conocido otro, y era un buen hijo.

CAPÍTULO XII.

Después de la escena ocurrida entre Margarita y su doncella con motivo de la prueba de los trajes de baile, la primera quedó en su gabinete, excitada y nerviosa por la cólera.

Poco á poco fué recobrando la calma; bordó un rato, escribió una carta, y, por último, tranquila del todo ya, tomó un periódico de modas, y entretúvose leyendo mientras la luz del día se lo permitió.

Cuando ya no le fué posible leer, abstrájose, y algo muy grato debía pensar, si se juzga por la sonrisa que animaba su rostro, iluminado débilmente por el reflejo de los tizones que ardían en a chimenea.

El 4 de Enero acostumbraba celebrar el aniversario de su matrimonio con un baile; ella sería la reina de la fiesta, y al imaginar que

una vez más deslumbraría con su lujo y su elegancia á la sociedad madrileña, hallábase feliz por completo. Era día 2: faltaban sólo cuarenta y ocho horas para que sus imaginaciones se convirtieran en realidades encantadoras....

El ruído del carruaje de Carlos, rodando sobre las losas del portal, la sacó de su ensimismamiento: á poco entró aquel, y, dejándose caer sobre una butaca enfrente de ella, dijo con tono dolorido:

—¿Sabes lo que pasa, Margarita?....

—¿Está peor Pallás?

—¡Ha muerto esta tarde!....

—Pero cuando yo estuve esta mañana me dijiste que estaba mejor.

—Fué una mejoría ficticia, precursora de la muerte.

Un profundo silencio siguió á estas palabras; y cuando una doncella acudió, trayendo una lámpara encendida, al oir el sonido de una campanilla agitada por la joven Marquesa, el elegante gabinete ofrecía extraño aspecto por la escena, poco común entre los esposos, que se represen-

taba en él. Carlos, con la vista fija en el fuego, estaba sombrío, y su semblante revelaba un dolor muy agudo. Su esposa le miraba con expresión de lástima.

Él se había dirigido en busca de su compañera por instintivo impulso, ansioso de consuelo.

En el corazón de Margarita agitábase un bello sentimiento.

—¡Vaya, hombre, anímate!.... ¡Sensible es la desgracia; pero no tan grande como para desesperarse!.... ¡Era un excelente amigo tuyo, y, como hombre, era tan bueno, que de seguro está en el cielo.... mejor que nosotros!....

—¡Le amaba como á un padre!....

—¡No tanto!.... Fué tutor tuyo, y te quería mucho; pero no estás en igual caso que si te hubiera dado la vida.

—Yo no conocí más familia que la suya. Los lazos de la sangre poco importan, cuando el corazón los crea.

—Supongo que pensarás aplazar la fiesta del fa 4....

—Por este año, fuerza será suprimirla....

—Mas las personas á ella invitadas....

—Comprenderán que, después de lo ocurrido, es natural el luto; más natural que la alegría.

—Tú eres el dueño de la casa y mi marido; harás, pues, lo que quieras; pero creo que parecerá ridículo verte colocado en el mismo caso que si se tratara de un pariente.

—No habrá persona sensata que nos critique.

—Yo me tengo por tal, y lo hallo fuera de tono. Además, yo no era *nada* de ese pobre señor. Me figuro que no pretenderás que sea solidaria de tu extraña manía.

—Si la pena que yo siento no tiene valor para ti; si tú, que eres mi esposa, no ves reflejada en tu alma mi pesadumbre, eres dueña de obrar como gustes. Pero en lo que á mí se refiere, me creo asimismo libre. Mi casa vestirá luto, como si el hombre que me amaba como á un hijo me hubiera dado materialmente el ser.

—De modo que esa fiesta á que Madrid entero está invitado....

—Se suprimirá por este año....

—Y esta casa....

—Reflejará en su servidumbre y en sus costumbres el duelo de su dueño.

—Así, pues, yo no soy nadie....

—¡Eres mi esposa!....

—No; ¡soy tu sierva!.... Soy un ser á quien toleras por necesidad, pero á quien detestas; soy una víctima de tu violencia.... y nada más.

—Creo, Margarita, que nunca olvidé lo que te debo y me debo á mí propio. Tu genio violento nos desunió en parte; en el fondo yo soy siempre el mismo.

—No es cierto. Tú no me amas hace mucho tiempo; te sirvo de rémora.... ¡porque amas á otra!.... ¡Ahora lo comprendo todo!.... ¡Ahora comprendo la ostentación de tu dolor por la muerte del que llamabas tu segundo padre!.... ¡Es un tributo que rindes á tu manceba!.... ¡Llorando al padre.... halagas á la hija!.... Tal para....

Como mordido por una serpiente, alzóse Carlos de su asiento, y tal indignación revelaba su rostro, que Margarita no se atrevió á concluir la frase.

—No; tú no puedes comprender ciertas cosas, porque ni tienes corazón, ni tienes sentido moral (dijo). Me has herido en los seres que amo más que á ti; sí, más que á ti, miserable mujer egoista, atenta sólo á ti misma. Entiendes tú que eres mi esposa, porque nos unen vínculos legales, cuando convertiste mi hogar en un infierno por tus violencias, y ahuyentaste el amor con tu vanidad loca; te crees con derecho á mi amor cuando me das desvío, y no te explicas que se llame padre al que tal fué, sin que la naturaleza ni las leyes le impusieran deberes ni le dieran derechos; ni que, sediento de ternura, vaya á buscarla en el hogar que me dió calor en mis primeros años; yo, que en el mío solo encuentro hielo. Tú no comprendes que se ame de un modo desinteresado, porque no te cabe en el alma el desinterés. Y no alcanzas á explicarte que se agradezca el cariño espontáneo de los extraños que nada nos deben, porque no sabes ser siquiera agradecida.

—¡Me echas en cara que era pobre!....

—No; yo no te echo en cara lo que no es ver-

gonzoso. Yo te amaba, y me desilusionaste; yo hice esfuerzos por conservar nuestro consorcio, y hasta transigí con mi dignidad de hombre al soportar tus genialidades, y tú, creyendo sin duda que era temor mi prudencia, abusáste hasta el infinito, dando rienda suelta á tu carácter violento: me separé de ti moralmente, y me resigné á vivir triste y solitario; tú, sin reparar en nada, te hiciste la mujer más vana del mundo; te engolfaste en la vida del lujo y la soberbia, y con guardarme fidelidad, pensaste que cumplías todos tus deberes. Aún callé y sufrí; pero todo tiene su límite, y no sufriré más, desde el momento en que mis dolores te son indiferentes. Yo también seré egoista. Entre nosotros concluyó todo; tú no eres mi esposa; eres mi querida legal.... ¡Con mi fortuna te sobra para ser feliz!.... ¡Vine en busca de consuelo, y me diste la última puñalada!.... ¡Adiós!....

Y así diciendo, Carlos salió de la estancia, presa de una excitación horrible, tanta como es necesaria para que un hombre bien educado como él llegue á insultar á una mujer.

Margarita le siguió con la vista mientras pudo verle; en su mirada había algo terrible.... Era el amor propio que se alzaba sobre todo, y expulsando del corazón lo poco que restaba de un afecto moribundo, abrió las puertas al odio y al deseo de venganza.

CAPÍTULO XIII.

Hablar por hablar, ó, mejor dicho, hablar por herir, sin que la palabra sea la expresión del pensamiento depurado por el juicio, es patrimonio de las personas dominadas por la cólera.

Monina era un objeto de cariño para Carlos; era su hermana, y la contrariedad, motivo del encolerizamiento de Margarita, procedía precisamente del afecto que su marido profesaba á la familia de Ramona.

Al envenenar la frase con la calumnia, la joven hería al hombre que la contrariaba, y ya que no conseguía realizar su deseo, descargaba su mal humor sobre una víctima inocente.... La expresión dirigida contra el cariño que unía á Carlos con la hija de D. José Pallás, fué, pues, lanzada sin pensar, y sin pensar la rechazó Montaral.

Pero cuando la reacción sobrevino, después que el llanto templó los nervios de la joven, y cuando el Marqués reflexionó, cambió el aspecto de la cuestión: la idea fué analizada, y del análisis resultó el juicio.

¿Había amado Margarita á su marido? He aquí una pregunta difícil de contestar á primera vista. Ó nunca le amó, ó la marcha progresiva de los hechos hizo imperceptible el cambio sufrido en su alma por un afecto que nació, ó, mejor dicho, que tomó cuerpo, dentro de un *sleping-car*, al son del acompasado estruendo de un tren, y al arrullo de besos y risas, y fué debilitándose hasta exhalarse en una mirada de odio, cuando el amor propio herido y el capricho contrariado hicieron ver al esposo bajo la forma del déspota.

Amárale ó no, el hecho es que el alejamiento de Carlos nunca la molestó, y la asiduidad con que frecuentaba la casa de sus padres adoptivos, le pareció siempre lógica y razonable.

Mas cuando á sangre fría recordó la escena ocurrida, al enlazar con la indignación de su marido

una serie de hechos que comenzaba en la despedida del día de su boda, y que con todos ellos constituía un cúmulo de pruebas del más profundo cariño entre Carlos y Monina, el reproche que en su ánimo se formulaba ya contra la violencia de su carácter y contra el despego á que atribuía aquel su alejamiento, se extinguió; reiteróse en lo dicho, y aun reconociendo, al juzgar con calma, que suspender la fiesta en que cifraba una ilusión hacía muchos días, era indispensable, so pena de exponerse á la crítica de las gentes, hallóse tan cargada de razón, que no se arrepentía de haber hablado de aquella manera.

El dolor que Carlos manifestaba por la muerte de una persona, sin más títulos que una antigua amistad para ser amado, era, á su juicio, exageradísimo, y en la exageración estaba el deseo de halagar á la hija afligida; el esposo que, alejándose de su mujer, no buscaba distracción fuera de la casa de su familia postiza, era indudable que hallaba en ella placeres más gratos que los encerrados en su propio hogar, y suponer que un hombre joven y vehemente podía con-

formarse con los que ofrece el amor fraternal, era ilógico. ¡Carlos estaba enamorado de Monina!.... ¡No cabía duda!

La extraña manera de ser de esta última fué el segundo punto en que Margarita fijó su atención.

¿No era chocante que una mujer joven y bella rechazase á cuantos aspiraban á su mano, hasta el punto de hacer proverbial su repulsión por el matrimonio? ¿Y no era aún más raro que, siendo tan seria y tan fría con todos los demás hombres, al tratarse de Carlos diera muestras de gozo y tierna solicitud?

Es cierto que se conocían desde niños, y, al decir de los dos, se amaban como hermanos; pero ¿cabe la amistad entre dos seres jóvenes y sensibles, sin más objeto que esos goces tan exageradamente puros, que tal vez existen sólo en la mente acalorada de los poetas?

De todas estas apreciaciones, y de otras más ó menos lógicas, que Margarita hizo analizando hechos, vino á parar en un punto, donde, reuniéndolos todos, formuló una consecuencia.

Debía suponer con fundamento que Carlos y Monina se amaban: ella estaba en ridículo, y era una víctima; su marido un mal esposo, que olvidaba sus deberes, y Ramona una mujer sin vergüenza.... Una esposa fiel como ella, con sólo su fidelidad, podía jactarse de cumplir con todas sus obligaciones.... y se jactaba. Quedábanle sus derechos vulnerados por un infame y una mujerzuela, y su decoro exigía hacerlos valer.

Al tomar carácter de hecho real la sospecha fundada, ella sabía cómo debía obrar.

Carlos, á su vez, cuando de la manera violenta que se describió en el anterior capítulo salió de las habitaciones de su mujer, penetró en su alcoba, y acostóse con el propósito de descansar; pero por más que la fatiga fuera muy grande, no alcanzaba á dominar su mente, excitada por el dolor y presa de febril agitación por una idea nueva.

En una carta escrita desde Turín, poco después de su matrimonio, decía á Monina: *creo que nunca me hubiera acostumbrado á llamarte mujer;* y decía verdad. Ramona para él

no tenía sexo, como no lo tienen los ángeles: era su hermana.

Pero este fraternal afecto, hijo de la educación, carecía de las poderosas razones morales en que se funda el que procede de la comunidad de progenitores; por eso aquel supuesto, que tanto le indignara, le pareció infame, no absurdo, después de bien pensado.

Reconocida la posibilidad de haber sido esposo de Ramona, como había hecho Margarita, recordó mil detalles, y comenzando por las palabras de Lorenzo cuando le aseguró que había una mujer enamorada que sufría por él, siguió trayendo á la memoria varios incidentes, y entre ellos su despedida de recién casado, la enfermedad de la joven, el cambio sufrido en su carácter y en sus gustos, que pudo observar cien veces desde que volvió de Italia, su repulsión hacia la idea de casarse, y, finalmente, acabó reconociendo que era posible que ella le amase. Siendo así, comparó cuán distinta hubiera sido su suerte, si en vez de la mujer frívola, irascible y mal educada, hubiese tenido por compañera á Ramona, tan for-

mal, tan cariñosa, y cuyo talento clarísimo la ponía fuera del círculo en que se desarrolla y vive la inmensa mayoría de las jóvenes. Carlos era infeliz antes de pensar de esta manera; mas, resignado con su destino, igual al de muchísimos hombres como él casados, y como él infelices relativamente, no le había maldecido nunca. Pero aquella sola idea bastó para trocarle en un instante: su posición no era una consecuencia natural de un hecho que produce siempre los mismos efectos, sobre poco más ó menos; era el resultado de un error.

Ramona, con el título de esposa, aparecía en el monótono horizonte de su vida con los resplandores de un planeta en medio del cielo oscuro de la noche; ¡era la dicha!.... Pero la dicha imposible de alcanzar, porque entre los dos se abría un abismo infranqueable. Margarita, emblema del deber, fría, pero poderosa al amparo del derecho, aparecía á su vez como una somra, y oscurecía el astro luminoso: y el amor, lespierto apenas, se ocultaba en el fondo del lma, espantado ante la conciencia que le gri-

taba *criminal* con su acento duro y poderoso.

El egoismo y las ideas del deber y la justicia se barajaban en el cerebro de Carlos, excitado por el dolor acerbo y por la fatiga corporal. Todos aquellos ideales, nacidos en momentos de dulce soñar, muertos poco á poco en el terreno de la práctica, y dados al olvido como lantásticas quimeras, después de pasada la efusión, se reanimaron, con sólo el pensamiento de ser realizables por medio de Ramona.... si posible fuera ponerla en el lugar de Margarita.

Poco tiempo bastó para hacer brotar un mundo de aspiraciones en el ánimo de Carlos, y menos aún fué menester para ahogarlas.

Aquel día comenzó su calvario, porque surgió en su pensamiento el afán de lo que *no debe ser*, y es infinitamente más desconsolador que aspirar á lo imposible por naturaleza, ver la dicha al alcance de nuestras manos y ser preciso para obtenerla saltar por encima de lo que en

nuestra alma figura entre el número de los deberes.

Rindióse por fin, y un sueño profundo, pero inquieto, que algo tenía de letargo, se apoderó de su cuerpo y calmó la lucha que se libraba en la mente.

CAPITULO XIV.

Cuando por la mañana despertó nuestro amigo, lo primero que hizo, sin darse cuenta de ello, fué repasar en su memoria los sucesos del día anterior.

Pensó en doña Micaela y en Ramona, que en aquellos momentos recordarían á sangre fría, como él, la triste ocurrencia, tan dolorosa como irreparable, que les privaba de un ser tan querido. Su dolor sería más lento, pero más hondo, pasado el primer momento de loca desesperación. Recordó en seguida las últimas palabras de D. José; recogió los cabos sueltos que en su mente dejara la especie de pesadilla que precedió al sueño de aquella noche; formó con ellos un conjunto bastante homogéneo, y al analizarle con calma, sintió como si el corazón se le oprimiera.

No era una ilusión hija de la juventud y la inexperiencia; el hogar era tal cual él le había soñado, y se engañaba de medio á medio cuando, al ver el suyo propio muy lejos del tipo ideal, quedó convencido de que el amor muere con la posesión, y el fuego santo del himeneo se apaga por sí mismo, falto de combustible, en un plazo más ó menos breve, pero de una manera inevitable.

Aquella mujer que le sirvió de segunda madre, y aquella joven á quien llamaba hermana, ahogándose de pena al perder respectivamente un esposo y un padre, servían de prueba para sostener su idea.

Los años de la una y la juventud de la otra no aminoraban ni acrecían el pesar; sentían lo mismo: ambas mujeres lloraban, y aquellas lágrimas evocaban en su alma los recuerdos de su niñez. La esposa, bella aún, que él recordaba amante y sumisa á su esposo, era la misma que con el cabello blanqueado por la edad manifestaba con su pena la existencia del amor vivo y joven dentro del cuerpo caduco. La hija, prototi-

po de la mujer fuerte, calificada de insensible por quienes no podían comprenderla, vertiendo amargo llanto también, era la encarnación de otro ideal que por espacio de largo tiempo le había sonreído..... Morir como su querido padre adoptivo, en medio del dolor de una familia, después de haber sido amado toda la vida, era la síntesis de las aspiraciones de Carlos cuando al pié del altar se unió con Margarita para siempre; sin temor de engañarse podía afirmar que no eran absurdas, pues que en la práctica veía la demostración....; pero indudablemente la esposa que, mientras él sufría, pensaba en fiestas y saraos; la mujer que le amaba menos que á sus galas y sus elegantes trajes; la que, viviendo bajo su mismo techo, estaba *sola* y le dejaba *solo*, no podía representar para él el ideal realizado....

¡En cambio Monina!.... ¡Era una locura pensar en semejantes cosas!.... Ramona, por distinto concepto, tampoco podía realizar una dicha imposible de toda imposibilidad. Estos pensamientos ocupaban su cerebro cuando su coche

se detuvo delante de la casa del paseo de la Castellana, y al encontrarse frente á frente de doña Micaela y su hija, en vano se esforzaba por dominar su emoción, producida por el vigor que adquirían sus ideas.

La una no podía dejar el lecho, postrada por la fatiga y el dolor; la otra, á su cabecera, serena, pero con la tristeza más profunda retratada en el semblante, le pareció otra mujer.

Era encantadora; su mirada inteligente y cariñosa penetró, por decirlo así, dentro del alma de Carlos, cuando besó en la frente á la que llamaba madre; hizo lo mismo con la que hasta aquel punto juzgó hermana, y ella fijó en él los ojos dulces y serenos en medio de un dorado marco de pestañas largas y sedosas.

—¿No te has acostado?....—le preguntó el joven en voz baja.

—No; mamá ha pasado la noche llorando, y ahora ya ves cómo está,—repuso ella con pena.

—Esto no será nada....

—Así dice Loarre.

—¡No os asustéis, hijos míos! (murmuró

con voz débil la pobre señora.) ¡He sufrido mucho, y no creo que Dios quiera reunirme aún con el hombre inolvidable á quien debí una existencia del todo feliz!....

Y así diciendo, doña Micaela prorumpió en sollozos.

—Mamá.... (murmuraba Monina, besándola con ternura); tranquilízate. El médico ha dicho que necesitas descansar: obedécele. Piensa que no te perteneces. ¡Qué sería de mí si te perdiera!....

Aquel cuadro de cariño sublime hubiese impresionado á cualquiera, por tranquilo que tuviese el ánimo. Carlos, que estaba muy lejos de tener aquella tranquilidad, apenas podía contener el llanto, y gruesas lágrimas se escapaban, á su pesar, resbalando por las mejillas, para perderse entre los rizosos cabellos de la barba negra y brillante.

Al mismo tiempo que el dolor propio se au-ıentaba con el espectáculo del dolor de seres n queridos, cierta especie de consuelo parecía ısanchar su pecho. Aquel puro afecto reani-

maba en su espíritu la ternura que le era peculiar, y la hermana, convertida en mujer ternísima, solícita en consolar á la madre afligida, lo atraía de un modo irresistible; parecíale verla por vez primera, en medio de una luminosa aureola, y como una aparición divina, contrastaba con la figura de Margarita, y la oscurecía y achicaba como por un efecto mágico.

Una criada penetró en la estancia. Traía en una bandeja de plata una copa con agua, y un frasquito envuelto en papel oscuro, y al acercarse al grupo que formaban la madre y la hija, exclamó:

—Señorita, aquí está la medicina.

Ramona se volvió, tomó el frasco y una cuchara, vertió en ésta una porción, y diósela á beber á doña Micaela.

Aprovechando la oportunidad, la doncella miró á Carlos, y le hizo seña para que saliera.

Él la comprendió. Era la hora del entierro, y había de presidir el duelo.

Sin despedirse salió, cuidando de no ser apercibido, y cerró la puerta tras sí.

¡Quién sería capaz de describir el maremagnum de ideas que se amontonaban en su mente cuando, recostado en el rincón de su carruaje, se dejaba conducir camino del cementerio al paso lento de los caballos, que marchaban detrás del coche mortuorio, sirviendo de cabeza á una larga fila de elegantes trenes que formaban el fúnebre cortejo!

CAPÍTULO XV.

La enfermedad de doña Micaela, que en un principio se juzgó de poca monta, tomó carácter. Interesado el sistema nervioso, llegó á declararse grave el mal, y momentos hubo en que el doctor Loarre desconfió mucho del éxito de su empresa. Pero poco á poco se dominó todo; y aunque después de más de quince días se logró una curación radical de la dolencia aguda, no fué sin grandes esfuerzos y á costa de asiduos cuidados por parte de Monina y Carlos, ganosos de salvar la vida de un ser queridísimo, á quien los dos llamaban madre.

Para el último, aquellos días fueron mortales; sufrió en ellos más que había sufrido nunca. Por un lado su pasión crecía á despecho de voluntad; Monina era la misma de siempre ra todos menos para él, que en las acciones

que hasta entonces no le llamaron la atención hallaba nuevos encantos cada día, y cada vez se convencía más y más de que no le faltaba *nada* para reunir todas las propiedades que él había soñado en la mujer capaz de hacerle feliz.

Por si esto no fuera suficiente, una tarde, mientras en su casa cambiaba de traje para volver de nuevo junto á la enferma, que no sabía pasar mucho tiempo sin él, interrogó á Lorenzo con tino, y, acosándole, logró saber lo que más le valiera no haber sabido nunca.

Le hirió hábilmente, logró enfadarle con aquellos enfados que él sólo se tomaba, y que tanto tenían de cólera infantil como de sentencioso reproche, y consiguió que cortara la conversación con estas palabras:

—Mira, Carlitos; inútil de puro viejo ya, consentiría en abandonarte y abandonar á Monina, que sois mi único apoyo, y me iría á pedir limosna, primero que faltar á lo que he prometido. ¡La pobre no puede ser más que tu hermana!....

El joven pasó por cortar la discusión; oídas aquellas frases, sabía más de lo necesario. ¡El

pobre viejo, queriendo callarlo todo, todo se lo había revelado!.... ¡Y aquella revelación bastaba para que el suplicio de Tántalo fuera el suplicio de Carlos, y para que la dicha soñada, por ser imposible fuera más apetecida!....

No se ocultaba á Monina que su hermano de corazón era otro para ella: con la perspicacia propia de las mujeres, y de las mujeres con talento por ende, en la solicitud que inspiraba el amor, veía ella este sentimiento, y no cariñosa fraternidad: segura de que en amarle y dejarse amar no había daño, fomentaba su afecto, que en toda su pureza rebosaba en su corazón, y salía al exterior, si bien velado siempre con recato; con el recato que se imponían uno y otro, resueltos á morir antes que manchar un cariño digno de los ángeles.

Pero tampoco pasaba esto desapercibido para Margarita, que, apoyándose en sospechas, por cierto bien infundadas al nacer, sentíase herida en el amor propio ó deseosa de hallar razones con que disculpar en su conciencia una conducta de que ésta la reprochaba.

De aquí nacía que aumentara el alejamiento cada vez mayor entre ella y su marido, y siempre ganosa de herir, procuraba hacerlo recibiendo en su casa á los amigos íntimos, quienes celebraban la elegante manera que tenía de ofrecer encantos, aun lejos de su esfera natural.

Las gracias de Jebranis, la crítica humorística que servía de tema á la conversación en estas veladas, hacíanse insoportables para Carlos, á quien su tristeza colocaba en ellas fuera de su centro....

En esto acercábase la primavera, y con ella, el tiempo á propósito para avanzar en la convalecencia; Loarre recomendó á doña Micaela que se fuera una larga temporada al campo, y á primeros de Abril dispúsose todo para pasar la estación de las flores en una de las huertas de naranjos que junto á Valencia poseía el difunto D. José Pallás.

Había en él una preciosa casita de recreo: era el lugar muy á propósito, y la probre enferma ansiaba ver llegada la hora de partir.

La proximidad del viaje había acrecido la

melancolía que dominaba á Carlos; Monina, á su vez, cedía, á su pesar, á los impulsos naturales de su corazón, y también estaba triste la víspera del día señalado para partir.

Su madre dormitaba recostada en una butaca junto al balcón; comenzaba á anochecer, y los dos jóvenes, enfrente el uno del otro, guardaban silencio. De pronto Carlos suspiró, y dijo fijando la vista en Ramona:

—¡Si supieras, Monina, con qué pena os voy á ver marchar!

—¿Y por qué, Carlitos?—repuso ella afectando extrañeza.

—¡Me voy á quedar tan solo!....

—¡Solo!....

—¡Sí, hermana, solo; completamente solo!.... Tú no sabes cuán desdichado soy; mi casa ¡me parece tallada en una montaña de hielo. ¡Todo en ella es triste!.... ¡Diera media vida por volver á los días en que éramos niños tú y yo!.... Te acuerdas?

Monina no replicó: Carlos se puso rojo como na amapola, y muy pálido después. Compren-

día lo que el silencio de su hermana quería decir. Él *ya* no tenía el derecho de hacerle aquella confidencia, ni ella debía escucharla.

Quedáronse los dos silenciosos de nuevo; despertó á poco la convaleciente, y después Carlos se retiró.

Cuando cerró la puerta, Monina dejó escapar dos lágrimas: las enjugó con el pañuelo, y dijo á su madre:

—¿Nos iremos mañana, mamá?....

—¡Si Dios quiere, sí, hija mía!....

La joven lanzó un largo suspiro: se levantó, y acariciando un momento á doña Micaela, como si para hacer cosa de tan poca monta hubiera sido preciso un gran esfuerzo, volvió á su asiento, dejándose caer en él, con muestras de fatiga.

Cuando á poco trajeron las luces, en aquella fisonomía tan dulce no había un detalle que dejase adivinar los pensamientos que encerraba su alma grande, digna de una heroína....

Y, sin embargo, se desarrollaba dentro de ella todo un drama psicológico. El silencio con que acogió la frase apasionada y sencilla en que

Carlos decía, sin querer, lo que en otra época hubiera sido motivo de una conversación que la hubiera hecho feliz; aquel silencio, que se impuso al hombre querido con fanatismo, era un acto heroico, y de él nació en un instante una resolución heroica también.

Ella era incapaz de ganar la propia dicha á costa del deshonor de otro, porque tal es el olvido de los deberes, aunque las pasiones sean la causa que le impulsen. En ser amada por Carlos, y por mil razones debía creer que así sucedía, no había daño, ni le había tampoco en que con el alma fuera suya en absoluto; en proporcionarle con máscara de fraternal solicitud el calor que en su hogar le faltaba por las circunstancias especiales de la mujer á quien tan delicada misión correspondía, no hallaba su recta conciencia motivo para un reproche. El corazón no se manda, y quien supone al hombre capaz de dirigirle en sus movimientos espontáneos, ó no conoce lo que son las pasiones, ó dice lo que no siente: pero no puede afirmarse lo mismo tocante á los actos que dependen de la voluntad.

Monina no podía evitar el sentimiento; pero sí podía no consentir que el egoismo le prostituyera; y temerosa de un instante de debilidad suya y de locura de Carlos, resolvió perder lo único en que podía hallar consuelo á su pena, en ver al ser querido, en procurarse momentos de dulce expansión, siendo para él una hermana ternísima.

Cuando preguntó á su madre: «¿partiremos mañana?», añadía en el fondo de su alma: «¡y no volveremos más!....»

Para la pobre anciana igual sería vivir en el campo ó en otra parte; no la sacrificaba, pues, no volviendo á Madrid.

Tal vez la ausencia mataría en el espíritu de su hermano del alma un afecto naciente, que sólo funestos resultados podía traer consigo; tal vez procediendo con estudio contribuiría ella á obtener este resultado, y con todo su corazón deseaba conseguirlo.

Ya que Dios no quiso que le hiciera feliz, siéndolo ella, no quería aumentar los motivos de su desgracia mutua.

CAPÍTULO XVI.

Cuando el tren se perdió á lo lejos, Carlos se volvió á los que le habían acompañado, y dirigiéndose á Margarita, que junto á Beatriz Aracil reía y hablaba con Jebranis, dijo:

—Si les parece á Vds., nos iremos.

—Te esperábamos,—repuso con tono socarrón su esposa.

—¿Á mí?—murmuró el primero.

Todos echaron á andar, y llegados á la puerta de la estación, subieron al carruaje.

El doctor Loarre se comprometió á acompañar á su enferma hasta Carcagente, donde quedaría con su hija, y después que la dejase, dando instrucciones precisas de palabra y por escrito al médico del pueblo, volvería de nuevo á Madrid.

La ausencia debía durar de tres á cuatro días cuando más, y sin embargo, Rafael abrazó á su mujer casi con emoción, y ella había llorado, entre las risas de todos y al son de las pullas de su amiga Margarita.

Ya dentro del coche, la conversación siguió versando sobre el mismo tema.

—Pues yo, francamente, Beatriz (decía Jebranis), en su caso de V., me voy con Rafael. Él es un buen mozo; los pueblos vecinos á Valencia tienen fama por la hermosura de sus mujeres, y....

—No, lo que es por eso, no se apura (añadió Margarita. Y tomando entre las suyas una mano de su amiga, prosiguió) : ¿Verdad que tu marido es incapaz de mirar á otra mujer que tú?

—Ríete lo que quieras, pero así lo creo (dijo la aludida.) Tengo tal seguridad de que Rafael me quiere con toda su alma, y á tal punto llevo mi confianza, que, viéndole infiel, creería que estaba soñando; y si me juraba que no había sucedido tal cosa, le creería hasta por egoismo.

—Pues tú serás feliz, hija (exclamó Margari-

ta). Mira, yo no pienso como tú; yo creo que cualquier hombre es capaz de engañar á su mujer. ¿Digo mal, Carlitos?

—Sí, dices mal; y dices peor, porque no tienes razones fundadas para juzgarme así. Me tengo por un buen marido....

—¡Y lo eres!.... Es verdad que no puedo quejarme. Pero confiesa que es posible que me faltaras, según las circunstancias.

—Yo creo que no.... Pero lo posible no lo niegan ni los teólogos, tratándose de la cosa más absurda.

—¿Tú ves? Éste es franco; el tuyo, no,—dijo Margarita, dirigiéndose á Beatriz.

—¡Pero si tampoco tu marido reconoce más que la posibilidad!—repuso ésta.

—Pero es que tú, ni eso admites.

—No, perdona. ¡Creo dificilísimo que Rafael sea capaz de exponerme á sufrir el gran pesar de saber que me engañaba!.... Pero, admitido que *es posible*, añado que si me decía que no era verdad, *por egoismo* le querría creer, y le creería.

—¡De modo que, sabiendo que tu marido te era infiel, con sólo que no te lo confesara.... te quedarías tan fresca!.... Vamos, hija; tú eres tonta.

—¡Ó más cuerda que tú!.... ¡Quién sabe!.... ¡Si mi marido faltase á sus deberes conmigo y nuestra familia, yo, antes que nada, procuraría atraerle, ofreciéndole lo que echaba tan de menos que se iba á buscarlo fuera de casa, y segura estoy casi de que acabaría por cumplir mi propósito!.... ¡Si llegaba á conseguirlo, para que no volviese á suceder, me corregiría!.... ¡Y si no podía obtener mi deseo.... no sé si llegando á aborrecerle me sería indiferente su desvío en el orden moral, y me parece que en el orden material había de encontrar manera para defender los intereses de mis hijos!....

—Pues no estoy conforme contigo. Yo sé que Carlos no me engaña; pero si me engañara, le pagaría en la misma moneda. La pena del Talión.

Y dirigiéndose á su marido, Margarita, con su aire encantador, que guardaba sólo para

cuando estaba delante de personas extrañas, añadió :

—¡Conque mucho cuidado, señor esposo!

—¡Qué cosas tienes!....—repuso él en tono de reproche.

—¿Y por qué? Si tú me faltabas, si me ponías en ridículo....

—Habría siempre la diferencia entre mi falta y la tuya, que de ti dirían que eras una desgraciada, y darías lástima siendo yo quien delinquiera, y siendo tú, las gentes harían escarnio de mí.... Esto, sin contar con que mi pecado causaría en nuestro hogar menos daños, infinitamente menos, que el tuyo.

—Mas....

—Y en cualquier caso, cree que más vale hablar de otra cosa,—repuso Carlos, á quien el tema de la conversación se hacía molesto.

— Bueno, quédese cada uno con su opinión (dijo Margarita). Pero yo persisto en la mía....

—Y sin duda alguna te expondrías á un fracaso, poniéndola en práctica; porque á mi vez

te declaro que no he de engañarte, ni sabría tolerar que lo hicieses tú.

—¿De modo que la discusión es seria?.... (objetó Jebranis.) Pues aquí me quedo,—añadió, fingiendo abrir la portezuela.

—Es seria, porque á Carlos no le agrada....

—No; perdona, Margarita; porque dices cosas que no caben dentro de los límites de lo razonable. Yo no he de olvidarme de lo que te debo; pero si me olvidase, convén conmigo en que esto no atenuaría el valor de tu falta. Y para concluir, conste que no me enfado; es que rebato una opinión falsa, y te aconsejo que te inspires en el juicio de Beatriz.

Aquí llegaban de la discusión, cuando se detuvo el carruaje; estaban frente á casa de Montaral. Beatriz comía aquella tarde con su amiga, y subió con ellos. Jebranis y Carlos subieron también; pero, ya arriba, el primero dijo á este último que tenía que hablarle, y juntos penetraron en el despacho, después de despedirse de las señoras.

Estas entraron en el gabinete-tocador de

Margarita, y cuando estuvieron solas, Beatriz sentóse sobre un canapé junto á la chimenea, obligó á su amiga á que hiciera lo mismo, y luego, con tono que no le era peculiar, porque desdecía de la dulzura natural en ella, exclamó:

—Mi pobre tío comerá sólo; mis hijos se pasarán sin mí unas cuantas horas, y vengo á comer contigo, después que hace cerca de un mes que no nos vemos. ¿No te choca mi proceder?....

—¡Tu proceder! Nada extraño es que nos veamos poco, siendo muy distintas nuestras costumbres, pues yo vivo en sociedad y tú no, y menos chocante es aún que vengas á buscarme, haciendo un esfuerzo, después de un mes que no cruzamos una palabra, queriéndonos como hermanas.

—Pues bien: sabe que no hubiera venido, visto tu despego, si no te hiciera falta. Lo que á ti te ha quitado la vida de sociedad, no lo ha arrancado de mi pecho el amor á mi familia. Yo soy tu hermana, aunque tú no me quieras.

—¿Que no te quiero?....

—No: no me quieres, y lo prueba que, sabien-



do la enfermedad de mi hijo Rafael, te has limitado á mandar á preguntar, como si se tratase de cosa que no te interesara.

Margarita no repuso, porque aquel detalle era verdad. Su amiga prosiguió :

—Me había propuesto no verte, puesto que ningún interés te inspiro; mas hace poco un incidente me obligó á ocuparme de ti; investigué; adquirí la certeza de que me necesitabas, y aprovechando el viaje de Rafael, he hallado un medio de verte á solas, y hablarte con franqueza y largamente, sin que mi visita pueda extrañar á nadie. Haz de modo que no nos interrumpan.

Y así diciendo, agitó el cordón de la campanilla.

Margarita, sorprendida, la dejó hacer : apareció una doncella, diósele orden de no conducir al gabinete á las personas que vendrían á comer, como era costumbre, y cuando de nuevo estuvieron solas, Beatriz prosiguió:

—En Madrid son motivo de pública crítica tus relaciones con el secretario de tu marido, y vengo á advertírtelo.

La joven Marquesa se puso roja como una cereza, y dió un salto sobre su asiento. Luego miró fijamente á su amiga, y con voz insegura, dijo:

—¡Pues Madrid entero miente!.... ¡Eso es una calumnia infame!....

—Calumnia ó no, y creo que lo sea, porque me lo dices tú, preciso es que se quite la razón en que se apoya. Jebranis vive con vosotros; te acompaña á todas horas, y con menos motivos se formularía una acusación. Pero si es mentira que tú autorizas ese proceder, el mentís se puede dar en seguida. De una manera oficiosa enteraré á tu marido; él es bastante amigo de Jaime para hacerle saber lo que ocurre, y modo habrá de que, sin perder él nada, separándoos en absoluto, por medio de un destino que se le proporcione en Ultramar, por ejemplo, se pruebe al mundo que era una infamia tal suposición en contra tuya.

—¡Oh, no! ¡Eso nunca!—exclamó Margarita, sin poderse contener.

—Entonces es que tú....

—Es que yo no sacrifico el porvenir de un

amigo leal, de un hombre que me tiene dadas pruebas de una adhesión sin límites, al capricho de una sociedad que juzga sin razón.

—Razones para decir que es tu amante, ¡las hay!.... Aunque te hiera, sabe que él es quien da pábulo á las habladurías....

—¡Mientes!....—replicó furiosa Margarita.

—¿Por qué había de mentir? Comprende que yo no llevo en este asunto más interés que mi cariño.

—¡Que yo no necesito!....

—No he de ofenderme: te quiero demasiado. Sólo te ruego una cosa. Déjame hablarte: he de hacerlo forzosamente, ya que tu manera de contestar me prueba que, por desgracia, es un hecho lo que yo sospechaba.

Margarita bajó la cabeza anonadada; Beatriz la besó con ternura, y luego dijo:

—Tienes un esposo que te ama; un esposo que se sacrifica por ti; le haces traición con su mejor amigo.... ¿Cómo no te repugna esto?

—¡Te equivocas, Beatriz; Carlos no me ama!....

—¿En qué te fundas?

—En que hace dos años, desde que estuve enferma, vive alejado de mí, atribuyendo su desvío á mi carácter....

—¿Y no tendrá razón?....

—Es cierto que soy violenta sin poderlo evitar; pero no lo es menos que yo no era mala.... ¡La causa de su proceder fué otra; él, á su vez, está enamorado de Ramona Pallás!....

—Pero, hija mía, comprende que tal opinión no cabe en una cabeza bien organizada. Después de haberse criado con ella; al cabo de tantos años, no creas posible que nazca el amor, si no nació antes de que se uniera á ti. Y prueba de que no existía, es su casamiento contigo, y que te hizo siempre muy feliz, según me aseguraste....

—¡Estoy segura de no engañarme!.... He observado con calma; Jebranis me puso en antecedentes, dándome una prueba de amistad con ello, y luego he adquirido el convencimiento. Por más que en Jaime hay elementos que no existen en Carlos para hacer mi dicha; por más que la amistad que primero me inspiró se haya

convertido en una pasión frenética, yo nunca hubiera faltado á mis deberes estando cierta de que mi esposo cumplía con los suyos. ¡Él perjuro, y yo perjura; débiles los dos, los dos infames: estamos pagados!....

—¿De modo que estás enamorada de ese hombre? ¿Es decir que no eres capaz de volver por tu honra?

—¡Mi honra!.... ¿Vale el mundo que me muera de pena, como me moriría si le perdiera? Yo he luchado con fe; he procurado enloquecerme con la vida de lujo y despilfarro; yo no quería caer. Pero Carlos me precipitó; el día en que todo concluyó entre nosotros, fué uno en que, sin poder contenerme, le acusé de sus relaciones con Ramona.... Yo no había sospechado hasta aquel momento. Luego me convencí, y comparando el proceder del hombre que era árbitro de mi felicidad con el del que me rodeaba de solicitud amistosa, envolviendo en estas formas un amor sublime, vine á sucumbir por amor.... y por vengarme.

—¡Por vengarte!.... Pero, ¿no ves, insensata,

que tu venganza es absurda? ¿Quién pierde más que tú?

—¡Es verdad que yo soy quien más pierde¡ ¡En eso tienes razón!.... ¡Pero de tal modo adoro á Jaime, que preferiría mejor morir que dejarle!.... Tú, que amas á tu marido con locura, si tus hijos exigieran que le abandonaras, que renunciases á sus caricias, que le vieses tal vez de otra si con tu desvío llegaba á desesperarse y buscar en los placeres el olvido, ¿lo dejarías?

—¡Pero él es mi marido!....—contestó Beatriz, asustada ante la suposición de perder el amor de Rafael.

—¿Y si no lo fuese, si te hallaras en mi caso, y él ocupara el lugar de Jaime?.... ¿Qué harías entonces?....

—¿Qué haría?.... Creo que sería capaz de matarme; pero de seguro que no haría lo que tú. Aun suponiendo que Carlos te falte.... vives á su costa, y le deshonras con la persona en quien tiene más confianza. ¡El amor y la bajeza son incompatibles!....

—¡Tu amistad no autoriza el insulto.... ni yo

te lo tolero!....—exclamó Margarita, herida por aquella verdad, desnuda de todo adorno.

—No me autoriza á nada, si no puedo ser tu amiga....

—Pues sal de mi presencia....

—¡Adiós!....

Beatriz salió en efecto. Pasaba casualmente por la calle un coche de plaza, le llamó, subió en él, y se hizo conducir á su casa.

Al verse entre sus hijos, junto á su anciano tío, respiró fuerte, como si un peso se le quitara de encima.

Como cuando la relación de una catástrofe pavorosa nos impresiona y pugnamos por apartar de nuestra mente la idea de que á nosotros nos pudiera suceder, así ella luchaba por no pensar cuánto sufriría si se la obligase á escoger entre revolcarse en el fango del pecado y de la infamia, ó renunciar al amor de su marido.

Margarita, á su vez, vió partir á su amiga bajo la impresión de una herida hecha en su amor propio. Iracunda, no la detuvo; mas cuando se tranquilizó y pensó en la causa de la que-

rella, se pasó la mano por la frente, como para desechar un mal pensamiento, y al salir para reunirse con las personas que tenía á comer, murmuraba:

—¡Se mataría, pero no sería traidora!.... ¡Lo que es teniendo valor para matarse!....

CAPÍTULO XVII.

—¿Qué ocurre?—preguntó Carlos, sentándose á la mesa escritorio.

—Pues ocurre que estamos á 6 de Abril, y el 15 vence la escritura de préstamo con Pallarón. Yo esperaba haber podido prorogar el vencimiento; pero se ha negado á concedernos ni un solo día, y el caso es gravísimo, porque diez y ocho mil duros no se encuentran tan fácilmente.

—¡Es verdad! ¿Y qué haremos?....

—Á mi juicio, no hay más que un medio; mejor dicho, dos. El uno, es buscar el apoyo de Ramona. Sé de cierto que tiene en el Banco, sin colocar, una cifra muy considerable que cobró apoderado dos días antes de morir D. José. El otro, vender las fincas de Santander. El acreedor ofrece por ellas ciento ochenta mil

duros sobre los cien mil que representa la hipoteca.

—¡Prefiero este último.... aunque esa venta es ruinosa!....

—Y es menester tomar una determinación, Carlos. Tú no me has hecho caso; habéis gastado sin tino en divertir á la gente, y estás al borde de un abismo. Hoy pagamos una cantidad de intereses enorme: á contar desde este año comienza el deshielo; es decir, que dentro de poco habrá que devolver los capitales tomados á préstamo, y como no se obtengan prórogas muy grandes, y se entre en arreglo con los prestamistas, yo no veo salida. Sin ir más lejos, dentro de un mes (dijo, sacando del bolsillo una nota con lápiz), tenemos, además del más próximo, el de Pallaron, el vencimiento del pacto de retro con la casa de Mállén y Compañía, por valor de diez millones en que ha venido á reducirse la suma total de dinero tomado en varias ocasiones, y los intereses de todo. Si no se paga, viene la ruína; no cabe duda. Las fincas valen más de doble, pero no habrá quien las pague; y, bien lo sabes, per-

dido eso, el resto de tu fortuna poco valor tiene. La escritura de hipoteca que firmaste á favor de Iturrogüen, con los intereses al diez y ocho por ciento, asciende á dos millones seiscientos mil reales. Y, por fin, tenemos una cuenta de Wort, deParís, con letra aceptada el día 8, por cinco mil duros. Esta es de trajes de tu mujer, del año pasado y del corriente. ¡Es decir, que de aquí al 30 de Mayo se han de pagar doce millones cuatrocientos sesenta mil reales!.... Una verdadara fortuna. Podemos contar con tres millones seiscientos mil por venta de lo de Santander, más cuatrocientos mil de rentas correspondientes al semestre. Entre uno y otro se suman cuatro millones justos. Sin contar con lo necesario para vivir, nos faltan ocho millones cuatrocientos sesenta mil reales!.... Te he advertido varias veces de lo que ocurría; no me has hecho caso; yo, como Dios me ha dado á entender, he ido tirando; pero hoy te confieso que no veo remedio. No hay que pensar en hallar más dinero, porque todo tiene su gravamen. Tampoco se puede esperar aumentar las rentas, porque ni se explotan las fin-

cas sin capital, y entre intereses, gastos de aduana y vuestro sostenimiento, no queda un céntimo disponible, ni los negocios se arreglan solos. Ahora bien: vendiendo el patrimonio de Bóo, se hará frente á lo inmediato. Perdiendo las fincas de Aragón, viviremos hasta fin de año, época en que vencerán las escrituras de esta casa, y los bienes que te quedan en Ávila; y perdida una y otros, estarás totalmente arruinado. Esta es la verdad. Yo, como amigo y como dependiente, estoy á tu disposición; te advierto lo que ocurre por centésima vez, y te digo:—Pídele á Ramona cuanto pueda darte: hipotécale tu casa entera: ella no te negará nada; enciérrate en el campo con tu mujer; redúcete á vivir con gran economía, y vendiendo *bien y despacio*, amortiza y conserva al fin un capitalito bastante para no carecer de lo preciso, so pena de quedarte sin nada absolutamente dentro de ocho meses.

Carlos escuchó aquella relación con lúgubre semblante. Tenía el defecto peculiar de la mayoría de los hombres ricos de nacimiento. Era

indolente, y desconocía lo que es el negocio.

Durante los tres primeros años de su matrimonio, atento á satisfacer los menores caprichos de su esposa, despilfarró una fortuna en metálico; luego se hizo la primera deuda, y sobre ella la bola de nieve.

Cuando quiso reducirse, era imposible ya, so pena de conformarse con vivir muriendo. Esperando á mañana, había llegado la crisis, casi imposible de salvar.

Tras largo silencio, alzó la vista, fijóla en Jebranis, y dijo:

—¿No hallas mejor medio para salvarnos que acudir á la bolsa de Ramona?

—No hay otro (replicó Jaime). Así puedes asegurar un pequeño porvenir. Unos cincuenta mil pesos fuertes,—añadió, después de consultar el papel.

—Pues me hundiré. Á Ramona no acudo.

—¿Y por qué?

—Porque ni debo, ni quiero, ni puedo.

—Respeto tu reserva. Pero me parece una tontería. Con eso y la dote que reconociste á tu

mujer, no darás bailes ni viajarás como un príncipe, pero vivirás modestamente. Siempre....

—Por de pronto (interrumpió Carlos), dispónte para emprender mañana mismo tu viaje á Santander. Pagada la deuda de honra que representa la escritura de depósito, yo lo resolveré todo....

—¡No sé cómo!....

—¡Ya lo verás en su día!....

—No insisto (dijo Jebranis). Lo que el deber y la amistad imponen, te lo he dicho.... ¡Réstame sólo obedecerte!

Un criado anunció qne la señora esperaba en el comedor, y los amigos salieron del despacho.

Jaime estaba visiblemente preocupado.

En los ojos de Carlos se leía algo terrible, que no le era habitual.

En el uno era el presentimiento....

En el otro era el hastío de la vida....

Ramona había venido á ser la síntesis de todos sus ideales; en el orden moral y en el material, representaba la salvación. Pero al dejar de

ser su hermana para ser la mujer amada, representando la aspiración del alma, el origen de toda ventura, dejó también de ser la persona á quien el hermano podía pedir dinero.

Tal vez había algo de quijotismo en este proceder; tal vez la exagerada caballerosidad sea un defecto, como todas las exageraciones; pero es bien seguro que la resolución era firme, y si defectuosa, también era admirable.

Por otra parte, Carlos, con ser valiente para arrostrar la muerte, era cobarde delante del infortunio.

El día en que cifró su dicha en el amor de Monina, y luego se descorazonó al reconocer que en su posición era imposible realizarla, desesperóse, y se dejó dominar en absoluto por ese estado *sui generis* de los que sufren hondamente, que viene á ser como una especie de pereza que impide toda evolución del espíritu, aunque pueda mejorar nuestra suerte en el orden material. Parece como si se tuviese el afán de reunir la cantidad mayor de desventura posible para que el dolor, por muy agudo, llegue á pro-

ducir el total desprecio de la vida, y de ese modo buscar la muerte.

Tal vez es esta la explicación del modo de aceptarse la idea del suicidio por una persona de sano juicio.

CAPÍTULO XVIII.

Como Jebranis había dicho á su amigo, cien veces le advirtió del peligro, sin lograr que se formulara el firme propósito de remediar el mal por medio de un esfuerzo. La imaginación vivísima de los dos y la apatía del segundo fueron las causas principales de que se llegara al extremo de no poder conjurar el nublado que amenazaba.

Proyectos de negocios fabulosos que de un modo ineludible salvarían la situación, ya por medio de un plan de colonias perfectísimas, ya por medio de explotaciones hechas de acuerdo con casas extranjeras, que pondrían cuanto fuese posible por su parte con tal de que se les diera un interés módico, brotaban de la mente de Jebranis, y en forma de memorias bien redactadas y lujosamente impresas corrían de mano en

mano; llegaban á París y Londres, y por último se archivaban, sin más resultado que haber entretenido la actividad de los dos amigos por espacio de algunos meses, y preparado la imaginación del iluso Jaime para nuevos ensueños y nuevas encantadoras ideas.

Carlos, más práctico ó menos entendido en negocios de gran magnitud, apreciaba las cosas por otro prisma, y siempre fué más afecto á la idea de economizar; pero las relaciones con Margarita eran tirantes en sumo grado: seguramente ella se hubiera avenido muy mal á renunciar al lujo y el esplendor en que cifraba únicamente sus ideales, y como consecuencia de todo esto, ni los proyectos de Jebranis, ni las cuerdas apreciaciones de Montaral, salieron nunca de la esfera de pensamientos para convertirse en hechos tangibles.

El derrumbamiento de la poderosa casa del Marqués de Valdegarcén era tanto más seguro, cuanto que aquel estado económico era conocido por todo el mundo. No quedaba ni el recurso de allegar fondos y colocarse en posición de liqui-

dar sin apuros, porque nadie se aventuraría á proporcionar una cifra de tan grande entidad, fuera de Ramona, con quien Carlos no quería contar. Pero éste ignoraba que el descrédito fuera tan grande; y desplegando una actividad febril, inútil ya, mientras Jaime en Santander gestionaba el asunto origen de su viaje, él entabló negociaciones con los demás acreedores. Unos con franqueza, otros con buenas palabras, todos atentos al propio interés, y viendo un negocio soberbio en la ruína del que deseaba arreglo y prórroga para pagarles, fueron descorazonando al pobre Montaral, que cuatro días antes del vencimiento de la escritura de depósito había perdido toda esperanza de salvación.

Jebranis escribía tan desesperado como él; Ilurragüen, después de ofrecer en varias ocasiones que compraría por su valor las fincas que tenía hipotecadas por dos millones, al ver que se le ofrecían por necesidad, se excusaba, alegando que valían menos de lo que él pensaba, y dejaba pasar un tiempo precioso....

Para un hombre de honor, aquella situación

era insostenible; al pensar que si no pagaba á Pallarón se vería en el caso de huir como un infame para no verse en la cárcel por estafa; al sentirse humillado por aquellos mismos que pocos años antes le ofrecían su dinero con muestras de aprecio y respeto, apoderábase de él un desconsuelo amarguísimo; la idea misma de morir le angustiaba, porque le parecía odioso que se le juzgase un cobarde, suicidándose delante de la necesidad de trabajar....

Más apurado á medida que el plazo del primer vencimiento se aproximaba, sin esperanza de poder satisfacerlo, atrevióse á insistir cerca del acreedor. Éste transigió: siempre que Margarita se hiciera solidaria con su dote del compromiso contraído por su esposo, él esperaría por un plazo que se conviniera.

Aquello era un respiro, porque lo único deshonroso de la quiebra inevitable iba á zanjarse. Su mujer no aportó nada al matrimonio; él había reconocido una carta dotal, para asegurar su porvenir á todo evento. Ni era indecoroso que acudiese á pedir un préstamo del mismo dinero

que él había dado graciosamente; ni ella podía negárselo, mucho más proponiéndose atender á devolverle la cifra de que se hacía responsable, no bien se vendiera lo que Jebranis gestionaba fuera de Madrid. Entonces, lo primero que haría sería desglosar del precio el dote íntegro de Margarita.

Más animado, volvió á su casa; fuese derecho á las habitaciones de su mujer; hallóla escribiendo, absorta en su ocupación; acercóse, y cuando estuvo junto á ella, la llamó.

Margarita dió un grito asustada; le miró con espanto, y por un movimiento, rápido como el pensamiento, tomó con ambas manos dos cartas, una recientemente comenzada, y otra que sin duda consultaba para redactar la primera, y puesta en pié las estrujó dentro de los puños, cerrados con fuerza nerviosa.

Carlos quedóse sorprendido un momento; mas luego, algo muy terrible cruzó por su mente, porque en un instante cambió la expresión de su fisonomía, palideció, y con voz insegura, dijo avanzando un paso:

—¿A quién escribías?

—¡Á nadie!.... ¡Son tonterías de mujer, que me entretenía en escribir.... y que no quiero que leas, porque no me gusta servir de objeto de risa!....

Su turbación desmentía sus palabras. Carlos avanzó más, y extendiendo la mano, dijo con voz sorda, pero que ya no temblaba:

—¡Sea lo que fuere, dame ese papel!.... Quiero leerlo.

—¡No, no lo esperes!

—Soy tu marido; no tienes derecho á ocultarme nada. ¡Venga esa carta!.... ¡Te lo mando!....

—¡Repito que no lo esperes!.... ¡Antes me matarás!....

—¡No me obligues á usar de la fuerza!.... ¡Margarita, piensa que no soy hombre que paso por lo que sea indigno! (Y tomándola por una muñeca, repetía con impaciencia): ¡Venga ese papel.... ó te rompo la mano!....

—¡No, nunca! ¡Antes me harás pedazos!.... ¡Maltrata á una pobre mujer, mal caballero!.... —exclamó ella desesperada, y no siendo dueña de sí misma.

Entre los dos esposos se entabló una lucha repugnante. Ella, pugnando por desasirse, lanzaba sordos gemidos, pero sufría con valor la presión de los férreos dedos de Carlos. Éste, fuera de sí, frenético, sin miramiento alguno, atendía sólo á tomar aquel papel que había desencadenado en su alma una tempestad horrible.

Esta escena duró unos instantes; ella sintió que le faltaban las fuerzas, se inclinó, y aproximando la boca á las manos de su marido, clavó en una de ellas sus dientes blancos y afilados....

Carlos lanzó una especie de rugido, en que el dolor del cuerpo y la furia que le dominaba entraban por igual.... Hizo un esfuerzo supremo, se apoderó de los papeles medio desgarrados, y sacudiendo el puño con fuerza, lanzó á Margarita contra una butaca, sobre la que cayó medio desvanecida, jadeante, con el traje y el cabello en desorden, la vista extraviada y con los labios y una mejilla ensangrentados. La sangre que corría de la herida hecha por la mordedura de la joven manchaba asimismo las dos

cartas, que con mano nerviosa, respirando con anhelo y con terrible expresión, desarrugó Carlos: para poder leerlas, hubo de esperar.... ¡lo veía todo rojo!....

¡Una de ellas era de Jebranis!.... ¡Del amigo de la infancia!.... ¡Del hombre que comía sú pan y habitaba en su hogar; que todo se lo debía á él, y le ultrajaba como un villano!....

Después de un largo preámbulo en que pintaba con los más vivos colores un amor sin límites, daba cuenta á su querida de las gestiones que estaba practicando, y concluía así:

«De esta cantidad, haremos porque se extraiga la cifra que representa tu dote, sea como fuere; esto corre de mi cuenta; pero cuida mucho de no comprometerte á nada, aunque tu marido te lo exija: que él se pierda, poco importa; mas no es lo mismo tratándose de ti. Después de ser la causa de nuestra desdicha, porque sin él seríamos la pareja más venturosa del mundo, no es cosa de que, además, sea el origen de tu ruína!....»

El otro pliego contenía apenas tres líneas:

No obstante, aquellos renglones, escritos con letra menuda, retrataban por completo el alma de Margarita, sumisa á la materia, hasta elevándose sobre lo vulgar. Decían de este modo:

«Quisiera, vida mía, ser tus ojos, ser tus labios y ser tu cerebro.... Así lo verías todo al través de mi cuerpo; respirarías mi esencia; me besarías á todas horas, y discurrirías por amor mío....»

....

Mientras Carlos leía, su mujer lloraba en silencio. Cuando el primero acabó la lectura, pasó la mano por su frente, y encarándose con ella, dijo con un tono, al parecer tranquilo, pero en contraste con la expresión terrible de su fisonomía:

—Te confié mi honra, y te hice dueña de mi fortuna. ¡Me has hecho traición, y has sido la causa de mi ruína!.... ¡No hubiera hecho más una perdida vulgar!.... ¡Si tuvieras un ápice de sentido moral, te morirías de vergüenza.... pero no hay que temer por tu vida.... no te matará el rubor!....

—¡Mátame, pero no me insultes!.... (murmuró Margarita.) ¡Mátame, pero no publiques mi falta!....

—¡Matarte!.... ¿Y para qué quiero tu vida? ¡Cuando se siente amor, se mata; cuando se siente asco, se huye con horror del objeto que repugna!....

—¡Perdóname!.... ¡Yo seré tu esclava!.... Pero no me expongas á la vergüenza....

—¡Vergüenza!.... ¿La tienes.... y vives aún?

—¡No me insultes, Carlos!....

—¿Acaso no me has insultado tú? Estoy en mi derecho.

—Es cierto que te he ofendido.... pero merezco gracia. ¡Tú, á tu vez, debes no estar tranquilo juzgándome!.... ¡Tú no me amabas, y sostenías relaciones con Ramona!....

—¡No pronuncies ese nombre!.... (interrumpió Carlos con violencia.) En tu labio impuro se mancha el nombre de un ángel.

—Que era tu querida....

—¡Calla!....

—¿Te hiere? ¡Pues peor para ti!.... Yo tenía celos, y me vengué....

—Hemos concluído (dijo Montaral): permanecerás en esta habitación, sin salir de ella para nada, sin intentar que un criado te obedezca, ó te expondrás á que, en vez de despreciarte, me vengue de ti!....

—¿Qué vas á hacer?....

—¿Y qué te importa? ¿Hay todavía algo común entre los dos?

—Sí, yo soy tu esposa....

—No; eres la manceba de Jaime Jebranis. Eres una mujer indigna de la consideración de nadie. Entre una miserable que vende su cuerpo por oficio, ó tú que le diste por liviandad, robándome una honra que no era tuya, no hay diferencia en la forma, y en el fondo valdría más aquélla.

—¡Me insultas porque soy débil; me maltratas porque necesitaba amor, y lo busqué, después que tú me lo negaste, debiéndomelo!.... ¡Yo no soy una mujer liviana indigna de perdón!.... ¡He sido una víctima!.... El corazón no se manda, y yo no pude evitar que el mío se apasionara....

Comprendo que he faltado á mis deberes... ¡pero estaba ciega!....

—¿Y tu ceguera disculpa tu traición? Entre nosotros no había más que consideraciones hijas del deber; con tu voluntad hubieras quedado libre, y una vez fuera del hogar que has prostituído.... yo no tendría el derecho de castigarte, porque con tu falta, á nadie más que á ti perjudicabas!....

—Era pobre yo.... y él también lo era....

—¿Y pudisteis soñar que me arruinaría por sostener á la querida de un hombre infame, que es aún más villano que tú?....

—Carlos, ¡perdóname!.... Yo te juro que seré tu esclava; yo te prometo que sufriré sin replicar la pena que me impongas. Martirízame, sacia tu venganza sin escándalo, y te estaré aún agradecida....

—¡No nací para verdugo, ni me cabe en la cabeza el perdón!.... Quita el delito ó prívame de la memoria, y creeré que me unen á ti lazos que debo respetar. Pero si me hace libre tu infamia, si has roto por tu falta *todo* lo que era

deber y freno para mí, sería un necio condenándome al suplicio de la vergüenza, mucho peor que el de la muerte!....

—¡Mátame, Carlos!....—gimió Margarita.

—¿Y qué obtendría con tu muerte?....

—Vengarte....

—¡Si no aspiro á la venganza!.... Yo no tengo sobre ti derecho de vida ó muerte, ni una pasión ciega me impulsa á tomármelo!.... Separada de mí, la sociedad no tendrá motivo para burlarse del marido engañado: tú serás libre, y yo también. Esto quiero, no otra cosa.

—¡Carlos, ten piedad de mí!.... ¡Ve que me condenas á una vida horrible! Sin consideración, pobre, abandonada.... ¿qué suerte me espera?...

—Unirte á tu amante.... ¡y ser tan dichosos como soñabais él y tú!....

—¡Eres cruel!

—¡No, soy justo!....

Margarita, con el rostro desencajado por el espanto, cayó de rodillas á los piés de su marido, y, juntando las manos, dijo con acento desgarrador:

—¡Carlos! ¡Por mi pobre madre, por el amor que me has tenido, ten misericordia de esta pobre mujer, víctima de ella misma!.... ¡Mátame! ¡Mátame, pero no me condenes á morir deshonrada!....

Se tapó la cara con las manos, y prorumpió en sollozos.

Él la miró de un modo extraño. Aquella mirada reflejaba un mundo de ideas buenas y malas; la crueldad, el desprecio y la compasión, causas tan diferentes, con sus tan distintos efectos, brillaban en ella al propio tiempo.

Luego, con acento helado, desentendiéndose de lo que Margarita había dicho, exclamó:

—Hemos concluído. No intentes defenderte ni te opongas á mis designios, y te despreciaré en lugar de vengarme. Es lo único que te puedo ofrecer.

Y así diciendo, salió con paso firme.

Cuando dejó de oir los pasos de su marido, la joven se alzó del suelo. En su fisonomía se pintaba la perplejidad que dominaba su inteligencia. Sentóse maquinalmente; se levantó en se-

guida, y fué á tomar una copa de agua de la bandeja que había sobre un mueblecillo de su alcoba; bebió con ansia, y volvió á su asiento.

En pocos momentos expresó aquel rostro, de ordinario tan impasible, los pensamientos más opuestos. Poco á poco fué tranquilizándose y volviendo á su estado habitual. Pero de pronto cambió de nuevo; una súbita idea debió cruzar por su mente, y llena de inquietud, con angustia, se lanzó á la puerta, cerró con llave, volvió á su escritorio, y con pulso trémulo redactó el siguiente telegrama:

«Sr. D. Jaime Jebranis.

»*Fonda del Comercio.—Santander.*

»Carlos enterado de todo. Temo desgracias sin cuento.

»Marta.»

En seguida abrió nuevamente, recatándose; itravesó varias habitaciones hasta encontrar á u doncella, que hacía labor en la última; llamó- ı, y con ansiedad le dijo:

—Rafaela, corre al telégrafo; pon este despacho, y vuelve volando y sin que te vean, si puedes evitarlo....

—Señorita, yo....—repuso la criada.

—¡Ve, y nada temas!.... ¡Además, toma!—añadió: y se quitó el mejor anillo que llevaba con un magnífico solitario, entregándolo á la sirvienta.

Ésta le guardó, y salió rápidamente.

De regreso en su habitación, tomó una mantilla, púsosela, y á su vez salió por la puerta de servicio. Tomó un coche de punto que tropezó al paso, y se hizo conducir á casa de su madre.... ¡Tenía miedo!....

CAPÍTULO XIX.

Carlos llegó á su despacho, sentóse junto al escritorio, sacó de nuevo las cartas, las leyó y releyó varias veces, y por último encerrólas en un cajoncito secreto.

Su fisonomía hermosa, nunca en su vida reveló afectos del jaez de los que entonces reflejaba. En sus ojos brillaba un fuego extraño: era la crueldad del hombre, cien veces más cruel que la de los tigres.

Aquel cerebro, sobrexcitado por muchos días de pensar sin punto de reposo en asuntos tristes, revolvía en aquellos instantes cúmulos de ideas ajenas á la situación material de nuestro amigo: todos los pensamientos se encerraban en un círculo fantástico de sangre y lágrimas. Un hombre noble por naturaleza, benevolente

por temperamento, dulce por organización moral, se había convertido en un ser distinto, novísimo, al influjo de la idea de su honor mancillado, y lo olvidaba todo para maquinar quiméricos planes de espantosas venganzas; y, sin embargo, en el terreno de lo justo no había mancilla. La traición mancha al traidor; de ningún modo al que fué vendido.

¡Pero Carlos vivía sujeto á preocupaciones; él, como la mayoría de los hombres, hallaba ridículo al marido engañado con arte, y no se consideraba á salvo, mientras no perdiera tal carácter, trocándole por el de vengador; es decir, que, como en muchos asuntos sociales, hallaba lógico amontonar un crimen sobre otro, llamando al suyo justicia, porque muchos le llamarían así!....

Matar á la esposa infiel, le había repugnado, porque no la amaba y porque era un ser débil: después de un minucioso raciocinio, vino á formular su sentencia del modo más juicioso. Se habían roto los vínculos que les unían; pues que había faltado Margarita á su deber, él estaba á

salvo; era libre. La llevaría á su madre, y no volvería á pensar en ella.

Pero con respecto al amigo traidor que le robó la honra abusando de su confianza, era otra cosa. ¡Tal crimen merecía la muerte, y se la daría!.... Mas ¿cómo?....

¡Á traición no era capaz de dársela!.... ¡Rechazaba su conciencia el asesinato, y la sociedad le llamaría asesino si tal hiciera!.... Pero había un medio; uno que permite á dos hombres exponer la vida de un modo casi legal.... y en el que el derecho de la fuerza se convierte en fuerza del derecho: ¡este medio era un lance de honor!....

Al razonar así, preciso es convenir en que no procedía con tanta cordura como juzgando á Margarita.

¿Hubiera el marqués de Valdegarcén cruzado un arma con el ratero que le hurtara una alhaja muy preciada?

¡Ciertamente no!.... ¡No hubiera admitido tal procedimiento, por no tratarse de un caballero.... aunque fuera un *caballero ladrón;* y, no obstante, el mismo no despojaba del título que tanto

estima quien lo es de veras, al que le robaba ó intentara robarle el buen nombre, poniéndole en ridículo al abusar de su confianza!....

La idea de entregar á los tribunales al amigo felón, al que le arrebataba cosa de tanto valor como es la honra de un esposo, no cruzó por la mente de Carlos, como indudablemente hubiera cruzado si el robo fuera de bienes materiales.

Aunque desconocía el derecho, no dejaba de saber lo que con respecto á leyes sabe cualquiera hoy en día.

Un ladrón, condenado con arreglo al Código, sufre una pena corporal, las más de las veces superior á la falta, y aunque se regenere al abandonar la cárcel, en vano tratará de borrar el estigma de ignominia que grabó sobre su frente la sentencia.

Pero Jebranis no estaba en circunstancias análogas, por más que fuera más criminal que quien roba en un camino arriesgando la vida y exponiéndose al castigo; en primer lugar, faltaban pruebas legales, pues no basta la convicción moral del juez mismo que ha de sentenciar en

casos de adulterio, y además, aun existiendo aquellas, la pena es tan débil y tan grande el ridículo para la persona agraviada, que mejor sería pasar por todo que acudir á la justicia humana.

Finalmente: la posición moral de Jaime con respecto á Carlos hacía imposible el desprecio. La herida era tanto más profunda, cuanto más hondas habían penetrado en el corazón de éste las raices de una amistad fraternal, último apoyo de su alma dolorida en días de cruel infortunio: había causado despecho ese afecto tan dominante, porque deprime el amor propio....

Formado el plan, Montaral se puso en pié y agitó el cordón de una campanilla. Á poco apareció un criado.

—¡Diga V. á Eduardo que venga!....—exclamó Carlos al verle entrar.

Eduardo era su ayuda de cámara, y mayordomo al propio tiempo: había venido á sustituir á Lorenzo, que, inútil ya para el servicio, vivía con Monina por exigencia de ésta, y, fiel como su antecesor, poseía la confianza de su amo.

No se hizo esperar mucho. Cuando vino, Montaral cerró la puerta, y encarándose con él, dijo:

—Inmediatamente va V. á disponer mi maleta con ropa, la más precisa para tres ó cuatro días; guarde V. en ella mi caja de pistolas, y enfundadas y envueltas de modo que no se conozca: ate V. dentro del porta-mantas las espadas de combate. Nos vamos á las siete.

—¿Acompañaré yo á V. E.?

—¡Sí!....

El criado salió lentamente, y sin dar muestras de sorpresa; pero apenas cerró la puerta, echó á correr, dió sus disposiciones á otro sirviente, y tomando el sombrero, salió precipitadamente de la casa.

Carlos escribió varias cartas; cambió su traje por otro de camino; tomó dinero de la caja de valores, y lo puso en su cartera, en compañía de la carta de Jebranis, y la contestación de Margarita; luego salió á su vez de sus habitaciones, y cerrando el despacho con llave, la guardó en el bolsillo, dirigiéndose al departamento ocupado por su mujer.

Aunque pálido, estaba tranquilo su rostro: nadie diría que poco antes se libraba en su alma una horrible lucha. Y es que no hay cosa más espantosa que la indecisión, por duro y doloroso que sea decidirse.

CAPÍTULO XX.

Doña Micaela, cada día más abatida por su dolencia, estaba triste; Monina, por razón de esta circunstancia, además de otras asimismo graves, sufría á todas horas, y el viejo Lorenzo era fiel espejo de sus compañeras de retiro.

La situación material de Carlos era conocida por estos dos últimos. Eduardo procuraba enterarse, y les tenía al corriente de cuantos detalles podía inquirir sobre lo que ocurría en casa de Montaral.

Era por la mañana: doña Micaela dormía aún; Ramona y Lorenzo estaban sentados en sillones rústicos debajo del emparrado que enredaba sus brazos en el balcón-terraza que formaba cuerpo saliente en la fachada del edificio, y aquel último dijo, al ver que Monina terminaba la lectura de una carta recién recibida:

—Por fuerza ese chico está loco. Figúrate qué necesidad tenía de pasar apuros, cuando, sin serte gravoso, sin tratarse más que de un negocio para ti, si bien había de ser negocio de poca utilidad, podía salir de sus compromisos. ¡Es un ingrato!

—Tienes razón, Lorenzo; Carlitos es un ingrato. Esa es la palabra. Mi proceder con él es estudiado. Si es cierto que he puesto coto á sus peligrosas expansiones, huyendo de él primero, y excusando después el laconismo de mis cartas con la enfermedad de mamá, he tenido muy buen cuidado en quedarme siendo su hermana siempre. Él ha creído, sin duda, que otro móvil me impulsaba.... y si hoy sé que habré de intervenir en sus negocios, á mi pesar, es por un criado que le espía, como si fuera un extraño para mí, y me entera de lo que él me oculta.

—Una vez haya realizado la venta de Santander, haremos lo que tú dijiste; me iré á Madrid, le obligaré á que me hable, y.... á buenas ó á malas, le traigo á buen camino.

—¡Sería yo tan feliz si siempre fuera mi hermano! ¡Si, como cuando niños casi, me pedía mis ahorritos si papá le ponía tasa en sus gastos, me exigiera ahora la ayuda que necesita; si viera yo que deponía el orgullo tratándose de mí, como debe deponerse con una hermana!....

—¡Y qué quieres, hija mía! Ya que hizo la locura de casarse, lo mejor sería que su mujer hubiera sido de modo que nunca hubiera podido pensar en ti. Pero al pobre le faltó en casa el amor que necesita, y al que estaba acostumbrado; le buscó de nuevo en su hermana, pero no lo era; se enamoró de ella.... y lo que hace siete años hubiera sido un bien, fuera de tiempo, vino á ser un mal. ¡Cuando pienso lo felices que podríais ser los dos, y lo desventurados que sois!.... ¡Vamos, te digo que me lleva el diablo!....

—¡Es cierto, Lorenzo!.... Pero, ¡cómo ha de ser!.... Dios no lo quiso....

Las medidas estaban bien tomadas; Carlos no podía dar un paso grave sin que Monina lo supiera. El telegrafista de la estación más pró-

xima estaba retribuído con largueza para que remitiera cualquier telegrama dirigido á la casa de campo, sin perder un momento.

El despacho que Eduardo puso por la tarde, no bien su amo le dió orden para arreglar el equipaje, llegó á poder de Ramona por la mañana del día siguiente, en el momento de pronunciar ésta las últimas palabras que arriba quedan escritas.

Cuando el que hacía las veces de portero puso en manos de la joven el pliego cerrado, temblaba ésta, y estaba pálida como la muerte.

Un telegrama que se le remitía con la premura exigida, era más que un telegrama ordinario, que parece por sí mismo razón de zozobra, siempre que no se espera.

Lorenzo, tan emocionado como ella, sentía igual deseo de conocer el contenido, y, sin embargo, no se atrevía á decir una palabra que decidiera á Ramona á abrirlo.

Por fin hizo ésta un esfuerzo, suspiró, y rasgó el sobre, leyendo primero para sí, y luego en voz alta, lo siguiente:



«Cumplo encargo.—Salimos de Madrid.—Ocurre algo muy grave.—*Eduardo.*»

—¿Qué puede motivar ese repentino viaje, ni qué circunstancias puede haber observado Eduardo?—murmuró Lorenzo.

Después de un momento de silencio, Monina se puso en pié, y con tono enérgico, exclamó:

—¡Mañana lo sabremos! Tomando el tren correo que pasa por Carcagente á las cuatro de la tarde, llegaremos de mañana á Madrid....

—La señora ha despertado, y desea ver á la señorita,—dijo una doncella, apareciendo en la puerta de la casa.

—¡Ah, egoista!.... ¡Y así abandonaría á mi pobre madre!....—murmuró la joven con desaliento, dejando caer los brazos á lo largo del cuerpo.

—¡Iré yo solo, Monina!....—dijo Lorenzo.

—¡No habrá más remedio!—añadió ésta.

Y entró en la habitación.

Se hicieron rápidamente los preparativos nesarios para que con tiempo saliera el viejo en

el coche que había de conducirle á la estación de Carcagente, distante cinco leguas de la finca, y al despedirse de Monina, ésta le dijo:

—¡Lorenzo, ha llegado el momento!.... Obra como creas más conveniente; cuanto tengo y cuanto valgo es para Carlos; sin temor de incurrir en exceso de celo, puedes disponer. Y, sobre todo, no me ocultes lo que pasa, sea lo que fuere.

—¡Dios te bendiga, Monina!.... ¡Eres un ángel!....—murmuró el viejo, besándola en la frente.

Mientras el coche rodaba por el camino de Carcagente, arrastrado por dos robustas mulas, la pobre Ramona, presa de cruel angustia, rezaba delante del reclinatorio que junto á la cabecera de su lecho virginal tenía, y de sus ojos brotaba un raudal de lágrimas bien amargas; lágrimas de quien ama y no espera; llanto más desconsolador, porque hay precisión de ocultarlo.

CAPÍTULO XXI.

Con una calma glacial recorrió Carlos las habitaciones todas que ocupaba Margarita en su departamento. Preguntó á la doncella, al ver que por sí no encontraba el objeto de sus pesquisas, y al saber que había salido, salió tambien; fué á pié hasta casa de la madre de la joven, y cual si nada nuevo pasara, llamó y se hizo anunciar.

Al oir esta última el nombre de su esposo, secó el llanto que inundaba sus mejillas, y un estremecimiento recorrió su cuerpo. Todas las disculpas inventadas por su orgullo para convencer á la que le diera el ser, de que ella no era culpable y su esposo un bribón, iban á caer por su base. ¿Por qué había mentido? Ella mis-a no lo sabía.

—Si el abandono de tu marido lo causó un)queteo, y esa es la sola razón de lo que pasa,

sal conmigo; y como quiera que Carlos es un hombre de bien, sabrá perdonarte....—dijo la buena señora, que adoraba á su hija única.

—Tengo miedo (murmuró Margarita bajando los ojos). Carlos es muy violento, y....

—¡Bien, quédate!.... (interrumpió la madre). Ya sé lo que me toca hacer.

Y así diciendo, salió.

Montaral se puso en pié al verla : ella le hizo una seña para que de nuevo tomara asiento, y sentóse junto á él.

—¿Vienes á buscar á tu mujer?—le dijo con acento, mitad jovial, mitad serio.

—Vengo á dejarla de nuevo en la casa de donde salió para hacer mi desventura,—repuso él con frío tono.

—¡Ve lo que dices, Carlos!.... Ve que es la honra de tu esposa....

—Ruego á V., señora, que abreviemos esta conferencia, que resulta para los dos muy penosa, y para ello espero que me escuche sin interrumpirme.

»Su hija de V., por circunstancias de educa-

ción y de carácter, hizo de mi casa un infierno. Yo sufrí y callé en tanto que mi desdicha era tolerable, por ser fruto de un error mío. Pero llegó un momento en que no bastaba ya aquéllo; era preciso, para evitar el escándalo, huir del hogar sin fuego; aún sufrí. Vino el instante de conocer la gente mi desgracia; llegó el de ser mi nombre ludibrio del mundo, y resolví romper los lazos que de puro flojos se alargaron, hasta consentir un crimen de lesa familia que se llama adulterio.

»He aquí las pruebas,—añadió, mostrando las dos cartas.

La madre de Margarita las leyó detenidamente: tenía un nudo en la garganta, y hubo de esperar largo espacio, antes de pronunciar palabra. Por fin dijo:

—¡Pero esto solo!.... Un tonteo....

—Que, aun concediendo que lo fuera nada más, echa un borrón sobre mi honra, ni más ni menos que como un crimen.

—Yo te ruego.... ¡que perdones!.... Ella no es mala. Cuando menos, evita el escándalo. ¡Po-

déis vivir separados dentro de la misma casa!.... ¡Hay tantos así!....

—Estarán constituídos de manera muy distinta que yo (exclamó Carlos). No me explico al hombre que se considera deshonrado y sostiene á la causante de su deshonra.

—¿De modo que no consientes?....

—No, señora. Entre esa mujer y yo no hay nada común. Antes que permitirme transigir con mi decoro.... la mataría.

—Ve que las leyes la ampararán si te niegas á subvenir á sus necesidades.

—En tal caso.... tal vez hubiera medios de probar el adulterio, y ampararme á mi vez al abrigo de esas mismas leyes....

—¿Y pruebas?....

—Las tengo en el testimonio de sus criados.... y en cartas que intercepté antes de ahora....

Esto era inexacto, pero hizo su efecto. Carlos se propuso, mintiendo, evitar que se le pusiera más en ridículo con el escándalo, y lo consiguió. Aquellas pruebas que no tenía, pero que fácilmente podía haber adquirido, serían como espe-

cie de espada de Damocles para la esposa infiel, si sobreviviera después del desafío con Jebranis. Y en el caso contrario, al morir él se perdería todo.

—¿Es, pues, inútil esperar que perdones y os reconciliéis?....

—¡Inútil!....—exclamó con tono enérgico Carlos, poniéndose en pié.

Y tomando su sombrero, salió de la estancia y de la casa.

Cuando la madre volvió donde estaba Margarita, ésta la esperaba impaciente:

—¡Has perdido (le dijo) una posición brillante; has trocado el bienestar por la pobreza!.... ¡Has sido una loca!....

—¡Es cierto!.... (gimió la joven.) Porque he amado á Jaime, como nunca amé á Carlos....

—¿Y qué piensas hacer?....

—¡No lo sé, mamá!.... ¡Tú tienes apenas para que vivamos en la mayor estrechez!.... Y ese hombre....

—¿Piensas en él? No me obligues á creer que perdiste el decoro.

—¡Es cierto!.... ¡Si Carlos tuviera piedad de mí!....

—¡No la tendrá!.... Ni tampoco esperes obligarle. Según él mismo me ha asegurado, tiene contra ti pruebas mayores que las cartas que me ha exhibido. Te han hecho traición tus criados, y si pretendes entablar contra él un proceso pidiéndole recursos, te contestará con una demanda de divorcio por adulterio.

Margarita lloraba de nuevo; su madre fué poco á poco aplacándose, hasta llorar también. Por fin abrazó á su hija, y sollozando le dijo:

—Echemos un velo sobre el pasado. Sé buena hija, ya que no has sabido ser buena esposa, y pide á Dios que te perdone tu falta....

—¡Qué horrible posición la mía! (murmuraba Margarita, llorando.) Yo no sé qué maléfica influencia ha ejercido sobre mí ese hombre, para hacerme olvidar todo, incluso mi propia conveniencia. Cien veces pensé en que podía llegar esto; cien veces eché mis cuentas sobre el porvenir, y siempre, ante la idea de que entre mi bienestar material y mi amor no había compa-

tibilidad, rechacé el raciocinio y me engolfé más y más en mi locura.

—¡Ve cuán amargos frutos produce!....

—¡Sí, amargos; porque ahora comprendo que debí dominar mi pasión! ¡Pero si es más fuerte que yo!.... Á mi pesar amé á Jaime; á mi pesar le adoro, y es tan difícil defenderse de lo que nos parece la felicidad....

—Pues es necesario, hija mía, desechar toda idea de que subsistan tus relaciones criminales. El mundo no te perdonará la falta, mucho menos desde que, caída, le ofreces medio de cebar en ti su cruel maledicencia; pero yo que soy tu madre; yo que te amo, puedo perdonarte, y te perdonaré, como te perdonará Dios, si te corriges arrepentida.

—Sí, madre; tú me perdonarás: ¡tal vez el mundo olvide!.... ¡Pero ni olvido ni perdón me darán lo que perdí; ni siquiera en compensación me concederán la libertad de amarle, y ser amada por el que ha sido la causa de mi ruína!.... Mi marido y yo éramos incompatibles; yo soy la primera á reconocer que fui tal vez origen de la

incompatibilidad.... Por qué fui poco á poco aficionándome á la idea de faltar á mis deberes, yo misma no lo sé; pero es el caso que me encuentro culpable, y al propio tiempo, fuera de que engañé á quien se fiaba de mí, la conciencia no me acrimina por otra cosa.

—Tú debiste pensar en que no te pertenecías, y no pensaste en nada.

—¿Se piensa cuando se está loca?.... ¡Tú no sabes por lo visto lo que es amar, ó se te ha olvidado!....—gritó la joven con furia.

—¡Tranquilízate, hija mía! (dijo la madre, al ver la exaltación que se apoderaba poco á poco de Margarita.) Tranquilízate; y puesto que el mal no tiene remedio, olvidemos el pasado; ¡haz cuenta que eres soltera, y como en aquellos tiempos, ve en mí á tu único apoyo!.... El mundo es así; tienen constituída los hombres la sociedad de esa manera, y pensar en vivir de otra, es absurdo.

—¡Yo aborrezco el mundo!....

—¿Y qué le importará del aborrecimiento de un átomo que eres tú?

—Pues si no le importa de mí, tampoco á mí me importa de él (dijo la joven con fuego). Puesto que fui criminal porque no supe ser infeliz en absoluto, respondan el mundo y sus leyes de mi crimen y de los que en adelante cometa....

—¡Hija, por Dios, cálmate!....

—No estoy exaltada. ¡Buscaré á mi amante, y públicamente seré su querida!.... ¡Carlos tiene razón; entre los dos no hay ya nada común!....

—¡En ese terreno no cuentes con tu madre!....—dijo la anciana con severidad.

—¡Yo no tengo madre, ni tengo nada más que odio para todo el que, como yo, no sea infame!....—repuso Margarita en el colmo de la exaltación.

Tomó de nuevo su mantilla, púsosela delante del espejo con mano nerviosa, y salió, presa de la especie de delirio que la dominaba cuando una mala pasión era dueña de su alma.

La pobre madre, sin osar detenerla, se cubrió la cara con las manos, y rompiendo á llorar de nuevo, exclamó:

—¡Dios mío, ten piedad de ella y de mí!....

CAPÍTULO XXII.

Como si la ira la embriagara, la marquesa de Valdegarcén era capaz de poner en práctica la idea más audaz bajo la influencia de aquella extraordinaria energía.

Con la mayor rapidez que pudo fué de nuevo á casa de su marido; subió la escalera con paso firme, y sin vacilar se dirigió á su tocador.

Sin despojarse de la mantilla siquiera, abrió un soberbio armario; sacó todas sus alhajas de los estuches; encerrólos á granel en un saquito de cuero de Rusia, cerró de nuevo el mueble que le servía de joyero, y llamó á Rafaela.

Ésta apareció á poco.

—¡Me has vendido, Rafaela!—exclamó con rabia.

—¡Yo, señora!—repuso la criada con sorpresa.

—Sí, tú; pero tienes un medio de que te perdone y te gratifique. Vas á ahuyentar á los criados y á abrirme la puerta del jardín, sin que sospechen que haces uno ni otro.

—Eduardo y Antonio están en el cuarto-tocador del señor Marqués arreglando el equipaje, y fácilmente pasará la señora por el jardín sin que la vean, con sólo cerrar la puerta de servicio que da á la escalera de la cocina.

—Pues ve, y haz de modo que pueda salir así.... Pero cuidado con venderme de nuevo.

—Ni he hablado con nadie, ni, aunque lo hubiera hecho, hubiese faltado á la confianza de la señora por nada del mundo.

—De todos modos, para mí es igual. Hazme este último servicio, y quedaré satisfecha.

—¿Qué va V. á hacer, señora?....—preguntó la sirvienta con tono cariñoso, y que á la par manifestaba temor.

—¡Voy!.... ¡Pero á ti qué te importa! Haz lo que te he encargado, ó niégate á obedecerme, para que no perdamos un tiempo que es precioso para mí.

—¡Yo negarme á obedecer, cuando tanto debo á la señora!

—Y sin embargo, has revelado el secreto de mis relaciones con el señorito Jorge....

—¿Yo? ¿Quién ha dicho semejante cosa?

—Quien te compró sin duda.

—Pues es mentira eso. Yo no hablé con nadie, y así á nadie he dicho lo que no debía. Muy al contrario; sospeché que ocurría algo grave, y siempre interesada por servir á la señorita, he procurado enterarme de lo que la podía convenir saber.

—¿Y qué tienes que contarme?

—El señor marqués va á partir. Mandó preparar en seguida su equipaje, y encargó á Eduardo que hiciera el suyo. He preguntado á Antonio, que, como V. sabe, habla conmigo, y aunque no ha sabido fijar el sitio adonde se iba el señor con su ayuda de cámara, me ha dicho que le habían hecho guardar pistolas y espadas, como si se tratara de un desafío.

—¡Un desafío!.... ¡Ah, sí! Ahora comprendo.... Carlos va á Santander.... pero llegaré an-

tes que él, ó evitaré que me haga aún más infeliz.... (exclamó Margarita, que imaginó la verdad). Son las tres: á las cuatro sale el expreso del Norte: si Carlos no toma ese mismo tren, estamos salvados....; y no habiendo venido aún, apenas tendrá tiempo de alcanzarle.

—Pero, ¿va V. á partir sola, señora?

—Sí; de otro modo, puede mi marido sospechar mi plan y estorbarlo, impidiéndome salir de Madrid antes ó al mismo tiempo que él. Ve á facilitarme la salida, que voy detrás de ti.

La criada salió. Margarita miró á su alrededor con expresión extraña, y sonriendo amargamente, murmuró:

—¡Todos vosotros, objetos de que me he servido por espacio de seis años, sois testigos de mis pensamientos, bien varios en todo ese tiempo!.... ¡Os dejo sin pena, porque voy en pos de mis deseos, camino tal vez de la dicha!.... ¡Lujo, esplendor que dan las riquezas, afanes que fueron, ya no tenéis valor para mí!.... ¡Una buhardilla junto al ser amado, ofrece más encanto que

los palacios, semejantes á cárceles de oro cuando se tiene el corazón vacío!....

Y recatándose, mirando por si era sorprendida, cruzó salones y cuartos interiores; bajó la escalera que daba acceso á las cocinas y al jardín; atravesó este, y sin reparar siquiera en la criada, que, con los ojos arrasados de lágrimas, abrió la puerta, salió; anduvo de prisa hasta la esquina próxima; tomó un carruaje, y con voz segura, dijo al auriga:

—Á la estación del Norte; de prisa, y te daré propina.

En poco tiempo llegó á la indicada estación; pagó con esplendidez al cochero, y acercándose al despacho de billetes, tomó uno de primera para Santander.

Como no necesitaba entretenerse en nada más, penetró en el andén; se hizo abrir el departamento reservado para señoras, y medio oculta detrás de una cortinilla casi corrida, observaba la gente que entraba y salía, con marcada emoción.

De cuando en cuando contenía el aliento y

palidecía. Era que imaginaba haber visto á su marido acercarse al tren con su criado. Cuando se cercioraba de su error, respiraba fuerte, y su semblante se dilataba, para otra vez volver á expresar zozobra, al creer de nuevo que la presencia de Carlos iba á entorpecer su plan.

Así pasó el tiempo con mortal lentitud; por fin, las portezuelas de los coches se cerraron una detrás de otra, impulsadas por la mano del empleado; sonó la campana, luego el pito del jefe, y por último el resoplido de la máquina, al mismo tiempo que el cuerpo de la joven se estremecía con el trepidar del wagón, y su alma se llenaba de júbilo al ver que el primer paso de su atrevida empresa salía á pedir de boca.

Mientras el tren corría veloz, ella, con la mejilla apoyada sobre el cristal, y los ojos cerrados, parecía dormida. Pero no era sueño aquella especie de ensimismamiento; por más que el cuerpo, abatido á consecuencia de la violenta tensió de los nervios durante aquellas horas largas c mo días, estaba inmóvil; el espíritu se agitab en medio de verdaderas convulsiones; atraí

hacia el cerebro la actividad entera del organismo, y amontonaba ideas informes, por decir así; amalgamaba en una misma lo más antitético, cohonestando lo puro con lo impuro, lo lógico con lo absurdo.

El alma llega también á cansarse, y esto sucedió por fin á Margarita.

Como su cuerpo parecía dormido, sin que alterase su inmovilidad más que un ligero y periódico estremecimiento seguido de un suspiro, así el ánimo se calmó poco á poco, y al cabo de algunas horas consintió el sueño pesado y letárgico que subsigue á los grandes esfuerzos cerebrales, sin más señales de actividad que ligeros destellos de la inteligencia, es decir, débiles esfuerzos de la imaginación, lejanos relámpagos de la pasada tempestad.

CAPÍTULO XXIII.

Cuando á consecuencia del enfriamiento de sus relaciones conyugales, Carlos volvió á reunirse con sus antiguos camaradas, trabó amistad con Antonio Paz, el joven letrado que presenté á mis lectores en casa de Morals el día mismo en que nuestro protagonista se casó con Margarita.

Como entonces se dijo, era hombre de provecho, y cuando el marqués de Valdegarcén necesitó por vez primera el concurso de un abogado para hacer un negocio, acudió á él, que, como amigo, y por su crédito entre los hombres de ley, le ofrecía todo género de garantías.

Pero al comenzar el camino de la ruína, Car- tuvo reparo en consultar lo que debía hacer ı una persona que hubiera de fijo reprobado conducta; dejáronse de tratar cliente y juris-

consulto, y hacía muchos meses que no se veían ya, cuando el primero, desde casa de su suegra, se fué á la del segundo.

Algo muy triste revelaba el semblante del uno, cuando el otro, conteniendo la alegría que le causaba tan inesperada visita, dijo estrechando la mano de Montaral.

—Después de mucho tiempo de tenerme olvidado, creo, Marqués, que su visita viene á causarme un dolor que no compensa el placer de verle....

—En efecto, amigo Paz; vengo en busca del letrado y del amigo, con el corazón hecho pedazos,—repuso Carlos con pena.

—Pues el consejo del uno y el cariño del otro son, como siempre, de V. Estoy á sus órdenes.

Sentáronse los dos, y Carlos dijo:

—Nuestra entrevista será breve, porque me falta tiempo. Vengo de casa de mi suegra, á quien he devuelto á su hija.

—¿Se han separado Vds.?

—Sí; un abogado es como un confesor, y ade

más V. es un excelente amigo mío. Lea V. la prueba de un delito que ha roto mi matrimonio (dijo Carlos, entregando á Paz las cartas de Jebranis y Margarita; y mientras éste las desdoblaba, continuó): y quiero que V. me diga si aprueba lo hecho, y me indique qué debo hacer.

Paz leyó con calma, y al concluir dijo:

—¡No hay duda posible, siendo suyas estas cartas!....

—Además, para adquirir toda certeza, le bastará saber cómo ha ocurrido. Y le refirió todo con minuciosos detalles, concluyendo por pedir consejo basado en la ley.

—Como letrado (repuso Paz), le diré á V. que esto no tiene valor legal apenas, y como amigo, me limitaré á decirle que, aun teniendo pruebas inequívocas, es posible que fueran insuficientes para entablar una demanda criminal contra los culpables. Requiérense para esto circunstancias rarísimas, que causa rubor publicar, aun proponiéndose perder la vergüenza, y que nunca compensan la depresión que por ella se sufre.

Lo que V. ha hecho es lo más acertado. Mientras la mujer culpable se conforme con que V. no se ocupe de ella, desprecio; si intentara, apoyándose en la ley, obligarle á respetar derechos que perdió en conciencia al faltar á sus deberes, medio habrá de que nos defendamos, haciendo uso de las prerogativas que como marido le corresponden. Es muy triste, pero muy cierto; dada la organización de la sociedad y la forma en que están hechas las leyes que rigen el matrimonio, el divorcio en casos de adulterio es muy difícil de obtener, porque se requiere demostrar el delito de tal modo, que sólo por casualidad ó por una torpeza poco común en los criminales, puede hallarse medio legal de probarlo; y, no obteniéndole, queda el ofendido á merced del delincuente, si no falsea la ley, que debiera ser infalseable.

—Aun sin conocer más que por referencia el Derecho, obré de acuerdo con mi criterio, que es asimismo el de V. Celebro mucho que apruebe mi conducta, y reservándome contar con su ilustrado consejo si de nuevo fuera preciso, de-



jemos este asunto para ocuparnos de otro, principal objeto de mi consulta.

—V. dirá.

—La marcha deplorable de mis negocios me hizo acudir en último extremo á un usurero. Objetó mucho antes de consentir en darme la cantidad que le pedía á crédito personal, por carecer de fincas libres de hipoteca, y consintió finalmente, mediante una escritura de depósito, en la que se fingía haberme entregado en tal concepto diez y ocho mil duros. Pasado mañana vence ese plazo, y se niega á esperar más. Yo puedo pagarle pronto; hoy mismo salgo para Santander, con intención de realizar el patrimonio que allí poseo, y tal vez pasado mañana tenga disponible la cifra indicada. Pero, si no la tuviera, ¿qué haremos?

—Si, como me asegura, no hay medio de obtener prórroga, dentro de la ley no existe ninguno para evitar lo que V. teme sin duda; el escándalo. Llegado el día que el prestamista reclama su dinero, hay que pagarle, ó someterse á lo que él quiera.



—¿Pero no habrá manera de entretener la acción criminal?—dijo Carlos con espanto.

—Sin duda le habrá: ganaremos tiempo mientras V. no pueda pagar; pero como quiera que *todo* lo que V. posee está grabado por hipotecas, no hay posibilidad de evitar una demanda fundada en la ley, clara sobre ese punto, so pena de que se salde la cuenta en un plazo brevísimo, que el juez concederá á instancia de V. como depositario. Desde luego, creo que debe V. marcharse cuanto antes; yo me avistaré con el sujeto en cuestión...., y veremos lo que se puede hacer.

—De modo que V. se encarga del asunto.

—Sabe que cuenta siempre conmigo.

—Gracias, amigo mío (exclamó Carlos). Confío en V., y parto tranquilo.

—Dependiendo de mí, nada hay que temer....

Apuntó Paz lo necesario para manejar el negocio: quedaron conformes en dirigir cartas y telegramas á la lista de correos de Santander, y después de estrecharse las manos, separáronse los dos amigos.

Antes de esta conferencia, no puede decirse que Montaral tenía un plan bueno ó malo. La idea de romper con las contrariedades de la vida acabando con ella, no puede llamarse proyecto; es más bien un disparate, que en la mayoría de los casos no resuelve nada, y si resuelve algo, es en contra del suicida.

Pero luego que se vió apoyado por su amigo; después que adquirió la certeza de que podría defenderse de los ataques de Margarita, parecióle como si en el negro horizonte del porvenir descubriese un punto luminoso.

Una vez en Santander, realizaría como pudiera su capital, y aunque perdiendo obtuviera sólo la cantidad precisa para evitar un proceso deshonroso, la tomaría, y quedaría á salvo por ese lado. Satisfaría su venganza, batiéndose con Jebranis; volvería para poner sus negocios en orden lo mejor posible de acuerdo con Paz.... y ¡quién sabe lo que la suerte le ofrecería después!....

Desesperarse hasta perder toda idea de conciencia y todo resto de valor al influjo de un pe-

queño detalle que haga resaltar una posición difícil, y recobrar vigor, y aun alegría, á impulsos de una pequeñez que sirva de base á un castillo de naipes, cuyas formas preciosas seducen, que encierra dentro de sus muros, débiles hasta lo sumo, un mundo de esperanzas más pobres aún, es fenómeno que experimentan á cada paso las personas impresionables, y Carlos lo era en grado superlativo.

Casi alegre, pues, entró en su casa; impaciente guardó las llaves de su maleta; sin apetito y sin saber que comía, comió lo que le sirvieron, y sobrexcitado, subió á un coche de primera del tren correo del Norte, en compañía del fiel Eduardo, que aprovechó un momento para telegrafiar á Monina, indicando el punto adonde se dirigía con su amo.

Á la hora indicada se puso el tren en marcha; y bien ajeno Carlos de que iba precedido por Margarita, acabó por dejarse dominar por el sueño, rendido por tanta emoción y tanto cansancio.

CAPÍTULO XXIV.

—Vaya; hoy no te quejarás, mamá (dijo Monina, cuando, al separarse de Lorenzo, penetró en el cuarto de doña Micaela). ¡Has dormido mejor que nunca!....

—Y, sin embargo, hija mía, me encuentro tan mal, que te llamé para rogarte que hagas venir al señor cura de Carcagente. ¡Me siento morir!.... —contestó la enferma con voz apagada.

En efecto: la pobre señora tocaba al fin de su dolencia. Sin que pudiera fijarse una causa positiva de su empeoramiento durante su sueño, parece que el mal había avanzado con extraña rapidez, como si la muerte aprovechara un descuido.

Monina entreabrió las cortinas de la ventana; penetró la clara luz del sol, y á sus resplandores

iluminóse el rostro de doña Micaela. Al verle, la joven palideció, y no pudo contener un movimiento de sorpresa y de disgusto.

La depresión del espíritu, á consecuencia de su viudez, puso á la pobre mujer en mal estado de salud; el abandono en que permaneció, mientras con su hija sufría en cuerpo y alma, á causa de la dolencia de su marido, preparó el terreno, y cuando el dolor agudo de la irremediable pérdida vino, le halló á propósito para destruir el organismo. Los achaques propios de la edad, combinados con la anemia, tomaron proporciones, y, como ya se dijo, fué en vano que la ciencia, la vida saludable del campo y el cuidado de una hija amorosísima, se empeñaran en hacer recobrar la salud á un cuerpo enfermo porque el alma lo estaba.

El macilento rostro de doña Micaela, sonrosado sólo en los pómulos; el vidrioso brillo de las pupilas, y la anhelosa respiración, asustaron á Monina. No obstante, hizo un esfuerzo, arregló su fisonomía como pudo, y, fingiendo tranquilidad, dijo, besando á su madre en la frente,

y al paso que estrechaba una de sus manos:

—¡No sé, mamá, en qué te fundas para pensar en morir!....

—Me fundo en que ya no respiro bien como antes; en que siento dentro de la cabeza un ruído extraño; se me escapan las ideas... y me abraso de sed.... ¡Créeme, hija mía; me muero!....

Ramona era mujer tan ilustrada como no lo son muchos hombres, y aunque nada supiera de medicina, comprendía demasiado que el subido calór del cuerpo de la enferma, que ella tocaba al acariciarla, significaba una fiebre muy alta, y la fiebre exagerada mata en poco tiempo.

—Bien, mamá; yo estoy segura de que tienes sólo aprensión; pero, de todos modos, te complaceré. Voy á mandar venir al señor cura y al médico. ¿No es eso?....

—¡Sí; pero ve de prisa, hija mía!....

Ramona salió aparentando tranquilidad; pero cuando su madre ya no podía verla, se echó á llorar con amargura. Dió rápidamente sus órde-

nes; partió en seguida un hombre á caballo en busca del doctor y el sacerdote, y ella volvió junto á la enferma.

Tres horas después, las personas llamadas con tanta premura estaban en la casa de campo. El médico hizo un minucioso reconocimiento; contó atentamente las pulsaciones, y al calcular que su número pasaba de lo que una fiebre ordinaria ofrece; al ver la lengua cubierta de una capa de sarro color café, y que igual síntoma ofrecían los labios, arrugó el entrecejo, y con tono no muy seguro, dijo:

—¡Por ahora, señora, no hay nada que temer!.... No obstante, si quiere V. quedarse sola con D. Próspero (así se llamaba el párroco).... nos iremos!....

—Sí, déjenme Vds. (repuso doña Micaela). ¡Conozco que muy pronto no podría confesarme!....

Monina, el médico y la doncella abandonaron la estancia. Al salir, dijo la primera, dirigiéndose al segundo:

—¿Qué opina V.?

—Señorita, no sé qué decirle. El caso parece....

—¡Hábleme V. con franqueza!.... Soy fuerte, y más daño me hace la incertidumbre que la verdad, por dolorosa que sea. ¿Qué tiene mamá?

—¡Su mamá tiene, á mi juicio, una fiebre tifoidea, desarrollada con tal rapidez, que mucho temo no podamos atajarla!....

—¡De modo que!....—exclamó la joven sin atreverse á concluir.

—¡El caso es muy grave! Pero ¿quién sabe lo que Dios tiene dispuesto?....

—¡Desconfía V. de sus fuerzas!....

—Sí, señorita, francamente. El estado de postración que sufre su señora mamá desde hace tanto tiempo, agrava el caso. ¡Si la naturaleza no nos ayuda!....

Al poco rato, salió el confesor: el médico volvió á su puesto; tomó sus disposiciones, y, vista la gravedad de las circunstancias, resolvió no abandonar la casa. Por la mañana del día siguiente, y después de una penosa noche; doña Micaela perdió la cabeza. El delirio era

violentísimo, y la pobre Ramona no podía abandonar un instante el lugar que ocupaba junto á la cabecera del lecho.

Sentada á ratos, á ratos en pié, la pobre joven sufría constantemente de un modo cruel. Á su preocupación por los extraños acontecimientos en casa de Carlos, se unía la enfermedad de su madre.

En esta cruel zozobra, pasaron cuarenta y ocho horas mortales.

El día tercero después de la partida de Lorenzo, la enferma parecía algo mejorada, aunque seguía tan grave, que el Doctor no osaba abandonar la finca para acudir al pueblo, donde afortunadamente no tenía enfermos de peligro.

Aprovechando un momento de reposo, abandonó Monina la estancia, donde hacía tres días estaba encerrada, y fué á sus habitaciones, con intención de reposar á su vez el tiempo que su madre tardara en necesitarla; pero á poco la llamaron para entregarle el correo que acababa de llegar. Entre varias cartas que dejó sin abrir, había una voluminosa, cuyo sobre estaba escrito

por Lorenzo, y un telegrama. Abrió éste, que decía así:

«Salimos para Santander, tren correo.

»Eduardo.»

En seguida, como buscando más explicaciones, rasgó el sobre de la carta, y leyó:

«Mi querida Ramona: Te escribo lleno de pesadumbre. Grave, muy grave era lo que Eduardo nos decía en su telegrama, pero no imaginé que fuera tanto.

»¡Al llegar á casa de Carlitos, me encontré sin él y sin su mujer!.... Ha ocurrido el gran escándalo: no puedo averiguar aún la verdadera causa que lo produjo; pero la una está en casa de su madre, y el otro ha salido de Madrid. No es sólo la separación entre Carlos y Margarita, de lo que se habla á tontas y á locas: hay algo más. Ayer mañana, cuando regresé de casa de la madre de aquella, donde pretendí averiguar el

paradero de Carlos sin lograr mi objeto, me encontré con un señor que hablaba bastante descompuesto con el portero, y le decía al entrar yo:

—«El señor Marqués no puede haberse ido sin verme ó dejar un recado de importancia para mí, porque no creo que sea un mal caballero.

»Al oir tales palabras, el corazón me dió un vuelco: me acerqué al sujeto en cuestión; le dije quién era yo, le hice subir, y me enteré.

»Es un individuo á quien Carlos tomó diez y ocho mil duros con escritura de depósito; los reclama, y amenaza con proceder criminalmente contra él, si no se le paga en seguida. Me dijo que se había entendido con éste para que su mujer respondiera con su dote, y que ni uno ni otro estaban en la corte.

»Cree que estoy desesperado, porque mucho temo que el viaje de Carlos sea para mal. ¡Nadie sabe dónde para!....

»Es más que probable que sea debido á la malhadada deuda de que hablo más arriba. No pudiendo tú venir, creo conveniente que me proporciones medios para sacar del Banco el dinero

y pagar al indicado sujeto, que parece no esperará.

»Dos veces intenté ver al señor Paz, el abogado de Carlos, y no he podido encontrarle en casa. Inmediatamente que acabe esta carta, que no quiero retrasar más, porque supongo tu impaciencia, voy de nuevo para que me diga si sabe el paradero de ese loco, y al paso, para que en tu nombre hable con el acreedor, y le haga esperar hasta que tú mandes poderes ó lo que sea, para disponer del dinero.

»Cuídate mucho; saluda á tu mamá, y sabes que te quiere tu fiel criado,

»LORENZO.»

Después de diez y ocho horas de escrita la carta, era probable que el viejo servidor hubiese ya visto al abogado, sabría el paradero de Carlos, y habría detenido el primer golpe que le amenazaba.

Sin embargo, Monina se levantó de la cama, no bien concluyó la lectura: redactó un telegrama anunciando el envío de fondos; escribió á su

banquero en Valencia, Sr. Puig, una carta, en la que ordenaba la operación de giro por los diez y ocho mil pesos fuertes á la orden de Lorenzo; encerró dentro de ella otra para éste, con objeto de que el mismo Puig la enviase con la letra, y en seguida llamó á un criado de confianza, dispuso que partiera sin perder momento, llevando las cartas á la mano para evitar retraso; y después de hecho todo esto, respiró con satisfacción.

En aquel suspiro se encerraban dos sentimientos antitéticos, y, sin embargo, hijos legítimos del amor; el egoismo y la ventura de ser útil al ser amado; el uno procedía de que Carlos, separado de Margarita, le parecía suyo por derecho propio, y el otro, de que le salvaba de un compromiso enorme.

Con la cabeza apoyada sobre la mano, permaneció ensimismada algunos instantes. Todo lo doloroso de su ánimo se ocultó detrás de una nube de color de rosa; pero aquel delicioso éxtasis duró bien poco. El paso rápido de su doncella, que con aire azorado penetró en la estancia, la volvió á la realidad.

CAPITULO XXV.

La última carta de Carlos era tan perentoria, que Jebranis pásó por todo, y precisamente al mismo tiempo que D. Nicolás Iturragüen, sin creer que hacía nada más que un buen negocio, le entregaba dos millones cien mil reales en talones contra el Banco de Santander, á cambio de la escritura de venta de una pingüe propiedad, como era el patrimonio que heredó Montaral en aquella comarca, Margarita salía de Madrid en busca de su amante.

Al regresar á la fonda del Comercio, en que se hospedaba, bien ajeno de lo que en la corte ocurría, recibió el telegrama de su querida.

Leyólo repetidas veces, còmo no queriendo dar crédito á su vista; encorróse en su cuarto, procuró serenarse, y lo consiguió por fin; razonó, y como hombre de imaginación viva, al

propio tiempo que dotado de una cantidad de cinismo inconmensurable, resolvió bien pronto.

Salió sin perder momento ; gestionó, y encontró medio de trocar los documentos extendidos á su nombre por letras sobre New-York; enteróse de los buques que partían para América , y con una tranquilidad de espíritu envidiable, acostóse aquella noche , y durmió como un justo.

El vapor partía á las diez y media de la mañana ; faltábale sólo recoger su pasaje , y á las ocho y media , cuando despertó , comenzó á vestirse tranquilamente.

Dos golpes dados en la puerta le sacaron del mundo ideal de pensamientos á que se entregaba mientras se vestía.

Tras un ligero espacio de tiempo , los golpes se repitieron : Jebranis hizo un esfuerzo , y dirigiéndose resueltamente hacia la alcoba, tomó un pequeño revolver , fué á la puerta , la abrió sin decir palabra , y encontróse frente á frente de Margarita.

Sin poder evitarlo , dió un paso atrás , y exclamó :

—¡Tú aquí!....

—Sí, yo soy; yo, que te di mi honra y mi bienestar, que te doy ahora los girones de mi destrozada reputación, y vengo á que nos salvemos juntos. ¡Es menester huir!.... ¡Carlos llegará en el tren correo, si, como sospecho, aquí se dirige para matarte!....

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¡Cómo Carlos ha podido saber!....

—¡Porque me han vendido, y ha sorprendido nuestra correspondencia! Tu última carta, en mis propias manos.

En pocas palabras Margarita contó con todos sus detalles lo ocurrido. Al concluir, Jaime exclamó:

—¿Y qué propósito tienes?....

—¡Huir contigo!....

—¿Pero has pensado que así das un arma terrible á tu marido contra ti y contra mí?....

—¡Serías capaz de abandonarme!....—dijo ella con tono de reproche.

—¡Oh, nunca!—murmuró Jebranis, á quien la idea de partir solo y único dueño de una for-

tuna le parecía mucho más bella que la de llevar en pos de sí á la mujer que se lo había sacrificado todo.

—¡Pues no perdamos tiempo!.... Traigo mis alhajas y ocho mil reales en oro que conservaba para hacerte un regalo! Tenemos para el momento, y vendidas las joyas lejos de aquí, recogeremos más de sesenta mil duros.

—Tienes razón (repuso él, animado por aquella noticia); partiremos juntos. Yo me oponía, casi por falta de fondos; por no exponerte á la miseria en tierras extrañas.... ¡Te sacrificaba mi amor, Margarita mía; mi amor, que es mi más preciado afán!....

—¡Si supieras, Jaime de mi alma, que me gusta haber caído en el fango por ti!.... ¡Que me causa más dicha ser tu querida, aunque me desprecien, que gozar de las prerogativas todas de mujer de un Marqués rico y espléndido!.... ¡Mi amor inmenso sólo te ve á ti, cielo mío, á ti, que eres perfecto á mis ojos, que me encant con tu cariño!.... Lejos del mundo, con quien l roto por seguirte, en un rincón ignorado de

tierra, viviremos modestamente, sin echar nada de menos. ¡Tú me amarás siempre como ahora; yo rodearé tu existencia de los encantos de un amor inmenso, y te envidiarán los que te vean tan feliz!....

—Es menester que dejemos nuestro afán de amarnos y decírnoslo para otros momentos menos apurados; el tiempo avanza, y urge averiguar qué vapor sale primero, para en él ponernos fuera del alcance de la ley, que, impulsada por tu marido, puede perseguirnos.

—¡La ley!.... ¡Qué horrible es cuando agita cadenas y fulmina castigos contra los que no pudimos ahogar nuestros instintos naturales!

—Pero siendo tan injusta y todo, no nos alcanzará menos si no nos burlamos de ella con actividad y astucia.

—Partamos donde tú quieras.

—Ven conmigo, pues.

Juntos salieron, y después de tomar pasaje para los dos, fueron á un almacén de confecciones de señora, porque Margarita salió de Madrid

sin equipaje, y fuerza era comprar ropas y efectos.

Hízolo de una manera bien distinta que otras veces. Era pobre, relativamente, y en su pobreza, más feliz que cuando, rica, todo le parecía poco lujoso.

Así pasó el tiempo, y llegó la hora de partir.

Apoyada en la mano de Jaime, subió la escalerilla del vapor; sonriendo vió levar las anclas, y gozosa se sintió balancear luego por las olas; y á medida que la tierra se iba reduciendo á una línea negra que cerraba el inmenso mar, ensanchábase su pecho.

¡Madre, amistad, recuerdos de la edad más bella de su vida, conciencia del bien y del deber; todo se había ido perdiendo en su alma de tal modo, que se alejaba de su patria sin pena; ni siquiera con tristeza!

¿Era exceso de amor?.... ¿Era pérdida del sentido moral? ¡Quién lo sabe!....

CAPÍTULO XXVI.

Carlos Montaral y su ayuda de cámara habían quedado solos en el departamento de primera clase que desde Madrid ocupaban. El uno leía, sin darse cuenta de los pensamientos del autor del libro; pasaba hojas impaciente, y á intervalos muy cortos cambiaba de postura, como si en todas estuviera incómodo. El otro dormitaba, apoyada la cabeza contra el mullido de un rincón.

Á cada instante era mayor la impaciencia de Carlos; se aproximaba el fin de su viaje, y en su mente daba las últimas pinceladas al cuadro en que se pintaba la escena que ocurriría al verse frente á frente con Jebranis.

Antes que nada, pensaba enterarse del estado del negocio que le obligó á enviarle á Santander; luego, sin que pudiera sospechar sus

propósitos, lo ultimaría, enviando á Paz fondos para terminar el asunto con Pallarón. Una vez hecho esto, revelaría á su antiguo amigo su descubrimiento, sin emplear más palabras que las precisas; se batirían á muerte, y le mataría, tomando así justa venganza de la ofensa que le había inferido.

¡Después!.... Después, ocupándose sólo de su propia conveniencia, pagando á todo el mundo, esperaría días mejores. ¡Quién era capaz de apreciar hasta qué punto pudiera ponerse á su alcance la dicha en el porvenir!....

Cuando el tren se detuvo, y los mozos de la estación de Santander abrieron las portezuelas de los carruajes, despertó á su criado; recogió con él cuantos bultos llevaban á mano, bajó, salió del andén, tomó un carruaje, y subiendo en él, se dejó conducir á la fonda del Comercio.

En ella iba á encontrar al amigo falso; al apearse del coche hacía esfuerzos por ocultar su rabia, y por última vez repasaba el papel que se propuso desempeñar.

—¿Se hospeda aquí un caballero llamado don Jaime Jebranis?....—preguntó al mozo, que, solícito y servicial, le arrebataba de las manos la manta y las espadas envueltas en un paño, mientras su criado pagaba al cochero.

—No sé, caballero. El administrador dará á V. razón de lo que desea saber.

Se dirigió al despacho, y repitió la pregunta.

—Ha estado aquí hasta esta mañana (le replicó un hombre ya viejo, que era el representante del dueño de la fonda). Pero vino á buscarle una señora; pagó su cuenta y el almuerzo de los dos, y se fueron.

Carlos se puso primero muy pálido, y luego rojo como una amapola. Después de unos instantes de duda, dijo:

—¿Y sabe V. dónde fueron?....

—El equipaje se llevó por orden suya al muelle, y se embarcó en el vapor *Ciudad Condal*, que ha zarpado á las diez y media para ɘw-York. Es de suponer que, á su vez, han rtido en él.

—Necesito una habitación para mí, y otra para mi ayuda de cámara, — exclamó Carlos con voz poco segura.

Y siguiendo á un criado que le precedía, se internó en la casa.

Una horrible borrasca agitaba su alma. Había sido burlado villanamente. Aquella mujer era sin duda Margarita, que huía con su amante para ponerse fuera del alcance de su venganza. Pero eso no importaba. De la venta de sus bienes, después de pagar al acreedor Pallarón, había de quedarle por fuerza una pequeña fortuna. La emplearía toda en perseguir á los culpables; los alcanzaría, y donde quiera que tal sucediera, se vengaría de los dos de una manera que dejara satisfecho su amor propio, tan cruelmente lastimado.

Abstraído en sus ensueños de venganza; alentando su deseo de verter sangre, con proyectos á cual más absurdo, cambió de traje; en seguida se enteró de la dirección que había de seguir para llegar á casa de Iturragüen; dió á su criado instrucciones para averiguar qué va-

pores partían antes con dirección á los Estados Unidos, y salió sin perder un momento.

En pocos minutos llegó á la casa del comerciante, y se hizo anunciar. Esperó un momento, y atravesando un despacho destartalado y sucio, que servía de antesala al del principal, se halló en presencia de éste.

—Señor Marqués (dijo Iturragüen, saliéndole al paso). Celebro en el alma la ocasión de verle, y estoy, como siempre, á sus órdenes. Hágame V. el favor de tomar asiento. ¿Qué nuevo tiene que mandarme?

—Le supongo perfectamente enterado del asunto que me trae, por Jebranis, que llegó hace unos días con mis poderes, y vengo para que de una manera definitiva terminemos esa venta. Necesito dinero, y....

—Pero, ¿no ha visto V. á su apoderado?....—preguntó el comerciante con sorpresa.

—¡Sí, le vi!.... Pero....

—Entonces no me explico lo que acaba de decirme. Ayer se terminó el negocio; entregué al Sr. Jebranis la cantidad convenida, y recogí

la escritura definitiva de venta.... Voy á enseñársela á V.

Carlos quiso hablar, y no pudo.... Una oleada de sangre subió á su garganta, y apagó su voz: llegó al rostro, y le hizo tomar un tinte amoratado.

—¿Se siente V. mal?—exclamó Iturragüen, poniéndose en pié....

—¡No, no es nada!.... (murmuró con voz sorda Carlos.) He sido víctima de una infamia, porque no puedo creer que V. me engañe.

—Yo no soy capaz de engañar á nadie. He aquí la copia legalizada del documento.

Montaral pasó los ojos por el papel sellado, lleno de garabatos al final; luego se lo devolvió al comprador, tomó su sombrero, y saludándole sin saber qué hacía, abandonó la casa.

Todos sus esfuerzos estaban agotados; había sido víctima de su confianza; robado y comprometido de un modo infame; iba á sufrir las consecuencias de un error. Él no debió fiarse de Margarita; valía más haber fingido una transacción para asegurar el golpe.

Pero ya era tarde; el paso estaba dado, los culpables lejos, y ni él tenía fondos para perseguirles, ni, aun teniéndolos, podía hacerlo: creerían las gentes que se escapaba para eludir el pago de una cantidad que, si bien le había sido entregada á préstamo, figuraba como un sagrado depósito. El mundo entero le daría el calificativo de estafador.

Sobrexcitado de una manera horrible, volvió al hotel.

Tomó la llave de su habitación, y encerrándose en ella, dejóse caer sobre una butaca con desaliento.

Faltaba sólo un día para que el acreedor se presentara en su casa de Madrid, le requiriese para el pago, y, al saber que no estaba, al no poder ofrecerle una sola esperanza de cobrar en breve plazo, le perseguiría criminalmente.

El marqués de Valdegarcén podía vivir pobre, pero no infamado....

Había el recurso de acudir á Ramona para que le sacara del apuro; pero este recurso le repugnaba de un modo horrible.

En el amor que él le profesaba, había cierta especie de religioso respeto; era indudable que ella le ayudaría sin pensarlo siquiera, porque era indudable también que á su vez le amaba.... Pero cualquier cosa le parecía mejor que poner á contribución de dinero aquel afecto que era su único consuelo; la única verdad en que creía....

Por otra parte, ¿qué atractivos tenían la vida y el porvenir para él? Solo, arruinado, habría de trabajar para proporcionarse el sustento.... y vivir no valía la pena de hacer el más leve sacrificio....

Si Monina hubiera sido posible para él, hubiese despreciado á los infames que le vendían; y dejando entre las garras de sus acreedores toda su fortuna, se habría hecho llevar á Cuba, y allí, con afán y trabajo, hubiera ganado una fortuna, para venir á ofrecer á la mujer amada su existencia entera, á cambio de su cariño, pero no á trueque de su dinero....

Mas esto era un ensueño; entre Ramona y él había un abismo de deberes sociales y de preocu-

paciones mutuas; él no podía hacerla su *querida*, y nunca podría ser su *esposa*.

Como sobre la tela que recibe las imágenes de una linterna mágica crecen las figuras y toman proporciones monstruosas, así en el alma de nuestro amigo creció y se hizo monstruoso el cuadro de su desventura; la amarga hiel de la desesperación la invadió toda; crispáronse los nervios; gimió el espíritu, y el llanto salió de los ojos y corrió por las mejillas, abrasándolas....

De pronto, como impulsado por un resorte, levantóse, se restregó el rostro con el pañuelo para secar el llanto; fué á la mesa, y, tomando un pliego de papel, escribió unas cuantas líneas con mano convulsa.

Luego abrió un saquito de viaje; sacó un pequeño revólver de niquel, elegante como un juguete de tiroleses, lo montó, acercó la boca del cañón á la sien derecha, apretó mucho los ojos, y comprimiendo el gatillo con el dedo, hizo salir el tiro....

El cuerpo se estremeció; vaciló un segundo, y con los brazos abiertos y las facciones contraí-

das, cayó de espaldas sobre el pavimento de madera, produciendo un ruído sordo al chocar el cráneo contra las enceradas tablas.

La del mortífero juguete fué muy débil, mucho más que un portazo: el golpe del cuerpo, al caer contra el suelo, tampoco fué tan fuerte que no pudiera confundirse con uno de tantos como producen los equipajes al depositarse en los cuartos de una fonda. Nadie, pues, se apercibió del accidente en los primeros momentos.

Pero pasada más de media hora, Eduardo, de regreso ya después de evacuar las diligencias que le habían sido encomendadas, llegó á la habitación de su amo y llamó con los nudillos. Esperó unos instantes, y no sintiendo ruído, intentó abrir; la puerta no cedió.

Pensó que no habría aún regresado; bajó, y pidió la llave del cuarto, para arreglar la ropa y poner los efectos en orden mientras volvía.

Al decírsele en el mostrador que Carlos estaba en casa, inquieto, volvió á subir, y de nuevo intentó entrar; miró por la cerradura, y aunque con incertidumbre, porque la llave casi

obstruía el ojo, parecióle ver las piernas de su señor tendido en el suelo.

Con la mayor zozobra corrió en busca de ayuda: vinieron el conserje y un mozo; entre los tres empujaron violentamente la puerta, y después de resistir varios empujones, cedieron los tornillos del cerradero, quedando franca la entrada.

Eduardo permaneció un instante perplejo; luego, algo repuesto, se arrojó sobre el cuerpo de su amo, incorporado sobre una rodilla del conserje, que con ayuda del otro criado le levantó.

Por una pequeña abertura, casi junto á la órbita, se deslizaba un hilo de sangre, viniendo á acumularse sobre los rizosos pelos de la barba, formando un cuajarón negruzco: las narices y la boca cubríalas asimismo una espuma sanguinolenta, y todos los fenómenos de la muerte muy próxima se acusaban en aquel cuerpo, poco antes lleno de vigor.

—Hay que avisar á un médico en seguida (exclamó Eduardo, cuando la emoción le permitió hablar). ¡Aún vive!

—Sí (repuso el conserje). Corre, Cosme; que avisen de paso al señor, y además que den parte al juez.

El llamado Cosme salió corriendo, el conserje, ayudado por Eduardo, se puso en pié, y entre los dos colocaron el cuerpo de Carlos sobre el lecho.

CAPÍTULO XVII.

—¡Avise V. á la señorita (dijo el médico de Carcagente, dirigiéndose á la doncella Amelia); porque esto se va por momentos!....

La criada, sin hacerse repetir la orden, salió, y se trasladó á escape al cuarto de Monina, donde la vimos entrar llena de azoramiento.

—¿Qué ocurre, Amelia?....—preguntó Ramona.

—¡Que la señora se pone muy malita!....—repuso la sirvienta.

Las dos mujeres salieron precipitadamente.

Al entrar Monina y ver el cambio que en menos de una hora había experimentado su madre, fuera de sí, abalanzóse al lecho, gritando:

—¡Madre mía!.....

—Tenga V. ánimo, señorita (exclamó el médico). ¡Dios la quiere para sí!....

—¡Pero si está muerta!—gimió con desesperación la pobre joven.

—¡No, señorita; aún vive! Pero todo es inútil; la vida se escapa por instantes.

En efecto: la agonía era rapidísima; se había declarado lo que los médicos llaman *púrpura hemorrágica*, y nada podía esperarse.

Ramona abrazaba el cuerpo inerte de doña Micaela, y sollozaba; la infeliz enferma no sentía ya, y ni el consuelo de exhalar su postrer suspiro con una palabra consoladora podía ofrecerle.

Apretaba con manos convulsas las sábanas del lecho, y ni aun le daba el último abrazo.

Aquella escena partía el alma; el médico, al otro lado del lecho, aun siendo ya viejo en la profesión, contenía á duras penas las lágrimas. Impulsado por un movimiento caritativo, hizo una seña á los criados presentes, y al propio tiempo dijo á Ramona:

—Señorita, retírese V. No hay esperanza, y aquí sólo sufrir inútilmente consigue.

Los dos sirvientes trataron de separarla de

la cama; pero ella se irguió; aferróse á la fría mano de la muerta, y exclamó:

—¡Conozco que mi madre ya no existe!.... ¡Su alma voló al cielo en pos de la del ser que más amó en el mundo!.... ¡Pero no intenten Vds. que la abandone!.... ¡Nadie pondrá las manos en su cadáver más que yo!....

Aquella energía detuvo á todos: el médico pulsó por última vez, y soltando la muñeca, murmuró:

—¡Ha muerto!....

Arrodillóse Ramona; apoyó la frente contra la cama; rezó largo rato, y los criados hicieron como ella.

Después de algunas horas, cuando la muerte fué un hecho tan claro que no había medio de abrigar una esperanza, la joven se levantó del sillón en que había llorado tanto; preparó con dolorosa solicitud las ropas, y por sí misma vistió el cuerpo del ser tan querido, con el último traje: la mortaja.

Visto que el cadáver se descomponía rápidamente, para evitar el contagio, ordenó el médico

que se dispusiera todo para verificar el enterramiento el día próximo bien temprano. Pasó la noche, breve como noche de primavera, y los primeros rayos del sol naciente alumbraron con sus rayos, como sonrisas de amor y vida, el cuadro de un entierro, ¡todo dolor y muerte!....

Monina acompañó el fúnebre cortejo hasta la puerta de salida, y allí besó por vez postrera el rostro del cadáver, murmurando entre sollozos:

—¡Madre del alma!.... ¡Ruega á Dios por mí!....

Concluída esta ceremonia tan triste, consiguieron apartarla del lugar donde diera el postrer adiós al ser amado; mas cuando, recostada sobre su lecho, apenas comenzaba á reponerse del último esfuerzo que necesitó para no desfallecer, entró una criada con un papel en la mano.

—Es un parte, señorita (dijo): lo traen de Carcagente, y como tiene V. dicho que se le entreguen, sea la hora que fuese y esté V. donde esté....

—Trae,—murmuró Monina, incorporándose.

Rasgó el sobre, y leyó :

«Lorenzo García.

»El señor herido gravísimo en la cabeza.—Venga cuantó antes.—Estoy sólo.—Prepare señorita.

»EDUARDO.»

El papel se escapó de sus manos.... Sintió una especie de angustia, como si le faltara aire respirable; cerró los ojos; palideció hasta la lividez, y se desplomó sobre las almohadas, exhalando un gemido.

La criada, llena de susto, se abalanzó á ella; le tomó las manos, y al verla tan pálida y sentirla tan fría, se asomó á la puerta, gritando :

—¡Socorro, que se muere la señorita!....

Pero antes que nadie acudiera, volvió ésta en sí; se lanzó fuera del lecho, presa de febril agitación, y dijo :

—¡No grites, Amelia; nò es nada!.... Ya pasó ; fué un vahído..... ¡Ven!.... ¡Ayúdame!....

Sin perder momento, arregló su equipaje más

preciso; hizo enganchar el carruaje, y animada por un vigor extraño, gritó al cochero, al subir en compañía del administrador de la finca, que debía acompañarla:

—¡Corre hasta matar las mulas!.... ¡Si alcanzo el tren, te pago dos años de sueldo por gratificación!....

El muchacho que empuñaba las riendas no se hizo repetir el encargo; fustigó al vigoroso tronco, y partió velozmente.

Hora y media después, mientras, sin tiempo para tomar siquiera billetes, subían Monina y su dependiente en un carruaje del tren correo, el cochero la veía partir, y murmuraba:

—¡Por vida del diablo!.... ¡No tiene poca prisa la señorita! Parece que esperaba enterrar á la pobre señora para largarse á Madrid.... ¡Esta gente rica no quiere ni á sus padres!....

Aquel individuo debía cuanto era á la persona á quien criticaba....

CAPÍTULO XXVIII.

Lorenzo estaba verdaderamente contento: no bien recibió la carta de Ramona y la letra para saldar la cuenta con el tenedor de la escritura de depósito, cobró el dinero, pagó, de acuerdo con Paz, y recogió el documento en que aquel declaraba á Carlos libre de todo compromiso.

En seguida, ya enterado del paradero de su antiguo amo, escribió á éste extensamente, dándole cuenta de todo lo hecho, y esperaba gozoso verle volver de un momento á otro.

Cuando recibió un recado de Monina llamándole á su casa, llenóse de confusión. ¿Cómo había venido, dejando enferma á su madre, según él sabía por carta de hacía cuatro días? ¿Qué objeto podía traerla á Madrid sin avisarle siquiera?

Dióse prisa para salir de dudas, y al objeto

trasladóse al hotel de la Castellana lo antes que pudo.

Al ver á Ramona desmejorada, pálida, tristísima y vestida de luto, dióle un vuelco el corazón:

—¿Qué pasa, hija de mi alma? ¿Qué significan tu rostro demacrado y tus vestidos negros?

Monina, por toda respuesta, rompió á llorar.

—Por Dios, Ramona (dijo el viejo pugnando por enjugarle las lágrimas). ¡Sácame de esta incertidumbre! ¿Acaso tu madre?....

—¡Está en el cielo!—murmuró la joven, dando tregua al llanto.

—¿Pero cómo fué esa súbita desgracia? ¿Cómo has venido tú, tan reciente aún el fracaso?

Ramona, que no podía hablar de puro acongojada, sacó el telegrama último de Eduardo, y se lo entregó.

Desdoblólo Lorenzo, leyó, y tuvo que apoyarse en un mueble para no caer....

Después de unos instantes de silencio, la joven pudo serenarse algo, y entre suspiros dijo:

—Como ves, la desgracia me hiere sin pie-

dad. Mi madre muerta, Carlos muriéndose, ó muerto ya tal vez.... Salí ayer de casa, y esta noche partiré en busca de él.... ¡Sabe Dios qué nueva desventura me sucederá de aquí á mañana!....

—¿Pero cómo puede estar herido Carlos?.... ¡Ah! Sí; Jebranis estaba en Santander.... y aquí se dice públicamente que era el amante de Margarita.... Habrá sido tan estúpidamente noble, que le habrá desafiado, y el canalla habrá vencido al leal, al inocente.... ¡Y esto es justicia, Dios mío!.... Monina, mira, hija mía, me voy contigo. Por Cristo te juro que esto no queda así. Lo que es á ese perro traidor le pego un tiro por la espalda.

—Tranquilízate, pobre Lorenzo. Vas á venir conmigo, sí; te necesito. Pero depón toda idea que no sea la de salvar á Carlos en todos terrenos y á todo trance. En seguida quiero que busques á Paz, y le traigas en compañía del Notario Martínez. Antes de marcharnos quiero dejar un poder amplísimo á favor del primero, con objeto de que pueda recoger á la mayor breve-

dad todos los créditos en contra de Carlos, de mi Carlos de mi alma, que ahora, cuando está abandonado por todos, me pertenece á mí que no le abandono.

—Bendita seas, Monina. Eres una santa.

—Ve; no perdamos un instante.

Lorenzo salió; y mientras volvía, la joven puso los documentos todos en orden para que nada se opusiera á las gestiones de Paz.

Éste y Martínez llegaron al mediodía. Después de recoger la firma de Ramona en blanco, porque no había tiempo material para hacer el poder antes de la noche, retiróse el Notario.

—Quiero, amigo Paz (dijo la joven, cuando se quedaron solos), que, como si mi fortuna fuera la de Carlos Montaral, recoja V. todos los créditos que haya contra él.

—¿Sabe V. que ascienden á millones?

—No me importa: tengo sobrado para eso.

—Desde luego compraremos en vez de saldar. Así, dada la posición de nuestro amigo, tal vez obtengamos rebajas que nos serán ventajosas.

—No quiero que nadie tenga que lamentarse por haber prestado su dinero á mi hermano.

—Me permitirá V. que le diga una cosa. Se trata de usureros, que sólo en intereses tendrán cobrados sus capitales, ó poco menos.

—Aun así. Es Carlos quien paga : ¡yo soy su cajero!....

—¿De modo que yo dispongo de los fondos, y V. se queda sin resguardo ni cosa que lo valga?

—Yo, en Santander, me entenderé con Carlitos.

—Eso es otra cosa. Se hará como V. ordena.

El resto de la tarde empleóse en instruir á Paz sobre mil detalles, para que no hubiera entorpecimientos posibles.

Á la hora convenida llegó el doctor Loarre, á quien se había rogado que fuera á socorrer á su amigo en compañía de la joven y el viejo Lorenzo; trasladáronse todos á la estación, y juntos partieron.

Monina, rendida por la fatiga corporal y tanta y tan continuada emoción, acostóse en un

diván del departamento reservado que ocupaban los tres, y á poco se durmió: aunque intranquilo, el sueño repondría sus fuerzas, que tan aniquiladas estaban. Sus compañeros, sentados uno junto al otro, hablaban en voz baja.

—Verdaderamente (decía Lorenzo): ¿quién había de pensar que tales cosas sucedieran, cuando todo debía sonreir á los recién casados hace siete años? Recuerdo aquellos momentos de despedida en la misma estación, á que llegamos todos tan alegres.... ¡y á la que tan agitados venimos hoy los tres!....

—¡Qué quiere V., el mundo es así! (repuso el médico.) La felicidad se escapa de entre las manos, cuando más seguro estaba uno de no perderla. Yo tengo la suerte de poseer entero el corazón de mi mujer. Supe por ella la posición falsa en que estaba colocada Margarita, y no me sorprendió el desenlace de la intriga de que era víctima mi amigo Carlos. Y, perdóneme la curiosidad, Lorenzo; ¿se sabe qué es de ella?

—Yo, por lo menos, nada sé. Verdad es que vivo en círculo distinto que el de sus allegados,

y no es fácil que se me proporcione ocasión de encontrarles.

—Se cuentan cosas bien extrañas. Su pobre madre, á quien visito, está enferma : dicen por ahí unos que la hija se ha encerrado en un convento arrepentida ; otros que ha huído en busca de Jebranis.... De todos modos, sin la locura de Carlos en exponer su vida tan en tonto, quien más pierde es ella.

— No, perdone V., Sr. Loarre. Yo tengo pocos alcances; pero soy muy viejo, y he visto mucho. Esté V. seguro de que no pierde uno más que otro; si el pobre Carlitos no se muere, yo, que le conozco bien, sé que nunca será dichoso; su mujer le negó la familia, y le impide crearse otra nueva: ella, en cambio, perdida la vergüenza, se hará al nuevo género de vida que ha emprendido, y, como no tiene corazón, llegará á ser feliz. Ya ve V. si hay diferencia.

—Sin embargo, la consideración social....

—Es cierto que perdió eso; pero no lo es menos que si las circunstancias fueran tales que por sí misma no se hubiera echado tierra en los

ojos desapareciendo, después de haber condenado á desesperación perpetua á su marido, la mayoría de las gentes la compadecería. Hay cosas á las que no me he acostumbrado aún, ni creo llegar á acostumbrarme: una pobre mujer que, alucinada por una pasión, siendo libre, rompe por todo, se llama en el mundo una perdida. Y la que, perteneciendo á otro, se olvida de sus deberes y además hace solidario de su deshonra á quien le dió su confianza entera; si el marido no ve ó pasa por todo, se la admite en todas partes, y si ve y castiga, aún hay quien compadece á la culpable.... ¡Esto no es justo!

Poco á poco fué languideciendo la conversación entre los compañeros de viaje de Ramona. Loarre se acomodó como mejor pudo, y se durmió, sin pensar más en las ajenas desventuras.

Lorenzo, á su vez, también se entregó al descanso; pero su postrera mirada fué para la pobre Monina; y como la última impresión suele ser causa de los ensueños, soñó lo que pensaba al dormirse.

Carlos y Monina, unidos en estrecho lazo, gozosos, felices, sin más penas que las inherentes á la vida ordinaria, le sonreían, y sonreían á los tiernos vástagos que con la boca abierta le oían relatar las hazañas y los terrores de la guerra. Vivían todos en un círculo propio, ajeno á los demás hombres, donde todo era luz y belleza.... Y así pasaban los años; venía la muerte, y todos juntos, siempre avivando el fuego del hogar perfecto, pasaban de un mundo á otro mejor, más en consonancia con aquel sentimiento común; con el amor en sus múltiples manifestaciones. Un monstruo intentaba separarlos; abría su enorme boca armada de dientes afilados como cuchillos, y al tropezar con la invisible muralla que rodeaba aquel paraíso que ellos habitaban, gruñía con furia; su gruñido atronaba, pero ellos no se asustaban.... Despreciándole, le volvían la espalda, y ni se fijaban en la asquerosa baba con que pretendía mancharlos. Lorenzo era supersticioso, como hombre falto de ilustración; despertó cuando la aurora comenzaba á colorear las nubes con sonrosadas tintas, y después que es-

tuvo bien despierto, buscaba una explicación á su singular ensueño.

Era una consecuencia natural de su buen juicio, por más que él no se diera cuenta de ello.

Aquello debió haber sucedido sin la fatalidad, y sucedería, si el monstruo no fuera capaz de morder en la dicha de los inocentes, y vomitar calumnias ó injurias contra ellos....

CAPÍTULO XXIX.

—De modo que, á juicio de V., no hay salvación posible,—gimió mejor que dijo Ramona, mirando á Loarre con los ojos llenos de lágrimas y una mortal angustia pintada en el semblante.

—No, amiga mía; no digo que sea inevitable la muerte. En casos como este, la misión del médico consiste en esperar, atento siempre á modificar en sentido favorable todo accidente que sobrevenga, como consecuencia de un mal desconocido. El proyectil está dentro del cráneo; ni el médico que asiste á Carlos tropezó con él, ni yo fui más afortunado.

»Claro es que, ignorando de una manera exacta los destrozos que causó y el lugar donde está, es imposible diagnosticar en concreto. No hay duda que no interesó la masa encefálica, de un modo

gravísimo por lo menos, pues que nuestro amigo vive, y no se observa la presencia de ninguna partícula cerebral ni en los vendajes ni en los bordes de la herida. Es evidente que está ciego; en el delirio ha oído V. que pide luz; que dice se muere en la oscuridad, y, por lo tanto, debemos sospechar que la bala se desvió hacia el esfenoides, hueso que forma la base del cráneo y sobre el cual se entrecruzan los nervios ópticos, única manera como pudo herirlos; á menos que concedamos la casualidad de que los cortara en su origen, lo que no es probable, porque entonces al propio tiempo hubiera destruído las fosas nasales, y la hemorragia por la boca y narices hubiera sido grandísima, que por lo visto no lo fué.

»El estado general, es, por otra parte, un motivo para sospechar que hay una grave lesión; la fiebre altísima, la sobrexcitación del sistema nervioso, todo, en fin, me inclina á suponer que la muerte será el desenlace del drama. Y, sin embargo, quien lo afirmara pecaría de presuntuoso. Las heridas de bala, cuando, como esta, no permiten el uso de medios que nos cercioren de

sus más mínimos detalles, pueden ofrecer tales anomalías, que en concreto nada se puede afirmar nunca.

—Si V., amigo Loarre, se quedara junto á Carlitos, yo estaría más tranquila. ¡Tengo en V. una fe tan grande!

—Puede V. tenerla en mi colega encargado del enfermo. Sabe tanto, por lo menos, como yo: estoy del todo conforme con su opinión, que sería siempre la mía. No siendo así, cuente V. con que todo lo dejaría por atender á uno de mis amigos más queridos.

—¡Deme V. una esperanza; me mata esta horrible duda!....—exclamó Ramona, desesperada.

—¡Y cómo he de engañarla, hija mía, si yo mismo no me atrevo á formar juicio exacto!.... Puede V. abrigar cuantas quiera, si el proyectil no se ha fijado en un punto donde pueda entorpecer las funciones de una víscera tan importante como el cerebro, si no le ha destruído en parte, aunque sea pequeñísima, sin que sepamos de cierto que no lo destruyó. En tal caso, que-

dará ciego, pero vivirá, y se curará tal vez muy pronto, por tratarse de una herida de importancia, pero no de enorme gravedad. Aun puede V. esperar una curación rápida, pero ficticia, si esta sobreviene, á pesar de todos los pesares, por una de esas rarezas que la ciencia no alcanza muchas veces.... Pero yo no puedo afirmar que cure, no sabiendo, como no sé de cierto, el valor del mal. En síntesis: no me chocaría si recobrase la salud, ni me sorprendería si la muerte sobreviniese de un momento á otro.

—¡Dios mío, Dios mío!.... ¡Qué horrible padecer!.... ¡Mamá muerta; Carlos tal vez para morir dentro de un instante!.... ¡Virgen mía.... ten piedad de mí!....

El doctor Loarre estaba afectado; Monina sollozaba acongojada; Lorenzo, en un rincón de la alcoba, sin poder estarse quieto un momento, lloraba en silencio, y entre dientes mascullaba frases ininteligibles; Carlos, extendido sobre el lecho, con el rostro tan blanco como los vendajes que le rodeaban las sienes, con los ojos entreabiertos é inmóviles, hubiérase creído que

estaba muerto, si no fuera porque de cuando en cuando decía palabras inconexas, pero claras....

El nombre de Ramona parece que calmaba su sobrexcitación. Pronunciábale con frecuencia, unido á los epítetos cariñosos que solía darle cuando niño la llamaba hermana. Luego, como si cambiase el cuadro que el delirio forjaba en su imaginación, con iracundo tono llenaba de improperios á un fantasma que le perseguía; agitábase, y entonces á duras penas podían sujetarle entre Eduardo y Lorenzo....

Después de cada una de estas crisis, de nuevo se postraba y de nuevo parecía un cadáver.

Rafael Loarre consultó su reloj: faltaban sólo minutos para que el tren partiese.

Recogió el pequeño equipaje que había traído; tomó su sombrero, y dirigiéndose á Monina, dijo:

—¡Ha llegado la hora!.... Aquí no hago falta, y en Madrid me esperan mis enfermos. Ramona, adiós....

—¿Se va V.?....—exclamó la joven con tono suplicante.

—¡Es preciso!....

—¡Y me deja V. en este apuro!

—¡Si pudiera sacarle de él á costa de un sacrificio!....

—¡Con su ciencia puede hacerlo!....

—Le he dicho á V. la verdad. ¡No hago falta; i la hiciera, no me marcharía!....

—¡Hágase lo que quiera Dios!....—murmuró Ramona.

—Pídale V. que la ayude, y como no puede desoir los ruegos de los ángeles, la escuchará seguramente. Él, amiga mía, puede hacer lo que yo no haría de fijo.

Salió el médico: Ramona le vió partir con pesadumbre, y luego se acercó al lecho del enfermo.

Arrodillóse junto á él: tomó una mano del herido, y estrechándola con ternura entre las suyas, decía llorando:

—¡Carlos, Carlos mío!.... Rechaza la muerte, que te me quiere robar. ¡No huyas de tu Monina!.... De tu Monina, que te adora; que vive para ti, y se morirá si tú te mueres.

Siempre estrechándole la abrasadora mano,

besándola á intervalos, mojándola siempre con sus lágrimas, pasó la pobre joven largo espacio.

En aquella posición penosa que mortificaba su cuerpo, con el alma lacerada por el temor de ver morir al hombre que era su vida entera, en medio de tanta pesadumbre, Monina, sufriendo mucho, siendo muy desdichada, lo era menos que otras veces, y sufría menos que en otras ocasiones había sufrido.

La desventura hacía *suyo* al ser amado sobre todo lo terrenal, en condiciones tales, que el afán del sacrificio, ese sublime afán de las mujeres que saben amar, se veía alentado y satisfecho.

Si la suerte le hacía merced de la vida de Carlos, reducido á la impotencia de un niño por las dolencias físicas y morales, ella sería su amparo, su sostén, su ayuda.... Rodearía su existencia de bienestar á costa de todo.... Enjugaría sus lágrimas á fuerza de ternura.... Se recrearía en su obra benéfica, se anegaría en un inmenso océano de abnegación.... Sería Carlos tan *suyo*, tanto le pertenecería ella, que, aunque por circunstancias bien dolorosas y bien extrañas, se

realizaría el ideal de toda su vida: convertirse materialmente en la sacerdotisa de un ídolo, que era el hombre adorado con frenesí, envolviéndole en nubes de amor purísimo, sacrificando en aras de aquel sentimiento sublime toda su existencia, sin escatimar un pensamiento solo, una sola evolución de su actividad moral y material.

El merecido calificativo de *superior* no quitaba á Ramona su naturaleza de *mujer*, y si en su mano tuviera deshacer aquella serie de acontecimientos dolorosos que á la situación presente la traían, tan cierto es que volvieran las cosas á su estado primitivo, como que para decidirlo necesitara acudir á la idea de deber con detrimento del propio interés.

La satisfacción que se mezclaba con el pesar al ver sufrir á Carlos, era egoista; existía sin que ella misma se diera cuenta de su existencia, y hubiera sobrepujado al segundo sin el temor de perder por la muerte al ser querido.

Pero, aunque parezca una paradoja, hay casos en que es sublime el egoismo, y el de Monina era verdaderamente hermoso.

CAPÍTULO XXX.

Por espacio de muchos días, el estado de Carlos no fué más satisfactorio que cuando Monina y Lorenzo se instalaron á la cabecera de su lecho, dos después del accidente.

La ansiedad de la joven fué superior al heroismo; la esplendidez de su asidua asistencia, imponderable; la alegría que le produjo la primera esperanza del médico, después de haber desesperado del todo, fuera de los límites de lo que puede describirse con la pluma....

Según el dictamen facultativo, el trabajo de cicatrización se efectuaba de una manera regular; la fiebre tendía á debilitarse, y no sería extraño que muy en breve comenzara el herido á mejorar con rapidez.

Para corroborar este pronóstico, una mañana, Carlos despertó, después de un sueño pro-

longado y tranquilo, como si gozara de perfecta salud: pasó las manos por sus ojos; hizo un exfuerzo para incorporarse, y al ver que no podía, permaneció unos instantes mudo é inmóvil, como coordinando sus recuerdos; tentóse la cabeza, y al sentir el contacto del vendaje, murmuró, como hablando consigo mismo:

—¡Estoy herido!.... Pero ¿quién me hirió?....

Pasados algunos instantes, un largo suspiro contestó á su pregunta. Recordaba la última impresión.... Estremecióse de piés á cabeza; por un esfuerzo supremo logró sentarse en la cama, y tocándose los ojos muy abiertos, exclamó:

—¡Eduardo!.... ¡Eduardo!.... ¡Abre los balcones todos!.... ¡Luz!.... ¡Quiero luz!....

Monina miraba todo esto, conteniendo los sollozos con el pañuelo sobre la boca.... Su querido enfermo volvía en sí; esto la alegraba; pero no sólo con temor adquiría por sí misma la certeza de la ceguera, sino que la aterraba la idéa de que Carlos se convenciera asimismo....

—¡Eduardo!.... ¡Eduardo!....—gritó de nuevo Montaral.

—Señor,—repuso con voz débil el criado.

Ramona, sin poder contenerse ya, lanzó un gemido, y abalanzándose al cuello de su amado, le dijo estrechándole contra el pecho:

—Tranquilízate: no te apures, Carlos de mi alma.

—Monina, ¿tú aquí, á mi lado?—murmuró el herido con sorpresa, pasando la mano por el cuerpo y el rostro de la joven, como para convencerse de que no soñaba.

—Sí (dijo ella); aquí me tienes, junto á ti; contenta, porque vuelves á la vida.

—Pero.... ¿qué me sucede? ¿Por qué me tenéis á oscuras? Yo recuerdo que, fuera de mí, resolví morir. Recuerdo que me disparé el revolver sobre la sien. Pero ¿por qué no abrís los balcones? Ábrelos, Eduardo. ¡Quiero luz! ¡Me muero en la sombra! ¡Luz! ¡Luz!

— El médico ha prohibido.... — dijo Ramona.

—Pero para cuidarme usaréis luces. Encended una. Que la vea yo un momento sólo, para convencerme de que no estoy ciego.

El tono de esta última frase estremeció á todos los presentes.

Nadie se atrevió á pronunciar una palabra. Al hombre más fuerte le hubiera afectado aquella escena.

—Carlitos, tranquilízate. Yo te lo pido por Dios,—murmuró Ramona con cariño, acariciándole y obligándole á acostarse.

El herido, como fijo en una idea terrible, no hacía caso de sus halagos ni de sus cariñosas frases.

De pronto, tomándole las manos, dijo:

—Sácame de la duda, Monina. Yo recuerdo que el día antes de ser herido en Somorrostro, una bala atravesó las sienes de un soldado. Cuando me llevaron á mí al hospital de sangre, estaba él en la cama inmediata. Oí que los médicos decían que se quedaría ciego si no se moría. Luego...., luego pude verle como habían augurado. Aquella impresión no se me borró nunca. ¿Habré yo seguido la misma suerte? ¡Qué horror!

Monina lloraba sin responder. El médico en-

tró en aquel momento, y oyó las últimas palabras.

—¡Vaya! ¿Parece que ya tenemos hombre, eh? (dijo con tono jovial.) Pero es menester no excitarse, amigo mío. Esto retrasaría la curación.

—¡Doctor, sea V. franco!.... ¡Tengo valor para saber de cierto mi desgracia! ¿Estoy ciego?—exclamó Carlos, apretándole la mano con que había tratado de pulsarle.

—No, señor.

—¿Pues cómo es que no veo, ni los que me rodean consienten en que me convenza de que estoy á oscuras?

—Porque, sin estar privado de la vista, efecto de la herida que tiene en la sien, los nervios ópticos no funcionan ni funcionarán en mucho tiempo,—replicó el Doctor con tono seguro.

—¿Pero veré algún día?....

—Es probable.

—¡Sólo.... probable!.... ¡No cierto!.... ¡Oh! ¡qué horrible desgracia!....

La reacción sobrevino, al comprender por las

palabras del Doctor que sus temores eran ciertos; el infeliz, débil por la enfermedad, dejóse dominar por la pena, y rompió á llorar.

—¡Carlos!.... ¡Carlitos!....—dijo Ramona, en actitud de súplica, abrazándole con ternura.

«Déjele V. llorar y desahogarse primero, y consuélele V. luego,» quería decir el gesto del médico, que, sin hablar, salió de la alcoba, y haciendo señas de seguirle, hizo que salieran con él Lorenzo y Eduardo.

Montaral lloró largo espacio: sus lágrimas se mezclaban con las de Monina, y sus sollozos se ahogaban en los frescos labios de ésta, que, sosteniéndole la cabeza con el brazo derecho, le ceñía por la cintura con el otro y le estrechaba amorosa contra su pecho....

—¡Solo!.... ¡arruinado!.... ¡ciego!.... ¡Con el corazón hecho girones!.... ¡Con el alma enferma!.....¡Sin una esperanza!....—murmuró cuando el llanto se lo permitió.

—¡Solo, junto á mí!.... ¡arruinado, cuando tengo yo una fortuna!.... ¡ciego, cuando yo iluminaré tu alma con mi amor!.... ¡Sin esperan-

za, cuando me amas y yo te idolatro!.... ¡Qué injusto eres, Carlos mío!....—repuso con fuego Monina, besándole con entusiasmo.

—¡Que me amas tú!.... ¿Que eres más que mi hermana, quieres decir?....

—¡Sí, eso es lo que expresan mis palabras y mis caricias!.... ¿Te parece mentira? ¡Pues no lo es!.... ¡Yo sabía que me amabas; yo temía no tener tal vez el valor de resistirte si, infeliz y vehemente en extremo, me pedías la dicha á cambio de mi conciencia tranquila!.... ¡Por eso huí de ti!.... ¡Pero las cadenas que forjó la sociedad, las rompió el crimen!.... Tu desventura llegó á su colmo, y cuando solo, desamparado, en el abandono más completo, puedo consagrarte mi vida entera, como te consagré mi pensamiento, vengo á ti, y te digo: «¡Carlos! Tú no tienes en el mundo á nadie más que á mí. Yo, no tengo consideraciones que guardar más que á mí misma : mi afán es vivir para ti, labrar la dicha tuya, sea como fuere y cuésteme lo que me cueste : seré tu hermana, tu esposa, tu querida, lo que más te convenga; á mí me toca ser *tuya;*

á ti, darme el papel que se te antoje, con tal que representándole te haga feliz.

—¡Yo no puedo darte nada á cambio de tu sacrificio!.... Mi cariño, por ser mío, aunque muy grande, porque es cierto que te adoro, vale muy poco.

—Mi dicha puede ser tan sólo un reflejo de la tuya; no hay, pues, sacrificio para mí en ser dichosa.

—¡Tu madre!....

—¡No existe!.... ¡Me bendecirá desde el cielo!....

—¡La sociedad!....

—En cuanto sepa apreciar que no es una idea liviana el móvil de mi conducta, me juzgará con justicia.... En cuanto no sepa comprender el valor de ella, no me importa....

—¡Monina!.... ¡Monina mía!.... ¿Habré de dar gracias á Dios por mi calvario, que, en vez de cruz, me ofrece en la cúspide la felicidad completa?....

—¡Si tu dicha soy yo; si depende de mi cariño, bendice tus desventuras, que han rellena-

do el abismo de deberes que nos separaba!....

—¡Eres un ángel!....

—No; soy la mujer que Dios creó para ti....

Un extraño fenómeno tuvo lugar en el alma de Carlos. Como sobre una tumba crecen las flores más hermosas si una mano piadosa las siembra y las cultiva; como llegan á cubrirla, la embellecen, saturan el ambiente que la rodea de aromas deliciosos, y al cabo de tiempo convierten en objeto de poéticos pensamientos lo que era sin ellos triste lugar de amargura, así, á contar desde el día de la escena relatada, comenzaron á ocultarse detrás de un mundo de ilusiones y gratas esperanzas los recuerdos de tristes acontecimientos, que destrozaban el corazón de nuestro amigo.

Mucho amor y mucho talento por parte de Ramona; mucho amor y mucha vehemencia por parte de Carlos; con estos elementos, el espíritu alcanzó la salud antes aún que el cuerpo, aunque éste, lleno de robustez, necesitó pocos meses para volver á funcionar con vigor y energía.

Él, dócil como un niño, subyugado por su

compañera en el orden moral con un yugo dulcísimo de amor y discreción, y materialmente porque, pobre ciego, necesitaba contar con la ayuda de sus semejantes, y á ninguno cedía Ramona su puesto de enamorado lazarillo, era completamente feliz amando y dejándose adorar.

Ella, hermosa encarnación de la mujer digna de llamarse así, por su corazón sensible y tierno hasta el exceso, por su abnegación natural, por su heroico modo de ser, era dichosa amando, sin más objeto que amar y sacrificarlo todo en aras de aquella imperiosa necesidad de su espíritu.

Cuando la salud de Carlos lo permitió, trasladóse la enamorada pareja á Valencia.

En el camino que conduce al Grao poseía Monina una linda casa de campo, oculta en medio de un verdadero bosque de naranjos, limoneros, granados, eucaliptos y las mil especies de hermosos árboles que ofrece la flora de la costa del Mediterráneo: coquetona y bella con la coquetería de las construcciones francesas, aquella vivienda era un verdadero nido. Una pareja de ruiseñores trocados en individuos de la especie

humana, pero conservando siempre sus almas enamoradas, no hubieran elegido mejor lugar ni hubieran fabricado un recinto más en consonancia con las necesidades de los hombres y con el amor de los pájaros.

Dejémosles arrullarse al calor de un hogar perfectamente constituído, aunque no sancionado por las leyes de la sociedad.

El rumor de besos y el batir de alas, como dijo un sublime poeta, resuena allí constantemente.... No siendo protagonista del idilio, huyamos del recinto sagrado en que se desarrolla

CAPÍTULO XXXI.

El viaje de Margarita y Jaime, á través del inmenso Océano, llegó á término sin el menor accidente.

Ni se encresparon las olas al impulso del huracán, convirtiéndose en hirvientes montañas, furiosas y dispuestas á sumergir el buque donde se refugiaron los fugitivos criminales, ni siquiera el grito de la conciencia ahuyentó el sueño de sus párpados desde que se consideraron en absoluto fuera del alcance de los tribunales españoles; no sucedió, en fin, nada extraordinario que merezca mención. Fué un viaje felicísimo, y los viajeros, satisfechos y llenos de alegría, pisaron la costa americana diez y seis días después de su salida de Santander.

Jebranis tenía conocimientos en Filadelfia, y siéndoles igual un punto que otro, escogieron

de común acuerdo aquella rica población, é instaláronse en ella, después de realizar el pequeño capital que representaban los brillantes de Margarita; lanzóse su amante á la arena de los negocios, y favorecido por la fortuna, en menos de un año era reputado como uno de los negociantes más inteligentes de la plaza aquella. Siendo además activo y ambicioso, con una conciencia elástica, capaz de aceptar todo género de negocios con tal que fuesen productivos, y con un capital de algunos millones, no es mucho que se prospere en un país eminentemente comercial. Jaime reunía todas estas condiciones, y era además incansable y enérgico: de aquí su prosperidad.

Por otra parte, Margarita realizaba todas sus aspiraciones dentro de su casa, como el buen estado de los negocios las llenaba fuera: era una mujer distinta de cuando la conocimos siendo la envidia de la alta sociedad madrileña.

Su carácter violento, comprimido por la grosera energía de un amante atrabiliario, tan capaz de responder á sus arranques iracundos

volviéndole la espalda como maltratándola de hecho y de palabra, no era el mismo carácter. Había en sus expansiones cariñosas el servilismo del que ama con la conciencia de ser apenas estimado, y el temor ponía coto á su violencia con sólo una mirada de Jaime, si alguna vez el orgullo herido ó la voluntad brutalmente contrariada se rebelaban, como el látigo del domador amortigua la furia de las fieras recordándoles el castigo.

Es cierto que antes de alcanzar tales resultados hubo entre los amantes escenas que la pluma se resiste á describir; escenas en que el uno hubiera causado repugnancia al menos escrupuloso en cuestión de delicadeza, y la otra hubiera hecho sentir una mezcla de asco y lástima. No lo es menos que, á no tratarse de una mujer del jaez de Margarita, en lugar de sumisión, hubieran producido desprecio, tanto cinismo y tanta brutalidad; pero indudablemente, quien se hubiera propuesto dominarla, sólo podría conseguirlo por el procedimiento que Jaime empleó; y si alguna *señora* era á propósito para satisfa-

cer las aspiraciones de este último, no es dudoso que aquella mujer era la única.

Sensual por naturaleza ella, y cínico por falta de sentido moral él, eran el uno para la otra; incapaz ella de respetar á un hombre débil, y más incapaz aún de distinguir la diferencia que existe entre la complacencia que nace de la dulzura de carácter y la debilidad, para sentir respeto necesitaba el alarde de fuerza que desplegaba su amante en cuanto se le contrariaba; finalmente, como consecuencia natural de su imaginación vivísima, Margarita era veleidosa, y para que el deseo ó el capricho no se trocaran en hastío, era menester que el uno ó el otro no se realizaran nunca de una manera perfecta, y excitando el amor propio se sostuvieran á todas horas; para esto bastaba y sobraba con el egoismo y el despego de Jaime.

Como hay personas que por instinto tienden á enaltecerse, las hay que por perversión se inclinan á degradarse.

Margarita era de estas últimas: degradada era feliz, tanto como podía serlo.

Su amante, asimismo, se consideraba dichoso; aquella mujer fué un filón explotable, y explotador por naturaleza, sacó de él cuanto pudo. Prescindiendo de las ventajas que le reportaba conservarla junto á sí, pues, como queda dicho, materialmente le satisfacía, ignoraba si podría obtener aún más frutos, y, no siendo un obstáculo para sus miras del presente, no pensó en abandonarla nunca.

Así pasaron tres años; Madrid ya no se acordaba de los acontecimientos escandalosos, que sirvieron de pasto á los maldicientes sólo algunos meses.

Como los tribunales no intervinieron en nada, mucha gente llamaba *listo* á Jebranis, y envidiaba su buena suerte; tenía amigos, y éstos le ponían al corriente de los sucesos de la corte.

Una mañana se ocupaba Margarita en terminar su tocado, cuando, abriéndose la puerta, dió paso á Jaime. Aquella visita á una hora que su amante pasaba siempre en el escritorio, la extrañó, y no pudo contener un movimiento de sorpresa:

—¿Te choca mi visita?....—preguntó Jebranis con acento que revelaba cierta benevolente satisfacción.

—Me choca, francamente (repuso la joven); pero mi extrañeza está mezclada con alegría. Hace unos cuantos días que sólo te veo por las noches.

—Los negocios, hijita; los negocios me roban el placer de consagrarme sólo á ti; ¡á mi Margarita tan querida!....

—Hombre, ¿qué sucederá para que vengas tan galante y adulador, tú, de ordinario tan serio y adusto?....

—La fortuna sigue siéndome propicia; sucede *algo* que ha de influir en nuestro porvenir, y desde luego influye en nuestro presente. ¿Te gustaría que abandonara yo esta vida tan penosa, que apenas me deja tiempo para pensar en nada que no sea el tanto por ciento? ¿Estarías satisfecha si fuéramos mucho más ricos, pero mucho, mucho?

—Si esas grandes riquezas te enamoraban á mí.... sí las querría. Pero si te apartaban aú más....

—Dudas de mi cariño por lo visto.

—Sabes que creo muy poco en él.

—Eres injusta. El trabajo me embota la sensibilidad; los afanes y los azares que envuelve el comercio me abstraen.... Si trabajara menos y no temiera por nuestro porvenir, sería otra cosa.

—¿Y puedo saber de qué se trata, para, como tú, esperar toda esa dicha?

—¡Se trata!.... ¡Adivínalo!....

—Será algún negocio de esos que tú sólo sabes: á mí me tienes siempre en el limbo, y es difícil que adivine, si no puedo hacer referencia.

—Figúrate qué cosas pueden suceder para que seamos muy ricos.... sin contar con mis negocios.

—¡No sé!....—exclamó Margarita, después de pensar algunos instantes.

—¡Aquí está el enigma!....—dijo Jaime, mostrando un papel.

Margarita fué á cogerle; mas retirólo él, y, cambiando de tono, añadió:

—Si estás dispuesta á obedecerme ciegamente, seremos felices con una fortuna considerable,

unida á la que poseemos hoy; si quieres recobrar tu autonomía luego que sepas lo que pasa, nos separaremos para siempre.

—¡Me asustas, Jaime!....

—Toma (prosiguió éste, dándole el documento). Lee, resuelve , y luego hablaremos.

La besó la mano, estrechándosela con ternura fingida, y salió.

Margarita desdobló lentamente la carta, que tal era el papel en cuestión, y comenzó á leer.

CAPÍTULO XXXII.

Como un caudaloso río á quien un poderoso dique cerrara el paso, impidiéndole al par que su curso el desbordamiento, lo hundiría todo sin hallar obstáculos en llegando á romperle, así el amor inmenso que dominaba á Ramona, y que no por estar comprimido por la idea del deber era más pequeño, cuando al ver tan desdichado al objeto que le causaba saltó por todas las conveniencias sociales, cuando al apoyarse en la razón perdió ante la conciencia el carácter de criminal, apoderóse del espíritu por completo, lo borró todo, y produjo cierta especie de embriaguez, que permitía apreciar las cosas en conjunto nada más.

Ser el apoyo de Carlos en todos los terrenos; rodear su vida del encanto que necesitaba para

ser feliz, vivir para él exclusivamente, ¡resultaba para ella tan hermoso!....

Bien se alcanzaba á la joven que perdería la consideración social; que el mundo la señalaría con el dedo, dando á su conducta todo el valor de un delito escandaloso. Pero este sacrificio enorme agregaba un encanto más á la situación de nuestra amiga: cuando se ama de veras, sacrificarse por el objeto del amor constituye un afán del espíritu; causa dolor y placer; es sublime.

La dicha más perfecta reinó, pues, en las almas de los enamorados jóvenes, por espacio de algún tiempo. Mas á medida que éste pasaba, una nube empañó la alegría de Monina; la salud de Carlos era siempre delicadísima, y un médico imprudente le dijo un día que era de temer una desgracia más ó menos remota, pues sospechaba que fuera aquello debido á que el proyectil estuviera implantado en lugar donde pudiera determinar graves desórdenes.

Á esta zozobra constante, pues quien am como Ramona amaba, teme perder su felicidad,

como ella lo temía, vino á unirse después un motivo más de disgusto. Sin ningún género de duda iba á ser madre.

La reflexión cabía después de pasados los primeros meses de embriaguez, y aquella mujer, reflexiva por naturaleza, pensó, como era natural, en el porvenir de aquel nuevo ser, carne de su carne, alma de su alma, cuya pura frente ostentaría desde que naciera una mancha grabada por las leyes del mundo en las frentes de los hijos cuyos padres infringieron los preceptos sociales.

Las riquezas que poseía, el amor maternal que ella sentía, ya matizado por sublimes refinamientos de ternura, no bastarían para encaminarle por la senda de la felicidad, codeándose con hombres sumisos en su inmensa mayoría á preocupaciones y convenios más ó menos absurdos, pero hondamente arraigados por la fuerza de las costumbres.

Su conciencia no le reprochaba el hecho de reunirse materialmente con el único hombre amado; no se arrepentía de haberse sacrificado

en aras de la dicha de Carlos; si cien veces se hallara en iguales circunstancias, ciento procedería lo mismo. Pero sí le echaba en cara hacer solidaria de sus actos á una criatura, amada por ser su hijo y por ser hijo del ser querido con frenesí.

Estas nubes que oscurecían el cielo de la dicha de Monina se condensaron de un modo considerable cuando llegó el alumbramiento. Nació un precioso niño, que se bautizó con el nombre de Carlos.... y el apellido de su madre....

Las tristes ideas que ennegrecían el ánimo de Monina cuando pensaba en el porvenir de su pequeño Carlitos, y el estado de salud de Montaral, eran motivos de pesadumbre para ella, pero no tan grandes que amargaran por completo su ventura.

Carlos la amaba cada día más, y, enfermo y todo, revelaba su felicidad en todos los detalles de su vida; su hijo, quecriaba ella misma, robusto y hermoso como un sol, la proporcionaba instantes tan felices, que ahuyentaban todas sus penas; con próspera suerte amontonaba riquezas sobre

riquezas, destinadas á servir de seguro contra las privaciones materiales en el porvenir del idolatrado heredero de todas ellas.... Había en todo esto una cantidad positiva de dicha compensadora del dolor producido por la lucha librada en el alma por las otras razones, y en la mayoría de los casos, de esta compensación nace la felicidad.

Pero, por lo visto, Monina estaba predestinada á sufrir sin tregua, y no bastaba la dicha para satisfacer la avidez del destino fatal.

Repentinamente Carlos fué atacado por una convulsión, después de un día en que su malestar fué más grande que de ordinario: al volver en sí, y ya en presencia del médico á quien se llamó apresuradamente, quejóse de un fuerte dolor hacia el centro de la cabeza, y aquel le hizo acostar.

Ya de madrugada, repitióse el accidente varias veces seguidas; la fiebre que hacía unos cuantos días le aquejaba, sin que por ser tan pequeña se la hubiese dado valor, tomó incremento, á tal punto, que el Doctor que le asistía

se alarmó, y creyó oportuno hacer saber á Mónina sus temores:

—Creo, señora (le dijo), que esto va á ser más serio que pensábamos.

—¡Por Dios, Doctor, no me asuste V.!....

—No; por ahora, no hay un riesgo inminente. Pero....

—¡Pero!.... ¡Dígame V. todo lo que piense!.... ¡Es peor que tenga esta zozobra!....

—Pues bien: quisiera tener una consulta con algún compañero mío. Sospecho.... y no me gusta sospechar, sino saber, en casos tales....

Hízose como el Doctor pedía, y celebróse la consulta, no con uno, sino con varios de los mejores facultativos valencianos.

Discutióse mucho sobre la posibilidad de lo que sospechaba el de cabecera; hiciéronse hipótesis ingeniosísimas, y por último, después de bien madurado el dictamen, convinieron todos en que era un caso gravísimo: se trataba de un flegmón ó cosa así, debido á la presencia de la bala dentro del cráneo; no conociendo con exactitud el lugar donde se hallaba, era imprudentí-

simo intentar una operación, aventurada aun con la certeza de extraer el proyectil; y, finalmente, á menos que sucediera un milagro, la muerte en un plazo muy breve era inevitable.

Carlos, que conoció su estado, mientras se celebraba la consulta hizo llamar muy de prisa á su notario, y cuando los doctores penetraron de nuevo en la estancia que ocupaba el enfermo, éste, con mano trémula, ratificaba un testamento anterior, legando todos sus bienes habidos y por haber á su hijo, y el quinto de ellos, para mientras viviera y en calidad de usufructo, á su fiel criado Lorenzo.

Á poco de esto, cayó en una especie de estupor, que le impedía darse cuenta de lo que le rodeaba. Esto era un bien para él: partir para no ver más á los seres que son nuestra alma, es muy doloroso; pero partir viendo que los sumimos, además, en la desesperación, es horrible.

Ramona estaba fuera de sí; en veinticuatro horas había agotado todas las lágrimas; Lorenzo, acongojado, gemía como un niño; cuantas personas presenciaban aquella escena de do-

lorosa despedida, sin más lenguaje que llanto, estaban afectados.

Sólo Carlitos, ajeno al dolor, tan pronto reía viendo el pesar de su madre, como miraba alternativamente los rostros tristes de todos, lleno de admiración.

La fisonomía del enfermo se descomponía rápidamente; el sello de la muerte se grababa en ella, con el anheloso respirar, con la palidez mortal, con el retraimiento de las facciones, con esa expresión que llaman los médicos cara hipocrática.

¿Quién sabe por qué fué? ¿Quién podrá explicar por qué comprendió Ramona que su amante exhalaba el postrer aliento?

Abalanzóse á él; le besó en la boca, y recogió el suspiro último; concentró entonces su pena, y lloró tan amargamente, que el pobre niño, que, agarrado á sus vestidos, decía entre lloroso y suplicante «Apa, mamá, ápame,» fué hasta donde estaba Lorenzo, y gritando desconsolado, se refugió entre sus brazos.

No sin tener que apelar á grandes esfuerzos,

logróse apartar á la pobre mujer del cadáver de Carlos.

—¡Dejadme!.... ¡Dejadme besarle aún!.... ¡Dejadme que en su boca helada beba la muerte, y vaya á reunirse con la suya el alma mía, que se horroriza al verse sola!....—decía la infeliz.

Y forcejeaba para desasirse del médico y los criados, que trataban de alejarla de allí; se mesaba los cabellos, y parecía loca.

Lorenzo había salido ya, llevando en brazos á Carlitos, que, cada vez más desconsolado, oyendo á su madre, lloraba desesperadamente.

Al verla pasar entre el grupo de criados, sostenida por el médico, tendiéndole las manecitas, gritó entre sollozos:

—¡Ápame, mamá mía!.... ¡Ápame po Yos!....

—¡Hijo de mi vida!.... ¡Ya no nos queda nadie en el mundo!....—exclamó ella con dolorido tono.

....

....

Sentada en una butaca, con su hijo en brazos, llorando los dos, tenían la triste hermosura del dolor verdadero.

CAPITULO XXXIII.

«Ayer, en el tren correo, llegó á esta corte el cuerpo embalsamado del marqués de Valdegarcén, muerto hace cuatro días en Valencia.

»Al ser conducido al panteón de familia que poseía la suya en el Cementerio Sacramental de San Isidro, tuve casualmente noticia del acontecimiento, y me apresuro á participárselo á V., por lo que pueda interesarle.»

Este párrafo de una carta del corresponsal de Jebranis en Madrid, encerraba el enigma de que había hablado á Margarita. El hecho se había considerado sin duda como muy importante, y fué lo que antes leyó la joven.

Primero se puso muy pálida; tuvo que suspender la lectura unos instantes, y luego que se

repuso de la sorpresa, recorrió rápidamente el resto que le quedaba por leer.

Se trataba de negocios sólo, y saltando de párrafo en párrafo, apenas se convenció de que no decían nada en ellos del asunto que le interesaba, concluyó en seguida; dobló de nuevo el papel, y lanzando un suspiro, murmuró:

—¡Muerto!.... ¡Y yo libre!.... ¡Por fin!....

Estas frases, pronunciadas á media voz, como pensando en voz alta, sin darse cuenta de lo que decía, y la satisfacción que expresaba su rostro, hubieran hecho estremecerse á cualquiera. Á tratarse de un enemigo mortal, no hubieran sido pronunciadas de otra manera.

Las que dijo Jebranis, con aquel tono afectadamente solemne, al darle la carta, vinieron á su memoria como evocadas por éstas últimas, y también las repitió.

¿Qué significaban? ¿Qué tenía que ver la muerte de su marido con el mejoramiento de su fortuna?.... Carlos estaba totalmente arruinado cuando ella le dejó, y, por otra parte, tenía pruebas de su adulterio, que nadie ignoraba. Ella ha-

bía oído decir siempre que la mujer adúltera perdía todo derecho, como natural consecuencia de su falta.

Curiosa, más que interesada, llamó á un criado, y le ordenó que avisara á Jaime: antes que aquél llegase al despacho, donde Margarita le suponía, entró éste, que calculó era ya hora de hablar con su querida, después de enterada de lo ocurrido:

—¿Te has hecho cargo de tu situación? ¿Has resuelto lo que piensas hacer?—le preguntó, llegando á su lado y sentándose en una silla.

—Sí, he leído que soy viuda. Pero no entiendo qué quieres decir, al preguntarme qué resuelvo.

—Pues te lo voy á explicar. Yo te amaba con locura; tú olvidaste por mí toda conveniencia, y en vida de tu marido quedaba reducida tu fortuna al valor de tus alhajas, base de lo que hoy tenemos. Yo, ni por mi amor, ni por mi conciencia, podía abandonarte, y no te abandoné. Si hubiera sido posible remediar aún mejor el perjuicio que te causé cuando mi ciega pasión

se irradió hacia ti y dió vida á tu amor, bien sabe Dios que lo hubiera remediado.

— Jorge, calla. Nô me hieras creyéndome menos enamorada que entonces. Cualquier cosa que hubieras hecho, hubiese sido peor para mí. Si eres mi alma, ¿cómo pueden las circunstancias ponerme en el caso de privarme de ti? Hoy, como en aquella época, quiero ser tuya, aunque para conseguirlo fueran menester todos los sacrificios del mundo.

—De todos modos, tú ignoras cuánto has mejorado de posición; tú no sabes hasta qué punto no me necesitas, y no puedo aceptar tus ofrecimientos, aunque sean muy halagüeños para mí, sin que juzgues con perfecto conocimiento de los hechos. Si luego persistes en tu opinión, seré el hombre más feliz de la tierra.

—Lo que yo quiero, puesto que soy libre, es simplemente casarme contigo, si puede ser, que no dudo lo será, y que no volvamos á hablar de separarnos,—interrumpió ella con viveza.

—Eso *no puede ser*, en primer lugar, y además, tiempo tendremos de hablar de ello, y com-

binarlo si conviene. Ahora, escúchame, y no me interrumpas.

—Sigue, pues.

—Como decía, seré el hombre más feliz de la tierra, porque te amo con locura, y, convencido de tu amor, como lo estaría si persistieras en tu juicio, á nadie tendría envidia.

—Pero ¿has dudado alguna vez de mi cariño?

—Sí, Margarita mía. No lo pude remediar; pero he dudado. Estabas sola; yo era tu único apoyo, y....

—¡Ingrato!

—Hoy varían las circunstancias (prosiguió Jebranis). Muerto tu marido, puedes volver á España; puedes recoger tu dote, que él te reconoció en dos millones de reales; puedes reclamar el usufructo que te pertenece, con arreglo al fuero aragonés, de todos los bienes que radican en Aragón, y representan una renta muy grande; pues, según mis noticias, han mejorado aquellas propiedades en estos tres años de un modo considerabilísimo. Á esta fortuna añadirás la mitad de lo que poseemos, valor de las alha-

jas vendidas á nuestra llegada, y la mitad del resto que en justicia te corresponde. Puedes, por lo tanto, separarte de mí, millonaria. Puedes ser feliz sin mi apoyo. Mi amor no es egoista; eres libre, si algo crees que te ata á mí.

Al concluir esta perorata, Jebranis parecía anonadado. Su rostro revelaba una tristeza enorme.

La falacia de sus palabras se alcanza fácilmente. Comenzaba por engañar á su querida en la cuestión de dinero, pues su fortuna era mayor de la que decía; había, además de lo que Margarita aportó, los dos millones cien mil reales robados á Carlos, y las ganancias correspondientes á ellos. Y concluía por engañarla en el orden moral: si no hubiera estado seguro de tenerla sujeta por su cariño hacia él, hubiera sido otra su conducta; y cuando imaginó, al ensayar la comedia, que podía no producir el efecto apetecido, se preocupó unos instantes, y formuló un nuevo plan, para sustituir al que le parecía mí- á propósito.

Aquel apasionamiento estudiado trajo á

memoria de Margarita el recuerdo de la época en que su amante lo era, estando ella junto á su marido. Si algún resentimiento le había producido su conducta de cuando era su señor y ella su esclava, porque dependía en absoluto de él, todo lo borró aquella desesperada actitud ante la idea de perderla.

—¡Jaime! ¡Alma mía!.... (le dijo, después de mirarle unos instantes satisfecha y gozosa.) Mira, te he oído, y no sé cómo hacer para perdonarte tanta ofensa. ¿Crees tú que puede existir una razón capaz de hacer que deje de amarte? Y amándote, ¿piensas que trocaría mi dicha por la mayor fortuna? Si eres un obstáculo para recoger esas riquezas, renuncio á ellas.

—No, obstáculo no soy. Muerto tu marido, nadie puede entablar una acción criminal contra nosotros por adulterio, y sólo ese medio podría hacerte perder los derechos adquiridos con tu .trimonio.

—Pues entonces volveremos á España; reclaıremos lo que tú quieres, y lo que sea mío, será los dos,—concluyó Margarita con entusiasmo.

—¡Bendita seas! Me has quitado de encima un peso enorme.... Soy feliz como nadie,—exclamó Jebranis, acariciándola con alegría, verdadera entonces.

Á contar desde aquel dia, Jaime Jebranis parecía otro hombre, por amante y zalamero, no obstante el acrecentamiento de sus ocupaciones á causa de la liquidación de su fortuna, que llevaba á cabo rápidamente.

En poco más de dos meses estuvo ésta terminada. Verdaderamente rico, pues como ya se dijo, la suerte le fué favorable, lleno de esperanzas y de ilusiones, embarcóse con Margarita en New-York; diez y seis días después desembarcaron en el Havre, y en seguida, sin descansar, tomaron el tren que les condujo á Madrid. Allí los encontraremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXIV.

Cuando desde Filadelfia escribió Jebranis á un amigo suyo pidiéndole noticias, y éste le contestó, contándole el fracasado suicidio de Carlos, con los detalles que eran públicos, fundándose en la gravedad que ofrecía la presencia de una bala dentro del cráneo, comenzó á acariciar la idea de la viudez de Margarita; en ratos de ocio forjó mil ilusiones sobre la hipótesis de la muerte prematura de su amigo y protector acérrimo, y áun puede añadirse que esperó con ansia la nueva de aquel accidente, siempre que llegaba el correo de Europa, dos veces al mes.

Cuando, en la forma que se ha visto, supo el accidente, no le fué, pues, necesario esforzarse para formular un plan, estudiado con detalles por espacio de tres años. Conocía á fondo la cuestión legal; sabía perfectamente cuanto era

preciso sobre la fortuna del marqués de Valdegarcén; contaba en absoluto con la obediencia de su querida, y, sin vacilar, dictó las órdenes necesarias para llegar al fin que se proponía.

En Ávila dejó á Margarita que sola continuara el viaje á Madrid. Él llegaría en el primer tren, y hospedándose en la fonda de Embajadores, desde allí seguiría instruyéndola: así se daba el primer paso en la senda de una rehabilitación, para la cual contaba Jebranis con la fortuna que esperaba á la joven, incapaz de acallar la murmuración, pero muy bastante para que se perdonara á la elegante pecadora arrepentida y se sancionaran sus reclamaciones, en detrimento de los intereses de dos personas á quienes se consideraba fuera de la ley.

La madre de la joven estaba muy lejos de sospechar la visita que iba á recibir, cuando la vieja criada que la servía, le dijo:

—Señora; le traigo á V. una buena noticia. ¡Si supiera V. quién desea verla!....

—Sea quien fuere, el número de mis amigos es tan pequeño y tan mala mi suerte, que pon-

go en duda la bondad de lo que vas á decirme, Dolores.... Mucho dificulto que quien venga á verme me traiga alguna nueva agradable. Yo no espero nada bueno.

—Sin embargo, señora; en esta ocasión se equivoca V. La persona que espera ansiosa ahí en el gabinete, con sólo su presencia borrará muchas de las pesadumbres que sufre V. hace tres años. ¡Quién había de figurarse!....

Una idea cruzó por la mente de la anciana: si el presentimiento no es una casualidad, la madre presintió la proximidad de su hija:

—¡Acaso!.... Pero no; Margarita no puede ser.... ¡Extraviada hasta olvidar á su madre!....

—¿Y si fuera ella?....—dijo la criada.

En aquel momento se abrió la puerta, y la joven penetró corriendo.

—¡Hija!....—gritó la anciana.

—¡Madre mía!—exclamó á su vez Margarita, cayendo en sus brazos anegada en lágrimas.

Pasados los primeros momentos de efusión, ésta última recordó las instrucciones de Jaime;

cayó de rodillas delante de su madre, y dijo con tono de honda pesadumbre:

—¡Vengo á implorar tu perdon!.... ¡Si le obtengo, habré conseguido la primera parte de mi propósito!.... Perdona á tu hija, que se avergüenza de su pasado, y quiere borrarle con lágrimas de pesar y con su conducta irreprochable.

La pobre señora no podía responder: ahogábanla las lágrimas, y sus propósitos de enérgica reprensión, si volvía la hija desnaturalizada, trocábanse en llanto de dulce alegría al verla junto á ella, buena, sana y arrepentida.

Por señas la hizo abandonar su posición humilde de pecadora que aspira á ser absuelta, atrájola de nuevo hacia sí, y otra vez la estrechó contra el pecho, besándola con tierno afán.

La criada había salido ya. Cuando la madre recobró el uso de la palabra, estaba sola con su hija, que, sentada junto á ella, la acariciaba, prodigándola las frases más tiernas.

—¡Qué horribles días de amargura has hecho pasar á tu pobre madre! ¡Qué vergüenza he sen-

tido al ver tu extravío en boca de las gentes!— dijo, pugnando por dar severidad á su tono.

—¡Mamá, yo te ruego que no hablemos del pasado!.... Me da horror pensar adónde me condujo mi ciega pasión. ¡Hoy todo ha concluído; antes hubiese terminado, sin mi temor al mundo, cuando me convencí de mi ceguera!....

—¿No me engañas?... ¿Hubieras vuelto antes, si no fuera por temor?....

—Sí, mamá. Jaime fué un hombre que me volvió loca: recobré la razón, y me propongo ser tan buena, que todos me perdonarán como tú. He aprendido mucho durante este tiempo.

—Sabrás, supongo, que Carlos murió hace poco.

—¡Sí, lo sé!.... He ahí una cosa que no me perdonaré nunca. ¡Fui tan ingrata!....

—¡Fué la fatalidad, hija mía!.... No hablemos de ello.

—Mamá, es menester hablar. Yo soy pobre, tú también; yo tengo derechos que reclamar.... para que no perezcamos, y....

—¡Derechos!.... ¡Es verdad!.... ¡Pero en con-

ciencia no los tienes!.... Tú no aportaste nada al matrimonio.

—Pero tengo una dote reconocida, y además el usufructo de los bienes de Aragón.

—Mas te expones á que en nombre del hijo que Carlos tuvo con Ramona Pallés, con su querida, que vivió con él desde que os separasteis, y á quien, según noticias, legó sus bienes, se te niegue todo. Piensa, hija mía, que tu falta te quita tus derechos adquiridos al casarte.

—Muerto Carlos, nadie puede hacer nada contra mí. Estoy bien enterada.

—De todos modos, yo no te aconsejaré que des un sólo paso en ese sentido. Es injusto lo que pretendes.

—¡Ves, no me has perdonado!....

—Sí, hija de mi alma; pero comprende....

—Sería injusto, si hubiera de por medio hijos legítimos; pero se trata de uno espúreo, á quien, después de todo, no perjudico demasiado. ¡Además, esta venganza me satisface, porque herirá á la mujer que fué causa de mi falta!.... ¡Yo estaba celosa, y por eso!....

Un sentimiento de noble justicia animó el rostro de la anciana, que interrumpió á su hija, diciendo:

—¡No hablemos de ella!.... ¡Dios la juzgará!.... Eres mayor de edad, y por lo que veo, estás resuelta y bien aconsejada. Haz lo que quieras, pero no me mezcles á mí en tus asuntos. Esto sólo te pido.

—¡Pero me dejarás vivir en tu compañía!....

—Me causarás un vivo placer si lo haces.

—¿En mi cuarto de soltera; en aquel cuartito tan querido?—prosiguió la joven con acento zalamero.

—¡Sí, Margarita!.... ¡Pobre hija mía!.... ¡Tú no eres mala, y sin embargo has hecho acciones bien feas!....

—No hablemos del pasado. Perdóname, y así comenzará mi rehabilitación. Luego, si tú me ayudas, el mundo me perdonará también.

—¡Oh! No creas que es tan fácil. Por más que la conducta de tu marido se ha comentado mucho, y algo te disculpa la opinión, al huir tú te hiciste mucho daño.

—Yo estoy muy cansada, mamá mía (dijo la joven para cortar la conversación). ¿Quieres que me arreglen mi cuartito?

Diéronse las órdenes oportunas: Margarita se encerró en la habitación que tenía destinada, y escribió á Jebranis dándole cuenta del recibimiento que la había hecho su madre: llamó luego á la criada, que la conocía desde niña, y entregándole la carta con sigilo, la dijo:

—Mira, la llevas á la fonda de Embajadores, y la dejas allí. ¡Cuida de que no la vea mamá!....

—¡Pero, señorita!.... ¡Por Dios!..... Piense V. que si lo sabe.

—¡Calla, tonta!.... ¡Qué ha de saber!....

Salió la sirvienta; hizo el encargo, y apenas el camarero entregó la esquela á Jebranis, que acababa de llegar en aquel momento casi, éste la hizo llamar.

—¡Señorito! (dijo estupefacta cuando le vió.) ¿V. aquí?

—Sí; aquí me tiene V., dispuesto á darle mu chas así, como me sirva bien,—repuso Jaime entregándole una moneda de cinco duros

—Ya sabe el señorito que quiero á la niña con locura.... ¡Como que hace veinte años que la conozco!.... Y no es por interés por lo que....

—Bueno; ya lo sé. Pero le di esa moneda, y le daré otras, porque me sirve, y porque quiere tanto á Margarita. Desde mañana tenga cuidado con el correo interior, porque todas mis cartas irán dirigidas á V.

—Está muy bien, señorito.

—Vaya V. con Dios.

Siempre obedeciendo las órdenes de su amante, Margarita dió todos los pasos convenientes, y pocos días después, corriente todo, se emprendió la segunda parte del plan propuesto, como se verá más adelante.

CAPÍTULO XXXV.

La llegada de Monina á Madrid cuando pudo salir de Valencia, donde, enferma del cuerpo y del alma, llegó á inspirar serios temores, reavivó el recuerdo en el ánimo de la gente; desenterróse la historia de sus relaciones con Carlos, y de nuevo se murmuró de ella.

Mas, sin esfuerzo por su parte, sin hacer más que su gusto, en bien poco tiempo puso coto con su conducta á la maledicencia, y la murmuración quedó reducida á quienes por mil conceptos merecían la reprobación de toda persona sensata.

Al ver aquella mujer, envejecida en pocos meses, dedicarse al cuidado de su hijo, prescindiendo de todo como si estuviera sola en el mundo; al verla ostentar su maternidad con la digna mansedumbre de los seres honrados, que no tienen nada que pueda avergonzarlos dentro de su

propia conciencia, pocos eran, pero algunos defendían su historia con franqueza, muchos la admiraban sin atreverse á declararse sus partidarios, y quedaba un pequeño número de personas que de buena gana la vieran en el fango, y, no pudiendo conseguirlo, se apoyaban en las costumbres y la insultaban, sin alcanzarla con sus groserías.

Como la quinta del camino del Grao fué un templo al amor puro que alimenta el fuego del hogar doméstico, así el palacio de la Castellana era un asilo en que se rendía culto al amor maternal.

El trato de Ramona estaba reducido á sus dependientes y dos ó tres amigos de los que se confesaban paladines de un ángel de bondad, de una verdadera heroina.

Cualquier cosa que hubiera querido reprochársele, hubiera sido tan calumniosa, que nadie la hubiera creído. No recibiendo en su casa más hombres que los empleados en ella, claro es que fué muy natural que no se recibiese al letrado D. Miguel Agualest cuando, en nombre de la

marquesa viuda de Valdegarcén, solicitó verla. Enviósele á que se entendiera con su colega Paz, director de los negocios todos de Monina; y, aunque con algo de disgusto, fuerza le fué buscarle para terminar el asunto que se le encomendara.

Hízose anunciar; recibióle nuestro amigo, y una vez solos, comenzó así el desempeño de su comisión.

—V., Sr. Paz (dijo), como letrado de la señorita de Pallás, debe estar al corriente de todos los detalles que hacen referencia al objeto de mi visita.

—Ignoro de qué se trata,—repuso con reserva Paz, á quien disgustaba el asunto, que sospechaba, y más aún el encargado de tratar con él, pues era un solemne enredador con talento y muy poca conciencia.

—Debe V. suponer que vengo en son de paz, antes de emprender la guerra, cuando quiero arreglar amigablemente el negocio que la señora marquesa de Valdegarcén se sirvió encargarme. Tengo ya hecho el escrito, pidiendo á

los tutores del niño Carlos Pallás la cantidad que representa el dote de mi cliente y los bienes que debe usufructuar mientras viva; y espero que la señorita á quien representa V. no me obligará á que demos un escándalo más.

Este discurso, dicho con tono insolente por Agualest, molestó á Paz; pero no era cosa de discutir moralidad con quien no la tenía, ni menos esperarla de quien, como Margarita, era capaz de apoyarse en una ley absurda para robar legalmente una fortuna. Paz se puso en pie, y dijo:

—Nuestra conferencia ha terminado. La señora Marquesa (y recalcó este título) puede contar con lo que pide, fundándose en un derecho, que V., ella, yo, y el mundo entero, sabemos que no es justicia.

—Como V. comprende, no somos ninguno de los dos bastante autoridad para modificar lo qué los hombres acatan.

—¡Pero sí lo debiéramos ser, para rechazar lo que es infame!....

—Creo, Sr. Paz, que hemos concluído. ¿Con

quién me entenderé para terminar el asunto?

—Con el contador de la señorita de Pallás y con su apoderado general, que soy yo.

. . . .

Aquella misma tarde se dió cuenta á Ramona de lo ocurrido. La cuestión era clara, y ni se pensó en acudir á los tribunales pidiendo justicia.

CAPÍTULO XXXVI.

Cuando por la noche del día anterior á la conferencia con Paz, Agualest fué con una carta de su amigo Jebranis á ponerse á las órdenes de Margarita, ésta pasó un rato de verdadera emoción.

Su desconocimiento de las leyes del país en que había nacido, la hacía juzgar fundando su criterio en la natural razón; y si bien por una parte se consideraba en perfecto derecho para reclamar aquellos bienes que representaban una verdadera fortuna, allá en el fondo de su alma, *algo* le decía que su proceder era injusto, con todos los visos de una infamia.

Inútil era que su amor propio forjase evasivas y tratara de darse por satisfecho con la conducta del pobre Carlos para atenuar la suya

de esposa infiel, y aun algo más. Ese impulso hacia el bien que existe en el ánimo de los hombres más depravados y vive en él por mucho que le compriman las pasiones, *la conciencia*; ese poderoso clamor que podrán ahogar, más ó menos, la educación ó los depravados instintos del individuo, pero que nunca se extingue en absoluto; ese batallar de la idea de lo bueno y el afán perverso que hace temblar la mano del asesino, que enronquece la voz del perjuro y oprime el pecho del ladrón, aunque débiles por la falta de sentido moral de la Marquesa viuda, no lo eran tanto que no tuvieran importancia bastante para causarle zozobra.

Ansiosa, pues, pasó todo el día que precedió á la segunda visita del que, por recomendación de su amante, tomó el encargo de representarla cerca de Monina ó su abogado, para pedir por buenas lo que, si se le negaba, reclamaría por medio de los tribunales, y al anunciarle la criada que Agualest deseaba verla, dióle un vuelco el corazón.

Era de noche ya; esperaba á la persona aque-

lla desde el mediodía, y sin embargo hubiera querido que se retrasara más aún.

Esforzándose por serenarse, deteniéndose para arreglar su tocado delante del espejo, volviendo desde la puerta para recoger el abanico, que olvidó sobre una silla junto al canapé en que por espacio de muchas horas esperó ansiosa la visita que le acababan de anunciar, sin darse cuenta de lo que hacía, demoró algunos minutos la deseada conferencia, como si le causara instintivo miedo.

Por fin salió, trasladóse al gabinete donde su representante la esperaba, y al entrar en él, sin poder remediarlo, una tosecilla nerviosa agitó su pecho.

—Señora Marquesa (dijo Agualest, saludándola con extremados modales), ruego á V. que perdone si me retardé en venir á darle cuenta de la comisión que se dignó confiarme. Un negocio urgentísimo me retuvo....

—Sr. Agualest, está V. dispensado, si algo erece perdón,—repuso Margarita sonriendo.

—Me figuro que habrá estado impaciente, y

lamento no haber podido acudir antes; pero el buen resultado de mis gestiones la compensará del fastidio de esperarme.

—¿No hubo, pues, dificultad?—dijo ella con emoción.

—Ninguna. Ya anoche hice presente mi dictamen al Sr. Jebranis, mi buen amigo, y después á V., y le declaro que llegué á presencia de mi colega Paz sin la menor duda sobre la actitud que tomaría al oirme. Natural es que desprenderse de una fuerte suma en metálico, y privarse de una renta de veinte mil duros por espacio de muchos años, pues es V. muy joven todavía, á nadie guste, señora; por consiguiente, mi compañero y contrario á la vez, recibió con desagrado mis razones. Pero el derecho es claro como la luz, no presenta el caso vaguedades que puedan servir para plantear una defensa, siquiera capaz de traer como resultado una transacción, y el Sr. Paz, cuyo talento es innegable, debió comprenderlo así, y no opuso resistencia de ningún género. Ni siquiera discutimos.

—Y ahora, ¿qué es preciso hacer?



—Por de pronto, señora Marquesa, esperar; luego yo me entenderé con las personas á quienes toca devolver á V. lo que en derecho le corresponde, y muy en breve será V. dueña absoluta de su pingüe patrimonio.

—Mas ¿no podrá suceder que Paz piense y trate de estorbar?....

—No le creo tonto, y pretenderlo fuera el colmo de la necedad. ¿En qué podría fundarse?.... En nada; absolutamente en nada. La ley la protege á V. por todas partes, sin dejar un resquicio por donde se pueda atacar su legítimo derecho. El espíritu de los legisladores fué, tratándose de este asunto penoso, pero que abordo sin reparar porque un abogado, enfrente de la persona á quien defiende, es como el confesor; fué, repito, amparar á quien se crea ofendido; dilucidar si lo fué, y evitar el perjuicio de un tercero inocente. Entre V. y su difunto esposo hubo disensiones, efecto de ligerezas más ó menos graves: esto á Vds. solos concernía, y nadie más tuvo ni tiene autoridad para intervenir en ellas. La ley, pues, á quien oficialmente no

puede decirse *hoy* nada contra su demanda de V.; ella, que no ve perjuicio de nadie, aprecia la cuestión en conjunto, y dicta el precepto concretamente. La viuda reclama sus derechos, que se vulneran por quienes pretenden lo que no es legal, y por lo tanto injusto. Los tribunales encargados de hacerlos valer, la ampararían incondicionalmente, si fuéramos al terreno de su dominio por una insensatez de nuestros contrarios. Esto es innegable, y mi colega, el letrado Sr. Paz, lo sabe tan bien como yo. ¿Debemos esperar que emprenda un litigio indefendible? No; ciertamente no.

La seguridad de las afirmaciones del abogado Agualest calmó el miedo que abrigaba Margarita con respecto á la cuestión material; pero la cuestión moral, complicada por la manera de ser de la viuda, quedaba en pie, y subsistiríapor espacio de largo tiempo, si no para siempre.

Jebranis conservaba un pequeño capital (así creía ella), del que le pertenecía la mitad. Un sentimiento honrado la aconsejaba atenerse á él, y renunciar á lo que iba á adquirir, fundán-

dose en un derecho, mas no en la justicia. Pero al propio tiempo la vanidad satisfecha siendo rica, el afán del lujo, el deseo de imponerse al mundo (y para esto el dinero le serviría de mucho, bien lo comprendía), pugnaban por imponerse, y se imponían, ahogando la débil voz de su conciencia.

Esta lucha, librada en el alma de Margarita, le proporcionó una mala noche, peor aún porque fué germen de pensamientos nuevos que complicaban su posición.

¿Por qué Jebranis logró fascinarla? Difícil sería contestar á esta pregunta, si como mujer voluntariosa y mal educada, si por una falta completa de sentido práctico, en el carácter de Margarita no hubiera existido, como en el de muchas mujeres cual ella, un defecto gravísimo: la volubilidad, hija legítima de la presunción y el sensualismo.

Carlos Montaral fijó su atención primero; excitó luego su amor propio de coqueta, y acabó de dominarla porque era un buen partido; porque (creada por él mismo, á fuerza de afirmar-

lo) tenía fama de ser insensible á los atractivos de las mujeres para enamorarle, y porque lanzándola por una senda presentida pero no investigada, satisfizo un deseo, indefinido en un principio, y bien distinto luego.

Hubo una época de apasionamiento por parte de los dos, y fueron felices mientras ella halagó el afán del esposo con una avidez de sensaciones que parecía amor verdadero, y él fué, por sus riquezas y con sus caricias, bastante para saciar la presunción y la sensualidad, fundamento del carácter de Margarita.

Mas esta vida nueva, grata, llena de atractivos, los perdió todos al crear la costumbre y no ofrecer novedades. Cayó el velo que ocultaba los defectos de la una, y dejaron de tener valor las razones que encendieron la pasión por el hombre; sobrevino el hastío, y con él los nuevos deseos de brillar y experimentar goces: se despreció lo legítimo, y se aspiró á lo vedado con más afán porque no era lícito, y lo prohibido ofrece encantos sin cuento cuando la razón no regula el deseo. El tipo del *amante* nació de la

desilusión, al calor del ejemplo; sin concretarse en una persona determinada, fué acariciado por el sensualismo: tomó cuerpo y proporciones poco á poco, revistiéndose lentamente con la mansedumbre, con el apasionamiento, con la novedad que faltaban al esposo: llegó á convertirse en ideal, y acabó por causar ansia de fijarle en un individuo. Con este estado del ánimo de Margarita, coincidió un hecho casual, y el pensamiento egoista de un hombre cínico.

Por azar expresó Jebranis una teoría graciosa, al par que irritante, para toda mujer vana. «*Amor*, era un absurdo sentimiento, del que él »no era capaz; no había ninguna digna de que »por ella se hiciera un sacrificio de amor propio, »y un enamorado le perdía por completo.»

El diablo de la presunción se apoderó del alma de la esposa hastiada: someter al escéptico, y luego que le viese á sus pies confesando su derrota, castigarle con el desdén, era un entretenimiento inocente y una lección.

En el espíritu de Jaime germinó un deseo concupiscente, al paso que egoista. Ser el aman-

te de una mujer de alta clase, por muchos envidiada, con las facilidades que para lograrlo le ofrecía su posición, era una verdadera conveniencia.

El coquetismo acentuado de la una fijó la atención del otro, que, conocedor de las mujeres, tanteó el terreno con tino, apreció los puntos vulnerables con calma, y formó su composición de lugar con admirable tacto.

Se entabló entre los dos una lucha que divertía á Margarita y abogaba en pró de los propósitos de Jebranis, calculador y frío por excelencia. La estudiada conducta de éste excitó el amor propio de aquélla hasta interesarla en la victoria, como si fuera cosa grave. Fueron poco á poco amontonándose afectos sobre afectos, merced al ten con ten del sitiador sitiado; acabó por parecer tipo del ideal, quien siempre había sido indiferente; nacieron los deseos, vinieron luego las transacciones, y, con ellas, las dudas, las zozobras....

Un día, después de una escena en que Margarita acriminó á su marido, acusándole de ser-

le infiel con Ramona, éste llegó al colmo de la violencia, fué duro, desagradable, fastidioso, y por ende, cuando convencida casi de ser cierta su afirmación, se vió relegada al olvido, sintió su vanidad herida.... El amigo fiel, manso, cariñoso, se comparó con el esposo infiel, iracundo, arisco. El uno dulce esclavo, el otro señor tirano, aparecieron delante de sus ojos, como diciendo *elige*: el primero rogando, el segundo exigiendo, ¡eran tan distintos!

¡Sola, abandonada por otra mujer, vertiendo lágrimas por causa de la dureza de Carlos, Margarita deseaba consuelo!.... Jebranis la compadeció; entre Montaral y ella, ella le pareció la razonable.... ¡Si aquel hombre, mejor que su marido, pudiera ser suyo, en vez de infeliz, sería dichosa!.... Desde aquel día ya no sólo fué tipo perfecto: era el fruto vedado; era la encarnación de la dicha imposible.... ¡El deber se interponía entre los dos!....

Mas llegó el instante decisivo; celosa por orgullo, no por amor, quiso inquirir y saber la verdad. Jebranis le sacrificó el secreto del ami-

go y el protector; lloró con ella sus desdichas; él, agradecido y caballero, puso á sus pies agradecimiento y caballerosidad, porque la amaba hasta preferir ser traidor con más gusto que pasarse sin amarla....

Al convencerse, por la confidencia de Jaime, de que Monina era la querida de Carlos, ¿no se ponía al nivel de éste, faltando también? ¡Aún tenía más disculpa cien veces, porque Jebranis era un hombre superior á él, y Ramona, gazmoña y desvergonzada, no alcanzaba ni á las plantas de sus pies de mujer de sociedad, reina de la elegancia, celebrada por todo el mundo!....

El abismo atrae, y era un hermoso abismo aquel en que las malas pasiones hundieron á Margarita....

Sin la rápida sucesión de acontecimientos que sobrevino después que la esposa infame cayó en el lodo, Jaime hubiera sido tan sólo *el primer amante* de una mujer, sujeta á la sensación é incapaz de sentimiento: pero ocurrió lo que ya conocemos; al quedar á merce de Jebranis, en un país extraño y agobiada po

su derrota, necesitó amarle como ella podía hacerlo, y por algunos años, aquella situación estuvo en consonancia con sus necesidades y sus aspiraciones.

Mas al volver á Madrid y vivir algún tiempo lejos del amante, con todos los inconvenientes del esposo; luego que se vió rica y en condiciones de brillar y satisfacer su presunción y su sensualismo (desde que Agualest la puso al corriente de lo ocurrido, creyó estarlo), nuevos deseos y más variados afanes invadieron su ánimo. Soñó aquella noche con volver á ser la mujer de moda; el punto de mira de la sociedad madrileña, en mejores condiciones, viuda y rica, que cuando era casada y estaba al borde de la ruína.

¿Era esto fácil? Al recordar el ejemplo de la señora de Tal, que logró análogo propósito, arrepentida de su pasado, tan lleno de accidentes como el suyo; al traer á su mente la historia tenebrosa de Fulana, que figura en primera línea desde que consiguió cegar al mundo con el brillo de sus riquezas, animábala una respuesta afirmativa....

Digna de lástima por la fatalidad que la había empujado (así se juzgaba....), ¿no obtendría piedad primero, olvido más adelante, y completo perdón por fin, mejor aún que la señora de Tal y que Fulana, infinitamente más culpables que ella?

Era indudable. ¡Sucedería así, como su presente fuera de modo que sirviera de reparación cumplida!....

Mas conseguirlo sin hacer una vida ejemplar, era imposible, y Jebranis representaba para esto un obstáculo. Pensar en casarse con él era absurdo. No servía para ella, y, además, su boda restituiría al heredero de Montaral la parte más cuantiosa de su fortuna, sin contar con que, por añadidura, serviría de constante avivador del recuerdo que ella quería borrar.

Sin género ninguno de duda, era menester que entre ella y su antiguo amante no hubiera en lo sucesivo nada de común; precisaba romper por completo con él, y rompería. Pero ¿cómo llegar al fin propuesto sin captarse su temible enemistad?

Él la amaba: la escena que tuvo lugar cuando le dió la noticia de la muerte de Carlos y su cooperación para ponerla en el lugar conveniente por todos conceptos, probaban su amor; no era un hombre vulgar, y tenía en su mano medios de hacer vivir constantemente en la memoria de las gentes una historia que ella pretendía que se olvidara á toda costa.

Agitada por estos pensamientos pasó la noche Margarita, y ya por la mañana, visto que no se le ocurría medio para resolver el problema indirectamente, decidió abordar la cuestión con franqueza.

Se vistió, sentóse frente á una mesita, tomó pluma y papel, y escribió lo que sigue:

«Jaime: Te estoy agradecidísima por tu proceder conmigo; creo firmemente en tu cariño, y para que hablemos de un asunto de mutuo interés, deseo que nos veamos cuando quieras, y en l sitio que indiques, no siendo en esta casa.

»Tu Margarita.»

Puso la dirección, llamó á su doncella; mandóla llevar el billete, y recomendándole que volviera cuanto antes, la despachó.

Media hora después recibió la respuesta, que decía así:

«Á las seis de la tarde oscurece. Sube en un coche de alquiler que con la tablilla alzada y cubierta con un pañuelo verás en la esquina de tu calle, y en la Castellana nos reuniremos.

»JAIME.»

—¡Oh! ¡Y cuánto he de esperar!....—murmuró rasgando en menudos pedazos la esquela de su amante.

CAPÍTULO XXXVII.

Á la hora convenida, Margarita, envuelta en su velo y sencillamente vestida de negro, salió de su casa, fué á la esquina, y halló el carruaje que la esperaba en la forma que Jebranis indicó en su carta; mandó al cochero que la llevase á la Fuente Castellana, y luego que el coche se puso en marcha, recostóse en un rincón, echó atrás la cabeza, y con los ojos medio cerrados, permaneció sin cambiar de postura, hasta que, al llegar al paseo, centro entonces donde se reunían por la tarde los más lujosos trenes de Madrid, el auriga se revolvió en su asiento, y echándose sobre un brazo, le preguntó al tiempo que la miraba curioso:

—¡Esperamus, Senurita!....

—No (repuso ella); siga V. al paso mientras no le avise.

El gallego se acomodó de nuevo, arreó, y el coche tomó lentamente camino del Obelisco.

La noche prometía ser más que fresca; corría un viento Norte, tenue pero frío, que arremolinaba las hojas secas caídas en el suelo, y las amontonaba en los alcorques de los árboles.

Los paseos estaban casi desiertos: fuera de alguno que otro transeunte, que con paso ligero cruzaba por ellos, y contados carruajes, nadie circulaba ya á aquellas horas por el lugar de la cita. El coche seguía su lenta marcha, produciendo un ruído discorde de maderas mal encajadas, y la Marquesa, sumida en honda meditación, parecía adormecida; sólo de cuando en cuando dirigía una rápida ojeada á uno y otro lado, para volver de nuevo á su ensimismamiento.

Desde que resolvió por la mañana tratar francamente con Jebranis de sus relaciones, óbice para el plan propuesto, buscaba en vano la manera de comenzar su discurso.

¿Qué iba á decirle, la primera vez que pretendía imponerse, después de tanto tiempo en que

fué dócil instrumento de su amante, sin más voluntad que la suya, ni más pensamiento que hacerse amar, con un afán que casi le daba vergüenza ya?....

Cuando Jaime se acercó al carruaje, embozado en su capa, le hizo detenerse, subió, y se sentó junto á ella con un desenfado que la extrañó, siendo bien natural, no obstante.

Él, sin pensar siquiera en acariciarla, apenas el caballo del coche anduvo de nuevo, se desembozó, subió los cristales, y dijo:

—¡Vaya un frío! En América no hace tanto.... Como ves, hijita (prosiguió), las cosas marchan á las mil maravillas. Digo, si tu cita no obedece á que haya surgido alguna dificultad imprevista.

—No, Jaime; todo ha salido como tú pensaste. Ramona no pretende defenderse.

—Lo sé. Me lo dijo Agualest. ¿Fué sólo por pasearnos para lo que me citaste, por lo que veo?

Aquella dureza, que en otro tiempo hubiera desesperado á Margarita, entonces le produjo

alegría, porque la animaba. Si Jaime hubiese estado con ella como cuando salieron de Filadelfia, enamorado, cariñoso, no se hubiera atrevido tal vez á llevar á efecto su propósito. Mas parecía disgustado y violento junto á ella, y, aprovechando la oportunidad exclamó afectando, tristeza:

—Sí; para pasear contigo te cité, y para pedirte consejo además. Pero tú no me quieres ya; como poco antes de salir de América, eres duro y áspero conmigo. Te has cansado de mí, y, claro....

—No, hija; no es eso (repuso Jebranis). Hoy tengo mal humor, porque mi suerte se eclipsa. Mi primer paso en la Bolsa ha sido un fracaso, y perder en pocos días lo que costó años para ganarlo, no es muy grato. Por lo demás....

—¡Siempre el dinero!.... Yo la última.

—¡El dinero! Sin él, ¿para qué sirve la vida? Afortunadamente, dentro de poco *contaremos* con una fortuna.

Este plural estremeció á Margarita, porque le revelaba una idea que nunca pensó. Sospe-

chosa, iba á decir algo, cuando Jaime prosiguió, tomándole una mano, y dulcificando el tono que hasta allí había empleado:

—Porque supongo que siempre eres la misma para mí.

El cambio de entonación, al hablar de su futura fortuna, la impresionó más aún, y siempre violenta, exclamó:

—Precisamente de eso venía á hablarte.

—No comprendo....

—Mira, Jaime: tú no me quieres. Yo lo conozco: tu dureza me ha herido. Sé que eres incapaz de sacrificarte por mí, y que yo lo hiciera después de tu proceder, sería una necedad. Concluyamos. Ser tu querida cuando no podía ser otra cosa, me convino. Hoy puedes casarte conmigo, y estoy resuelta á no continuar esta historia. Ó serás mi marido, ó nada.

—¡Nos privamos de veinte mil duros de renta!....—exclamó él.

—¿Y qué valen al lado de la dicha?

—Es que te advierto que la fortuna toda que trajimos de América se ha perdido en la opera-



ción que intenté en la Bolsa, y sólo tu dote nos quedaría.

—Basta. Nos casamos, ó concluímos. Elige,— exclamó Margarita, viendo el azoramiento de Jaime ante aquella idea.

—¡Concluir!.... ¡Pero tú estas tonta!.... (dijo Jebranis riendo.) Puesto que nos conocemos tanto, fuera caretas. Hablemos claros. ¡Tú eres mi esclava; estás ligada á mí, y cuando, rica y viuda, piensas en volver á ser lo que fuiste en vida de tu marido, te estorbo, y pretendes que te sirva de pantalla ó que te deje!.... No, Margarita: ¡si á mí no me engañas tú.... ni nadie!

—Eres un infame, Jaime; y crees que todo el mundo....

—Di lo que quieras: no me ofendes. Lo que yo fuere, se empeora y aumenta en ti. Yo no me caso contigo, porque para ser tu administrador no valgo. Yo no te quiero, no te quise nunca; me serviste como objeto de placer ó como medio de lucro, pero nada más. Á mi vez, no tengo interés en ser tu amante, y me trocaré en marido si me pagas bien. ¿Quieres ser mi mujer? Cualquier

día de estos se te entregarán dos millones de reales, tuyos, porque es la ley torpe, pero no porque te pertenecen. ¿Qué aportaste tú al matrimonio? Puestos esos dos millones á mi nombre, me caso contigo. ¿Quieres que te deje libre, que ni siquiera te salude en la calle, para que mi presencia no entorpezca un plan de regeneración hipócrita que yo mismo te enseñé? ¡Pues cómprame asimismo por cien mil duros!....

—Eres un miserable.

—Por eso necesito dinero, y lo busco.

—Este es mi castigo. Me avergüenzo....

—¡Avergonzarte!.... La vergüenza es el amor propio disfrazado de virtud, y andar con máscara dentro de la propia casa es inútil. Entre nosotros no hay nada que nos podamos echar en cara. *Esto* lo preví cuando te llevé á América. Una mujer como otra, y que, sobre cualquiera, tenía la ventaja de *poder* un día traerme dinero sin compromiso, me convenía. Tú me hubieras dejado ya, sin la conveniencia de vivir conmigo, porque me diste cuanto tenías, y no sabes ser pobre.

—Pero, al oirte, creería cualquiera que en efecto soy tu esclava....

—Y lo eres; no te hagas ilusiones. ¿Te conformas sólo con ser rica? No. Sin vanidad, podrías conformarte; pero befada por todo el mundo, tú, vanidosa por naturaleza, no puedes vivir tranquila. No creas que miento. Me he arruinado, y si no me hubieras llamado tú, yo te hubiese ido á buscar para darte la libertad, y en cambio coger dinero para rehacerme. Sin un real, cuando sólo las riquezas me seducen, ¿qué me importa de nada? ¿Puedes evitar que yo sostenga que soy tu amante, aunque te empeñes en demostrar que es mentira? Pues mientras yo remueva el pasado, no aspires á que nadie te abra las puertas de su casa. Nuestra suerte es común. Los dos contentos, ó los dos entregados al diablo.

El espantoso cinismo de Jebranis anonadó á Margarita, que, sin saber qué decir, rabiosa al verse sujeta por su pasado, que Jaime podía hacer imborrable, rompió á llorar. Éste prosiguió:

—No; ¡si te apuras en tonto! Dándome es-

dinero, te queda una posición brillante. Con veinte mil duros al año, y una vida de elegante pecadora arrepentida, puedes hacer mucho, una vez desaparezca yo de la escena.

—¿Te irás si te doy el dinero de mi dote?—dijo la viuda enjugándose el llanto.

—Te lo prometo.

—Pero no me basta: garantízamelo. ¿Quién se fía de hombres como tú?

—No me lo des entonces....

—Pero si no te compro....—dijo con rabia ella.

—Esa es la frase. Me vendo. No me ofendes. Si no *me compras*, te seguiré como tu sombra. ¡En paseos, en teatros, en todas partes, me hallarás amante como un cadete!.... Contaré nuestras escenas íntimas, falsas, pero que creerá todo el mundo.... Veremos quién no piensa en el pobre Carlos (Q. E. P. D.), cuando te vea y me vea....

—¡Oh! Hay policía....

—¿Para encerrar enamorados?—interrumpió Jebranis con sorna.

—Te daré ese dinero.... pero partirás lejos de aquí.

—Y si vuelvo, seré millonario como un Creso.

—Déjame, para volver sola á mi casa.

—Voy á hacerlo; pero te advierto una cosa. No pretendas burlarme, porque, en último extremo.... te puede salir caro.

Esta frase, dicha con un tono que estremeció á Margarita, dió fin al repugnante diálogo.

Alguien dijo que *los adúlteros son los presidiarios del amor*.... Los hay simples presidiarios.... fuera del presidio.

CAPÍTULO XXXVIII.

Muy pocos días después de la escena en que los amores de Jaime y Margarita concluyeron, de nuevo Agualest se presentó en casa de esta última.

—Aquí le traigo á la señora Marquesa el resguardo del Banco de España, donde tiene á su disposición cien mil duros en metálico; y asimismo el de la renta de sus bienes de Aragón, desde el fallecimiento de su señor esposo. Al total representa esto dos millones seiscientos mil reales: una bonita fortuna. Es preciso que firme además este poder á favor de D. Felipe Orta, de Calatayud, á cuyo nombre se ha extendido, para que se haga cargo de la administración de los bienes, consistentes en tierras de labor y huerta. He consultado con D. Jaime....

—Y en adelante, si ha de tener V. mi repre-

sentación, se entenderá sólo conmigo,—interrumpió Margarita.

—Yo pensé que....

—El Sr. Jebranis es un excelente amigo mío: le soy deudora de una cifra considerable, y le ruego que, cuando le vea, que supongo será pronto, le diga que espero venga á recibirla de mis propias manos.

—He de verle, en efecto, hoy mismo.

—Pues tómese la molestia de llevarle el recado.

La viuda firmó el documento, y Agualest salió.

Por la tarde, Jebranis acudió á la cita: fué anunciado, recibióle la Marquesa, y, cuando estuvieron solos, comenzó así:

—Voy á entregarte una fortuna; con ella quiero comprar mi tranquilidad....

—¡Y la adquieres!....—interrumpió Jaime.

—Tengo verdadero arrepentimiento; me parecen imposibles muchas locuras que hice, entre ellas la de amarte....

—Perdona, Margarita. Tú no me has amado.

Como yo por ti, convencionalmente fuimos acercándonos, y cometimos los dos un delito, envuelto en formas seductoras para quienes, como tú, no tienen la franqueza de confesarse á sí mismas la verdad, pero desnudo para mí. Por mí, tú no hubieras sido mi mujer por nada del mundo,

—¡Yo te sacrifiqué mi porvenir todo!....

—No, hijita; no hay nada de eso. Te lo sacrificaste á tu capricho, como yo expuse hasta la vida por mi conveniencia. En nuestras relaciones, desengáñate, no hubo un átomo de sublimidad, porque no estamos ni tú ni yo por lo que no es práctico. Por eso nos separamos como dos buenos camaradas; porque somos el uno para el otro. Puestos en el terreno de lo justo, yo fui un mal amigo, tú una mujer casquivana, y nos juntamos por lógica atracción; juntos hicimos una picardía; juntos hacemos hoy otra, y ten por cierto que harás cuantas necesites, igual que yo las haré, sin que, por vestirlas con ropajes novelescos, dejen de ser las tuyas tan maldades como las mías. Tú piensas en una reivindicación; eres rica, y la lograrás probablemente,

porque pocas mujeres, entre muchas, se atreverían á arrojarte la primera piedra. La sociedad es benevolente por egoismo, ó no es benevolente. Si te lo propones, y sigues mis consejos, conseguirás que llamen ligereza á tu falta, con sólo rodearte de manifestaciones, no de arrepentimiento por contrición, de propósito de ser hipócrita con talento. Si te encerraras en un claustro, después de devolver al hijo de Ramona un dinero que le robamos entre los dos, amparados por la ley, que dice es tu derecho proceder así, y allí, convencida de que la sangre de Carlos mancha nuestras manos, hicieras penitencia, habría algunos que tendrían piedad de ti, pero los más no te comprenderían.

Sé muy religiosa en la forma, aunque en el fondo se suponga que no crees nada; procede de acuerdo con el criterio del público (no el de sus conciencias), y te llamarán piadosa, irán olvidando, y acabarán por no ocuparse de tu pasado. En el mundo es todo convencional; se hace un convenio de las ideas fundamentales de la moral que sigue el universo, sancionada por la

costumbre, y todos bajan la cabeza, aunque su razón rechace la que no es razonable. De arrepentimiento real habla con quien te crea, para que le creas, ó de buena fe dé crédito á tus palabras porque no alcanza tu falacia; pero á mí no me cuentes esas cosas. Tú y yo nos conocemos demasiado.

—Tienes un corazón horrible....

—¿Me das ese dinero?

—Toma (exclamó Margarita, dándole el resguardo convenientemente endosado), y vete: me das horror....

—Estamos en paz. Adiós, Margarita.

—Anda, y que él nos perdone á los dos.

—¡Oh! Si no nos perdonara, habría de condenar antes á todos los que primero que nosotros hicieron de él un comodín....

....

....

Salió Jaime. Margarita le siguió con la vista, y murmuró:

—¡Tal vez tiene razón!.... ¡Somos uno para otro!....

Pero no pensó en corregir la semejanza. Salió aquella tarde misma, adquirió un mobiliario, arrendó la lujosa casa que había de habitar en uno de los barrios extremos de la corte, en el más aristocrático.

Por espacio de muchos días se ocupó en preparar su tren, su casa, su elegante persona, y cuando se vió en el lugar que le correspondía (según ella); cuando Jebranis, lejos de Madrid, ya no podía estorbarle; cuando tuvo criados y lujo para dar gusto á su vanidad, pensó que comenzaba á regenerarse. Su vida desde entonces tenía un carácter de publicidad que á todos llamaba la atención: era otra mujer. Algunas amigas antiguas, al verla en paseo todos los días lujosa y siempre sola, la saludaban desde lejos; los hombres se agrupaban á su alrededor.

Después de todo, ¿cuál fué la historia?

Que impresionable y abandonada por su marido, faltó como muchas; que escandalizó como pocas, y por eso chocó más que ellas.

Después de una dura lección, viuda y regenerada por el sufrimiento, pedía gracia: ¿por

qué no concedérsela? Aquella mujer, que, benéfica y caritativa como un ángel, subía á la buhardilla del menesteroso y llevaba en sus manos el pan y en sus labios el consuelo, según sabía todo el mundo, ¿era mala? No. Su falta fué una aberración.

La ilustre Marquesa, que figuraba á la cabeza de la lista de personas protectoras de la parroquia de su barrio por una gruesa suma de dinero, que no rechazaba una sola invitación para reunirse con personas tan piadosas como ella, y fomentar la construcción del templo, la creación de la escuela para instruir de lo que una mujer necesita á las niñas pobres y á las jóvenes dedicadas al servicio de las casas; la magnificencia del culto de una religión sublime, que predicó el Hijo de todo un Dios, condenando sin cesar á los fariseos; aquella noble dama, ¿era mala? No: su pecado fué una obsesión diabólica!....

Á sus bellezas morales, á la formalidad que ostentaba, había que añadir un encanto más. Era la Marquesa viuda de Valdegarcén el pro-

totipo de la mujer amable. Su deseo de agradar, su benevolente manera de ofrecer la espléndida mesa y el lujoso baile ó la elegante reunión de confianza, no tenían rival, cuando casada y sin experiencia, resultaba un tanto dominante y algo altanera. Mas en su segunda época parecía que debía esperarse todavía más, porque, aún más amable y benévola, volvía al seno de la sociedad, que la echó de menos muchas veces.

Ésta comenzaba á ser la opinión de una masa enorme de gentes sensatas, pocos meses después de haber Margarita comenzado el género de vida que se había impuesto, y, bien satisfecha por cierto, animábase más y más para seguir la senda que conducía al ideal de su felicidad.

Á fuerza de llamarse desgraciada, comenzó á borrar la impresión primitiva en su propia conciencia. Mas siempre un detalle despertaba un rumor en su alma, y éste lo producía la conducta de Beatriz Aracil.

Aquella mujer, consagrada al cuidado de sus hijos, de su esposo y de su anciano tío el Duque de Campo Redondo, era una protesta viva con-

tra la pública opinión. Trataba íntimamente á Monina, y esta intimidad, que en un tiempo fué para ella, le causaba cierta envidia y acrecentaba su odio hacia la mujer que reparó sus daños en el corazón de un infeliz, con su *reprochable* conducta!....

Cuanto mayor era el número de medios estériles para atraer á su antigua compañera de colegio, más grande era su afán por recobrar su amistad. Aunque bien disimulado, el despecho consumía la paciencia de Margarita, y ansiaba ocasión propicia para lograr su propósito.

Por fin la casualidad vino en su ayuda: Beatriz dió á luz su quinto hijo, con circunstancias difíciles, que, convirtiendo en grave enfermedad el acto fisiológico, la pusieron á las puertas de la muerte.

Un amigo de Loarre y de la Marquesa la enteró del caso, por la noche después de comer, y ella al siguiente día, sin perder momento, metióse en su coche, fuese á casa de su antigua camarada, y como la cosa más natural del mundo, no bien se le franqueó la puerta por un

criado que no la conocía, entró, y preguntando «*¿cómo está la Señorita?*», introdújose sin más ceremonias en la habitación ocupada por la enferma, cuyo camino conocía por haberle frecuentado mucho antes de la violenta escena que rompió sus amistades algunos años antes.

Beatriz, presa de la fiebre, con el estupor que acompaña á ese azote de las madres llamado *fiebre puerperal*, yacía en su lecho como una muerta.

Á un lado Monina, al otro Rafael Loarre, ambos tenían en su rostro las huellas del dolor profundo que sentían sus almas.

El balcón, entornado, daba paso á una tenue claridad que iluminaba el cuerpo de Ramona, y dejaba en la sombra el del médico.

Al abrirse la puerta y penetrar Margarita, esposo y enfermera volvieron la cabeza al tiempo que con lengua entorpecida, la doliente murmuró:

—¿Quién es?....

La Marquesa avanzó dos pasos, y sin parar la atención en Monina, quiso llegar hasta su ami-

ga; mas Rafael se interpuso, tomóla por un brazo, y con tono duro y seco, exclamó:

—¡Señora! ¡Fuera de esta casa, donde no se la admite!....

—¿Por rubor?—dijo Margarita, pálida y con la boca contraída por una sonrisa, que más bien parecía una contorsión epiléptica, al tiempo que miraba á Ramona: tal era su rabia.

—¡No, por asco!....—gritó Loarre.

—¡Vamos!.... ¡Ha sustituído V. á mi marido!.... ¡Le felicito!....

—¡Salga V.!—repitió el médico fuera de sí.

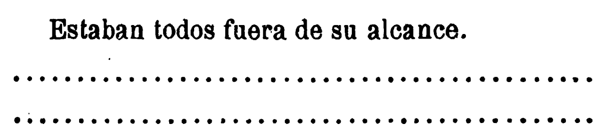
—¡Vine á ver á Beatriz!.... ¡Y me voy, porque V. me echa!.... Es propio de caballeros.... maltratar á los débiles y acoger á los indignos.

Y salió, siempre riendo; pero al sentarse en su coche, trocóse la risa en llanto.

El silencio de Ramona era más fuerte que la indignación del médico.... El uno humillaba, al ·so que la otra hería tan sólo.

Al llegar á su casa, ahogábala la ira; sentía ısias de vengarse.... pero no había medio.

Estaban todos fuera de su alcance.



—Perdone V., Ramona, que la torpeza de un criado le haya causado un disgusto. Yo nunca pensé en decir que no se la recibiera, porque jamás me ocurrió que osara pisar mi casa, después de lo ocurrido en la suya con Beatriz.... y sabiendo que V. es amiga íntima de ésta.

—¿Y qué he de perdonar, amigo mío?.... Lo único que no le perdonaré en mi vida á esa mujer, digna de lástima más que de otra cosa, es la muerte de mi pobre Carlos. Sin ella, viviría hoy y sería feliz.

—¡Pobre amigo! (murmuró Loarre.) ¡Cuánto debió sufrir en su soledad, sin más amparo que esa furia, y cuánto debió conocer su error al compararla con V.!....

Monina no repuso nada. Enjugó una lágrima, lágrima de verdadero dolor vertida á la memoria de un ser bien amado; fué de nuevo jun al lecho, besó con cariño á la enferma, y trist mas no airada, sentóse á la cabecera.

Loarre también volvió á su puesto de desesperación, viendo la ciencia vencida por el mal, y con el corazón lleno de amargura....

....

....

....

....

En la noche de aquel día, Beatriz exhaló el último suspiro sin dolor, porque no sabía que se moría.

—¡Ánimo, amigo mío!....—decía Ramona llorosa, consolando al esposo afligido.

—Dios la tiene en el cielo. Ella á V., y Carlos á mí, nos esperan en la región donde no hay miserias que amarguen la felicidad; pero es preciso antes que no necesiten de nosotros los seres que dejaron á nuestro cuidado.

Tiene la criatura que ama como Ramona, algo divino, y de su historia y de la de Beatriz, con ser tan diferentes, pudiera formarse el asunto de un poema que fuera la Odisea de la mujer; del ser nacido para ser esposa y madre, *ángel caído ó mísero autómata*, como la llamó un poe-

ta de feliz memoria, que, al definirla así, hízolo como nadie lo hubiera hecho, porque ángel es si vive como Ramona; ángel y mártir si muere como Beatriz, víctima de la maternidad; ó autómata mísero si, como Margarita, carece de condiciones para desempeñar el sublime y difícil papel que el Hacedor le consagró en su portentosa creación.

CAPÍTULO XXXIX.

Era yo un verdadero admirador de mi amigo Rafael Loarre; le quería como á un hermano, y me pagaba en la misma moneda.

Cuando solteros, íbamos siempre juntos; al casarse con Beatriz Aracil, aunque nos separamos, porque él se fué á Valladolid, no se enfrió nuestra amistad, porque nos escribíamos, y las cartas sustituían á nuestras íntimas conversaciones.

Pero él se engolfó en la ciencia de curar; yo salí de España, y entonces se debilitó nuestra correspondencia, hasta extinguirse. ¡Bien la eché de menos en más de una ocasión!

Á principios de este año regresé á la corte, francamente, apenas conservaba memoria de amigo, cuando, al pasar por enfrente de casa l duque de Campo Redondo, vi una persona

cuyo rostro me era conocido.... ¡Me acordé de Rafael!....

Quedéme parado, mirándole, y de espaldas me recordó más á mi antiguo camarada: era su modo de andar, era él sin duda: si antes la tuve, fué porque el triste semblante de aquel hombre viejo no se parecía al de Rafael, más joven que yo, y que se reía siempre cuando éramos compañeros de glorias y fatigas. Me decidí, y en el momento en que ponía el pie en el estribo del elegante milord que, tirado por un hermoso caballo, le esperaba enfrente de la puerta, le grité:

—¡Rafael!....

Volvió la cabeza; dilatóse su fisonomía al verme, y, viniéndose á mí con los brazos abiertos, estrechóme con efusión.

—¡Vaya si echaste orgullo desde que tienes coche!....—le dije.

—¿Y quién te conocería, Juan? (añadió él.) Si no me llamas, no hubiera pensado que eras tú el que me miraba sin abrazarme.

—Pues, mira, no eches roncas. Tampoco yo te hubiera reconocido, si me fijo sólo en tu cara.

¡Estás hecho un carcamal!.... Pero ¡bah!, no te entretengo.

—¿Quieres acompañarme?

—¿Adónde?

—¡Al cementerio!—me replicó, dando un suspiro.

—Cansado de matar gente, ¿haces ensayos para resucitarla?—le pregunté en broma.

—Voy á ver el lugar donde yace mi pobre Beatriz.

Me fijé entonces, y vi que llevaba media gasa en el sombrero.

—Hombre, perdóname (le dije): no sabía que tu mujer hubiera muerto.

—¡Sí; la perdí hace hoy un año justo!.... Murió al dar á luz un hijo que no la sobrevivió.

—Si no te estorbo, te acompaño (exclamé): estás triste, y te ofrezco el consuelo de mi amistad. ¿Te sirve?

Por toda respuesta me abrazó de nuevo, y me empujó hacia el carruaje; dió la orden al cochero, arreó éste al caballo, y partimos.

La melancolía de mi antiguo compañero se

me contagió: yo, que de ordinario hablo por necesidad como respiro, no pronuncié una docena de palabras en todo el trayecto, que no fué corto.

Llegados á la puerta del cementerio, situado junto á la Pradera de San Isidro, nos apeamos; penetró Rafael delante de mí, llegó junto á una tumba, y se arrodilló. Yo conocí que estorbaba, y me alejé, ganoso de sacudir el mal humor que me dominaba por momentos.

Al volver una esquina que formaba un mausoleo magnífico, me detuve.

Delante de mí, una mujer, vestida con elegante modestia, lloraba de rodillas, y entre las palabras de su rezo, en voz baja, dejaba escapar hondos suspiros. Junto á ella un niño, como de unos cinco años, jugaba con las flores que crecían alrededor del sepulcro.

Yo sentí una cosa extraña; era hermosa como un ángel, á pesar de que en su rostro se revelaba una de esas enfermedades morales que matan la salud y la belleza del cuerpo, sin concluir con la existencia; ella ni se fijó en mí.

Esta escena, rodeada del encanto que presta

una tarde de primavera cuando el sol comienza á caer, aquel poético cementerio y aquella mujer, no se borrarán nunca de mi memoria mientras viva, y entonces me arrobaron hasta olvidarme de mí mismo, y trasladarme á un mundo de ideas, que muy probablemente no volveré á recorrer.... En mi muda contemplación perdí la conciencia del tiempo.... ¡Debí pasar mucho rato sin cambiar de postura!....

Mi amigo me sacó de mi ensimismamiento, tocándome en el hombro, y diciendo: «Vamos,» precisamente en el instante en que la desconocida se alzó del suelo, enjugó el llanto, tomó de la mano al niño, y se dirigió hacia nosotros.

Al pasar por nuestro lado, Rafael se descubrió, y ella contestó á su saludo con un movimiento ligero de cabeza. Cuando estuvo tan lejos que no podía oirme, pregunté:

—¿Quién es esa criatura que parece el ángel l dolor?

—¡La viuda del marqués de Valdegarcén!.... ›e replicó con un tono extraño.) Su único pa-



seo es este; diariamente viene á llorar sobre la losa que cubre el cuerpo de un hombre adorado que se llevó su alma!....

Salimos. Mi querido camarada estaba aún más triste que al entrar; se le conocía en los ojos que había llorado.

—¿Dónde vamos?—le dije.

—Yo á mi casa,—repuso.

—¿Por qué no me convidas á dar una vuelta en coche por el Retiro? (exclamé, con intención de llevármele para que se distrajera). Hace ocho días que estoy en Madrid, y aún no he visto ese paseo, que, según me han asegurado, no conoceré de tan embellecido como está!....

—Al Retiro,—dijo Rafael, dirigiéndose al cochero.

Por más que yo hacía, no lograba sacudir la tristeza que á mi vez me dominaba. Mi amigo, por su parte, no tenía ganas de hablar sin duda, pues cortaba la conversación, contestándome sólo con monosílabos, siempre que, haciendo un esfuerzo, intentaba animarle yo. Acabé por respetar su silencio; de nuevo me

lanzó mi imaginación en un mundo ideal, y con esta facilidad que yo tengo para soñar despierto, llegué á olvidarme de cuanto me rodeaba.

La fisonomía de aquella mujer llorosa, sin desesperado dolor, pero profundamente dolorida; la imagen de aquel niño, indiferente al pesar, porque tal vez se había acostumbrado á contemplarle como estado habitual de su madre; la encantadora memoria del grupo que formaban los dos sobre la tumba del Marqués de Valdegarcén, tenía tan admirable colorido, tan extraña poesía, que representaba para mí un duelo, que nunca había observado sin cierta mezcla de pena y de burla: el duelo de la viuda joven y bella. Confieso que imaginé cosas que nunca había pensado. Yo era aún joven; con mi carácter, de suyo frívolo y alegre, admiraba la hermosura de la mujer; mas siempre un sentimiento complejo manchaba la admiración mía. Sólo la vista de aquélla me hizo pensar en algo tan sublime, que me abstrajo en un arrobamiento placentero, puro como el aroma de las

violetas, y tranquilo como la mansa superficie de un lago.

El amor que subsiste cuando la materia de su objeto se ha destruído; que se acrisola más y más cada día; que produce la nostalgia de la muerte y la quita su grosera cohorte de temores, ¿no es una bella manifestación de que algo inmaterial fué su origen?

¿Puede amarse el polvo insensible, sin forma ni belleza?

....

....

....

....

De pronto, un movimiento brusco estremeció nuestro carruaje; el caballo dió un envión, y poco faltó para que nos hiciera saltar de nuestros asientos. Un coche, tirado por lujoso tronco, había pasado junto á nosotros, y empezonando con una de las ruedas del nuestro, á poco nos vuelca. Tres ó cuatro jinetes caracoleaban alrededor del suntuoso tren, y dentro, una mujer elegantísima hablaba y reía con ellos.

—¿Quién es esa hembra tan favorecida?—pregunté á mi amigo, que la seguía con la vista.

—¿Esa? (me replicó.) Esa es Margarita de Irruesca, la última querida del marqués de Valdegarcén.

. . . .

. . . .

EPÍLOGO.

Conozco á Jebranis, que nada en riquezas, y sólo en ellas piensa ya. Es un rey de la Bolsa.

Trato á Margarita, y la verdad es que ofrece encantos su despreocupación y su amable manera de ser. Soy su adorador más desdeñado. Pero esto no obsta para que de cuando en cuando visite de nuevo el cementerio donde reposan las cenizas de Carlos Montaral, y al ver á Monina se avive más y más en mi alma un sentimiento bien extraño: ¡tengo envidia de un muerto!....

FIN.

LIBRERÍA
DE
EL COSMOS EDITORIAL.

OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE LA CASA Y SE HALLAN DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

OBRAS DE MEDICINA. Pesetas.

Charcot.—*Lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso,* dadas en la Salpêtrière, coleccionadas y publicadas por Bourneville. Traducidas de la última edición francesa por D. Manuel Flores y Pla, Licenciado en Medicina y Cirugía.—1882: Dos tomos en 4.°, con 68 figuras intercaladas en el texto y 21 láminas cromo-litografiadas. 26

Pouillet.—*Estudio médico-filosófico sobre las formas, las causas, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento del* ONANISMO EN LA MUJER. Traducido de la última edición francesa por un Licenciado en Medicina y Cirugía.—1883: un tomo en 8.º mayor........................ 2,50

Pouillet.—*La Espermatorrea.* Tratado de las pérdidas seminales. Traducido de la última edición francesa por un Doctor en Medicina.—1884: Un tomo en 8.º mayor. 2,50

Pouillet.—*Tratado de los flujos blenorrágicos contagiosos, agudos y crónicos, del hombre y de la mujer, por el útero, la vulva, la vagina y el recto, de sus accidentes y de sus complicaciones,* seguido de un *Estudio de los flujos blancos no contagiosos por los órganos genitales de los dos sexos.* Traducido de la última edición francesa por el Dr. Eduardo Blanco.—1884: un tomo en 8.° mayor........... 4

Pouillet.—*Estudio médico-psicológico sobre las formas, las causas, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento del* ONANISMO EN EL HOMBRE. Traducción de D. José Olave y Alonso, Licenciado en Medicina y Cirugía.—1884: un tomo en 8.° mayor.................................. 3

umontpallier.—*La Metaloscopia y la Metaloterapia ó el Burquismo.* Conferencias dadas por el Dr. Dumontpallier, seguidas del *Estudio experimental sobre la Metaloscopia y la Metaloterapia del Dr. Burq.* Traducción de D. Manuel Flores y Pla, Licenciado en Medicina y Cirugía. —1883: un tomo en 4.°.............................. 3

Pesetas.

Fonssagrives.—*Formulario Terapéutico para uso de los prácticos*. Versión española de D. Hipólito Carilla y Barrios. Un tomo en 8.° mayor con grabados........ 5

Verdés.—*Acción terapéutica del alcohol sobre las Pneumo y Cardiopatías agudas*. Obra premiada por la Real Académia de Medicina y Cirugía de Barcelona.—1884: un tomo en 8.° mayor........................... 2

Audhoui.—*Tratado de las enfermedades del estómago*. Versión española de D. H. Carilla.—1884: un tomo en 8.° mayor.. 2,50

Núñez.—*Estudio médico del veneno de la Tarántula* según el método de Hahnemann, precedido de un *Resumen histórico del* TARANTULISMO Y TARANTISMO, y seguido de algunas indicaciones terapéuticas y notas clínicas.—1864: un tomo en 4.°.. 5

Boletín oficial *de la Sociedad Hahnemanniana Matritense*.—Cinco tomos en 4.° Cada uno.................... 10

Anales de medicina homeopática, publicados por la Sociedad Hahnemanniana Matritense.—Cinco tomos en 4.° Cada uno.................................... 10

OBRAS VARIAS.

Julio Simon.—*Dios, Patria y Libertad*. Traducción de J. Orellis. —1883: un tomo en 4.° mayor........... 5

Edouard Delpit. —*Las Represalias de la vida* (novela). Versión española de Miguel Bala.—1883: un tomo en 8.° mayor.. 2,50

Ulbach.—*El Suplicio de un padre ó la confesión de un sacerdote* (novela). Versión española por Carlos Négra. —1883: un tomo en 8.° mayor..................... 2,50

Enmery.—*El Príncipe de Moria* (novela). Versión española de Ricardo de Hinojosa.—1883: un tomo en 8.° mayor. 2.

X*.**—*Al lado de la dicha* (novela). Versión española de E. Négra.—1883 : un tomo en 8.° mayor......... 2

Henri Rivière.—*El Combate de la vida.*—Primera parte: *La Juventud de un desesperado*. Versión española de P. Sañudo Autrán.—1884: un tomo en 8.° mayor. 2

Pesetas.

Henri Rivière.—*El Combate de la vida.*—Segunda parte: *El Coronel de Breslac.* Versión española de P. Sañudo Autrán.—1884: un tomo en 8.° mayor...............	2,50
Henri Rivière.—*El Combate de la vida.*—Tercera parte: *Las Fatalidades.* Versión española de P. Sañudo Autrán.—1884: un tomo en 8.° mayor...............	2,50
Edmond.—*La Leñadora.* Versión española de Miguel Bala.—1884: un tomo en 8.° mayor............	2,50
Cubas.—*El Angel del presidio* (novela).—1884: un tomo en 8.° mayor..	1,50
Cubas.—*La Mortaja de limosna* (novela).—1884: un tomo en 8.° mayor..	1,50
Ortega Munilla.—*Orgía de hambre* (novela y cuentos).—1884: un tomo en 8.° mayor......................	2,50
Zaccone.—*Los dramas de la Bolsa* (novela). Versión castellana de doña Faustina Saez de Melgar.—1884: un tomo en 8.° mayor..............................	2,50
Gautier.—*Fortunio* y *La Muerta enamorada* (novelas), traducidas por un Aprendiz de estilista.—1884: un tomo en 8.° mayor..............................	2,50
Vascáno.—*Javier Malo* (novela).—1884: un tomo en 8.° mayor..	2,50
Bouvier.—*Las Borgoñas del día* (novela). Versión española de Ángel Luque.—Dos tomos en 8.° mayor: cada tomo.	2,50
Arsène Houssaye.—*La Comedianta* (novela). Versión española de un Redactor de EL COSMOS.—Un tomo en 8.° mayor.................	2,50
Jorge Onhet.—*Lise Fleuron* (novela). Traducida por José de Olave.—1884: un tomo en 8.° mayor..........	2,50
Cuentos escogidos de los mejores autores, tales como Balzac, Hoffman, Erckman-Chatrian y otros.—1884: un tomo en 8.° mayor..............................	2,50
Cañizo.—*Justicia y Providencia* (novela).—1884: un tomo en 8.° mayor..........................	2,50
Barbey d'Aurevilly.—*Lo que no muere.* Versión española de Ricardo Pérez.—1884: un tomo en 8.° mayor.	2,50
...**bas.**—*El Panal de miel* (novela).—1884: un tomo en .° mayor...	2,50
...**ambillet.**—*Agnes.*—Un tomo en 8.° mayor.........	1
...**de La Cerda.**—*La Tela de araña.*—Un tomo en 8.° ...ayor..	1

Pesetas.

Dickens.—*Días penosos* (novela). Versión española del Licenciado Barbadillo.—1884: un tomo en 8.° mayor. 2,50

Fortunio.—*La Virgen de Belem* (novela). Versión española de Carlos B. Figueredo.—1884: un tomo en 8.° mayor.. 2,50

J. de La Cerda.—*El gran problema* (novela).—1884: un tomo en 8.° mayor.................................... 2,50

Ossorio y Bernard.—*Romances de ciego* (poesías).—1884: un tomo en 8.°.................................. 1

Galería de desgraciados (poesías), escrita por una colección de distinguidos escritores y escritoras, é ilustrada con grabados.—Un tomo en 8.° mayor......... 1

Ossorio y Bernard. — *Cuadros de género trazados á pluma.*—Un tomo en 8.° mayor..................... 2

Ossorio y Bernard.—*Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol.*—Un tomo en 8.° mayor................. 2

PRÓXIMAS Á PUBLICARSE.

OBRAS VARIAS.

Eça de Queiros.—*El Primo Basilio,* dos volúmenes.
Paul Mahalin.—*La Bella Horchatera,* dos volúmenes.
Soles Eguílaz.—*En el quinto cielo.*
J. Solas.—*La Vindicta pública.*
Gautier.—*Una noche de Cleopatra.*
La Cerda.—*El Médico del alma.*

DE MEDICINA.

Fonssagrives.—*Tratado de Materia médica*, anotada, traducida y precedida de una introducción terapéutica por D. Francisco Javier de Castro, Catedrático de la misma asignatura en la Universidad Central, con profusión de grabados intercalados en el texto.—Se han publicado los dos primeros cuadernos.

Los pedidos de estas obras se dirigirán al Administrador El Cosmos Editorial (Montera, 21, Madrid), acompañando importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

LA TELA DE ARAÑA

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL.»

LA
TELA DE ARAÑA

(HISTORIA DE UNA MUJER)

RELACIÓN ORIGINAL

por

D. JUAN DE LA CERDA



MADRID
EL COSMOS EDITORIAL
Montera, núm. 21

1884

Madrid: 1884.—Imprenta de A. Pérez: Flor Baja, 22.

Á MI AMIGO

EL INSIGNE POETA

D. MANUEL CANO Y CUETO

Buena ó mala, tengo el gusto de ofrecerte mi primera obra, y quiero así probarte que, si mal escritor, no soy desagradecido.

Tu mejor amigo,

EL AUTOR.

UNA ACLARACION.

No vayas á presumir, lector querido, que soy *fatalista* porque á la *fatalidad* atribuyo las desventuras de los protagonistas en la relación que humildemente ofrezco á tu juicio, contando desde luego con tu benevolencia.

Estoy tan lejos de creer al hombre libre en absoluto de la influencia de ciertas y determinadas circunstancias, como del famoso *estaba escrito* de los árabes, fórmula perfecta del más exagerado fatalismo.

Entre los dos extremos que acabo de indicar, está mi opinión.

La libertad al ejecutar un acto primitivo; las consecuencias naturales del hecho *escritas* de antemano : es decir, que reconozco el libre albedrío al ejecutar *la causa*,

y la fatalidad al no poder contrarestar *los efectos.*

Mi teoría, buena ó mala, se funda en la observación, y para demostrar la exactitud que á mi juicio encierra, cito un ejemplo *verdad:* mi relato tiene de novelesco tan sólo la forma: si te resultaran inverosímiles los hechos, no me culpes á mí, simple narrador; culpa á quien hizo que nada haya en ocasiones más inverosímil que los accidentes de la vida real.

LA TELA DE ARAÑA.

HISTORIA DE UNA MUJER.

I.

Era una hermosa mañana: en medio del cielo, sin una nube, brillaba el sol, y las mieses de los campos vecinos á la mina *Azucena*, dulcemente mecidas por la brisa, parecían un mar de oro.

Quien hubiese penetrado, bajo el influjo de tan bello espectáculo, en la modesta vivienda del Ingeniero á cuyo cargo estaba la dirección de las obras para explotar aquel venero riquísimo, hubiera sentido el doloroso efecto que siempre produce el contraste de lo poético por excelencia con lo terriblemente real de la vida práctica.

Dentro de la casa, la muerte con su aspecto desolador. Fuera, la encantadora

naturaleza despierta apenas del sueño del invierno, abriendo los cálices de las pintadas flores al impulso de su aliento tibio, saturado de voluptuosidad!....

Mr. Eugenio Wolff, noble hijo de la ciencia y del trabajo, mártir de una y otro, acababa de ser extraído exánime de un pozo de la mina, entre los escombros de un desplome.

Antes de morir, sólo pudo pronunciar estas palabras, mezcladas con el postrer aliento:

—¡Carlos!.... ¡Amelia!.... ¡Mi hija!....

Frases que sintetizaban todos los afectos que en su vida experimentó aquel hombre frío hasta lo inverosímil, como buen hijo de la Gran Bretaña, cuyo carácter no pudo modificar el cielo hermoso de Andalucía.

D. Carlos Lomares, su socio; doña Amelia Juares, su esposa, y Lola, hermosa rubia de doce años en la época de estos sucesos, fueron las únicas personas para quienes la frialdad natural de su alma, indiferente á todo, se trocó en increíble ternura. El primero fué el amigo; la segunda la compañera; ¡Lola, la hija amada con fanatismo!....

En un principio, las dos últimas sólo

pensaron en llorar. Pero como una desgracia acostumbra no venir sola, y á veces bajo las más bellas formas de un afecto se oculta la falsedad, cuando pasaron los primeros días y se pensó en abandonar aquellos lugares teatro de un tristísimo acontecimiento, Lomares, que guardaba todos los ahorros, fruto del trabajo de veinte años del difunto Ingeniero, negó poseerlos al serle reclamados; y como por un exceso de confianza de éste no había documentos formales que acreditasen la justicia de la reclamación, y lo repentino de su muerte impidió todo arreglo de intereses, madre é hija quedaron, no sólo sin apoyo, sino que también en la más completa indigencia.

En tal situación, sin un amigo á quien volver los ojos, ¿qué partido era el mejor?

Con la pequeña cantidad que en su poder tenía doña Amelia al morir su esposo, era imposible intentar un pleito, necesario dada la actitud de Lomares.

Vista la gravedad del caso, resolvió lo que parecía más oportuno. Emprender con su hija el viaje á Madrid, con la esperanza de hallar amparo en la casa de un pariente bastante rico que habitaba en la corte.

Pero la pobreza es repulsiva.... ¡Ante ella son pocos los que no vuelven la espalda!....

¡En vano, pues, la infeliz viuda pidió ayuda para ella y para su pobre Lola!.... ¡Todas las puertas se cerraron, agotáronse los exiguos recursos, y en tan críticas circunstancias, hubo de buscar trabajo, cosa bien difícil por cierto para dos pobres mujeres abandonadas á sus propias fuerzas!....

Pasemos por alto el intervalo que media entre la muerte de Wolff y el primer paso que Lola dió en el horrible camino del Calvario que consumió su fugaz existencia, pues que inútil es describir los sufrimientos de dos mujeres viviendo de su trabajo después de haber conocido una vida modesta, pero exenta de privaciones; teniendo una buhardilla por vivienda cuando el soplo del Guadarrama hiela el aliento, y que en medio de su miseria no pueden evitar un resto de orgullo que crea necesidades imposibles de cubrir con un exiguo jornal, capaz apenas de satisfacer las más precisas....

La carencia de ciertas cosas, superfluas para quien nació pobre, pero necesarias para el que ve con rubor su traje miserable ó su

calzado roto, causa una pena ridícula para quien la juzga sin sufrirla, pero horrible si se es víctima de ella, y constantemente se vive avergonzado por la pobreza, sin tregua en el dolor, ni medio de consuelo.....

II.

Á los trece años, Lolita ofrecía un aspecto interesantísimo.

Con su traje negro raído, pero perfectamente limpio, cubierta la rubia cabeza con el velo de su mantò, pálida, rodeados los ojos por un círculo azulado, consecuencia de la vigilia y las penalidades; con su dulce mirar, con la melancólica sonrisa que dilataba sus frescos labios al recibir los sábados el miserable producto de una semana de trabajo asiduo, parecía el ángel de la resignación.

Como nacida en Andalucía, se anticipaba á su edad. Aunque su rostro infantil revelaba la juventud de una niña, el cuerpo bien desarrollado parecía el de una mujer formal.

En su cintura delgada y esbelta, en su modo de andar, en sus manos y en sus piés pequeñísimos, se reconocía la persona distinguida que ha sufrido ciertas modificaciones, debidas á la educación, en los primeros años.

Sin más pensamiento que ganar el pan cotidiano; sin más reposo que el indispensable para reparar las fuerzas; sin más recreo que ir y venir á la tienda una vez cada ocho días y á la iglesia por la mañana los festivos, aquella pobre criatura llegó á ese estado de indiferencia que experimenta el que, siendo muy infeliz, por su edad ó por su temperamento no cae en la desesperación.

El dolor, cuando contrasta con el placer, produce como resultado natural un conocimiento exacto de lo uno y lo otro, y por consiguiente la perfecta conciencia del valor de entrambas sensaciones. Pero de igual manera que el enfermo crónico acaba por habituarse á su vida miserable, y sufre sus achaques sin darse cuenta apenas de que pudiera vivir de otro modo, así, cuando una persona está constantemente combatida por el infortunio, acostúmbrase al sufrimiento,

agótase el raudal de las lágrimas, y con el alma aniquilada pasa por todo, con la estoica tranquilidad que presta el abandono de sí mismo....

III.

¡La muerte del padre de Lola, la miseria que atrajo sobre aquella familia la perfidia de Lomares, eran los primeros relámpagos de una tempestad horrible, que con creciente ímpetu debía envolver entre su fragoroso estruendo el alma de la pobre niña!....

Aunque la madre y la hija vivían en la mayor miseria, sufrían sus penas con resignación, y formaban parte así de ese considerable número de obreras que, ocupadas constantemente, apenas tienen tiempo para pensar en su infortunio....

Pero una noche, la primera hubo de suspender la tarea, prolongada más que de ordinario.

Parecíale sentir dentro de los ojos un cuerpecillo extraño; llorábanle al fijarlos en su labor, y con frecuencia veíase preci-

sada á cerrarlos, como si los hiriese un reflejo vivísimo!....

Se acostó, atribuyendo tal molestia al exceso de vigilia, y durmióse rendida; mas al poco tiempo despertó, presa de fuertes dolores en la vista. Tentóse los párpados, y una gran hinchazón, que sus dedos percibieron, la asustó. Llamó á Lolita, hízola encender luz, y al brillar ésta, lanzó un grito, cubriéndose la cara con las manos. Había sentido una impresión horrible.

Llorando pasaron hasta la venida del día. Doña Amelia, á impulso del agudo dolor; la niña, por ver sufrir á su madre.

Bien temprano bajó la pobrecilla á la portería, y contó el caso á la portera, mujer brusca, pero buena en el fondo, que, á fuerza de súplicas, se vistió gruñendo, y la acompañó á llamar un médico.

Cuando volvió con el Doctor, doña Amelia sufría horriblemente.

El primero, hombre ya entrado en años, reconoció la vista de la enferma, y recomendándole que permaneciera en el lecho y evitase la influencia del aire, salió de la alcoba y pidió recado de escribir. Pero de repente, cambiando de parecer, púsose el

sombrero, y con tono cariñoso dijo á la niña:

—Es muy temprano...., las farmacias están cerradas, y será mejor que yo les envíe la medicina preparada desde mi casa.... (Y dirigiéndose á la viuda, añadió): ¡Vaya, señora, hasta la noche!....

Lolita le acompañó hasta la puerta, preguntándole llorosa:

—¿Qué le parece á V., señor?....

—Su mamá (contestó el médico) tiene una oftalmía catarral purulenta.

—¡Pero cree V.!....—interrumpió la niña.

—No, no espero que suceda nada grave.... pero es menester cuidarla mucho. En cuanto traigan el medicamento, aplíqueselo V., como indique el papel en que vendrá envuelto. (Y empezando á bajar la escalera, continuó): Vaya, adios, hija mía, y no tenga V. cuidado, que ya trataremos de curarla pronto y bien.

Era un jueves el día en que la pobre mujer se sintió mal; de modo que, ayudada por Salustiana, la portera, que compadecida desempeñaba á ratos perdidos ciertos quehaceres de la casa y cuidaba á la en-

ferma, la pobre Lola, trabajando muchísimo, logró concluir la labor de las dos y entregarla el sábado por la noche.

Pero no sucedió lo mismo al finalizar la siguiente semana.

En vano la pobre niña robó horas al sueño, tan necesario á su edad; en vano trabajó sin cesar.

Llegó el momento de la entrega, y la infeliz apenas tenía terminadas dos terceras partes de la tarea que con urgencia se les había encomendado.

—¿Vas á salir, hija mía?—dijo doña Amelia, al sentir que dejaba el trabajo.

—Sí, mamá: voy á entregar....

—¿Todo?

—¡Casi!....—repuso Lolita, ocultando lo que ni siquiera estaba empezado á bordar, para que su madre, que alzó la pantalla de tafetán que resguardaba sus párpados, no lo viese.

—¡Pobre hija!.... (prosiguió doña Amelia, suspirando y cubriendo de nuevo sus ojos.) ¡Vaya una semana que has llevado!.... Si Dios quiere, ya pronto te po ayudar!....

La niña no contestó. Más apesadumbra

que nunca, púsose el manto, y besando á su madre, salió, encaminándose al almacén donde debía entregar la ropa.

IV.

Cuando llegó, la tienda estaba llena de gente.

Acercóse tímidamente al mostrador, y sobre él depositó el lío que contenía la tarea.

Desenvolviólo el dependiente, que hacía las veces del dueño, y dijo, mirando á Lola:

—¡Falta bastante!.... ¡No está todo bordado!....

—Mi pobre madre cayó enferma hace diez días. Ha pasado la semana que termina hoy sin poder ayudarme, y por eso no hemos cumplido con la puntualidad acostumbrada.... Pero ya está casi bien, y ahora trabajaremos, de modo que les compense esta falta.

El comerciante entregó á la niña el jornal sin replicar.

Recogiólo la desdichada, y esperó.

El dependiente mayor despachaba á unas señoras, sin ocuparse de ella.

Pasaba el tiempo. Lola, lleno de angustia el corazón, con los brazos cruzados, miraba con timidez, ya á un lado, ya á otro, sin atreverse á pedir obra, cuando apareció el principal, hombre ya viejo, grosero como buen empleado subalterno, que comenzó no siendo nada y llegó á ser algo por casualidad.

—¿Qué deseaba V., niña, — preguntó ásperamente al fijarse en ella.

—¡Esperaba (repuso ella con miedo), que despachara D. Joaquín y me entregase obra para la semana que viene!....

El viejo se acercó al mostrador, y después de reconocer las prendas que Lola había traído, se volvió hacia ella, y mostrándole la ropa sin bordar revuelta con la ya bordada, dijo meneando la cabeza:

—¿Á esto llaman Vds. cumplir?.... ¡Pues me ha divertido V.!.... ¡Contenta se pondrá la señora Baronesa, que me exigió el *trousseau* de su hija para mañana!.... (Y dirigiéndose al llamado D. Joaquín, le preguntó: ¿Ha pagado V. ya?....

—¡Sí, señor! ¡Porque.... como la pobre!....

—¡Pero, hombre!....—interrumpió el principal, no concluyendo la frase, al ver que una de sus parroquianas le miraba fijamente.

—¡Esperaba llevarme esas piezas para concluirlas, y lo que V. quisiera darme además!—exclamó Lolita medio llorando.

—¡Lo que es eso, no!....Lo siento en el alma, pero en mi casa, cuando no se cumple no se trabaja.

—¡Ya he dicho á D. Joaquín!....—repuso la pobre niña temblando y pálida como un cadáver.

—¡Excusas, excusas y excusas de mal trabajador, con las que yo no contento á mis parroquianos!....

—¡Bien, pero!....—se atrevió á murmurar Lola.

—¡Vaya, vaya! ¡déjeme V. en paz!.... —interrumpió el viejo volviéndola la espalda.

La infeliz no acertaba á moverse: hizo un esfuerzo sobrehumano, y con paso vacinte se dirigió hacia la puerta. Como si na nube cubriese sus ojos, percibía los objtos, zumbábanlo los oídos, y sus sienes atían con violencia.

El caso no era para menos; unos días sin trabajo, bastaban para crear un apuro muy grande.

La total carencia de él, era una desgracia enorme.

Buscarlo en otra parte sería inútil: para hallarle donde se le negaban fué preciso tener recomendaciones. ¡Son tantas las que le apetecen!....

Con *veintiuna* pesetas por todo recurso, ¿cómo pagar los gastos extraordinarios que ocasionó, y seguiría ocasionando, la enfermedad de doña Amelia, no obstante la caridad del médico?....

¿Cómo vivir, en fin, por un espacio de tiempo, de seguro muy largo, aun en el caso de que encontrasen donde trabajar al fin?....

Bajo esta penosa impresión, salió á la calle la pobre niña, y allí la pena estalló en amargos sollozos.

Sin fuerzas para sostenerse, dejóse caer en el umbral de una puerta; y con el rostro oculto entre las manos, dió rienda suelta á su dolor, imposible de contener....

Pasaron cerca de dos horas sin que
diera cuenta de ella misma, sin concienc

del tiempo. Las tiendas se fueron cerrando. El número de transeuntes fué disminuyendo poco á poco, hasta quedar la calle en silencio casi y sin más luz que los faroles de las esquinas.

Cuando, un tanto desahogado el pecho á fuerza de llorar, se levantó para dirigirse á su casa, al tiempo que entre dos suspiros entrecortados, exclamó:

—¡Ay, madre mía!

Un caballero se detuvo delante de ella, y con voz cariñosa, le dijo:

—¿Por qué llora V., señorita?

Una oleada de sangre subió á enrojecer su pálido rostro: bajó la cabeza, y sin responder, tomó lentamente por la calle arriba.

Siguióla el caballero, y llegando á su lado, repitió la pregunta, añadiendo:

—Parece V. muy joven, y me ha causado grandísima pena oirla suspirar tan amargamente. ¡Contésteme V.!.... ¡De un pobre viejo como yo, nada malo puede esperar!.... Alguna desgracia muy grande ›be sucederle, cuando, llorosa y abatida, on un aire que revela la honradez, va V. ›n sola á estas horas, no obstanto ser muy ›iña y muy bella!....

Estas palabras, pronunciadas con un timbre de voz especial, tierno, acariciador, cayeron sobre el alma de Lola como gotas de rocío sobre la flor marchita por el sol del mes de Agosto!....

De nuevo acudieron las lágrimas á sus ojos, y para enjugarlas sacó el pañuelo, que, arrastrando las monedas guardadas sin cuidado en el bolsillo, las dispersó por el arroyo.

Al oir cómo chocaban contra las piedras, como si aquel sonido la hubiese recordado su posición dificilísima, del pecho de la niña salió un sollozo, y tras de aquel, ciento más.

¡Tan acongojada estaba, que ni se bajó para recogerlas!....

—¿Hace V. el favor, sereno?....—dijo el caballero, dirigiéndose á uno que junto á Lola, apoyado contra la pared, canturreaba una petenera.

Y á la luz del farol de éste, recogió diez y ocho piezas de á peseta.

Acabada la operación, volvióse hacia la niña, y siempre con tono cariñoso, la preguntó:

—¿Cuántas tenía V.?

—¡Veintiuna!.... (repuso ella con acento plañidero). ¡Lo único con que podemos contar mi madre enferma y yo, para vivir sabe Dios hasta cuándo!....

—¡Helas aquí!.... (exclamó el desconocido.) Y ahora (continuó), acepte V. mi brazo, señorita, y permítame acompañarla á su casa, donde es preciso que yo vea á su mamá. Es V.ª una niña y yo un viejo: mi edad me autoriza para dirigirla, aunque V. no quiera. Una gran desdicha agobia á una señora, y yo, noble y caballero, tengo tanto derecho para obligarla á recibir mi protección, siquiera sea por un momento, como V. le tiene para exigírmela....

Y así diciendo, depositó en la mano de Lolita las monedas, mientras el sereno, al levantar el farol para alumbrar, iluminaba de lleno su rostro.

Una cara morena, rodeada por espesa barba gris, un continente noble y severo, que se descubría en aquella arrugada faz, debieron dar confianza á la niña, pues, sin pronunciar palabra, aceptó el brazo que se la ofrecía, y dirigiendo á su acompañante calle arriba, tomaron el camino de la del Salvador.

El primer paso en el terreno de las transacciones estaba dado; aunque ¡mucho costaba aprestarse para recibir una limosna, á quien aprendió á considerarlo vergonzoso!....

Lola, aunque débil niña, luchó; pero, contra su criterio, contra su amor propio, contra todos sus deseos, humilló la cerviz. ¡La necesidad se impuso!.... *¡Estaba escrito!....*

V.

Desde la calle de Postas á la del Salvador la distancia no es considérable. En el corto espacio de tiempo que tardaron en recorrerla, el desconocido hubo de respetar el silencio de Lolita, al convencerse de que no contestaría á sus palabras, ó tal vez porque, conocedor del corazón de las mujeres, no ignoraba que *después de la tempestad viene la calma*; es decir, que si por un exceso de sobrexcitación cerebral, las ideas surgen en tropel y se arremolinan en la mente de una mujer atribulada, una espe-

cie de atonía invade después el ánimo, y sólo el llanto sirve de lenguaje para aquel maremagnum de pensamientos....

Llegados á la puerta de su casa, Lolita se detuvo, y sin decir palabra, soltó el brazo del caballero: cruzó el portal, abrió una puerta que en el fondo había, atravesó un patinillo estrecho y alto como una gran chimenea, y comenzó á subir una escalera casi en espiral, angosta y empinada.

El desconocido la siguió sin vacilar.

Durante aquella ascensión penosa, la niña no se detuvo ni una sola vez; sus movimientos rápidos y nerviosos acusaban lo sobrexcitada que estaba.

Por fin, al llegar al quinto piso, anhelante, respirando con dificultad, tiró del cordón pendiente de una anilla colocada en lo alto del quicio de una puerta, señalada con un número cuatro; sintióse ruído detrás de ella, y una voz de mujer preguntó:

—¿Quién es?....

—Abre, mamá,—contestó la joven.

Franqueóse la entrada, y, seguida de su acompañante, penetró con resolución en la mísera vivienda.

VI.

Vivir en una buhardilla, es frase que sirve con gran frecuencia para expresar el colmo de la pobreza, y, sin embargo, pocos, entre los muchos que la usan, sabrán hasta qué punto es gráfica.

Una habitación indigna de este nombre, edificada contra todas las leyes de la higiene, incapaz de abrigar de la intemperie á sus habitantes más que de una manera imperfecta: esto es una *buhardilla*.

La que ocupaban Lolita y su madre pertenecía á una casa antiquísima, y, por lo tanto, era de las peores.

Una especie de sala irregular; un dormitorio, un cuarto ôscuro y una cocina, eran las piezas de que se componía esta morada, todas pequeñas, bajas de techo, insuficientes del aire necesario para respirar dos personas en una de esas largas noches de invierno; á no ser porque la desvencijada puerta, y la viejísima ventana, con honores de tragaluz, daban paso por entre sus ren-

dijas á una cantidad, tal vez demasiado grande, del preciso elemento de vida.

El mobiliario, en deplorable estado de deterioro, estaba en perfecta armonía con las paredes blancas y el general tinte de miseria que envolvía la estancia en que Lola y el incógnito acababan de penetrar.

Doña Amelia, en pié junto á la puerta, puesta la mano delante de los ojos para librarles del reflejo de un velón que sobre una mesa ardía, los vió pasar con asombro, y, revelando una sorpresa indecible, miraba alternativamente al anciano, con la cana cabeza descubierta, y á su hija, que, sin pronunciar palabra y con la vista fija en el suelo, se había dejado caer sobre una silla próxima á la luz.

El caballero fué el primero que rompió el silencio, poniendo fin á una escena muda que nada tenía de agradable para ninguno.

—Señora (dijo), no me choca la extrañeza que su rostro revela al ver en su casa, á las once de la noche, un hombre desconocido que acompaña á su hija; pues creo no equivocarme suponiendo que es V. la madre de esta señorita....

—Lo soy, en efecto (repuso la viuda); y

ciertamente no es de extrañar que me sorprenda una visita cuyo objeto no acierto á comprender. Los pobres para nada sirven, y, por lo tanto, creo que con dificultad pueda motivarla el deseo de utilizarnos.

—Soy el marqués de Valcorba: por suerte, al salir de casa de un amigo enfermo, tropecé con esta señorita, deshecha en llanto y sola en medio de la calle de Postas. Su abatimiento, su situación extraña, algunas palabras que, sin darse cuenta ella misma de que las pronunciaba, he sorprendido, me han hecho conocer que una gran desgracia las aflige; y el caballero, cristiano por ende, ha creído que ejercía un derecho y cumplía con un deber viniendo, casi contra la voluntad de la hija, á ponerse en absoluto á las órdenes de la madre para ofrecerles su apoyo y su amistad.

Doña Amelia miró á Lolita, que estaba inmóvil, como si de nada se apercibiera; púsose roja, y brillando en sus ojos un relámpago de orgullo, dijo:

—Hágame V. el favor, señor Marqués, de tomar asiento, y perdóneme que, sorprendida, haya olvidado ese detalle de buena crianza. Es V. un cumplido caballero; bien

se conoce, al ver la manera cómo se condujo con mi pobre hija, que por ser aún muy niña se apuró, á no dudarlo, sin motivo. Nunca le agradeceré como merece su noble proceder; pero la desgracia que nos aflige no tiene remedio, ni en el fondo es demasiado grande. Reveses de fortuna nos colocaron en circunstancias especiales; pero aunque perdimos todo cuanto poseíamos, Dios nos concedió resignación y trabajo para ganar honradamente lo que es necesario para vivir, y, por consiguiente, nada que V., á pesar de su buen corazón, pueda hacer por nosotras, necesitamos....

—Aunque la idea está velada por una forma fina y correcta, veo, señora, que ha interpretado mal mis palabras. En el ánimo de un caballero no cabe, no puede caber, el propósito de humillar á una persona desgraciada.... Ó yo me expliqué mal, ó V. no me entendió. En esta casa, en V., en su hija, se observa ese *no se qué* distintivo de las personas decentes. Cuanto les rodea, está pregonando que viven Vds. fuera de su círculo, y yo....

—Le ruego, señor Marqués (interrumpió doña Amelia poniéndose en pié), que de-

jemos ya este asunto, enojosísimo para todos. Lo adverso de nuestra suerte, nuestras hondas penas, no han hecho desaparecer la dignidad de nuestras almas, y trabajando nos hallamos en condiciones de no sernos preciso....

—¡Ay, mamá! (interrumpió la niña.) ¡Tú no sabes lo que pasa....! ¡Ya no tenemos trabajo!....

Y entre sollozos refirió la escena ocurrida en la tienda pocas horas antes.

Tal relato hizo enmudecer á la pobre viuda. La realidad, con toda su desnudez, ofreció á su vista un cuadro horripilante de miseria, y, anonadada, juntó su llanto al de la infeliz Lolita.

Por un buen espacio de tiempo, el silencio de la noche sólo fué turbado por los gemidos de las dos mujeres.

Pasada la primera explosión de dolor, de nuevo el Marqués tomó la palabra en estos términos:

—Ya ve V., señora, cómo el caso reviste una gravedad que V. no suponía. Ante todo, tranquilícense Vds., y sequen sus lágrimas. No hay mal que cien años dure, y en estas circunstancias presumo que Dios

me ha enviado para que sus males cesen en definitiva. El orgullo es un mal consejero, amigas mías, y en esta ocasión preciso es prescindir de él, aunque conservemos toda la dignidad bien entendida que jamás debe abandonar á las personas honradas. No se trata de un cualquiera que viene á ofrecer á Vds. una limosna: se trata de un amigo, brindando su apoyo, porque á Dios plugo hacer que, si le aceptan, pueda servirles. ¿Hay en ello algo capaz de ofenderlas? Yo creo que no, y por eso me atreví á proponérselo....

Á tan delicada manera de plantear las cosas, no había medio de resistir.

Secó la viuda las lágrimas, y lanzando un suspiro, exclamó:

—Gracias, señor Marqués.

Lolita, como niña, y por ende impresionable, parece que vió las puertas del cielo abiertas con sólo oir las palabras de Valcorba. Cesó á su vez de llorar, y apartando con sus manecitas los rizos que caían sobre su frente, le miró sonriendo con gratitud.

Con los ojos enrojecidos por el llanto, con su nariz ligeramente hinchada y bri-

llante, con sus labios rojos como cerezas húmedas por el rocío de la noche, es imposible describir hasta qué punto estaba bella.

La expresión que se observa en el rostro de una adolescente cuando á la pena sucede una alegría, no puede pintarse ni describirse.... Las señales de gozo y las huellas del pasado llanto forman un conjunto *sui generis* fuera del alcance del pincel ó de la pluma. En esa edad, la primera impresión es tan poderosa, que el espíritu se reacciona de una manera inmediata: se pasa del placer al dolor, ó vice versa, instantáneamente: ¡ese es el patrimonio de los niños!....

¡Dichosos ellos, que son irreflexivos; felices, porque, al sentirse impresionados de una manera grata, no ven más que el cuadro del presente, sin que la idea del futuro, de las consecuencias del hecho, turbe su perfecta felicidad!

Tras breve pausa, el Marqués siguió así:

—Estando Vds. conformes en aceptar desde luego mi apoyo, que resuelto estoy á darles sin reserva, me voy á tomar la libertad, señora, de rogarle que me cuente la

causa de la situación por que atraviesan. Cuando dos mujeres como Vds. trocaron una manera de vivir desahogada por tales extremos, casi puede asegurarse que han sido víctimas de hechos infames, á que da lugar un ser débil, sin más recursos que sus propias fuerzas. Así, pues, con toda franqueza es menester que me refiera la historia de su vida desde el comienzo de esta etapa de infortunio. Si hay un error que corregir, se corregirá. Si una infamia que vengar, se vengará.... Yo seré el padre que falta en esta familia.

Para relatar aquellos sucesos, tan sencillos como terribles, procedentes de la infamia de un hombre y de la mala suerte de nuestras amigas, poco tiempo fué preciso.

Poco tardó, pues, Valcorba en estar al corriente de todo, y las pobres mujeres más sosegadas, porque la esperanza había nacido en sus almas.

Terminado el relato, permaneció el Marqués pensativo unos instantes, y al fin, mirando su reloj, dijo:

—Es tarde. Vds. necesitan descansar. Duerman tranquilas, y confíen en mí. Ma-

ñana vendré á buscarlas: se trasladarán á una casa de mi propiedad, donde vivan de un modo decoroso. Además, señalaré á Vds. una renta que equivaldrá á lo que debía producirles el capital que debieron recoger al morir el padre de esta niña. Y finalmente: V., señora, me entregará cuantos documentos tenga en relación con el asunto, y mi abogado se encargará de plantear el plan para que recobren lo que tan justamente les pertenece. Una vez conseguido esto, me devolverán Vds. cuanto yo les haya anticipado. ¿Le parece bien á V., señora?

Doña Amelia no contestó: madre é hija lloraban de nuevo.

Pero ¡cuán distintas causas producían aquel llanto!

—¡Vaya, nada de lágrimas; harto han llorado, mis buenas amigas!.... (prosiguió el Marqués.) Felices noches, y bendigamos á Dios, que les da á Vds. un amigo leal y á mí seres á quienes amar.

Salió el noble marqués de Valcorba, y las pobres mujeres fueron á buscar el reposo, tan necesario después de tanta emoción, en un sueño reparador.

¡Feliz noche aquella, primera después

de año y medio, en que al cerrar los ojos, la esperanza, ese divino reflejo de la bondad divina, acariciaba sus espíritus abatidos.

VII.

El hábito de madrugar despertó á Lolita á la hora de costumbre, no obstante haber dormido poco; pues estaba bien avanzada la noche cuando se entregó al sueño.

Las mujeres en general, y especialmente durante los primeros años en que empiezan á serlo, son impresionables. El término medio no puede satisfacerlas, y de ahí nace ese radicalismo, ese deseo de que cuando cambia una situación, el cambio sea completo.

Cuando algo fué molesto para una muchacha de catorce años, no sólo desea que desaparezca, sino que gustosa borraría hasta las más pequeñas huellas para que no quedara ni el recuerdo.

Por eso al vestirse aquel traje ajado, que en mil ocasiones humedecieron sus lágrimas; al mirarse en aquel espejito que tan-

tas veces reflejó su rostro pálido y sus ojos enrojecidos por el llanto; al sentarse, contenta y llena de esperanzas, sobre aquella silla en que tantos días pasó trabajando sin cesar, acariciaba la idea de abandonarlo todo con cierta fruición.

Sólo dos cosas había de las que no deseaba desprenderse: de la jaula que encerraba á Monín, su querido jilguero, y de la maceta en que vivía su rosal; objetos ambos que cuidaba con cariño en cuanto tenía punto de reposo, y que con sus gorjeos y sus flores la devolvían amor por amor.

Doña Amelia, como su hija, revolvía en la mente un mundo de ideas, aunque de diversa manera que ella apreciaba los hechos.

Tales eran estos, que para una persona como la viuda, con buen criterio y el conocimiento del mundo que prestan los años, encerraban sobrados motivos para pensar mucho.

Al evocar en su memoria, libre de toda influencia, el exacto recuerdo de los acontecimientos de la noche anterior, no escuchando la voz del Marqués, que la convencía

con su acento cariñoso; tranquilo el ánimo, después de algunas horas de descanso; desconfiada como mujer á quien el infortunio enseñó á dudar de todo, veía el asunto por otro prisma.

¿Quién era aquel hombre que, como llovido del cielo, venía á cambiar la fase de su vida? ¿Qué se proponía? ¿Era un filántropo ó un miserable?

¿Se encerraba un peligro para su hija en aquella nueva situación? ¡Tal vez!

Por una parte temía aceptar aquellas ofertas, pero por otra, si no las aceptaba, veía á la miseria amenazadora, dispuesta á envolverlas á las dos. Porque comenzaba el estío; las familias acomodadas salían de Madrid, y si hallar trabajo en otra época fuera difícil, entonces era imposible.

Y sin medio de ganar el pan cotidiano, una vez rechazadas las proposiciones de Valcorba, que en la forma eran nobilísimas, ¿qué sería de ellas? ¡Su pobre hija tendría hambre!

—¡Oh, no, nunca!—pensaba al imaginarlo.

Perdida en semejante caos de pensamientos, mientras Lolita escuchaba ansiosa cual-

quier ruído que sonaba en la escalera, pasaron las primeras horas de aquella mañana.

Á las doce, por fin, vibró la campanilla.

La niña, anhelante, agitado el corazón con violencia, corrió á la puerta, y la abrió temblando.

De pálida que estaba tornóse lívida, y luego sus mejillas tomaron el color de la amapola.

¡No era el noble Marqués! Era un hombre de elevada estatura, como de unos cuarenta años, con el pelo rubio y patillas de igual color.

Muda é inmóvil, le miraba atónita, cuando le oyó decir:

—¿Vive aquí la señora viuda de Wolff?

—Sí, señor, soy yo: ¿qué deseaba V.?—contestó la madre, que, no viendo entrar á nadie, salía no menos emocionada que su hija.

—Soy el mayordomo del señor Marqués de Valcorba, y vengo con orden de conducir á Vds. á la casa que les tiene dispuesta.

—Pase V., —repuso doña Amelia.

—Me ha encargado haga presente á las señoras, que espera se sirvan perdonarle por no haber venido; pero no lo hizo, porque sus ocupaciones reclamaban su presencia en

otra parte. (Y alargando un papel á la viuda, el mayordomo continuó): Además, el señor me dijo que le entregara esta carta.

La madre de Lola rompió el sobre, y dando la esquela á la niña, dijo con tono breve:

—Léela; yo no puedo.

Lolita leyó en voz alta lo que sigue:

«Perdone, mi buena amiga, que no vaya personalmente para tener el gusto de instalarlas en su nueva morada.

»El día de ayer será por circunstancias especiales el más feliz de mi vida. ¡Ojalá para Vds. sea el primero de la felicidad!

»Quisiera que al abandonar esa casa, que fué testigo de tantas penas, dejaran en ella todos los objetos que puedan recordarles días de angustia.

»Si esto no les parece mal, mi mayordomo tiene instrucciones para que se cumpla mi deseo.

»Es su mejor amigo Q. B. S. P.,

EL MARQUÉS DE VALCORBA.»

Concluída la lectura, doña Amelia quedó perpleja.

¿Qué hacer? Un secreto temor la impulsaba á rechazar una protección que no podía comprender.

Delante de ellas se abría un camino, al parecer libre de todo riesgo; pero ¿cuál era el límite?

En vano su alma, llena de desconfianza, se esforzaba para distinguirle.

En tal confusión, miró á su hija. Aquel rostro pálido, aquellos ojos mustios á consecuencia de la miseria, decidieron la victoria.

Bajo su amoroso amparo, ¿qué podía temer?

—Sí, partiremos (exclamó). Arréglate, hija mía.

—Yo ya estoy,—repuso ésta alegremente.

La viuda tomó una maletita, y poniéndola en manos del criado, dijo:

—El señor Marqués me advierte que está V. instruído sobre lo que ha de hacer. ¡Partamos!

—¿Y Monín?.... ¿Y mi rosal?....—exclamó Lolita, mirando alarmada la jaula y la maceta.

—Si las señoras me indican lo que quieren conservar, cumpliendo las órdenes del señor, se llevará en seguida á la otra casa—dijo el mayordomo.

—¡Yo, mi jilguero y mi tiesto!—exclamó la niña con viveza.

Doña Amelia miró todos los pobres objetos que la rodeaban, y con tono singular murmuró:

—¡Yo, nada!.... ¡Vamos!....

En la esquina de la calle de Atocha había un carruaje tirado por dos robustos caballos.

El dependiente de Valcorba se adelantó, diciendo:

—Pueden subir las señoras.

Una vez colocadas madre é hija, dió la orden al cochero, y el lujoso tren partió al trote largo.

VIII.

En pocos minutos fueron trasladadas nuestras amigas desde la casa que por espacio de año y medio fué testigo de tanta

pesadumbre, á la puerta del hotel núm. 20 del Paseo del Cisne.

Casi antes de que el coche que las condujo se detuviese por completo, un hombre, envuelto en un amplio levitón azul oscuro, se abalanzó á la portezuela, y abriéndola solícito, gorra en mano, hizo caer el estribo forrado de terciopelo.

Lola fué la primera en descender, ligera como una cervatilla; siguióla su madre; y ambas, guiadas por el portero, atravesaron el jardín que rodeaba el elegante edificio.

En la fisonomía infantil de la niña se revelaba una sorpresa indescriptible, que, mezclada con el gozo, le daba singular encanto.

En el semblante de doña Amelia se leía igual expresión, pero no franca. Una nube de tristeza, que empañaba el contento en sus ojos, contrastaba con la sonrisa que entreabría sus labios.

Para la primera, todo, absolutamente todo, era motivo de asombro, porque revestía el carácter de la mayor novedad.

Nacida junto á la mina en que murió su padre, cuando este funesto acontecimiento la obligó á salir de la modesta casita

para trasladarse á Madrid, ésta y las miserables viviendas de los mineros, constituían el mundo para ella.

Una vez en la corte, el círculo se limitó más aún.

La pobre buhardilla lo absorbió todo; y en diez y ocho meses de vivir así, aprendió á pensar que no había más allá.

Aunque parezca inverosímil, sus lindos ojos no tuvieron jamás ocasión de apreciar espectáculo semejante; porque la mujer obligada á vivir en Madrid como ella, no puede aspirar á un momento de reposo para solazarse siquiera admirando la magnificencia de los ricos. Cada minuto significa una parte del pan indispensable para reparar sus fuerzas, y, por lo tanto, sólo cuando, debilitadas por el sueño ó la necesidad de comer, exigen que suspenda el trabajo, le es dado abandonarle.

Para la viuda, aquel hotel fastuoso, aquellos criados, ofrecían otro género de consideraciones.

La fortuna con que podría contar, en el caso de ganar el pleito, debía ser muy modesta. Todo aquel aparato de lujo y bienestar representaba una verdadera fortuna.

Cuando menos, iba á tratarse de la limosna oculta detrás de las magníficas colgaduras y los elegantes muebles que adornaban los aposentos de su nueva morada.

Pero el paso estaba dado. Hay circunstancias en que nada es peor que proponerse dar á las cosas el aspecto que debieran tener, y cuando son tan graves como las que colocaban á nuestras amigas en una posición relativamente falsa, fuera preciso reunir dotes muy superiores para que el horror á la miseria no ahogase el grito de alerta resonando en el fondo del alma.

En este estado de ánimo, penetraron madre é hija en un vestíbulo con mueblaje de roble antiguo, y, atravesándole, fueron á parar en un saloncito elegantemente decorado.

Doña Amelia, confusa, fué á sentarse en una butaca. Lola, mirando con sorpresa cada vez mayor todos los objetos que encerraba aquella lujosa habitación, permaneció en pié.

Al fijar su vista en un magnífico espejo suspendido sobre una mesita llena de juguetes, vió reflejarse su figura, desdiciendo con su pobre vestido de las sedas y demás

telas ricas del mobiliario. Por primera vez en su vida enrojeció su semblante la vergüenza al ver su pobre ropa....

Una doncella elegantemente ataviada se presentó, y con tono respetuoso, dijo:

—Si las señoras lo consienten, las conduciré á las habitaciones que tienen dispuestas.

Doña Amelia se levantó sin vacilar, siguiendo á la joven, y Lola, á su vez, salió con ellas.

—Este es el cuarto y tocador destinados á la señora (dijo la criada abriendo una puerta en el piso principal). Este otro el de la señorita,—añadió, haciendo lo mismo con otra inmediata, situada en el mismo corredor.

Una y otra penetraron en sus respectivos departamentos.

Al verse la niña dentro del suyo, creyó que estaba soñando: aquella elegancia la deslumbraba: tal espectáculo tenía todos los caracteres, no de un sueño, de una visión.

Cuando, sin apartar los ojos de la costura, imaginaba el bienestar que gozaría si saliera de su condición de pobre obrera,

nunca pudo pensar la millonésima parte de lo que veía.

Hallábase en un gabinete, separado por una vidriera de muselina del dormitorio, que, en el fondo, por una puerta de caoba, daba paso al cuarto de baño.

El primero, con muebles de raso azul y colgaduras de lo mismo en los balcones, ostentaba un tocador de dosel, sobre el cual había una multitud de frascos, cajas y mil objetos de formas caprichosas, cuyos usos eran casi desconocidos para ella.

En la alcoba, una nueva sorpresa esperaba á Lolita.

El lecho de ébano, con cortinajes de seda rosa como las sillas y butacas, estaba cubierto por un completo ajuar de ropa blanca, y sobre los cojines de un diván veíanse varios trajes de diversos colores.

En un momento lo revolvió todo.

¡Qué encantadores vestidos! ¡Qué preciosas prendas, llenas de encajes y cintas!

La coquetería, ese instinto innato en la mujer, producía en ella una deliciosa sensación, que sólo puede apreciar en todo su valor una muchacha.

—Si la señorita quiere, probaremos esos

trajes, que, entre todos, alguno habrá que pueda servirla mientras se arreglan los otros y los hace nuevos la modista, que llegará de un momento á otro,—dijo la doncella, cuando creyó que era hora de interrumpir la muda contemplación de Lolita.

Ésta se dejó despojar de toda su ropa, y cuando en enaguas se miró al espejo, un grito indefinible, comprimido, se escapó de su pecho.

Su rostro encantador, su seno blanco como el marfil, agitado por la respiración, se destacaban en medio de una especie de oleaje de puntillas y cintas azules, sobre el corsé negro con pespuntes rojos.

Sus piés de muñeca parecían aún más pequeños, encerrados en los zapatitos de tafilete bronceado con tacones altos de forma Luís XV: aquel precioso conjunto, al reflejarse en el diáfano cristal, hizo latir su corazón de una manera desconocida para ella hasta entonces.

Por primera vez la conciencia de su belleza enorgulleció su alma, y el sentimiento de la vanidad se desenvolvió dentro de su corazón.

Una rica bata, adornada de encajes, cu-

brió todos aquellos encantos, y la modesta niña quedó convertida en mujer elegante.

¡Á contar desde aquel momento, una nueva era comenzó para ella!.... ¡Las privaciones del alma iban á sustituir á las del cuerpo!

IX.

La tarde de aquel día memorable en la historia de Lolita, comentaban madre é hija aquella serie de hechos que habían trocado en pocas horas su posición de tan radical manera, cuando dos golpecitos dados en la puerta de la estancia de doña Amelia interrumpieron su coloquio.

Concedida licencia para entrar, Adela (que este era el nombre de la doncella) se adelantó hasta el centro de la habitación, diciendo:

—El señor marqués de Valcorba acaba de llegar, y desea ver á las señoras.

—Vamos, hija mía,—dijo la viuda levantándose.

—En el supuesto de que le recibirían

(continuó la criada), hice que pasara á la sala.

Las dos mujeres se encaminaron hacia el citado aposento, y en él hallaron á Valcorba, que, estrechando afectuoso las manos de sus protegidas, exclamó con tono afable:

—Mil perdones, mis buenas amigas, por no haber tenido el honor de verlas esta mañana; pero mi propósito de que hoy cambiase su modo de vivir me privó del placer de instalarlas yo mismo, aunque no del de ocuparme de Vds.

—Nunca, señor marqués, podremos pagarle su noble conducta; pero Dios, que es infinitamente justo, sabrá concederle lo que merece su excelente proceder.

—Nada hay en él digno de premio. En mi soledad me faltaba algo que no dan las riquezas, el calor de los afectos que requiere el alma. V. encontró en mí un amigo, esta niña un padre: yo, en Vds., una familia, una hija á quien adorar y capaz de enorgullecerme, porque es bella como un ángel.... ¿Qué más podría apetecer?

—Eramos tan desgraciadas, que el acto de V.....—repuso doña Amelia.

—Corramos un velo sobre el pasado, que

á nada conduce recordarle (interrumpió Valcorba; y cambiando la conversación, exclamó): ¿puede V. darme los documentos que hacen referencia al capital que quedó en manos del socio de su difunto esposo?

Al movimiento que su madre hizo para ponerse en pié, Lolita se levantó rápida y ligera como un pájaro, se dirigió hacia la puerta; pero una idea la detuvo, y volviendo al sitio donde estaba sentada, se acercó á la pared y agitó el cordón de una campanilla.

Apareció un criado vestido de etiqueta.

—Hágame V. el favor de traer una maletilla que hallará sobre la mesa de mi gabinete (le dijo la viuda; y dirigiéndose de nuevo al Marqués, continuó): sin V., ¿qué hubiera sido de nosotras? Ni el pleito, única esperanza de fortuna, hubiera sido posible plantear, y, siempre pobres, ¡sabe Dios el desenlace que hubiese tenido nuestra desgracia!

El sirviente entró de nuevo, trayendo la maleta. Doña Amelia la abrió tocando un resorte que disimulaba un clavo de la cerradura, y sacó un paquete de papeles, diciendo al entregárselos á Valcorba:

—Estos son los únicos datos que poseo.

—Está bien (añadió aquél, levantándose y tomando el sombrero). Ya saben Vds. que esto no es más que *un anticipo*; cuanto hay en la casa, muebles, coche, todo les pertenece. Además, mañana se fijará el valor de su futura fortuna, y mientras el pleito se termina, mi administrador les entregará la renta correspondiente á su capital. Señora, á los piés de V. Hija mía, no eche en olvido á su papá.

Y así diciendo, el Marqués salió, y partió en un elegante cupé.

X.

Pasaron once meses sin que nada digno de mención ocurriera á nuestras amigas.

La visita periódica que el administrador les hacía para entregarles una cantidad capaz de sufragar los gastos de su vida desahogada, pero modesta, y las frecuentes primero, y diarias por fin del Marqués, interrumpían la monotonía de la que en medio del bienestar llevaban Lolita y su madre.

En este tiempo, dirigida la niña por buenos maestros, reunió á los atractivos de su belleza, cada vez mayor, los que prestan todos los detalles de una educación esmerada. Bajo los pliegues de sus trajes, confeccionados por la mejor modista de Madrid, se dibujaban difusamente los ondulantes contornos que caracterizan á la mujer que alcanzó su total desarrollo.

En una palabra: después de once meses de aquella nueva vida, bellísima y encantadora, por su hermosura y su discreción, Lola era una de esas mujeres que explican las grandes pasiones, aun tratándose de personas poco inclinadas al sentimiento amoroso.

Pero si por las formas exteriores parecía una joven del todo formada, á pesar de tantos motivos como la desgracia proporcionó para que en menos tiempo que de ordinario se necesita recorriera su alma las primeras páginas del libro de la vida, escrito con hiel por mano del infortunio, era una niña en el fondo.

Benevolente por naturaleza, juzgaba á los demás por ella misma, y de ahí partía la tranquilidad de que gozaba su espíritu,

ocupado sólo en amar á su madre y á las flores de su jardín, y del estudio, que más bien la servia de recreo, revistiendo todo el carácter de los juegos infantiles.

El aislamiento en que vivían no la extrañaba.

Durante el tiempo que habitaron en su buhardilla, sus relaciones estaban reducidas á D. José Espino, capitán retirado, doña Carmen Almerá, su esposa, y su hija Emilia.

No habiéndoles ofrecido la casa por *rarezas de doña Amelia*, era justo que no las visitaran.

La habitual melancolía de ésta estaba asimismo justificada por sus achaques.

Las frecuentes visitas del viejo Marqués, que la amaba como un padre; su solicitud en mimarla y atenderla, ¿qué tenían de extraño?.... ¿No era lógico que, conservando su madre el luto, su anciano protector la acompañase á paseo y se exhibiera junto á ella en el palco del Real?.... Es verdad que las primeras veces los hombres la miraban con descaro, y las mujeres cuchicheaban al verla; pero ¿no era digna de que la mirasen? El espejo le decía á todas horas que sí.

Y los cuchicheos, nada chocantes eran tratándose de una desconocida.

No pudiendo darse cuenta de su posición, nada hubiera afligido á la joven, por lo menos en mucho tiempo, si al destino pluguiera haberla otorgado más lugar de reposo que el preciso para recuperar fuerzas que la permitieran pasar sin morir por las crueles pruebas que le estaban reservadas.

Pero un día, al volver de paseo en compañía de su bienhechor, hizo la casualidad que al cruzar por la Fuente Castellana viese á su amiga Emilia, acompañada de sus padres.

Verlos, tirar con violencia del cordón que servía para ordenar al cochero que detuviese el carruaje, y sin esperar casi á que estuviera parado, abrir por sí misma la portezuela, saltar á tierra y abalanzarse á su antigua compañera, fué obra de un segundo.

Pero la efusión no duró mucho. La mano de D. José rompió el grupo encantador que formaban las dos niñas abrazadas, y con voz enronquecida por la ira, exclamó:

—Las mujeres como ésta, manchan con

su contacto impuro. Sigue, hija mía, y olvida la amiga de aquellos tiempos.

Lola los vió desaparecer, sin darse cuenta de lo que le pasaba. Estupefacta, permaneció inmóvil, hasta que el Marqués la sacó de su estupor, diciendo:

—Vamos, Lolita, ¡es muy tarde!

Y tomándola de la mano, la hizo subir al coche.

Una vez en él, repitió lentamente las frases que acababa de oir, y llevándose las manos á los ojos, rompió á llorar.

Aunque eran para ella un enigma, comprendió por instinto que encerraban algo terrible.

Así llegó á su casa. Doña Amelia, al verla tan afligida, hizo cuanto pudo por consolarla, y cuando una pausa, entre los sollozos, permitió á la pobre Lolita contar lo ocurrido, con acento entrecortado, llena á su vez de pesadumbre, exclamó:

—¡Ah, mundo infame! ¡Pobre hija de mi alma!

Lo que para la niña era incomprensible, para su madre aparecía claro como el día.

XI.

Tan excitada estaba la pobrecilla, que su llanto tomó las proporciones de una crisis nerviosa: los sollozos no interrumpidos agitaban sus miembros y producían una especie de convulsión.

Preciso fué conducirla á su alcoba y acostarla.

Á la dulce influencia de las caricias de la viuda, fué poco á poco tranquilizándose; cerráronse sus ojos por fin, y apoderóse de ella el sueño de la reacción, que, aunque inquieto, siempre es el mejor antiespasmódico.

—Quédese V. aquí (dijo doña Amelia, dirigiéndose á la doncella Adela), mientras yo voy á despedir al señor Marqués.

Y andando con cuidado, salió.

Valcorba esperaba en el salón: al ver entrar á la madre de Lolita, levantóse, y con marcado interés, la pregunto:

—¿Cómo está la niña?

—Más tranquila (repuso aquella). Pero,

aunque se ha dormido, está tan agitada.... ¡Pobre hija mía! (continuó.) Parece que la desdicha se cierne sobre nosotras, haciéndonos experimentar hondos pesares en cualquier caso. ¿En qué habremos ofendido á Dios para que así nos castigue?

—En nada, señora. Esa es la consecuencia natural de la infamia que el mundo encierra por donde quiera que se le mire, y si hubiéramos de afectarnos por lo que la envidia inspira á la maledicencia, sería imposible vivir. Cuando la opinión parte de ciertas gentes, preciso es despreciarla. ¿Hay causa que justifique tamaña grosería? Pues no habiendo nada que repugne á su razón, ríase V., señora, de cuanto la sociedad diga injustamente.

Y así diciendo, tomó el Marqués su sombrero, y partió.

Con su buen sentido, doña Amelia comprendía que no basta la tranquilidad de conciencia para vivir entre nuestros semejantes. La calumnia es como el carbón encendido; si no quema, porque pudo apagarse, mancha.

Es verdad que en el fondo, nada le reprochaba su conciencia, como mujer, ni

como madre; pero aparentemente, ¿no había motivos para que el mundo juzgase mal su proceder y el de su hija?

La conducta del anciano no era dudosa para ella; ni un solo momento había sido más que un padre para Lola; y, sin embargo, había algo que la repugnaba instintivamente.

No era esta la primera vez que análogas ideas la atormentaban; pero, como siempre, no se la ocurría ninguna solución cuyas consecuencias no fueran tan graves, por lo menos, como las circunstancias de que se hallaba rodeada.

¿Cómo prohibir á Valcorba que las visitara, que se exhibiese con la niña?

Si huían de allí sin contar con su bienhechor, fuera de la ingratitud que revelaría semejante acto, ¿dónde refugiarse sin recursos, pues el pleito, único medio de allegarlos, marchaba con horrible lentitud?

Y si estos pensamientos eran causa de horas bien infelices, mayor fuera su angustia, á poder apreciar el juicio que de ella se tenía formado. Pero, por fortuna, aquel eco de la pública opinión no podía penetrar á través de las paredes de su retiro. Madrid

entero las conocía ya y las señalaba; á la infeliz Lolita como la manceba del viejo Marqués, y á ella como la madre miserable que había vendido á su inocente hija por un puñado de oro, sacrificando la honra de una criatura inconsciente en aras del más sórdido egoismo.

XII.

Las palabras que D. José Espino pronunciara al separarla de Emilia, grabadas en la mente de la niña como con caracteres de fuego, fueron origen de la primera preocupación de su vida.

En vano las analizaba, descomponiéndolas con suma minuciosidad, para encontrar una explicación lógica. Varias veces dirigió preguntas á su madre, porque, á no dudarlo, algo muy trascendental había hecho, para que el veterano, siempre cariñoso con ella, pudiera descomponerse en tales términos; pero jamás obtuvo respuesta categórica.

Pasaron días: con ellos vino el olvido,

y acabó por no acordarse casi nunca de aquella escena, precursora de otras bastante más graves que, sin dejar lugar á la duda, le dieran gráfica demostración del problema.

Más conocedora de la vida, no se hubiese impacientado, en la seguridad de que no faltaría una lengua oficiosa que todo se lo aclarase, más tarde ó más temprano.

XIII.

Hacía algún tiempo que doña Amelia se había agravado en sus achaques, ó, mejor dicho, que éstos se habían convertido en una verdadera enfermedad. Una tos seca la impedía reposar por la noche, y con frecuencia una gran hinchazón de las extremidades la obligaba á permanecer postrada en una butaca.

El menor esfuerzo la fatigaba; el más pequeño sobresalto la sumía en un síncope.

En una palabra: todos los síntomas de una enfermedad del corazón, de esas que ocultas traidoramente no se dejan descubrir

hasta que tienen bien segura su presa, afligía aquel organismo, con tanta rudeza combatido por la desgracia.

Después de un día en que se halló mucho mejor que de ordinario, durante la noche púsose la casa en alarma.

Atacada de un desmayo, como solía acontecerle, al volver en sí, en lugar de sentirse casi bien, un vómito de sangre hizo que se repitiera el accidente, tan prolongado, que, á no ser por el temblor que agitaba su cuerpo, cualquiera la hubiese creído muerta.

Llamóse al médico, acudió diligente, y después de grandes esfuerzos, la hizo recobrar el sentido, pero presa de la calentura y delirante.

Tratábase de una fiebre cerebral complicada con el padecimiento crónico, y teniendo en cuenta el estado de debilidad de la enferma, declaró el Doctor que sólo un funesto desenlace debía esperarse.

En efecto: hasta el más profano juzgara el caso gravísimo con sólo contemplar aquel rostro, cuya palidez le hiciera confundirse con las blancas almohadas, á no destacarse sobre el cerco oscuro que los cabellos grises formaban en torno suyo, y aquellos ojos

brillantes en medio de dos manchas negruzcas.

Al romper el día se le administró la Extremaunción.

¡Qué terrible cuadro!.... Lola de rodillas á los piés del lecho; junto á ella el Marqués, en pié, ceñudo y silencioso; el sacerdote pronunciando entre dientes sus rezos en latín, y ungiendo con el sagrado Óleo aquel cuerpo casi inerte, próximo á devolver al Supremo Juez un alma purificada por el sufrimiento.

Al declinar la tarde, el temblor que agitaba los miembros de la enferma fué cesando poco á poco, hasta adquirir ésta una inmovilidad casi absoluta: la respiración anhelosa trocóse en ronco estertor, semejante al ruído que produce el agua en ebullición, y los ojos sin vista se fijaron en un punto del techo.

La pobre Lola estrechaba una mano de su madre entre las suyas, sus labios murmuraban una plegaria, y, llena de angustia, miraba el rostro cadavérico de aquel ser amado, que á pasos gigantescos invadía la muerte.

Aquella escena, alumbrada apenas por

los últimos rayos del sol al ocultarse en Occidente; el lúgubre silencio, interrumpido sólo por el estertóreo respirar de la moribunda, mezclado con el sordo fragor que producían desde lejos cien coches rodando sobre el empedrado, al conducir á sus dueños desde el paseo á sus casas, donde todo sería paz y alegría; la figura de aquella hija afligida; aquel contraste, en fin, de vida y de muerte, estaba envuelto en tintas tan sombrías, que sólo un hombre exento de sentido moral le hubiera contemplado sin entristecerse.

De pronto, un estremecimiento agitó á la agonizante: una especie de ronquido prolongado, imposible de describir, salió de su pecho; crispáronse sus dedos, giraron los ojos dentro de las órbitas, y todo quedó en silencio. Era el último esfuerzo del alma, que agitó su cárcel para librarse de ella y volar á la región de lo infinito.

Como movida por un resorte, al oir aquel último horrible sonido, la joven púsose en pié, soltó la inerte mano de su madre, llevóse las suyas á las sienes, y mirando al cadáver con la vista extraviada, contraído el rostro por un gesto imposible de descri-

bir, mezcla de espanto y desesperación:

—¡Madre! ¡Madre mía!—gritó; y cayó de espaldas, como si un rayo hubiese cortado el hilo de su vida.

XIV.

Cuando volvió en sí, era ya bien entrada la noche.

Encontróse acostada en su lecho: á la luz difusa que despedía una lámpara colocada tras opaca pantalla sobre su tocador, vió al Marqnés en pié á su cabecera, á un lado al médico, y á los piés á su doncella, que, apoyada contra la barandilla de ébano de la cama, asomaba medio cuerpo por entre las colgaduras.

—Pasó la crisis (dijo el Doctor). Ahora, hija mía, es menester que repose V., si no quiere que el accidente se repita, y con él el disgusto que á todos nos causa verla sufrir.

El eco de aquella voz conocida, la sacó del estupor que sucede á un desmayo: miró alternativamente á todos los que la rodeaban, é incorporándose sobre el brazo dere-

cho, apartó con la otra mano el cabello que cubría su frente, y volvió á caer sobre las almohadas con los ojos llenos de lágrimas, exclamando con voz dulce y dolorida:

—¡Pobre madre de mi alma!

—¿Por qué pobre, señorita?.... (repuso Adela, su doncella, que á su vez lloraba también.) ¡Feliz, y bien feliz!.... Que como era una santa, á estas horas estará junto á Dios, dichosa y contenta, riéndose de los que quedamos en este pícaro mundo para sufrir quién sabe cuánto, hasta que sigamos el mismo camino que ella....

—Quisiera verla,—añadió Lolita con tono de súplica.

—Pues por esta noche, hija mía, renuncie V. á su deseo. Aunque, sin peligro de morir, ha estado V. sin sentido gran rato: está V. delicada, y, por lo tanto, bajo mi autoridad (dijo el Doctor cariñosamente). Procure tranquilizarse, llore, que las lágrimas mitigarán su dolor, y lleve con resignación este golpe, que, por muy cruel, no deja de ser una consecuencia natural de la vida. Como médico y como amigo exijo que obedezca mis órdenes. Mañana la prometo que yo mismo la acompañaré á ver á su

mamá, que á estas horas es mucho más feliz que nosotros, llenos de vigor.

Dichas estas palabras, saludó á la pobre niña, y salió acompañado por Valcorba.

Poco después sintióse el rodar de su coche, que le llevaba tal vez á presenciar un cuadro digno de hacer juego con el que en aquella casa dejaba.

¡Triste condición la del médico, en mejores condiciones que nadie para apreciar de cerca todo lo miserable de la vida porque se afana la pobre humanidad!

XV.

Lola, cubierto el rostro con las manos, lloraba en silencio.

Aquellas lágrimas, que un dolor hondísimo, pero tranquilo, arrancaba á sus lindos ojos, desahogaban su pecho, como si cada sollozo arrastrara una parte del peso que oprimía el corazón.

Adela, llorosa y compungida, había dado vuelta alrededor del lecho, y arrodillándose junto á ella, la acariciaba, diciendo:

—No llore V., señorita; tenga conformidad, que con su llanto nada ha de conseguir. En este mundo todo pasa: yo también perdí á mi pobre madre hace un año, y estoy sola en el mundo, sin más amparo que Dios.

—¡También yo quedo sola! Sin conocimiento de la vida.... ¿qué haré en tan espantosa soledad?

—¿Acaso yo no soy nada?—exclamó Valcorba, volviendo á entrar en el dormitorio de la niña.

—¡He sido injusta! ¡Es verdad! V. fué para mí un segundo padre, y....

—Y me prometo seguir siéndolo (interrumpió el anciano). ¡Vaya, tranquilícese V., y á ver si duerme y descansa!

Lola era mimosa por temperamento, y por eso el cariño de que era objeto servía de lenitivo á su pena.

Por otra parte, á sus años, si bien es cierto que el dolor es acerbo como en cualquier otro tiempo, las necesidades naturales, más imperiosas que en la edad madura, ejercen tal influjo sobre el organismo, que á todo se hacen superiores.

El sueño, pues, acabó por rendirla, y,

aunque de un modo imperfecto, descansó aquella noche.

XVI.

Temprano, muy temprano se vistió, y á pesar de los ruegos del Marqués y de Adela, fué tal su empeño por ver el cadáver de su madre, que hubo de permitírsela penetrar en la sala del cuarto bajo, convertida en cámara mortuoria.

¡Allí, acostado en el ataud, el cuerpo de la viuda, rígido con la gravedad que presta la muerte, dormía el sueño eterno!

Aquel lívido rostro, que alumbraba la luz del día mezclada con el rojizo resplandor de ocho blandones; aquella inmovilidad absoluta, propia de la materia que el espíritu no anima; los ricos muebles en torno del féretro; aquellos paños negros, en que los rayos del sol parecían apagarse, todo aquello, formando un conjunto extraño, tenía algo de pavoroso!

La joven penetró en la estancia, seguida de su protector y de Adela; se acercó len—

tamente á la cama imperial, en que yacían los mortales restos de un ser amado, y dos gruesas lágrimas, rodando por sus mejillas de nácar, humedecieron el frío rostro de la muerta, cuando inclinó la cabeza para estampar el beso de despedida sobre la yerta frente.

—Madre del alma (murmuró después de besarla). Tú, que junto al trono del Ser Supremo gozas del premio que merecieron tus virtudes, vuelve los ojos á tu pobre hija, que en el mundo queda, para terminar la peregrinación por Él impuesta. Ruega por mí, y sírvanme tus sufrimientos pasados de intercesión cerca del Señor.

Y cayendo de hinojos, apoyó la cabeza en las manos que, cruzadas, tenía sobre el borde del féretro, y oró largo rato, sin que interrumpiera su oración más ruído que el chisporroteo de los cirios y los suspiros entrecortados que de su dolorido pecho se exhalaban.

—Ya cumplió su deseo (dijo el Marqués, acercándose á ella); salgamos, y tranquilícese V.

Lolita se levantó, y con la cabeza baja, sin oponer resistencia, se dejó conducir á

su habitación, apoyada en el brazo de su doncella.

Algunos instantes después, cuatro hombres penetraron en la sala. Cerraron con dos llaves el ataud; tomáronle en hombros, y atravesaron el jardín, colocándole sobre la negra tabla de un lujoso carro fúnebre.

Y aquel cortejo púsose en marcha, sin más compañía que la adquirida á cambio de un puñado de oro.

Al llegar al cementerio, un sacerdote revestido salió á su encuentro; abrióse el féretro, rocióle el cura con agua bendita, mientras entre dientes murmuraba las últimas preces con esa frialdad, con la brutal indiferencia que presta la costumbre, y, cerrado de nuevo, se colocó en la fosa al efecto abierta.

Un hombre, con mano ruda, arrojó la primera palada de tierra, y tras de aquella, otra y otras, que fueron poco á poco cubriéndole, produciendo un sonido hueco las piedrezuelas al chocar contra la tabla. Cayó la lápida sobre la sepultura; tomó el clérigo las monedas precio de su trabajo, y el mayordomo del marqués de Valcorba volvió

la espalda, tarareando á media voz un tema de cierta zarzuela popular.

De aquella mujer, víctima de la infamia de un hombre, ¡pobre mártir!, no quedaba nada ya.... ¡nada más que un recuerdo en el corazón de la hija de su alma!

XVII.

En vista del estado de abatimiento de la pobre Lolita á consecuencia de la muerte de su madre, el Dr. Duvergis creyó prudente que, aunque fuera por algún tiempo sólo, abandonara aquella casa llena de recuerdos dolorosos, para buscar distracción lejos de ella, y si posible era, en el campo.

Dotada de un alma sensible hasta el exceso, nerviosa hasta no poder más, efecto de la tensión en que había vivido desde sus más tiernos años, lo que para otro fuera insignificante, en su ánimo tomaba proporciones gigantescas; y así fué que la muerte de una madre, para cualquiera grave y triste acontecimiento, para ella revestía todos los caracteres de una catástrofe.

Hecho partícipe Valcorba de la opinión del prudente Doctor, indicósela á su protegida, que aceptó el proyecto sin reservas. ¿Qué más le daba vivir en la corte ó fuera de ella?

Dejóse, pues, trasladar á una quinta vecina á Fuencarral, propiedad del viejo Marqués; y, con efecto, los pronósticos de Duvergis se realizaron.

La ausencia de objetos que evocaran tristes recuerdos, el aire puro del campo, y, sobre todo, el tiempo, ese elemento destructor de lo existente en todos los órdenes, fueron poco á poco devolviéndole, primero la calma del espíritu, y después la salud, revelada por los frescos colores que animaban su rostro.

Adela, muchacha madrileña de pura sangre; alegre como unas castañuelas, y más impresionable que niño caprichoso, llegó á convertirse casi en amiga, y seguramente en compañera de Lolita, atraída, sin poderlo evitar, por esa fuerza que sobre una joven ejerce otra de su misma edad, poco más ó menos.

Una mañana estaba ocupada en peinar á su señorita, que mientras tanto leía una

novelilla en voz alta, cuando, interrumpiendo de pronto su tarea, exclamó:

—¡Cuidado que es V. bonita!.... Si yo fuera hombre, daría cualquier cosa por convertirme en lo que soy.... la doncella de honor de la más hermosa de todas las rubias que se pasean por Madrid y sus contornos....

Y así diciendo, estampó una docena de ruidosos besos sobre los blondos mechones de cabellos que acariciaban sus manos.

—¿De veras me encuentras bella?—repuso la niña, apartando los ojos del libro, que apoyó sobre las rodillas, mientras miraba á su interlocutora, reflejada en el cristal del espejo.

—¡Ya lo creo, señorita! Pero más cuenta me tiene ser mujer, porque así la quiero á V. con toda mi alma, y V. me quiere, mientras si fuera hombre.... En fin, más vale callar.

—¿Por qué vale más?—replicó asombrada Lola.

—¡Bah! ¡Si creerá V. que soy tonta! Habiendo visto ciertas cosas....

—No sé á qué te refieres.

—Pues yo sí. ¡Ahí verá V.!

—No dudo que lo sabrás; pero te ase-

guro que no estoy más enterada que antes.

—¿Pensará V. que soy capaz de decir á nadie lo que no debo? ¡Bien se conoce que no sabe cuánto la quiero!

—Pues continúo sin entender palabra. Francamente te lo digo.

—De modo que después de estar hartos todos los de la casa de ver al pollo *ojinegro* que diariamente, como un reloj, llega á la portería, pide un vaso de agua, da en cambio una peseta á Felipe el portero, ata el caballo á un árbol, se sienta en tierra, y pasa tres ó cuatro horas mirando el balcón donde V. borda, ¿querrá V. hacerme creer que no le ha visto? ¡Vamos; señorita; eso es inocente!

—Pues te aseguro, por mi fe, que no me apercibí de nada.

—Lo dice V. de un modo, que hay que creerlo,—repuso Adela, continuando en su trabajo, mientras su señora seguía la interrumpida lectura.

XVIII.

Nuestra amiga oyó con agrado el relato de su doncella.

En efecto: no se había apercibido de nada.

Al caer la tarde tomó, como de costumbre, su bastidor, y fué á sentarse junto al balcón del gabinete, que daba sobre la carretera de Madrid.

Sin querer, á intervalos, levantaba los ojos de la tela en que bordaba, y miraba distraída al camino. Cualquiera hubiese dicho que estaba esperando á alguien; y lo esperaba efectivamente.

La curiosidad, esa pícara pasión, que tal puede llamarse en las mujeres, aguijoneaba el deseo de ver al hombre de quien le hablara Adela por la mañana. Pero pasó el tiempo, cerró la noche, y el incógnito no pareció.

—Esa loca (murmuró al levantarse recogiendo la labor), con tal de charlar, es capaz de decir cualquier cosa.

Hasta la hora de acostarse la persiguió esta idea; su amor propio se rebelaba sólo de pensar que había esperado en vano por hacer caso de un dicho de su doncella, sin más importancia que una lisonja.

Mientras se desnudaba, no pudiendo contenerse más, exclamó mirando sonriente á la criada:

—¿Ves cómo no había razón para suponer lo que tú creías, Adela?

—¿Por qué, señorita?—repuso ésta.

—Porque tu famoso ojinegro no ha parecido.

—Eso nada tiene de extraño.

—¿Por qué?

—¡Si la señorita no se enfadára!....

—¿Y por qué he de enfadarme?

—¡Porque, llevada de lo mucho que la quiero, y de la simpatía por el señorito Rafael!....

—Qué.... sigue....

—¡Pero si se enoja V. no se lo digo!

—Te prometo no enojarme,—dijo Lolita llena de impaciencia.

—Pues bien (prosiguió la criada): el señorito Rafael es hijo de los señores á quienes yo servía antes de entrar en esta casa, y, ¡claro!, con la confianza que conmigo tiene, esta tarde, cuando fui al pueblo á comprar unos cachivaches para el planchador, me llamó, y me dijo: «Hace ocho días que vengo, porque estoy loco por tu señorita, y aún no he conseguido que me mire una sola vez; para que se fije en mí, háblala, y si no se disgusta, dala esta carta.» Me dió tanta lás-

tima de él, que la tomé, y aquí está. ¡Pero, por Dios, que nadie se entere!

La joven tomó el billete de manos de la doncella, sin darse apenas cuenta de ello: una sensación extraña invadía su alma; el asunto era tan nuevo para ella, que la seducía á su pesar.

Sentada en el borde del lecho, asomando los piececitos desnudos por debajo de su larga camisa; con los cabellos aprisionados en una preciosa gorra de encaje, parecía una de esas lindas muñecas que vemos expuestas en el escaparate de un vendedor de juguetes.

Mientras revolvía entre sus dedos la carta, sin atreverse á romper el sobre, Adela tomó la palmatoria de plata que sobre la mesa de noche había, y volviendo junto á ella, con tono incitante la dijo:

—¡Vamos, señorita, léala V.!.... Conozco muy bien á D. Rafael; sé que es muy sentido; y si se la devuelve V. sin leerla, es capaz de hacer un disparate. Si no le acomoda contestarle, no le escriba. Yo le diré que no me ha dicho V. nada, y se acabó.

Esta última observación decidió á Lolita.

Abrió la carta, y leyó. Decía así:

«Antes de nada, perdóneme V. si soy tan atrevido; pero si, como supongo, se mira al espejo con frecuencia, comprenderá que al ver su deslumbradora belleza me haya vuelto loco.... y á los locos todo se les perdona....

»Estoy perdidamente enamorado de V.; poseo una fortuna bastante grande para que junto á mí nada de lo que hoy tiene eche de menos; y con mi amor de joven se la ofrezco, en lugar de las heladas caricias de un viejo egoista.

»Por lo que más ame, le ruega que se digne contestar á esta carta, su apasionado,

»R. de F.»

Al comenzar la lectura, el semblante de la joven revelaba la satisfacción que toda mujer experimenta al leer la primera misiva de amor. Cuando concluyó, retrataba la sorpresa.

El final de aquel documento era para ella tan enigmático como aquellas palabras de D. José Espino, que tanto la impresionaron.

Releyóla otras dos veces, sin obtener re-

sultado más satisfactorio, y visto que nada sacaba en limpio, levantó los ojos, y dirigiéndose á la criada, dijo:

—Pues no entiendo lo que tu ojinegro quiere decir en este enigmático papel.

Adela la miró estupefacta, y después de un momento, repuso:

—¿Que no lo entiende V.? ¡Pues claro es!.... Que el señorito, enamorado de V., desea ser correspondido. Sin leerla, yo la entiendo perfectamente.

—Eso sí que lo he entendido. Pero ¿á qué viene, ni qué significa esto?....

Y Lola leyó en voz alta el final del billete.

—Pues también es claro.... D. Rafael cree que en su corazón de veinticinco años hallará V. un cariño que en el del señor Marqués, viejo ya, no puede existir.

—De modo que este caballero piensa que, dándole mi amor, le entregaría algo que hasta ese día había pertenecido al Marqués de Valcorba. ¡Es decir, que ese hombre supone á mi noble bienhechor capaz de ser algo más que un padre para mí!—murmuró con pena la pobre niña.

El papel se escapó de sus manos; dejó

caer la cabeza sobre el pecho, y se quedó inmóvil, con los ojos fijos en el suelo.

El cruel sentido de la carta, revelado por la criada, la hizo comprender el de las misteriosas palabras del veterano.

Por primera vez en su vida supo que la maledicencia, para morder con furia en la honra de una mujer, necesita sólo un indicio.

Por fin, irguióse, se deslizó del lecho, recogió el billete que á sus piés estaba, y mirando fijamente á Adela, le dijo con un tono indefinible:

—Puedes retirarte. Buenas noches.

—La señorita ha visto con disgusto que haya obrado así (exclamó aquélla, bajando los ojos); pero juro por mi salud que....

—Retírate,—repitió la joven, interrumpiéndola.

XIX.

Cuando concilió el sueño, ya Monín, que dentro de su jaula, en forma de chalet suízo, dormía en el balcón para que disfru-

tara del fresco de la noche, saludaba con sus gorjeos la venida del día, que, envuelto en gasas de bruma, y convirtiendo las nubes en esplendorosos cúmulos de plata y nácar, asomaba por Oriente, vivificando con su luz y su calor la naturaleza toda.

Hasta esa hora, su inteligencia analizó todos los hechos que habían tenido lugar desde que encontró al Marqués aquella noche memorable, y de razonamiento en razonamiento, de consecuencia en consecuencia, si no de una manera exacta, aproximadamente, concluyó por darse cuenta de la posición en que la colocaron las circunstancias excepcionales de su vida.

Lo más cuerdo era abordar aquel asunto con franqueza: hablar con su protector. ¿Quién con más interés ni más talento podría aconsejarla?

Resuelta á proceder así, se durmió casi al amanecer; pero esto no impidió que, despierta muy temprano, llamase á su doncella, diciéndola, no bien hubo abierto el balcón:

—Voy á levantarme. Prepáralo todo.

—Tengo una pesadumbre (dijo aquélla, apurada al parecer, mientras la ayudaba á

vestirse): la idea de que ayer disgusté á la señorita no me ha dejado descansar.

—No me disgustaste tú, Adela (interrumpió la joven). Te hago la justicia de creer que no fué tu intención ofenderme al decir tu criterio con respecto al señor Marqués. Tu juicio fué sin duda la causa de aquellas frases en extremo ofensivas para mí de ese D. Rafael, que se atrevió á insultarme, porque soy una pobre mujer y mi protector un anciano. Hablaste con él más de lo que debías, y ya ves las consecuencias.

—Está V. equivocada, señorita.... Le juro á V., por la gloria de mi madre, que yo no le he dicho una palabra, ni pensaba nada de V., cuando le dije mi parecer sobre la intención de la carta del señorito Rafael.... Todo lo contrario. Precisamente el otro día, mientras comíamos en la cocina, Cosme el lacayo, como tiene tan mala lengua, dió á entender que si el señor hizo tantas cosas por V. y su mamá (que en paz descanse), fué porque estaba enamorado de la señorita; y yo, que vivo tan cerca de Vds., que sé l bueno que es, decía que era falso, contr todos los demás criados, y el tío Antón y l tía Eduvigis, que allí estaban.—«Pues en-

tonces, ¿cómo no sabe vivir si no es junto á ella? me decían.—Porque la pobrecita no tiene á nadie más en el mundo, contesté yo.—¡Vaya, vaya, chica!: cuando el río suena, agua ó piedra lleva. Hay que desengañarse: todo dios asegura aquí y en Madrid que el señor Marqués tiene que ver con la señorita; algo habrá....» concluyó por decir el tío Antón.—Yo me levanté de la mesa, y me fui; porque, francamente, la quiero á V. mucho, y sentiría que....

Y la pobre muchacha prorumpió en sollozos.

Aquella nube de palabras cayó sobre Lola, como si cada una fuera una saeta envenenada dirigida á su corazón.

Ya no se trataba del juicio particular de un necio; había algo más.

La voz que desde el elegante hotel del Paseo del Cisne llevó la noticia hasta la modesta vivienda de D. José Espino, por fuerza fué muy potente. Era el repugnante gruñido de la calumnia, fundada en engañosas apariencias, propalado con gozo por la malevolencia. Ya el enigma dejó de serlo.

Por eso su pobre madre suspiraba, y miraba al cielo con angustia cuando ella,

contenta y feliz, corría tras las mariposas que revoloteaban en el jardín. Por eso los hombres la miraban con descaro y cuchicheaban las mujeres cuando, radiante de belleza, aparecía en el palco del Real junto al viejo Marqués; por eso nadie más que éste y su administrador pisaba los umbrales de su lujoso albergue.

Sumida en estas consideraciones, pasó hasta el mediodía. Su protector acostumbraba almorzar con ella dos veces por semana. Era jueves, y le esperaba: ya no podía tardar.

Lola, impaciente, miraba á cada instante por el balcón; por fin se calmó su anhelo: el coche de Valcorba entró en el parque que rodeaba el edificio, deteniéndose delante de la puerta; y ella, al verle descender, precipitóse fuera de la habitación, bajó rápida la escalera, y le salió al encuentro.

—¿Á qué debo la dicha de que la encantadora dueña de la casa salga así á recibirme, con muestras de impaciencia?—exclamó el anciano al verla, descubriéndose y estrechándole la mano.

Ella, con los ojos bajos, roja como la

grana, comprendiendo lo inconveniente de su premura, no sabiendo qué decir, sonrió de una manera forzada. Un criado, diciendo con tono respetuoso: *La señorita está servida*, vino á sacarla de su apuro.

—Santa palabra (prosiguió el Marqués). Si mi bella huéspeda lo consiente, la conduciré al comedor.

Y ofreciendo el brazo á la joven, entró con ella en el aposento inmediato, y uno enfrente del otro sentáronse en la mesa.

XX.

El viejo, por lo común poco alegre, lo estaba aquel día. Él fué, pues, quien animó el almuerzo con una conversación que Lolita, preocupada y nerviosa, apenas pudo sostener.

Servido el te, retiráronse los criados, y como si al ruído que produjo la puerta al cerrarse, se rompiera el obstáculo que trababa la lengua de la última, suspiró, y mirando fijamente á su interlocutor, exclamó:

—Tenemos que hablar.

—Mi niña querida sabe que siempre la oigo con gusto, y que mi deseo es complacerla,—dijo Valcorba con melifluo tono.

—Hágame V. el favor de enterarse de esa carta,—añadió la joven, alargándole desdoblada la de Rafael.

Tomóla el Marqués, y la leyó de la cruz á la fecha, exclamando al concluir de hacerlo:

—¡Y bien....!

—No es esto sólo (prosiguió diciendo Lola); igual opinión profesan los criados de la casa.

—Son enemigos pagados, á quienes se despide cuando osan criticar á su amo.

—Es que su juicio se refleja en todo el mundo.

—¿Y qué vamos á hacerle? ¿Acaso no está V. muy por encima de unos y otro?

—Señor Marqués: muerta mi madre, sólo en V. puedo hallar amparo. Estoy al borde de un abismo: aunque muy niña aún, aprecio lo que vale mi posición. Sálveme V.

—Ante todo, Lolita, tengamos calma razonemos.

Los nervios de ésta, ya excitados desd por la mañana, se crispaban aún más al ve

la sangre fría de aquel hombre impasible.

—Pero ¿cómo he de razonar? (exclamó.) ¿Acaso puedo resolver mis dudas yo misma, pobre mujer que comienza ahora á vivir?

—Repito que se calme V. Sólo con calma se discute. Vamos por partes (dijo el viejo, serio, al oirla hablar con tanta energía). Un necio se atrevió á dirigirse á V. por escrito. Rompe V. la carta, y no vuelve á ocuparse de ella. Los criados murmuran; se les despide, y se toman otros. Pero es que la gravedad del caso consiste en que su murmuración es eco de lo que de público se dice. Esto, en efecto, es grave, gravísimo, por no tener remedio; y se lo voy á demostrar. Para destruir tales habladurías, no habría dificultad que vencer si V. pudiera vivir independiente; pero ¿es realizable esto? Con certeza puedo responder que no. Los únicos recursos propios con que podía contar dependían de un pleito contra un canalla que les robó, pero que ha sabido defenderse bien de nuestra demanda, falta de pruebas legales, y la hemos perdido. V. ignoraba esto, que yo sé hace tres meses, ocultándolo para evitarle un disgusto. Cuánto da de sí el trabajo material, ya lo sabe V.

No hay que pensar en él. ¿Qué resta, pues? Mi protección, sólo mi protección.

—Pues bien, señor Marqués; esa misma protección.... caritativa,—dijo Lolita.

—Me ha interrumpido sin dejarme acabar, y por eso habla así (repuso el anciano atajándola). No; no se trata de caridad. El primer móvil que me impulsó fué, sin duda, ese; ¿á qué negarlo? Pero después, la niña protegida se trocó en mujer adorable: el cariño sucedió en mi pecho á la conmiseración, y, á mi pesar, sin poder ahogar el afecto que me domina, la amo á V. como un insensato. Aun amándola mucho más que V. nunca pudo soñar (prosiguió con acento de pesadumbre), no aspiro á un imposible. Mientras no se considere capaz de darme estimación, ya que no amor, no pediré nada; mis labios seguirán mudos como hasta hoy. Pero ¿me exigiría V. que no la vea, que no oiga su voz, que no la acaricie con mis ojos, que no impida á otro hombre robarme á mi niña, que es mi vida, que es mi única felicidad? Aun así, renunciaría á estos pequeños goces si hubiera de conseguirse algo en abono de su deseo; pero ¿cree V. que el mundo callaría porque yo

me sacrificara? ¡Ya es tarde! Mi sacrificio sería estéril. Si fuera posible que V. apreciara mi manera de quererla, no dudo que me daría un poco de compasión, ya que no otra cosa. Á su edad, las mujeres se precian de apariencias; por eso V., que ahora empieza á vivir, tiene el alma llena de ilusiones; reviste el ideal del hombre que un día hará dueño de su corazón con formas exteriores de belleza y juventud, porque desconoce los afectos bastardos de que es capaz la mayoría de la humanidad, y no sabe que vale más ser el ídolo de este pobre viejo que la esclava de un joven. Prescinda de mi exterior; no vea más que el significado de mis actos, mi aspiración constante, reducida á que el bienestar no permita á la mujer que idolatro formular un deseo sin que con todas mis fuerzas procure realizarle, y efectivamente lo consiga casi siempre, y dígame después si cree que puede quererla alguien más que yo. Si mi cuerpo, que nada tiene ni puede tener de seductor, se trocara por el de un joven hermoso y apuesto, que, poseyendo mi alma, ofreciese á sus ojos el espectáculo de una pasión como la mía, ¿vacilaría V. en otor-

garle un poco de cariño? ¡Seguramente no! Pues bien. Si aquel cuerpo, sometido al cruel influjo de una enfermedad, perdiese la esbeltez de sus contornos, ¿dejaría V., que tiene un alma superior, de amarle? No, sin duda. ¿Y qué mantendría su amor más que el espíritu, incapaz de desmerecer bajo la influencia de la enfermedad, ni del tiempo? Sin las circunstancias especiales, provocadoras de esta explicación, yo hubiera seguido callando. Para mí fuera más grato que V. hubiese adivinado mi pasión detrás de mi solicitud; porque si un día V. llegase á pertenecerme, necesito, para que sea perfecta mi ventura, que su voluntad haya sido del todo libre, espontánea. Por eso la idea del matrimonio me repugna. Soy incapaz de encadenar á mi protegida con vínculos indestructibles, porque mi felicidad no puede ser más que un reflejo de la suya. No cabe en mi ánimo más unión que la formada por su benevolencia, ni más lazos que los debidos á sus deseos, que puedan romperse cuando V. quiera. De otro modo, me parecería indigno de llamarme noble y caballero. Solo en el mundo (prosiguió el viejo, recobrando su tono melancólico), V., Lolita,

será la heredera de mi cuantiosa fortuna el día que la muerte cierre mis ojos. Mi vida depende de V. Si un enlace como el que yo deseo la repugna, si no puede aceptarle, no crea que la espera la indigencia con el abandono. Los actos de V. me advertirán que soy un óbice para su ventura, y en tal caso, bajo palabra de honor, la ofrezco poner fin á mis días, comprando la felicidad de mi adorada Lola, al precio de mi sangre. Si se cree V., por el contrario, con fuerzas para unirse á mí, que tanto la quiero, asimismo le aseguro que, dedicándome á labrar su ventura, viviré sólo para V. Y cuando la muerte llegue, cerrará V. piadosa mis ojos; verterá una lágrima á mi memoria, y libre y rica verá á sus piés, proclamándola reina de la belleza, á esa sociedad, digna sólo de su desprecio de V.

La joven, sin saber qué decir, exclamó:

—Señor Marqués.... Yo no sé....

—No hablemos más de esto ahora ni nunca (interrumpió el viejo, poniéndose en pié, dispuesto á partir). Sus actos de V. me advertirán de sus verdaderos sentimientos. Mi amor, investigando en su alma, sabrá comprenderlos. Adiós, hija mía, y piense

que la suerte de quien más la ama en el mundo depende de V.

Y saliendo de la estancia, subió en su coche, y pocos momentos después estaba camino de Madrid.

XXI.

Tal manera de apreciar las cosas era absurda á todas luces. Pero ¿cómo refutarla, cómo no deslumbrarse, contando, como contaba la infeliz Lolita, tan sólo con sus propias fuerzas? ¡Pobre mujer, débil criatura, que al volver los ojos en demanda de auxilio, sólo hallaba falacia é infamia en el único amigo, ó miseria y desprecio en una sociedad injusta y cruel!

La red estaba tejida de mano maestra, y dispuesta de modo que la presa no tuviese escape.

Práctico sin duda en este género de asuntos, el ladino viejo *sabía esperar*. Pc seía en grado superlativo ese *don*, que ta puede llamarse el dominio sobre sí mismc para no precipitar los acontecimientos

aprovechar las circunstancias eventuales y las especialísimas de una persona, sin impaciencia, sin desmayo ante las dificultades que se oponen al plan propuesto.

Unas veces con conocimiento de causa, otras favorecido por la suerte, fué envolviendo á su víctima, y cuando llegó el momento preciso, consecuencia natural de una serie de hechos dirigidos diestramente y con fortuna, los lazos hasta entonces invisibles se estrecharon, y á la mísera mujer sujeta por la fatalidad, sólo quedó un camino abierto delante de sus ojos: el que conducía á la realización de los planes de quien le trazó.

Una teoría religiosa, sin más base que la rutina, ausencia completa de sentido práctico, que impide formar criterio sobre lo que es *el deber;* desconocimiento del mundo; irreflexión natural en la juventud; imposibilidad de hallar vida propia por medio del trabajo....: hé aquí los elementos con que la infeliz contaba para oponerse á las asechanzas del libertinaje, con hábil mano tendidas en torno suyo.

Añádanse á todas estas propiedades (causa primordial de la pérdida de la mayoría

de las mujeres), el más completo aislamiento, y una imaginación viva, con gran acierto excitada por la conferencia con el viejo, y se comprenderá todo lo grave de aquel caso.

Cuando se quedó sola, había tal confusión en su mente, que en vano trató de coordinar sus ideas para que fuera posible el análisis.

Á la de huir de aquella casa, se oponía la gratitud. Á ésta, lo interesados que resultaban aquellos beneficios que la dieran vida: á la de rechazar aquel amor ridículo y sublime al propio tiempo, la imagen sangrienta de un anciano, exhalando el postrer suspiro, legándole todas sus riquezas, y con ellas la felicidad, en vez de maldecirla.

Al recordar los tiempos en que habitaba con su madre en pobre buhardilla, miraba con cierto miedo los lujosos muebles que la rodeaban, y parecían decirle: *¡Esta es la dicha! ¡Nosotros somos una parte de sus representantes!* Y al propio tiempo, otra voz resonaba dentro del alma, diciendo: *Si eres bastante fuerte, desprecia la consideración del mundo, pero no arrostres el grito de tu conciencia.*

Por otra parte, una pasión como la que Valcorba le había pintado, despertaba en su ánimo cierta especie de piedad deleitosa.

Así pasó el resto del día, y por la noche, durante el sueño, despertóse azorada varias veces. Tenía miedo, sin saber de qué; tanto, que llamó á su doncella y la obligó á dormir sobre el sofá del tocador.

Con la compañía de Adela se tranquilizó, y cuando por la mañana ésta abrió los balcones de la alcoba, dormía profundamente.

Al despertar estaba tranquila; podía discurrir.

Recordó lo ocurrido, formó juicio de su posición, y al fin se planteó y resolvió el problema en esta forma:

Cuanto era se lo debía al Marqués. Sin él, sabe Dios qué hubiera sido de ella. Éste, sin poderlo evitar, la adoraba, hasta ser capaz de suicidarse: y debía ser exacto, porque un hombre como él no podía mentir.

¿Tenía el derecho de rechazarle, y, en pago de sus beneficios, ponerle en el caso de quitarse la vida?

Ella sentía por su noble protector un

afecto ternísimo: le amaba como á un padre. Vivir íntimamente con él no la repugnaba; sería una de tantas mujeres unidas con un anciano que viven felicísimas.

¿Qué sentiría por un joven que el Marqués no le inspirase?

Pero el caso era que éste, por un refinamiento de su delicadeza exagerada, repugnaba el matrimonio, y, unida á un hombre ilegalmente, el mundo la señalaría con el dedo. Mas ¿acaso no la señalaba ya?

No siendo capaz su noble amigo de aconsejarla nada malo; con su experiencia, con su fama de hombre honrado, ¿quién mejor que él resolvería esta última cuestión?

Ella procuraría convencerle para que la hiciera su esposa: si él no lo acordaba, señal sería de que no era conveniente. Fuera una ridiculez, con sus quince años, pretender tomar un partido con más acierto que su protector con sesenta.

Sometiéndose á su voluntad, obraría con cordura y satisfaría una deuda de gratitud.

El mundo injusto, que la juzgaba mal sin razón, no merecía que le sacrificara su bienestar, amargando los últimos días del hombre que tanto había hecho por ella y

por su pobre madre. ¡Sólo era digno de desprecio! ¡Pobre Lola!

XXII.

....
....
....
....

XXIII.

Dos años después del día fatal en que nuestra pobre amiga resolvió, con la ligereza propia de su inexperiencia, en un asunto que tanta gravedad encerraba, nadie, al verla, la hubiese reconocido. En el orden material había alcanzado el colmo de la belleza, y además, en todo aquel tiempo, empleado en visitar las capitales más notables de Europa, aprendió, viéndolo en otras mujeres, en qué consiste la verdadera elegancia, y naturalmente inclinada á

ella, claro es que en este concepto aprovechó el tiempo y adquirió ese aire singular que distingue á la mujer elegante en todos los detalles de su vida.

Pero dentro de aquel cuerpo esbelto, lleno de juventud y gallardía, se encerraba un alma raquítica y enferma.

El hábito de ver arrastrarse á sus piés á un amante decrépito, esclavo del temor de perder aquellos encantos que ella le abandonaba: la constante lisonja, la atmósfera de sensualismo que la envolvía, ahogaron, mejor dicho, adormecieron en su ánimo los sublimes sentimientos que elevan á la mujer al nivel de los ángeles, y la niña, al dejar de serlo, lo hizo para convertirse en un precioso animal, sin más Dios que su belleza, ni más aspiración que el oro, mucho cro, para con sus trajes y sus joyas ser la reina de la moda.

Mas como quiera que en ella no era natural aquel estado, porque su espíritu estaba constituído para pensar y sentir de otro modo, sucedió, como era lógico, que aquella especie de atonía persistió mientras una circunstancia imprevista no vino á destruirla.

Lola era aficionadísima á la música, y, á pesar de haber estudiado apenas, cantaba con cierta perfección.

Hacía dos días que estaba en Florencia: se celebraba el beneficio de una tiple muy notable; y, como es natural, la joven asistió á la solemnidad artística.

Cuando radiante de hermosura, deslumbradora de elegancia, apareció en su palco, acababa de comenzar la representación.

Hacían *La Favorita*, esa obra inmortal de Donizetti. El público oía aquellas notas, inspiradas en un amor sublime, con religioso silencio, que fué interrumpido por la entrada de la joven seguida de Valcorba.

Cien cabezas se volvieron, y una multitud de gemelos se fijó en ellos.

Lola, con la frente erguida, vagando en sus labios una sonrisa voluptuosa, con los ojos medio entornados, se sentó en un sillón, y gozándose en su triunfo, apoyó negligentemente el brazo desnudo sobre el rojo terciopelo del antepecho, y, fingiendo indiferencia, dirigió la vista al escenario.

Pero á medida que la obra interesaba al público, su atención fué volviendo á la escena; y cuando apareció la Pazzi, resonó

un nutrido aplauso, y nadie volvió á ocuparse de Lola.

Llegó el primer entreacto: por todas partes se oía esta pregunta: «¿Quién es esa extranjera?», formulada con entusiasmo por los hombres, con envidia por las mujeres. Nadie lo sabía. Ella, mientras tanto, completamente feliz, henchida de orgullo el alma, miraba desdeñosa á todos.

En el segundo acto la ovación á la artista fué completa. La muchedumbre, entusiasmada, llegó al frenesí: ni uno de los que ocupaban la sala pensaba ya en nuestra amiga.

Cuando la *diva* se retiraba saludando á su entusiasta auditorio llena de gozo, cargada de coronas, ramos y valiosos regalos, trofeos de su victoria, la joven sintió un singular afecto; nublóse su frente, y como si la impulsara un resorte, púsose en pié, diciendo á su acompañante con tono breve:

—¡Vamos, Alfonso!

El Marqués, sin replicar, echó sobre sus redondos hombros un abrigo forrado de pieles; tomó el suyo, y poniéndose el sombrero, salió detrás de ella, con una sonrisa reveladora del disgusto con que abando-

naba el teatro, más que por nada, por saber que aquel mal humor repentino, cuya causa no comprendía, había de costarle un pesar.

Como era natural, el coche no había llegado aún. Esto acabó de irritar á la caprichosa joven; pero sin quejarse, se dirigió, apoyada en el brazo de Valcorba, hacia la fonda en que se hospedaban.

Al entrar en una de las habitaciones, ayudóla éste á despojarse de la manteleta, y exclamó:

—¡Bien puedes estar contenta! Todo un público, á pesar de su costumbre de ver caras nuevas, se ha impresionado con tu presencia. Hubo un momento en que pensé que iban á aplaudirte.

—Pues estás en un error (repuso ella con tono agrio). No estoy contenta. Salí del teatro triste, ¡muy triste!

—¿Y por qué, niña mía?

—¡Siempre con la misma canción! ¡Siempre adulándome! ¿Acaso me dices lo que sientes? Mi belleza tan decantada llamó la atención de la gente diez minutos por curiosidad. La Pazzi, en cambio, ha hecho enloquecer á dos mil personas que la aplaudían con frenesí toda la noche. ¡Qué ova-

ción! Si yo consiguiera una semejante, no me importaría morir al extinguirse en mis oídos el sonido de la última palmada (dijo como hablando consigo misma; y dirigiéndose al Marqués, continuó con tono resuelto): ¡Alfonso, yo quiero ser cantante!

Éste, al oir aquel exabrupto, no pudo contener un movimiento de asombro.

—¡Cantante! (exclamó.) Pero, niña mía, ¿tú sabes lo que te dices?

—¡Claro que lo sé! ¿No me has dicho cien veces que canto lo mismo que un ángel?

—Sí.... pero....

—¡No hay pero que valga! Estamos en el país de la música. Mañana, al levantarme, quiero tener aquí al mejor maestro de Florencia.

Y sin dar lugar á que se le hiciera una observación, entró en su dormitorio, desnudóse, y se acostó.

XXIV.

Al siguiente día, bien temprano, Valcorba salió en coche á cumplir el capricho de la hermosa déspota.

En Italia un cantante viejo, dedicado á la enseñanza del arte, es fácil de hallar, y, por lo tanto, sin gran esfuerzo consiguió su propósito; de modo que cuando la joven salió de su aposento, ya el maestro y el Marqués la esperaban.

Después de los saludos de ordenanza, el primero dijo con tono melifluo:

—Este caballero me indicó el propósito de la señora; y para poder saber si es ó no realizable, tropezamos con un inconveniente. Necesitamos un piano para probar la voz.

Lola, sin replicar, tocó un timbre, á cuyo sonido acudió un camarero.

—¿Hay un piano en la casa?—le preguntó aquélla.

—El dueño tiene uno, señora Marquesa, —repuso éste.

—Diga V. que necesito servirme de él por un rato.

Poco después eran guiados á la sala en que estaba el instrumento.

—¿La señora Marquesa ha cantado alguna vez?—interrogó el maestro Carelli, que así se llamaba el italiano.

—Sí, pero mal,—repuso Lola.

—¿De modo que sabe música?

—Un poco. Solfeo algo.

—¿Y canta alguna pieza conocida?— insistió el primero.

—Cantaré.... el aria «Ah, mio Fernando!» ¿Sirve?

—Perfectamente. Comencemos sin recitado.

Y así diciendo, el viejo cantante sentóse al piano, haciendo un arpegio para dar el tono.

La jóven cantó unos cuantos compases con voz afinada y muy buen gusto.

Detúvose el maestro, y levantándose, dijo:

—Bien. Basta. La señora tiene una voz susceptible de mucho, si quiere estudiar. Como lo haga, puede ser una artista en dos años.

—Dentro de tres días le avisaré para comenzar nuestros trabajos,—repuso la aludida, radiante de gozo.

Aquel mismo se buscó una casa amueblada, instaláronse en ella Valcorba y la futura tiple, y el fijado, es decir, dos días después, dió ésta el primer paso en el camino del arte.

XXV.

Aunque las malas pasiones suelen producir malos efectos, á veces, por un capricho de la suerte, un mal instinto suele servir de base á una serie de acontecimientos que varían la marcha de un individuo progresivamente, viniendo á dar un resultado final en todo opuesto á la índole del móvil primitivo.

La determinación de Lola fué inspirada por la *envidia*, y al formular el *capricho*, en su ánimo no había más que un propósito: llamar la atención del mundo entero para que la aplaudieran como á la Pazzi, y con aquellos aplausos satisfacer la *vanidad.*

Aquel paso dado sin más interés que la satisfacción de dos malas pasiones, debía influir en su vida de tal manera, que, trocándola de *mueble de lujo en mujer, de mujer en mártir y de mártir en ángel,* la volviera á su estado primitivo, purificada por el sufrimiento y digna de volar á las

regiones donde sus congéneres entonan himnos de alabanza al Señor.

La música, por ser una bella arte muy liberal, no deja de ofrecer un mecanismo difícil de dominar, que requiere gran asiduidad en quien se proponga conseguirlo. Iba, pues, á proporcionarle, por de pronto, una razón para pensar y sentir en serio, cosas ambas desconocidas para ella, envuelta en una atmósfera *sui generis*, creada por Valcorba, á quien se alcanzaba que, si su víctima tenía vida propia en el orden moral, tendería á emanciparse, y que, por lo tanto, se esforzaba en sostener la frivolidad que había conseguido arraigar en aquel corazón, por naturaleza bien organizado.

Con la vehemencia propia de su carácter comenzó nuestra amiga á dedicarse á cantar, sin que el viejo sospechara remotamente que el capricho llegaría á ser una pasión formal.

Pero sea que duró lo bastante para hacerla adquirir el hábito del trabajo, fuese que estaba constituída para ser cantante, el hecho fué que con una aplicación y una constancia inconcebibles, dióse tal maña para vencer obstáculos, que al año y medio

debutó en la Scala de Milán con éxito asombroso, y adquirió un nombre artístico envidiable.

Esta fué la segunda ventaja, la verdadera *utilidad* del *capricho* inspirado por la *envidia*.

La signorina Wolff contaba con los elementos que faltaron á la infeliz Lolita. Podía emanciparse. ¡Tenía vida propia!

Milán, Nápoles, Venecia, Roma; después Londres y Petersburgo, y más tarde Viena y París, rindieron tributo á la reina del arte y la hermosura, hasta que de triunfo en triunfo fué á parar en Madrid, que debía ser el teatro de los últimos acontecimientos de su vida.

XXVI.

Su contrata para actuar en el Teatro Real fué un acontecimiento en el mundo artístico madrileño.

Su nombre, repetido millones de veces por todos los periódicos de Europa, era leído con fruición por los *dilettanti*.

La historía de la famosa tiple corría de boca en boca, y su biografía, acompañada de su retrato, figuraba en los escaparates de las librerías principales.

Un público entusiasta esperaba ansioso oir aquella voz digna de un ángel interpretando la música trágica, que era su género. Pero al celebrar á la *prima donna*, aplaudida por el orbe entero, cuando aún le separaba de ella una inmensidad de leguas, estaba muy lejos de olvidar lo que era conocido de todos, y al par que con su aplauso elevaba á la *artista* hasta el quinto cielo, refiriendo su pasado, hundía á la *mujer* en el lodo.

Al volver, pues, al pueblo que dejara hacía ocho años, con escándalo de unos cuantos, la acompañaba la gloria artística, pero la triste celebridad, no ya de *cortesana, de segunda Mesalina,* la envolvía asimismo, cual si la aureola con que el arte la rodeó, iluminase, haciéndola mayor y más perceptible, la mancha grabada en su frente por la boca impura de un viejo decrépito al estampar sobre ella el primer beso con lúbrico afán.

Por fin llegó el día deseado. Periódicos

y carteles anunciaron el debut de la signora Dolores Wolff con la ópera del maestro Bellini *Norma*, y tres horas después de abierto el despacho de billetes, no quedaba ninguno disponible entre los pocos que salieron de contaduría, más que en manos de los revendedores, á precios verdaderamente fabulosos.

XXVII.

Aunque se trate de una celebridad, la presentación ante un público tan entendido como el de Madrid, y con mayor motivo si á la inteligencia añade, como este, justa fama de intolerante, reviste un carácter tan solemne, que justificaba el temor que la aplaudida *diva* sentía, á pesar del convencimiento de sus excepcionales recursos, cuando, mientras la doncella daba la última mano á su tocado, escuchaba el final de la magnífica sinfonía con que comienza la sublime partitura cuya protagonista iba á representar.

Cuando el traspunte, asomando la ca-

beza por la entreabierta puerta del cuarto, la avisó que llegaba el momento de salir á escena, un escalofrío recorrió su cuerpo, y cierta tosecilla nerviosa agitó su seno abultado y turgente.

Animada su correcta fisonomía por esa especie de fiebre que causa la emoción; envuelta en la blanca túnica que dejaba al descubierto sus mórbidos brazos; con los blondos cabellos cayendo á lo largo de sus espaldas como una cascada de oro, ceñida la sien por la verde corona de roble, estaba tan hermosa, que, á poder verla Bellini, hubiese creído hallarse delante de aquella Norma ideal que le inspiró la más sublime de sus obras.

Al aparecer sobre el escenario, un murmullo de sorpresa, justo tributo á la hermosura, partió de la sala, mezclado con el siseo de los fanáticos adoradores de la música, para ir á perderse en las alturas del *Paraíso*.

Restablecido el silencio, Lola dió comienzo el recitado de salida. Cuando le concluyó, la atención del público silencioso anunciaba sus esperanzas.

Aquel recitado, dicho con una voz divina,

de una manera inimitable, hacía presagiar un *aria* superior.

Después del *ritornello* que la precede, como si el canto de la artista fuese una prolongación de la última nota de aquél, de un modo inexplicable, cual si realmente experimentara esa especie de arrobamiento que decían sentir las sacerdotisas Druídas al evocar á la diosa de la Noche, moduló el *Casta diva:* creció poco á poco, hasta llegar á dominarlo todo con su poderosa voz; y luego, como si la vida se le escapase lentamente, fué apianándola, hasta emitir la última nota de la primera estrofa en un suspiro cantado.

El aire contenido en dos mil pechos se exhaló con violencia, produciendo un *bravaaa!* ...atronador, y un nutridísimo aplauso partió de todos los ámbitos del teatro.

Al oirle, inclinó la cabeza para saludar, suspiró, y una sonrisa indefinible dilató su fresca boca.

Se había impuesto, como en las demás capitales del mundo: en Madrid se la aceptaba ya sin reserva.

En el duo con Adalgissa, el público enloqueció; y al finalizar la obra las demos-

traciones de entusiasmo llegaron al colmo.

Al penetrar á la una de la madrugada en su hotel del Paseo del Cisne; al verse en el mismo cuarto de cuando era niña, cayó de rodillas, y elevando al cielo los ojos velados por las lágrimas, exclamó:

—¡Madre mía!

El mueble de lujo era ya mujer......

....

XXVIII.

La música había llegado á ser para Lola una especie de religión. La embargaba por completo, y la satisfacía en absoluto, de modo que, con el ánimo tranquilo, sin ocuparse más que del arte, era todo lo feliz que podía ser.

Absorta en su ocupación favorita, sólo al Marqués recibía en su casa, y acostumbrada á él, incapaz de apreciar todo el daño que el egoista viejo la había hecho, en medio de sus genialidades de niña mal criada, sentía por él tal gratitud, que le estimaba de todas veras, y, virgen de amor, ni podía

concebir que nadie la quisiera tanto, ni que otro hombre pudiera inspirarle otro afecto.

Mas un incidente iba á trocar el orden de sus ideas, lanzándola de nuevo en el camino del dolor, pero tan agudo, que bien mereciera el nombre de martirio.

Valcorba se disponía á partir para Canarias, donde asuntos de la herencia de un hermano reclamaban su presencia, y la suerte á colocarla en una situación difícil.

XXIX.

Terminados los preparativos para el viaje, el Marqués fué á despedirse de ella. Ésta le recibió con la mimosería de siempre.

—Vienes á decirme adiós, ¿verdad?—le dijo con sentimiento.

—Sí, niña mía (repuso él con tristeza). ¡Esta tarde vamos á separarnos por mucho tiempo tal vez, y cree que lo siento en el alma! Pero no hay remedio; ¡se trata de mucho dinero! Si tú me acompañaras....

—¡No! Ni puedo, porque fuera necesario romper mi compromiso, y soy muy formal;

ni, aunque estuviera libre, lo haría. Sabes que me opongo á que vayas. Creo que á tu edad ese viaje es un disparate, y si te acompañara y te sucediese una desgracia, no quiero ser responsable de tu locura.

—No hablemos de eso (contestó el viejo). Antes de partir tengo que rogarte una cosa, y espero que me complacerás. Durante mi ausencia no quiero que recibas á nadie.

—Eso es una tontería que yo no puedo aceptar. ¿Acaso puedes dudar de mí? ¿Á qué, pues, la recomendación? Creo que no tendré necesidad de contrariarte; pero si la tuviera, recibiría á quien fuese necesario. Yo no puedo comprometerme, ofreciendo lo que tal vez me vea obligada á no cumplir en mi calidad de artista que depende del público.

—¡Es que tengo celos hasta del viento! Si un hombre me robase á mi niña querida, Lola, me vengaria,—dijo el anciano con voz sorda, mirando á la tiple de un modo singular.

—Si, lo que no es probable, porque los hombres me dan *asco*, alguno me impresionase, te dejaría, y contigo cuanto es tuyo; es decir, todo lo que poseo, menos mi

reputación artística, importándome un ardite tu venganza si tenía tranquila la conciencia. Otra cosa: que te engañe, no lo temas: la falsía no me cabe en el alma. ¡Ten confianza en mi gratitud, no en mi miedo!—contestó ella, mirándole á su vez.

—¡Confío en tu promesa!

—Y bien puedes hacerlo.

—Está bien, Lola; perdona mis palabras, y adiós,—dijo Valcorba, poniéndose en pié.

—Adiós, Alfonso,—repuso ella estrechándole la mano.

Éste besó su tersa frente con los secos labios, y salió del hotel, tomando en su coche él camino de la estación del Mediodía.

XXX.

Á pesar de no haber querido prometerle que cumpliría aquel capricho de amante celoso, Lola no pensaba contrariarle. No accedió, porque el viejo Marqués no tenía fuerza moral, pues aunque le estimaba, el hábito de mandar la hacía dura con aquel

hombre capaz sólo de inspirar lo que á toda mujer inspira quien olvida la dignidad: un afecto en que el agradecimiento, la compasión y el desprecio se mezclaban en partes iguales.

Por lo demás, dadas las propiedades de la joven, preciso era un gran motivo para que dejara su aislamiento.

La *mujer* existía apenas; era la *tiple* fanática por el arte á todas horas, y, por consiguiente, aquél el único objeto de todos sus pensamientos; y Carelli, que con un buen sueldo la siguió, convertido en su maestro nada más, por todo el mundo, su amigo único.

Su vida, pues, en nada varió con la partida del viejo.

Pero un día, cuando el italiano entró en el estudio de su querida discípula para comenzar la cotidiana tarea, en vez de la sonrisa que de ordinario alegraba su semblante, redondo y colorado, todos los caracteres del mayor abatimiento se leían en él, y en sus ojos azules había una densa nube de tristeza.

Al estrechar la mano de aquélla, no la llamó como de costumbre por uno de los

mil poéticos nombres que existen en el idioma de Dante; miróla con amargura, y exhaló un prolongado suspiro.

—¿Qué le pasa á mi querido maestro, que trae esa cara tan compungida?—dijo la joven, mirándole á su vez y riéndose al verle así.

—¡Os reís (repuso éste en italiano), y con seguridad, la cosa no es digna de causar risa!.... Sabed (continuó) que me es preciso abandonaros.... ¿Y en qué ocasión? Cuando habéis acabado vuestra carrera musical, cuando esperaba que mi vida concluyese entre los aplausos que el mundo prodiga á mi discípula predilecta...., á la que con los laureles ganados en cien victorias artísticas y con su leal cariño ciñó á mis sienes la corona de la felicidad.

—No os entiendo, maestro (contestó ella, seria al oir las sentidas frases del pobre músico). ¿Qué causa os obliga á separaros de mí?

—La muerte de mi yerno León, que deja á mi hija Laura y á sus tres pequeñuelos sin más defensor que yo, y con los negocios en mal estado.

—Efectivamente, el caso es grave (mur-

muró Lola); pero ¿no habría medio de evitar ese viaje?

—Ninguno. ¿Qué sería de la pobre hija mía, á merced de la mala ó buena fe de los socios de su difunto marido?.

—Es verdad; debéis partir. Pero creed que, fuera de que os quiero muy de veras y me da pena que me dejéis, voy á echar muy de menos vuestra dirección, que me es tan necesaria.

—En este último concepto nada se pierde. Vos ya no aprenderéis nada; iréis más allá, no cabe duda, pero será creando, de ningún modo enseñándoos yo.... El genio no se enseña. Probablemente (prosiguió el pobre viejo enterneciéndose), ya no volveré á veros, y venía á pediros una merced antes de partir esta noche, pues he de alcanzar el vapor que sale pasado mañana de Barcelona para Civita-Vecchia. Quisiera alejarme bajo la impresión de vuestra voz celestial. Querría acompañaros por última vez esos trozos de música que yo os enseñé y vos divinizasteis con vuestro talento.

Lola, verdaderamente impresionada, se dirigió al piano sin replicar, y el maestro,

literalmente llorando, sentose delante del magnífico instrumento.

Ella cantó como pocas veces: uno y otro acabaron por olvidarse de todo, pasando dos horas en verdadero éxtasis, hasta que el elegante reloj del saloncillo de estudio, con su argentino timbre, les hizo volver á la realidad. Eran las seis, y el tren partía á las siete y cincuenta.

Cuando éste último, á punto de partir, entró de nuevo á despedirse de la *diva*, ambos se abrazaron con emoción. Dada la edad del viejo músico, aquel abrazo debía considerarse lógicamente como el último. Con los ojos llenos de lágrimas, subió al coche de su discípula, y partió.

Ésta, desde la puerta, le dirigió el postrer saludo, y cuando se retiró, lloraba.

Era un lunes, día de descanso en el Real; pero la partida de su anciano amigo la tenía de tan mal humor, que se quedó en casa.

Después de comer escribió al Marqués anunciándole lo ocurrido, contóle su última ovación, y nada más se la ocurrió decirle.

Dominada por el fastidio, púsose á estudiar; pero bien pronto dejó la tarea; aun-

que parezca inverosímil, apenas sabía tocar el piano.

Finalmente, aburrida y nerviosa, se acostó bien temprano por cierto.

Era la primera vez que esto la sucedía desde que comenzó su vida de artista. ¡La hacía falta Carelli!

XXXI.

El cuarto de que se servía Lola en el teatro era, los días en que cantaba, centro de reunión de lo más distinguido entre los amantes de la vida de escenario.

Ella á todos trataba de la misma manera: les llamaba *mis buenos amigos*, devolvía sonrisas por adulaciones, y en el fondo del alma sentía un soberano desprecio hacia los hombres, que, al manifestarse bajo la forma de indiferencia, vejó el amor propio de muchos *conquistadores*, haciéndoles comprender oportunamente que su amabilidad era sólo un resultado natural de la cortesía indispensable en quien depende del público.

Cuando alguno de sus apasionados la

decía frases de amor, no le era menester acudir á la gratitud para conservarse fiel al marqués de Valcorba.

La pasión no tenía para ella más forma que la manifestada por su amante, abdicando de la dignidad con una complacencia servil á cambio de caricias brutales. Por esto, sin darse cuenta de ello, al oirse enamorar, tal repugnancia se retrataba en su rostro, que la declaración más calurosa quedaba convertida en helado mutismo antes de atreverse á formularla el audaz galanteador.

Su alma de artista repelía con verdadero *asco* el amor así entendido, y como buscando amparo, más se engolfaba en el arte divino, dueño absoluto de su ternura, cuanto más asediada se veía por una cohorte de adoradores, que viendo en ella á la querida de un viejo decrépito, la consideraban fácil conquista, excitando la codicia ó la sensualidad.

La primera noche que cantó, después de la partida de Carelli, como de costumbre, se llenó su cuarto de gente.

La conversación versaba sobre la ópera *Lucrecia*, que se ponía en escena, mientras ella, en pié frente al espejo, arreglaba el

elegante traje de corte con que iba á salir en el segundo acto.

Concluída la tarea, sentóse con cuidado en una silla cerca de ella colocada, y suspiró.

—¡Adónde irá ese suspiro!—exclamó uno de los presentes.

—Muy lejos, amigo mío, muy lejos,—repuso la joven sonriendo.

—Dichoso aquel cuyo recuerdo vive en el alma de V.,—añadió un pollo enclenque, que con su traje de etiqueta parecía el símbolo de la sociedad, que le llamaba Juanito.

—¡Quién fuera el causante de esa expansión!—dijo, con tono de romántico despecho, un tipo, antítesis del anterior por su cuerpo monumental.

—¿Qué es lo que hace suspirar á mi querida amiga?—preguntó uno, ya entrado en años, á quien llamaban todos duque de Campo-Redondo.

—El recuerdo de un hombre, al que con razón echo muy de menos: ¡mi viejo maestro, que ayer partió para Italia! (replicó Lola con tono de pesadumbre.) Es una pérdida irreparable para mí (prosiguió diciendo), y por esó suspiré. Hoy he tenido que

estudiar sola, y esto no puede seguir así: habré de buscar un pianista.

—Pues yo sé de uno notabilísimo (dijo uno de los concurrentes), que, al paso que llenaría con ventajas el objeto que V. se propone, le estaría siempre agradecido. Se trata de un excelente muchacho, de muy buena familia; pero vino tan á menos, que con la música que aprendió por adorno, vive y mantiene á su madre. Es Enrique,—añadió, dirigiéndose á otro joven sentado junto á él.

—¿Enrique Villar? (contestó el aludido). Buen chico y gran músico.

—Pues no le conozco (dijo el Duque; y con tono doctoral añadió): Yo, Lolita, recomendaré á V. uno, cuyo nombre conocidísimo....

—¿Y dice V. que es buen músico ese Villar?—interrumpió la tiple, á quien ponía nerviosa sólo oir hablar al finchado personaje.

—Notabilísimo (afirmó Adolfo Viñales, quc así se llamaba el que recomendó al pianista Villar): sólo que su excesiva modestia, su carácter apocado, efecto de la posición en que se halla, le tienen reducido á

no ser nada jamás, á menos que, por una circunstancia favorable como ésta, se le impulse y se le saque del marasmo en que vive.

En este momento avisaron á la joven para que se preparase á salir á la escena. Púsose en pié, é interrumpiendo al Duque, que iba á hablar de nuevo, dijo, dirigiéndose á Viñales:

—Con tan buenos informes, ganas me dan de conocer á su pobre amigo.

—¿Quiere V. que se lo presente?

—Con mucho gusto. Llévemelo V. mañana por la tarde. Me quedaré en casa, y veremos si puede sustituir á mi buen Carelli.

Y saludando á todos, salió Lola de su cuarto.

—¡Oh afortunado mortal! ¡Oh dichoso pianista!—suspiró el enorme romántico, calándose el sombrero con furia.

—¡Cuidado que son raras las mujeres!—murmuró el *gomoso*, mirando de reojo su figura ridícula reflejándose en el espejo al pasar frente á él.

—Yo visitaría á Lolita si quisiera; pero soy un buen amigo, y temo mucho el *qué*

dirán,—exclamó con ampuloso acento el ilustre Duque, á quien su título y su dinero impedían ver que, ni con uno ni con otro, podía tornarse joven, y menos aún borrar las huellas que en sus manos dejaron los sabañones, único patrimonio que poseía cuando, midiendo varas de cinta en el comercio de la calle Imperial, ganaba el pan con la paciencia del asno, ya que no con el sudor de su frente.

Y así diciendo, se dispersaron todos; unos con dirección á la puerta del escenario, y otros para colocarse entre bastidores, contribuyendo con sus personas y con sus trajes á ese abigarrado conjunto que forman en el orden moral y en el material la mezcla de los personajes de la obra, con empleados y curiosos entre árboles, nubes y montes de tela y cartón-piedra. Conjunto indescriptible, de carácter tan particular, que sin verlo no puede apreciarse.

XXXII.

No sin emoción penetraron Adolfo Viñales y el pianista Enrique Villar en casa de Lola.

Al ser introducidos en el elegante gabinete del piso bajo, el primero hubiese querido que todos sus compañeros de corte le vieran; el otro, que las agujas del reloj de porcelana de Sevres colocado sobre la chimenea, se hubiesen detenido indefinidamente, y con ellas la marcha siempre igual del tiempo.

Para el uno, aquella visita tenía el valor que á cosas de poca monta presta con frecuencia la satisfacción del amor propio.

Para el pobre músico, la posibilidad de tener un modo de vivir decoroso y desahogado, que hasta el día no pudo alcanzar. Por eso hubiera querido que, siendo cada minuto interminable, tardara más en huir una nueva esperanza, que, falto de ánimo, acariciaba con verdadero cariño, después que tantas vió desvanecerse como el humo.

La figura de este último predisponía en su favor.

Como suele decirse, *tenía ángel.*

Era alto, enjuto pero robusto, estaba vestido con modestia, y en sus maneras se reconoçía á la persona decente, no obstante el natural encogimiento en quien,

constreñido por la suerte, vive fuera de su centro.

Su rostro, adornado por espesa barba negra, pálido con la palidez natural en los hijos de Valencia, tenía una dulce expresión de melancolía, y en sus ojos oscuros, velados por largas pestañas, se reflejaba un alma sensible y apasionada.

En una palabra: era un hombre que, sin poder llamarse *guapo*, siendo incorrectas todas sus facciones en detalle, resultaba notablemente gallardo, interesante.

El objeto que más llamó su atención, entre las mil riquezas reunidas en la elegantísima estancia donde se hallaba, fué el soberbio piano de Pleyel que, junto á un balcón, con sus teclas blancas, parecía sonreirle con sonrisa de amigo verdadero.

Acercóse maquinalmente á él, produjeron sus dedos un acorde, y en aquel momento se abrió la puerta, dando paso á Lola, que se dirigió resueltamente hacia donde estaba Viñales.

Al ruído se volvió rápido, y al ver á la encantadora joven, quedó como aturdido.

El pobre no podía disponer de una sola noche para proporcionarse el gusto de oir

buena música, so pena de perder su *jornal*, y por esto no la conocía más que de nombre.

—Tengo el gusto de presentar á V. á Enrique Villar, como tuvo el honor de anunciarle ayer (dijo Adolfo, después de saludarla, señalando al músico). Es un notable pianista (continuó). Sólo que, en vez de Enrique, cuádrale mejor el nombre de *Modesto*.

—Mi amigo, señorita (se apresuró á decir éste), es muy galante, me quiere mucho, y por eso ve lo que no existe.

—Efectivamente: Viñales es muy galante; pero en este caso debe ser justo. Ya ve que no es lisonja, pues le rogué que viniera con V. para tener la satisfacción de conocerle y admirarle,—interrumpió Lola.

—Sin duda ninguna, entre los favores que le debo, el de haberme traído á esta casa, proporcionándome la honra de ofrecer á V. mis respetos, será el que más le agradezca, —dijo el joven, turbado como una niña de quince años al oir la primer frase de amor.

—¿Me llamará indiscreta si le ruego que nos haga oir algo de música?—esclamó la tiple, para sacarle del atolladero en que su turbación le tenía.

—Todo lo contrario. Lo que siento es que va V. á sufrir un desengaño, porque ni soy un pianista como Adolfo asegura, ni jamás supe tocar nada de memoria,—repuso Villar, mientras, quitándose los guantes, tomaba asiento en el taburete delante del piano.

—Toca algo tuyo,—le dijo su amigo.

—¡Ah! ¿También compositor?....—exclamó Lola.

—¡Oh, señora!.... No haga V. caso de lo que Adolfo diga.

Dicho esto, quedóse Enrique un instante pensativo, y tomada la resolución, comenzó una de las más bellas sonatas de Beethoven, la que se conoce con el nombre *Clair de Lune*.

El magnífico instrumento, al contacto de sus dedos, parecía llorar con la emoción del que se ve tratado todo lo bien que merece.

Aquella obra originalísima, melancólica, semejante á un gemido al comenzar, que luego se trueca en rico raudal de armonía, dominó á la artista. La sonrisa que en un principio dilataba sus labios, fué desapareciendo poco á poco; el sentimiento del arte brilló en sus ojos, perdió la conciencia

del mundo material, alzóse de su asiento, y como atraída por aquel canto inspiradísimo, fué á colocarse junto al piano, en el momento en que el excelente pianista arrancaba á las cuerdas el último acorde de la sublime creación.

—Siga V.,—exclamó con un acento singular.

—Señora, si no me acuerdo,—repuso Enrique bajando los ojos, al cruzar su mirada con la de la joven.

—¡Oh! Es V. un verdadero artista. ¡Bien decía Viñales! (dijo ésta reponiéndose; y tomando de encima de un precioso musiquero la partitura de Lucrecia, la abrió por el aria *Come è bello,* y prosiguió, mientras la colocaba en el atril del piano:) ¿Vamos á ver cómo sale esto?

Cómo cantó y cómo fué acompañada, no puede describirse. Adolfo Viñales escuchaba extático.

Concluída aquella prueba, volvió ella junto á este último, y al sentarse de nuevo, le preguntó:

—¿V. le ha dicho algo á su amigo? ¿Sabe V. si querrá sustituir á Carelli?

—Ciertamente,—repuso él.

—En ese caso, Sr. Villar, ¿cuento con V.?

—Sin duda ninguna (contestó el interpelado sin vacilar). Cuente V. conmigo en absoluto.

—Perfectamente. Mi antiguo maestro vivía aquí en condiciones especiales. V., como está con su madre, habrá de fijar horas para no tenerle ocupado todo el día. De diez á dos le espero á V. desde mañana. Sueldo.... V. lo fijará.

—Señora, quedo agradecidísimo, y con respecto á *eso*.... lo que V. quiera.

—Me da vergüenza tratarlo con V., porque el arte no se paga. Pero como la vida cuesta dinero, y hay que pensar en él.... de *eso* hablaremos Viñales y yo. Desde luego he de advertirle una cosa. Es menester que lo deje *todo*, para ocuparse solo de mí. Es mi costumbre.

Los dos amigos se despidieron. Adolfo orgulloso y satisfecho; Enrique confuso y aturdido.

Ya en el jardín, el primero puso la mano sobre el hombro de éste, diciéndole con alegría:

—¿Lo ves, hombre? Ya estás colocado.

—Sí, es verdad,—repuso el músico distraídamente.

Pregunta y respuesta eran inconexas, y sin embargo definían el estado de ánimo de los dos.

Uno quería demostrar que se había resuelto el problema. Otro dudaba, porque en su alma todo era confusión.

XXXIII.

La armonía entre las inclinaciones de dos personas es uno de los motivos que más fácilmente determina la amistad; y si esto sucede tratándose de una afición de poca monta, la caza, por ejemplo, cuando se trata de una especie de fanatismo, que tal puede llamarse lo que sienten los verdaderos amantes de la música, claro es que la fuerza que les atrae el uno hacia el otro es mucho más poderosa, porque entonces puede afirmarse que son afines todos sus afectos.

Para que dos seres sientan con igual entusiasmo un arte, preciso es que su organización sea análoga.

Por esta causa Enrique fué en extremo simpático á Lola.

Cuando los dos amigos se fueron, ella quedó bajo una impresión gratísima. El joven músico la había satisfecho por completo, y con su carácter impresionable ansiaba ver llegada la noche para hablar con Viñales, y arreglarlo todo de manera que, en definitiva, quedara sustituyendo á Carelli, á quien aventajaba como pianista, sin que importase su desconocimiento de la escuela de canto; pues que, como aquél dijo al partir, ella ya nada tenía que aprender.

Por fin llegó la ocasión de ver á Adolfo, y apenas entró éste en su cuarto, saludóle con suma amabilidad, abordando el asunto en esta forma:

—Le estoy á V. agradecidísima: su amigo es para mí un verdadero hallazgo.... ¡Qué modo de tocar!.... Hasta esta tarde no había yo podido comprender que en un instrumento tan ingrato se expresara la música de ese modo. Porque lo más notable consiste, á mi juicio, en que, sin abusar del dominio que tiene sobre las teclas, se limita á sentir, huyendo del defecto de todos los pianistas, que sacrifican el arte á la ejecu-

ción, creyendo hacerlo mejor cuanto más se acercan al cilindro dentado del piano mecánico.

—Aunque de antemano sabía que quedaría V. satisfecha de él, porque no puede negarse que es un artista de verdad (contestó Adolfo), me felicito y felicito á mi pobre amigo, por más que poca parte me corresponde en la dicha de haberla sido agradable. Á medida que V. le trate (prosiguió) se convencerá más y más de lo digno que es de mejor suerte, tanto por su buen carácter, cuanto por sus excepcionales dotes artísticas. Pero para todo en el mundo se requiere fortuna, y no puede V. figurarse, amiga mía, cuán mala fué la suya.

—En efecto: se le conoce que es un buen muchacho. Crea V. que, si puedo, he de trabajar con todas mis fuerzas para que mejore su suerte. ¿Tiene V. idea (añadió Lola) de lo que viene á ganar entre el café y las lecciones?

—Señora, mil veces le oí quejarse de lo que le cuesta reunir doce ó catorce mil reales que necesita para sostenerse y sostener á su madre.

—¡Doce mil reales! ¡Pobre chico! Verda-

deramente es bien poco para un artista de su mérito.

—¡Y qué quiere V.! Con un carácter como el suyo, tímido y honrado hasta lo inverosímil, ¡en la vida dejará de ser ochavo!

—Pues bien: deseaba ver á V. para ponernos de acuerdo en *eso*, como decía él. Á mí me gusta que el pianista que me ayude á estudiar mi repertorio se amalgame á mi manera de cantar de un modo absoluto: por esto le dije que era preciso dejarlo todo. Haciéndolo así, ¿cree V. que con treinta mil reales al año tendrá compensado todo lo que pudiera ganar?

—¡Señora, ya lo creo; con creces!

—Pues ese será su sueldo. Dígaselo V., y además, que la butaca número uno de la fila primera está destinada para él, con objeto de que me oiga siempre que cante, aprecie mi estilo y se haga á mi escuela de canto.

—Es V. un ángel, Lolita (exclamó Viñales lleno de júbilo); y como el bien nunca queda sin premio, esta buena acción hallará su merecido. Bendita mil veces la hora (prosiguió) en que pensé en recomen-

darle á mi pobre amigo. Gracias por él, á quien hace V. feliz, y por mí, pues su dicha me pertenece.

La entrada de los individuos de todas las noches cortó esta conversación, haciéndola cambiar de giro, no sin disgusto por parte de la joven, que, contenta como niño con zapatos nuevos, *deseaba* hablar de *su pianista*, como ella llamaba á Enrique Villar.

XXXIV.

Para éste, aquel cargo que acababa de conseguir, tenía gran importancia, por mil conceptos. Con un buen sueldo que le permitiera rodear á su madre de ciertas comodidades, ejerciendo su arte favorito con decoro, él, sin vicios ni exageradas aspiraciones, ¿qué más podía apetecer?

Por otra parte, Lola le había impresionado vivísimamente. Cuando la oyó cantar, hubiera querido que su voz no se extinguiera nunca.

Así es que, al ver entrar á su amigo,

que, sin perder tiempo, después de la entrevista con la tiple, corrió á buscarle al café donde tocaba por las noches, le dió un vuelco el corazón; y al oirla referir lo ocurrido, ya no fué simpatía lo que sintió por ella, sino verdadera gratitud, y esa especie de atracción que ejerce sobre nosotros quien nos hace un gran beneficio.

Á la mañana siguiente, un vivo deseo de que fueran las nueve y media le tenía inquieto: apenas las oyó sonar, tomó á buen paso el camino de casa de la artista, y á las diez en punto entraba en el estudio de ésta.

Sólo viéndose en aquella elegante estancia, al oir la voz de la criada, que le invitó á sentarse, diciendo: «Haga V. el favor de esperar; la señorita va á salir en seguida», se convenció de que no era un sueño todo aquello.

Pocos momentos hacía que en pié junto al balcón miraba al jardín, cuando Lola entró en el aposento.

Envuelta en una bata de franela blanca, cubierta la cabeza, sin peinar, por un tocado de encaje con cintas azules, como los vivos de su vestido; todo lo bella, en

fin, que está una mujer hermosa pocos instantes después de abandonar el lecho, causó tal impresión en el pobre músico, que, sin atreverse á dejar su puesto, no hubiera dicho palabra, á no sacarle ella de su estupor, diciéndole:

—Buenos días, amigo mío. Perdóneme si le hice aguardar; pero hoy estaba así.... algo perezosilla.

—Mi más ardiente deseo (se atrevió á responder) consiste, señorita, en cumplir sus órdenes. Fuera del honor de servirla, tengo sobrados motivos de agradecimiento para que V. nunca tenga razón al darme excusas.

—De hoy más (dijo ella) hemos de ser dos buenos camaradas, que juntos recorreremos la senda del arte que nos seduce, la música. Fuera, pues, cumplidos inútiles; llámeme Lola, y no señorita, y.... ¡al piano, maestro Enrique!....—concluyó, echándose á reir.

Mientras ella buscaba en un estante lleno de partituras la que iba á ocuparla en aquel día, el joven sentóse al piano, y sus dedos arrancaron á las cuerdas, con rapidez asombrosa, multitud de notas que

llenaron los ámbitos del estudio con sus alegres sonidos.

—¿Qué le parece á V.?—preguntó la tiple sin volver la cabeza.

—Soberbio. El instrumento es digno de la voz de su propietaria.

—Gracias por él y por mí,—repuso ésta acercándose y poniendo un libro sobre el atril; é indicando en seguida al novel maestro cómo había de hacer los acordes para las vocalizaciones, comenzó el trabajo.

XXXV.

Concluída esta gimnasia de voz con que la mayoría de los cantantes suelen dar comienzo á su estudio cotidiano, mientras descansaba para de nuevo seguir su tarea, Lola dijo á Eurique:

—¿Está V. fatigado, Villar?

—No, señora: tocar el piano nunca me cansa,—replicó éste, á quien la franqueza del alegre carácter de la joven le había hecho perder ya la timidez que en un principio sentía.



—Pues entonces (prosiguió ella), ¿me quiere V. hacer el favor de ejecutar alguna pieza suya mientras yo descanso? Viñales se lo dijo ayer, y V. nos dejó con el deseo.

—Voy á complacerla (repuso el músico disponiéndose para hacerlo); pero desde luego cuento con el consiguiente desengaño. Siento aquí dentro (continuó, poniendo la mano sobre su pecho) lo que es la música; pero no sé formularla; así es que mis composiciones son tan sólo malas rapsodias.

—Vaya, empiece V.; que voy viendo que su amigo tenía razón cuando aseguraba que debiamos llamarle *Modesto*.

El joven músico obedeció, ejecutando un tema sencillísimo, pero lleno de dulzura: insensiblemente aquellas notas fueron combinándose con prodigiosos y singulares efectos que sacaban al instrumento de su esfera, hasta terminar en una serie de arpegios vibrantes y poderosos, como si tres ó cuatro pianos sonaran al mismo tiempo.

Aquella melodía originalísima por sí misma, perfecta bajo el punto de vista artístico, verdadero prodigio de composición, sin perder la primera propiedad, parecía

concebida por Haidn y desarrollada por Meyerbeer.

Bajo la dulce influencia de aquellos inspirados sonidos, Lola parecía absorta, con la cabeza sobre el respaldo de la butaca y los ojos entreabiertos, fijos en el techo.

Al vibrar el último acorde, fijó en el pianista su mirada, brillando entre sus pestañas una lágrima de emoción, y le preguntó con extraño acento:

—¿Y cómo llama V. á su preciosa melodía?....

—Jamás me ocurrió bautizarla (repuso él); pero si V. me honra siendo su madrina, la llamaremos como V. quiera.

Sin responder, levantóse la tiple del sillón, y sentándose junto al novel maestro, abrió la partitura de Fausto por el aria de las joyas, diciendo:

—Continuemos la interrumpida tarea. Veamos si hoy comprendo estas notas, que, con ser tan inspiradas, nunca dije á mi gusto.

Un singular afecto la embargaba. Sin saber por qué, cuando Enrique le dijo que su melodía no tenía nombre, ensanchósele el pecho.

Éste á su vez estaba nervioso: había ejecutado una pieza suya sin que la joven le aplaudiera ni le elogiara. Y esto le causaba disgusto. Era la primera vez en su vida que su modestia se veía dominada por el amor propio.

Cuando á las dos de la tarde se despidió de su nueva amiga, al estrechar su mano, sintió una especie de escalofrío.

Ella, á su vez, se estremeció sin poderlo evitar.

Aquella noche estaba libre; mandó tomar un palco, y fué al Español; pero, á pesar de que se representaba *El Alcalde de Zalamea*, obra de un inmortal autor, llena por doquier de bellezas, cansóse antes de finalizar el segundo acto, y, obedeciendo á uno de los caprichos repentinos que le eran peculiares, abandonó el teatro y fuese á su casa.

Aburrida y nerviosa, se acostó, leyó, dejó la lectura y acabó por llorar como una niña, sin saber por qué. Aquel llanto parece que la calmó, y durmióse suspirando.

XXXVI.

Por espacio de muchos días, las horas de trabajo de nuestra amiga mermaban considerablemente, porque mientras duraba el descanso, entre las vocalizaciones y el estudio de la partitura de Fausto que entonces la ocupaba, pedía á Enrique que ejecutara al piano composiciones suyas; y como nunca se cansaba de escucharlas, ni él de complacerla, resultaban verdaderos interminables conciertos, tan del agrado de una, que ansiaba ver llegar la hora, como á gusto del otro, que con verdadera impaciencia esperaba dar comienzo á la cotidiana tarea.

Al poco tiempo, pues, de haberse conocido, eran en efecto dos buenos amigos, habiendo aquella simpatía verificado algunas modificaciones en sus respectivos caracteres.

La joven, por de pronto, experimentaba dos extraños fenómenos.

Sus asiduos contertulios, de indiferentes, se le hicieron insoportables, excepción he-

cha de Viñales, y tomó á su cuarto del teatro tal aversión, que permanecía en él lo menos posible.

Además, parece que el arte la dominaba más; cantaba siempre con toda su alma, sin reserva, y cuando el público la aplaudía frenético, oía aquellos aplausos con un orgullo impropio de una artista de su talla.

Enrique, á su vez, ocupaba su localidad antes de que sonara la primera nota de los números que ella había de ejecutar, y, sin apercibirse, de benevolente y dulce, se trocaba en irascible é intolerante, hasta el punto de refunfuñar una inconveniencia si junto á él se entablaba una conversación ó un vecino se permitía toser.

En síntesis: ella cantaba, no para el público, sino para el pianista, y éste ya sólo vivía para una cosa: para ver en Lola lo único bello, lo único en armonía con su carácter.

En tal estado, pasaron más de dos meses. Uno y otro se amaban con verdadera locura, sin comprenderlo.

Él, dominado por una sensibilidad exquisita, amando con el alma, sentía un afecto tan diferente del que otras mujeres de quie-

nes se creyó enamorado llegaron á inspirarle, que llamaba amistad fraternal á lo que era fanática adoración.

Ella, porque, pensando como sabemos sobre el amor, acostumbrada á oir llamar así á la concupiscencia de los hombres civilizados, creía que aquel sentimiento nobilísimo, aquel sublime platonismo, procedente del espíritu, no de la materia, no era amoroso anhelo, no podía serlo.

Por eso las ideas se revolvían en tropel dentro de sus respectivos cerebros, sin que del heterogéneo conjunto que formaban pudiese brotar una capaz de sintetizarlas, de definirlas, para que, puesto en claro el común deseo, cupiese la esperanza.

Uno y otra sufrían las consecuencias de la lucha bajo la forma de una sensación mixta, en que el dolor y el placer aparecían íntimamente mezclados, como los metales preciosos y la materia bruta, sin valor ninguno, en los pedruscos del filón de una mina.

La análoga organización moral de uno y otra, la unidad de aspiraciones de aquellas dos almas hermanas, eran elementos de tal especie, que, como los dos flúidos contrarios, si se juntan, producen la descarga

eléctrica, así ellos, atraídos entre sí, si se juntaban en un momento oportuno, producirían el amor. Pero el amor verdadero, no el capricho ó el deseo brutal oculto tras las formas del más sublime y más lógico de los afectos.

De nuevo en el alma de Lola iba á librarse batalla entre pasiones contrarias. Enfrente de la *gratitud*, poderoso afecto, síntesis de los recuerdos, el *amor*, emblema de las esperanzas todas, había germinado ya.

Para que adquiriese tanta fuerza como su contrario, robustecido por muchos años de existencia; para inflamar el combustible tan bien dispuesto para el incendio, que si llegaba á declararse, nada podría atajar, bastaría una pequeña chispa.

El detalle, al parecer insignificante, que la suerte designó para que se desarrollara, no tardó en presentarse.

XXXVII.

Una mañana, momentos antes de las diez (hora fijada, como ya sabemos, para empezar el estudio), una voz bien conocida

para Lola, la de Adela, su antigua doncella, llegó á sus oídos en el momento de entrar en el saloncito donde ya Enrique la esperaba.

Llena de gozo, corrió al encuentro de ella, y con verdadera efusión la abrazó, cubriendo de besos aquel rostro cuyos colores revelaban una salud envidiable, pues la quería con toda el alma.

Compañera mejor que sirviente, salió de su casa llorando, aunque era por casarse con un ex-cochero del Marqués en Fuencarral; siempre la dió pruebas de una adhesión sin límites, y llegó á ser por espacio de mucho tiempo el primer objeto de cariño para ella, después de su madre.

Satisfecha de verse de tal manera acariciada, exclamó entre besos y halagos:

—¡Qué ganas tenía de ver á la señorita!....

—Pues no se conoce (repuso Lola, con tono de cariñoso reproche). ¡Á dos pasos de Madrid, y sin venir!.... ¡Buena ingrata estás tú!.... Pero ven (prosiguió); entra en el cuarto de música.

—Pero, señorita, ¿V. sabe lo que dan de

sí dos diablos como esta?....—exclamó Adela, señalando una preciosa niña de tres años, que, agarrada á su falda, miraba con asombro los muebles y demás objetos que adornaban el estudio.

—¿Cómo dos?—interrogó la tiple, sentándose y colocando á la pequeña sobre sus rodillas.

—¡Pues es claro! Ésta, y uno de nueve meses, que ya habrá vuelto loco á su padre á fuerza de berrear.

—¿Por qué no le has traído, mujer?

—¿Y adónde voy con ellos? ¡Si esta indina hubiera querido quedarse! Pero *quiá*; tras de la soga el caldero.

—¿Y qué tal te va con tu marido?

—¡Ay, señorita! Como los tiempos están muy malos, pasamos nuestros trabajillos; pero eso y mucho más se merece mi pobre Antonio. Él, ni fuma, ni se emborracha; nada. Al trabajo los días de hacienda, á sacar su jornal para sus hijos, y el domingo á paseo con ellos y conmigo. Pobres somos; pero en mi casa parece que Dios echó la bendición. Ni con candil se encuentra otro como mi hombre.

Y así diciendo, Adela miró á Enrique,

y después á Lola, que se puso roja como la grana.

Aquel cuadro de felicidad, pintado con sencillez, pero con vivos colores, y la significativa mirada que siguió al bello bosquejo de la vida de familia, aun en medio de la pobreza, le impresionaron.

Temerosa de una indiscreción, cambió el giro del discurso, preguntando á la pequeñuela, muy entretenida en deshacerle los lazos de la bata:

—¿Cómo te llamas, nena?

—Lolita,—repuso ésta, sin abandonar su tarea.

—¿Y me quieres?

—*Chí.*

—Y qué eres, ¿guapa ó fea?

—*Bapa;* y *tú*, ¿*quén ere*?—dijo á su vez la pequeña, mirando con curiosidad á la joven.

—Una señora que te quiere mucho.

—Y *eche*, ¿*quén é*?—insistió aquélla, señalando al pianista.

—¿Ese? Un caballero que toca muy bien el piano,—repuso Lola, ruborizada de nuevo, y más temerosa aún de que una *inocentada* de Lolita la pusiera en un apuro, añadió, dirigiéndose á Villar:

—Toque V. algo. Á ver qué efecto le hace á mi tocaya.

En cuanto la chiquitina oyó las primeras notas, deslizóse de entre los brazos de la joven, y corriendo al lado del instrumento, primero le miró con sorpresa, y cuando al fijarse en Enrique vió que la sonreía, acercóse sin vacilar, y con la mayor frescura comenzó á golpear la teclas con los puños cerrados, dando muestras de la más viva satisfacción.

—¡Estate quieta, enemigo!....—gritó Adela.

—¡Déjala!.... ¡Me hace mucha gracia!.... Toca, toca, hija mía,—exclamó Lola riendo.

La chiquilla, animada por ésta, siguió su faena cada vez con mayor entusiasmo, hasta que su madre, tomándola por la mano, la condujo al lado de la joven, diciéndole:

—Vamos; hazle un cariñito á esta señora.

La improvisada pianista se puso de rodillas en el regazo de la tiple, y después de acercar sus labios frescos y delicados á la boca de ésta, exclamó, pasándole las manecitas por las mejillas, y haciendo un mohín encantador:

—*¡Cánto te quero, monina mía!*

—¡Qué rica!.... (dijo Lola, besándola con delicia. Y dirigiéndose á la madre, prosiguió): ¿Quieres dejármela, Adela?

—¡Ay, señorita!.... Ni por más millones que tiene el Perú (repuso aquélla). Separarme de mi Lolín.... ¡No, no!

—Pero si tienes dos....

—¡Aunque tuviese diez!.... ¡V. no sabe lo que es un hijo!....

Esta última frase fué derecha al corazón de la joven, que, en efecto, no lo sabía; pero hacía un momento se lo figuraba con grande exactitud.

Sin pronunciar palabra, miró á Enrique, encantado, contemplando el grupo que formaban joven y niña: fijó luego en éste sus ojos, animados por una expresión extraña, y besándola con ternura, salió del aposento con ella en brazos. Pocos momentos después volvió, trayéndola por una mano.

—*Mía, maye; pa dulches!....*—dijo al entrar la pequeña, enseñándole dos monedas de oro en la manecita que tenía libre.

—Pero ¡señorita!—exclamó Adela.

—Adiós. Tengo que hacer: si no tienes prisa, quédate y comerás aquí,—le dijo la tiple.

—¿Y mi pobre cachorrito?.... Otro día será. Vamos, Lolita (contestó la criada): da un beso á esta señora.

Lola la abrazó de nuevo, y *estrujando* materialmente á la chiquitina, exclamó, antes de darle el último beso:

—¡Bendita seas!.... ¡Quiera Dios hacerte feliz!.... y si no, que ahora te arranque la vida.

Cuando se quedó sola con el pianista, uno y otra permanecieron silenciosos.

De pronto dijo aquélla, después de hacer un gesto, como si con él hubiese querido desechar una idea triste:

—Enrique, no me siento bien. ¿Podría V. volver esta tarde, para que no perdiésemos el día?

—Como V. guste. Hasta luego, Lola,—replicó Villar.

Y salió, tomando con aire distraído el camino de su casa.

XXXVIII.

La escena que acabo de relatar fué *la chispa* que determinó el incendio.

Cuando la niña acariciaba el rostro de nuestra amiga, el instinto de la maternidad se concretó en esta idea: *¡Si este angelito fuera hija mía!....*

Al comprender el significado de la mirada que Adela dirigió á Enrique primero, y luego á ella, otro pensamiento correlativo de la idea anterior completó el cuadro con esta frase: *¡Si ese hombre, tan en consonancia con mi modo de ser, fuera su padre!....*

Y una y otra consideración se fundieron en su mente, formando una entidad encantadora, símbolo de la dicha, fuente de inefable ventura: *la familia.*

¡No bien estuvo definido el afecto *síntesis* de todas las esperanzas, comenzó la lucha en la conciencia.

«Enrique, el hombre amado, hijos, juventud, bienestar. He aquí la vida: con tales elementos, el porvenir es tuyo,» —murmuraba el amor.

«¿Y el pobre anciano que te lo sacrificó todo? ¿Te crees autorizada para amargar con tu egoismo los últimos días de su existencia?» —gritaba la gratitud con voz potente.

Después de muchos días de constante batallar, venció la última.

....

....

Aunque por distintos motivos, Enrique discurría de una manera bien análoga, cuando, sin poderlo evitar, acariciaba en su imaginación las ideas mismas que su amada.

Lo que en ésta era *gratitud*, en él se llamaba *delicadeza*. Él, pobre pianista, no debía aspirar á la mano de una mujer rica, so pena de que se le creyera un hombre indigno.... Tal vez ella misma le negaría hasta su amistad, creyéndole interesado.

Finalmente: uno y otro, después de mucho luchar, llegaron á la misma conclusión.

Aquel amor era imposible en el orden material. Pero en el moral variaban las circunstancias.

Una amistad ilimitada, exenta de todo lo que no fuera purísimo, ¿no ofrecía la satisfacción de tan sublime afecto?

¡Pues que otra cosa no podía ser, se conformarían con llamarse hermanos!

¡Pobres ilusos!

XXXIX.

Con el firme propósito de ocultar en el fondo de sus almas aquella pasión y renunciar á todo goce que no fuera puramente amistoso, Enrique y Lola fueron poco á poco intimando y satisfaciendo su cariño con esas mil pequeñeces que constituyen uno de los mayores encantos de los enamorados.

En aquel pugilato de ternura, sin nada que turbase tan inocentes placeres, pasaban los días sin sentir. Aquellas sesiones en que las piezas compuestas por el joven, dedicadas *á su mejor amiga*, merecían siempre amistosos aplausos, llegaron á ser interminables, y el gabinete de estudio acabó por convertirse en templo del más puro, más tierno y más poético de los amores, sin que la amante pareja cayera en la cuenta de que si aquél existe en verdad, se expresa por sí mismo con un lenguaje universal, conciso, sublime, que condensa en una mi-

rada, en una sonrisa, ideas cuyo significado no se describiría con las palabras todas del más rico idioma.

Aunque la primavera con su cielo azul, y sus días, bien largos por cierto, alegraba ya las calles de la coronada villa, algunos, el trabajo de la tiple se prolongaba hasta el oscurecer.

Una de estas tardes la joven, sentada cerca de la ventana abierta, respiraba con delicia el aire tibio, saturado del aroma que despedían las acacias y las flores del jardín, mientras Enrique, junto á ella, elogiaba calurosamente la manera cómo interpretó el papel de Margarita en la última representación de la grande obra de Gounod, que había servido para cerrar la temporada en el regio coliseo tres días antes.

—Si yo no hallase el cuarteto, y sobre todo el duo del tercer acto, hermosísimo, grandioso, sublime, hasta ser imposible que ningún talento musical invente cosa más bella, oyéndoselo á V. hubiese tenido que convencerme de mi error. Si yo me enamorase alguna vez (que lo dificulto), crea V. que sentiría el *sempre amar*, como V. al pronunciarlo con aquella entonación ini-

mitable. El públieo estaba pendiente de sus labios de V. ¡Qué silencio, qué emoción mientras la oían! ¡Qué palmotear, qué gritar *brava* al final! Yo, lo confieso, estaba emocionado al oirla y al ver aquel entusiasmo; no sabía qué pasaba en mí. ¡Ya se ve! Soy tan buen amigo de mi amiga Lola, la quiero tan de veras.... que cuanto con ella tiene relación me afecta en igual sentido que á V. Si su ventura dependiese algún día de mi vida, ¡con qué gusto se la sacrificaría! ¡Con qué placer viera cómo mi alma abandonaba el cuerpo miserable! Pero hoy, no sé qué tiene V. Está preocupada; parece que sus pensamientos son tristísimos, y yo, como su alegría ó su tristeza se reflejan en mí, estoy triste á mi vez y disgustado, porque veo que ya no merezco su confianza. ¿Qué tiene V.? ¡Dígamelo! ¿Acaso ya no soy su mejor, tal vez su único amigo?

—¡Sí, es verdad!.... ¡Estoy triste!.... Dentro de poco volverá el viejo Marqués, y entonces.... sin estos momentos de dulce y amistosa expansión!.... ¡Sola, sin el calor de nuestra fraternal amistad (prosiguió la joven, suspirando), le echaré bien de menos!....

—¿Y por qué ha de suceder así? (repuso Enrique con susto, mirando á Lola.) ¿Hay acaso algo punible en nuestros actos?.... ¿Con qué derecho se nos impedirá?....

—No se trata de derechos (interrumpió la tiple con dulzura). Se trata simplemente de la especial manera de ser del hombre á quien debo cuanto soy.... Yo sé que vería con disgusto que en mi pecho había más afectos que el que sabe que le profeso.... El pobre anciano es celoso, y yo incapaz de amargar por egoismo los últimos años de su existencia.... ¡Créame, amigo mío; es menester que seamos razonables, y no lo seríamos apreciando las cosas de otro modo!

—Es decir (exclamó Enrique, con tono que revelaba su alteración), que así, como si fuera la cosa más sencilla del mundo, V., que se dice mi buena amiga, sabiendo que me es necesaria para vivir, que mi soledad (sin V. el universo me parece desierto) me sería insoportable, será capaz de decirme: «Le quiero á V. como un hermano.... pero lejos de mí.... ¡Así lo exigen los ridículos celos de un viejo á quien debo!....»

—Cuanto soy, cuanto valgo y cuanto

tengo (dijo la *diva*, interrumpiéndole con energía. Y luego, con tono cariñoso, añadió): pero yo siempre seré la misma, la hermana cariñosa.

—No, Lola (dijo el joven con resolución). Eso no sucederá. Á mí no me basta con ese cariño.... Pues que preciso es decirlo, sea.... ¡Yo la adoro á V., y el que adora necesita rendir culto á su ídolo!....

—¡Enrique!....—exclamó ella, con tono que tanto tenía de gozo como de pena.

—¡Qué! (repuso él.) ¿Le molesta mi franqueza?.... Yo no pido nada; quien, como yo, nada vale, ¿qué puede pedir? Pero ya que otra cosa no puede ser, déjeme que sea feliz así.... á mi manera.

—¡Por Dios, amigo mío; calle V.; esas frases son nuestra desventura!....

—¿Por qué?

—Porque no debe V. pronunciarlas.... y si las pronuncia, yo no debo oirlas.... (contestó ella con amargura.) Por razones que V. conoce tan bien como yo, no puedo ser más que su hermana.... No aspiremos á lo imposible....

—¡Lola, Lola mía!.... (exclamó el amante joven, después de breve silencio, tomando

una mano de la tiple y estrechándola con frenesí.) ¡Por lo que más ame, le ruego que no me rechace!.... ¡Yo no le pido más que un poco de benevolencia.... á cambio de mi idolatría!.... ¡Mi labio no hubiese pronunciado una palabra de amor; mi pasión hubiera permanecido oculta bajo el disfraz de la más pura amistad!.... ¡Pero al oir que iba á privarme de mi única dicha.... no me pude contener!.... ¡La quiero á V. tanto, tanto!....

—¡Por Dios, Enrique, amigo mío!....

—¡Si V. supiera (continuó el músico con triste acento) cuántas horas de insomnio significa mi cariño!.... Con el cerebro dominado por él, soñaba despierto; la felicidad bajo mil aspectos de encantadora poesía se presentaba á mis ojos.... ¡Mi hogar siendo un templo erigido á mi diosa, en que yo, su sacerdote, le rendía culto!.... ¡Todos los goces que no caben fuera de la familia, presidida por el mutuo amor, aparecían en mis ensueños, rodeados de una aureola divina!.... ¡Y, sin embargo, porque sé que V. no puede amarme, porque yo no valgo tanto como V. merece, callaba y sufría, y me conformaba con llamarla her-

mana!.... ¡Y ahora quiere V. que renuncie hasta á eso!.... ¡Oh, no, Lola; por la memoria de su madre se lo ruego!....

—¡Pero, Enrique, hágase V. cargo de mi situación!....—dijo ella, sin atreverse á levantar la vista del suelo.

—¡No, no puedo hacerme cargo de nada!.... ¡Permítame V. que siga como hasta hoy; déjeme V. adorarla así, con este entusiasmo.... y la juro que no volveré á importunarla! ¡Por piedad, Lola, no me condene á morir desesperado!....

Y así diciendo, el joven, puesto de rodillas á sus piés, la miraba con expresión de ternura tal, que ella, sin poder contestar, sin osar mirarle frente á frente, permaneció en silencio, mientras él, pasando el brazo alrededor de su talle, murmuraba rozando cási su oído:

—¡No me rechace!.... ¡Míreme V. un solo instante!.... Lea V. en mis ojos lo que no puede expresarse con palabras.

Fascinada, volvió la cara cubierta por el rubor, le miró de un modo singular, y como si una fuerza sobrenatural las atrajera, las cabezas de ambos se acercaron, mezcláronse sus alientos, ¡y sus bocas se

juntaron en un beso apasionado, silencioso, indescriptible!....

Pero como si Enrique la hubiese herido en los labios, hizo Lola un esfuerzo, desasiéndose bruscamente de sus brazos, y juntando las manos, con voz apagada, dijo:

—¡Por Dios.... por piedad!....

—¡Lola, alma mía!—exclamó él, procurando abrazarla.

—¡No, no me quiere V. criminal!....

—¿Es un crimen amarme?....

—¡Sí! ¡Soy una infame!.... No me pertenezco, y he abusado de la confianza de un hombre á quien se lo debo todo, absolutamente todo....

—Sí, inclusa la deshonra (gritó el músico, frenético, poniéndose en pié). *Todo* se lo debe V. al miserable que compró, ó creyó comprar, con un puñado de oro lo que no puede pagarse, la consideración del mundo. *Todo* lo debe al que la consideró como menguada mercancía, indigna de llevar su título, por temor, sin duda, de que el honrado nombre del humilde ingeniero manchase los blasones cubiertos de lodo ya por una conducta indigna de un caballero. Eso debe V. á su noble protector.

Aquella brutal manera de poner en relieve los actos infames del marqués de Valcorba, dejó atónita á la pobre joven. Tales palabras eran un puñal de dos filos, que, al herir al verdugo, desgarraba el corazón de la víctima inmolada en aras de la concupiscencia.

Aquel hombre, para quien guardaba toda su gratitud, había abusado de ella de una manera indigna.

Compró, ó creyó comprar, lo que no puede pagarse, la consideración del mundo, había dicho su amante, y aquella frase rasgó el velo. El protector se convirtió en causa de la mayor de las desventuras, en valla que separaba á la mujer declarada fuera de la ley por la sociedad, del hombre honrado objeto de su amor.

Viendo con claridad, desnuda de todo adorno su posición, llenóse de vergüenza el alma de la infeliz Lola; dióse cuenta de toda la extensión de su infortunio, y dirigió á Enrique una mirada tan triste, tan llena de amargura, que éste, arrepentido del daño que había hecho, de nuevo se acercó á ella, y tomándole una mano, le dijo con cariñoso tono:

—Comprendo que fui demasiado lejos. Mis palabras duras la hirieron.... ¡Perdóneme V..... estaba loco! La figura de ese hombre, interpuesto entre los dos por V., en el momento en que, sin poderse contener, al influjo de mi amor, se rendía, y con su dulce beso me decía *te amo*, me hizo olvidarme de todo.... ¡Perdóneme V.! En prueba de que me perdona, olvide lo pasado en un momento de locura; y puesto que soy tan feliz que conseguí que me amara, acepte V. mi mano y mi nombre.

—¡Perdonarle!.... (exclamó la infeliz, después de una pausa, mirándole con tristeza.) ¿Y de qué?.... Es verdad que me ha hecho mucho daño con sus palabras.... pero esto tenía que llegar.... ¡Insensata, desventurada de mí!.... V. lo ha dicho: *la figura de ese hombre, interpuesta entre nosotros, me hizo olvidarme de todo*.... ¡Á mí.... me espanta!.... ¡Sí, me espanta! (prosiguió con desesperación.) Porque sintetiza mi desventura.... Yo no puedo negarlo. ¿Á qué conduciría? El único hombre que habló á mi alma desde el primer momento que le vi, fué V., porque sólo V. no me parecía indigno de todo mi amor. Una extraña in-

fluencia me impulsó, y soñé en días de inefable ventura, cuando, uniéndome con el ser amado para vivir sólo para él, mi conciencia no me llamase ingrata.... Hoy mis ensueños ya no lo son: la realidad los ilumina; no puede ser; el mundo me juzga como V. ha dicho, *deshonrada....* ¡Ahora comprendo que las mujeres como yo *manchan....* pero es tarde!.... ¡El hombre honrado no puede ser el esposo de la que fué querida del marqués de Valcorba.... ¡Pobre de mí!.... ¡Ah, madre mía! ¡por qué no me llevaste contigo aquella horrible tarde en que tu alma voló al cielo!

Y pronunciando esta última frase, envuelta ya en un sollozo, prorumpió en llanto amarguísimo.

En vano el joven trató de enmendar su ligereza á fuerza de caricias, y empleando cuantos argumentos encontró en la mente para demostrarle que antes que nada y sobre todo era su amor.

Una herida como la causada en un corazón como el de Lola, difícilmente se cura con palabras, que se estrellan contra el dolor que embarga el alma. Halagos y frases ternísimas, sólo eran contestadas con suspiros.

Así pasó largo rato, hasta que por fin la pobre Lola, enjugándose los ojos hartos de llorar, dijo, poniéndose de pié y rechazando al pianista:

—Es muy tarde, amigo mío. Fuerza es separarnos. Pero antes voy á rogarle una cosa, que espero no me desoiga, siquiera por caridad. Olvide la escena de esta noche. Luchar contra el imposible, es absurdo, y deshacer lo que la fatalidad creó en muchos años, no puede ser. No insista V., pues. Si como débil mujer que soy, V. me convenciera, seríamos aún más desgraciados que hoy somos. Contentémonos con ser hermanos, ya que otra cosa no debamos esperar.

—Pero, Lola, no sea V. ligera. ¿Vamos á ser infelices, pudiendo?....

—Ni una palabra más (contestó ella, ya repuesta.) Consuélele una cosa que le prometo, por la gloria de mi madre que nos escucha. Mientras viva le amaré; cuando muera, la última imagen que veré en mi agonía será la de V., y, mientras tanto, ya que no puedo ser suya, ya que no puedo ser feliz, porque para ello habría de exponerme á hacerle desgraciado, no seré de otro, y con el alma

le perteneceré en absoluto. Ahora, hermano mío, adiós.

Y así diciendo, estrechó con fuerza la mano del músico, y le despidió.

Salió éste de aquella casa, sin saber lo que le pasaba, y maquinalmente llegó á la puerta de la suya.

Al ver á su madre, que salió, como siempre, á recibirle, se hizo cargo de la realidad, y, sin decir palabra, se dirigió á su cuarto, seguido de la bondadosa anciana.

Cuando estuvieron solos frente á frente, como impulsados por un resorte, se abrazaron, y mientras ella, conmovida, decía: *¡Pobre hijo mío!*, él rompió á llorar como un niño.

¡Dichoso quien, como él, puede hallar consuelo en el amor de una madre que no investiga la causa del pesar, porque lo que le importa es la consecuencia que arranca el llanto de los ojos del ser querido!

¡Infeliz quien, como la pobre Lola, sufre la mayor desventura! ¡Llorar en la soledad!....

XL.

Por primera vez en su vida, la pobre joven comprendió toda la gravedad de su posición.

Desde sus más tiernos años se había dejado impulsar por una serie de acontecimientos fatales, consecuencia unos de otros, sin que su voluntad interviniera más que bajo la forma de caprichos sin importancia.

Primero niña veleidosa, luego sacerdotisa del arte, ni en uno ni en otro caso había pensado seriamente en su porvenir, reducido en su ánimo, á nada primero, y á la gloria artística después.

Pero la conversación con Enrique puso delante de sus ojos una fase de la vida en que ella nunca pensó. Muchos puntos, hasta entonces indefinidos, quedaban en claro.

La idea de la felicidad real práctica, apareció delante de ella, no ya fácil y expedita. Todo lo contrario: para alcanzarla, era menester franquear un abismo.

¡Ella, pobre mujer, sin más apoyo que su razón, sin más consejero que su inexperiencia, debiendo renunciar á todos sus ideales ó tomar un partido trascendental en extremo, estaba perpleja!....

Por espacio de muchas horas, inmóvil como una estatua, sin apercibirse de nada que con el mundo exterior se relacionara, fué coordinando sus ideas, y estudió minuciosamente todos los acontecimientos de su vida, reproducidos en su memoria con esa claridad que adquiere lo pasado, cuando una gran excitación domina el cerebro.

Ya era más de media noche cuando su doncella, harta de esperar, penetró en el estudio, fingiendo creer que había sido llamada. Al ruído que hizo al abrir la puerta, la joven se estremeció, y con un acento singular, le dijo:

—Arréglalo todo y acuéstate: yo me desnudaré sola.

Y levantándose, salió, encerróse en su cuarto, y allí permaneció escribiendo hasta el amanecer.

Concluída su tarea, tendióse sobre el lecho, apagó la luz, y todo quedó en silencio.

XLI.

Cuando, como de costumbre, la camarera entró por la mañana en el dormitorio para despertarla, hallóla ya ocupada en el minucioso tocado que diariamente la entretenía algunas horas. Sin apartar los ojos del espejo, tomó una carta que sobre el tocador había, y alargándosela, dijo:

—Entrégala á Jacobo, y dile que la lleve en seguida al administrador del señor Marqués. Advierte al portero que no recibo á nadie, y dispón que me traigan un coche de plaza.

En cuanto estuvo dispuesta, salió, y en el carruaje de alquiler recorrió varias tiendas, fué á casa del banquero que guardaba el capital fruto de su trabajo, y cuando volvió algunas horas después, encerróse de nuevo en su tocador, y no salió de él hasta que le anunciaron la llegada del administrador de Valcorba.

Hízole entrar en su gabinete, y apenas le vió delante de ella, dijo:

—Le escribí á V., y supongo que habrá hecho lo que le encargué.

—Sí, señorita (repuso el dependiente); traigo los inventarios de los muebles, coches y demás, y aquí me tiene á su disposición.

—Pues va V. á empezar por esto (exclamó la joven, abriendo un precioso cofrecillo que contenía todas sus alhajas. Haga primero el de las joyas, y luego Inés le conducirá al guardaropa, para que asimismo inventaríe V. los vestidos.

—Está bien, señorita. Tome V. los que me pedía en su carta, y en seguida estarán los otros.

—Aquí tiene V. todo lo necesario,—exclamó Lola, poniendo sobre una mesita un tintero, papel y pluma.

Poco tiempo después tenía ésta en su poder los documentos deseados, con la firma del administrador, y le decía, entregándole las llaves de todo:

—En el tren-correo salgo para Francia. Se lo aviso, para que esta tarde venga V. á hacerse cargo del hotel, y despida á la ser-

vidumbre si quiere, porque no he de volver.

—¿Que no va á volver?—preguntó estupefacto el servidor de Valcorba.

—Eso he dicho, en efecto.

—¡Pero el señor Marqués!....

—Se enterará de mi resolución por esta carta,—interrumpió Lola con impaciencia, mostrándole una muy voluminosa en que había encerrado todos los inventarios.

El administrador se inclinó, y al salir murmuraba:

—Pues, señor, no hay quien la entienda.

Apenas le vió desaparecer, salió á su vez, dirigiéndose de nuevo adonde Inés, su doncella, estaba, exclamando en voz baja:

—¡Ah, Enrique! ¡Todo por ti!

XLII.

Mientras esta escena tenía lugar, la camarera de la tiple acababa de guardar á toda prisa en enormes mundos un completo ajuar de mujer que de varias tiendas trajeron una porción de dependientes, sin po-

der comprender la causa de las órdenes de su señora.

—Muy bien, Inés (dijo ésta al entrar, viéndolo todo corriente). Ahora cierra los baules y arregla tu equipaje, porque esta noche nos vamos.

—¡Que nos vamos!.... ¿Y adónde?— preguntó la criada, sin poder reprimir más tiempo su curiosidad.

—Por de pronto, á Francia.... luego.... ¿quién sabe? Ve á lo que te digo, y di á Jacobo que entre,—repuso la joven.

Al entrar el criado, le dijo ésta, entregándole dos cartas, una muy voluminosa:

—Póngalas V. en el buzón de la calle de Carretas, después de certificar la más grande, y encargue en la Central de la Puerta del Sol que venga un ómnibus para el tren-correo del Norte que sale á las ocho.

Cuando quedó sola la tiple, se despojó de sus vestidos, poniéndose uno de viaje, y á cada prenda que se ajustaba, una sonrisa de satisfacción dilataba sus labios.

¡Aquellas ropas, adquiridas con dinero ganado por ella, con su noble trabajo, la parecían tan bellas....!

Una vez vestida, y ya con el som-

brero puesto, se dirigió á la habitación en que doña Amelia había exhalado el último suspiro algunos años antes, precisamente á la misma hora.

Deshabitada desde entonces, conservaba los mismos muebles, el mismo carácter que en los últimos momentos de la existencia de aquella.

En la cama, un rayo del mismo sol que la iluminaba aquel día fatal, parecía dibujar aún el cuerpo de la moribunda. Á lo lejos, el mismo fragor de rodar de coches. Dentro de la estancia, el mismo silencio.

Presa de una sensación extraña, la joven avanzó hacia el lecho, se arrodilló junto á él, y con los ojos llenos de lágrimas, exclamó con acento dulcísimo.

—¡Madre, madre mía, que desde el cielo viste afligida en tu bienaventuranza mis actos criminales aunque inconscientes; vuelve á mí tus ojos! ¿Fui culpable? ¡Tal vez no! Hasta ayer no sabía yo todo lo malvado de mi conducta. Hoy comienza mi regeneración; haz que Dios me perdone: yo no sabía, madre, cuán mala era. Tú que estás entre los bienaventurados, consigue que, una vez purificada, pueda ser causa de la

dicha del hombre sin igual que con su amor dió vida á mi espíritu y con la rudeza de sus palabras me hizo ver el fango que envolvía los falsos oropeles que me rodeaban. ¡Sola en el mundo, intercede por mí, vela por tu pobre hija!

Y vertiendo lágrimas de arrepentimiento, oró largo espacio.

Terminada la plegaria, tomó el crucifijo que tuvo su madre á la cabecera al morir, besó la imagen, la guardó en el pecho, salió del cuarto, y brillando la esperanza en sus ojos, hizo entrega del hotel al administrador de la casa, bajó rápida la escalera, atravesó el jardín, y subió al ómnibus que á la puerta esperaba.

Cuando el chasquido del látigo del mayoral y el alegre sonar de los cascabeles hirieron sus oídos, su pecho se ensanchó, y elevando la mirada al cielo, murmuró:

—¡Virgen santa, ayúdame! ¡Madre mía, intercede por mí!

XLIII.

Aunque se trate de personas cuya organización moral se aproxime mucho al grado

máximo de perfectibilidad, es imposible que el amor propio no intervenga más ó menos en sus actos, por desinteresados que parezcan á primera vista.

Aspirar á una compensación cuando se hace un sacrificio, es tan lógico, que si alguien lo calificara de egoismo, ó carecería de sentido práctico, ó no juzgaría por el natural impulso de su alma.

Cuando nuestra amiga, niña aún, hizo un razonamiento en virtud del cual resolvió consagrarse á labrar la dicha de su protector, fué porque creyó que no debiendo aspirar á la benevolencia de la sociedad, era inútil sacrificar nada, y acabó por pagar desprecio con desprecio, hasta caer en una apatía, punible sin duda, pero que con dificultad hubiera evitado otra mujer.

Mas al enamorarse de Enrique, cuando comprendió que sin él la dicha no era posible para ella, y que se oponía á la realización de sus ideales tan sólo aquel desprecio que á su vez despreció; al ver como única causa de que existiera entre ella y el ser amado un profundo abismo, la conducta de Valcorba, quien, por satisfacer su capricho ó su amor, no había vacilado en sacrificarla;

al considerarse *indigna* de llevar el nombre de esposa de un hombre honrado, tomó cuerpo en su espíritu la idea de la redención, pensó que todo puede tener remedio, y que por consiguiente cabía aquella, rebelóse contra su verdugo, y quiso ser libre, para obtener á toda costa una manera de rehabilitarse.

Apoyada en su conciencia, durante el resto de aquella noche en que tuvo lugar la entrevista con el joven músico, que hizo cambiar tan de repente el orden de las ideas de Lola, escribió ésta la siguiente carta, que bien á las claras prueba, no sólo un firme propósito de obtener el perdón del mundo, sino la clara inteligencia de aquella mujer, infeliz por la fatalidad y no por mala constitución de su espíritu.

La carta decía así:

«Señor Marqués de Valcorba.

»He resuelto cambiar de modo de vivir. Sin gran esfuerzo, el señor Marqués comprenderá qué móviles me impulsan á romper con un pasado que, á poder hacerlo, borraría, aunque fuese á costa de mi sangre.

»Mientras fui completamente libre, pude

arrostrar la opinión de la sociedad, sacrificando mi buen nombre en aras de la gratitud, por las muchas mercedes recibidas de la mano de mi opulento protector, y aún hubiese continuado mi sacrificio si, al invadir mi alma un amor inmenso por otro hombre, creyese que V. me amaba. Pero, comparando un afecto con el otro, he visto bien claro que el Marqués de Valcorba *jamás* me amó. El que yo siento es distinto: ¡antes que por mi culpa se irrogase un daño al objeto de mi cariño, renunciaría mil veces á conseguir la realización de mi ideal!

»V. no tuvo reparo en envolver á la niña frívola é inconsciente en las redes de un plan que no quiero calificar, para hacerla *su querida*, no ignorando que así sólo podía yo ser una mujer más ó menos rica, pero siempre despreciable; y lo que merece desprecio, señor Marqués, no puede inspirar amor.

»Quiero creer que una preocupación debida á su elevada categoría fué la causa mayor de su proceder. El resultado siempre será el mismo.

»Por mi parte, le perdono el mal que me hizo; mal que yo no he podido medir hasta

que los años me han permitido conocer que no todo se compra con dinero, y que la sanción del mundo para los hechos de los hombres es indispensable.

»Le incluyo, firmados por su administrador, los inventarios de todos cuantos objetos recibí á cambio de mi deshonra. Se los devuelvo, porque no son míos; no pueden serlo.... Cada uno de ellos me abrasaría las manos al tocarlo, si alguno conservara.

»Procediendo así, cumplo con mi conciencia: hago lo que ofrecí á V. momentos antes de separarnos.

»Es de V., atenta servidora Q. B. S. M.,

»DOLORES WOLFF.»

XLIV.

La otra carta que escribió aquella misma noche, en que por primera vez en su vida ejerció libre y espontáneamente su voluntad, iba dirigida á Enrique.

Cuando éste se presentó en casa de la *diva*, y se le dijo que la señora *no recibía*,

se quedó atónito. Pero cuando á la mañana siguiente le entregó su madre un billete, en cuyo sobre una mano de mujer había trazado su nombre y la dirección con menuda letra, lo que menos pensaba era quién se lo dirigía.

Leyólo, y poco faltó para que se volviera loco. Tal efecto le causó, y con razón, pues decía así:

«Cuando esta carta llegue á tus manos, tu Lola, que te adora, que desde hace mucho tiempo sólo para ti vive, estará bien lejos de Madrid.

»Esta noticia, el no haber querido recibirte cuando viniste á la hora de costumbre, te chocará tal vez; pero tu asombro cesará cuando sepas los propósitos que me animan.

»Al separarte anoche de mí, razoné. No había más que dos caminos: hacer lo que dije, ó salvar las dificultades que existen para poder ser dichosos. Para seguir el primero, te quiero demasiado.... Opté por el segundo.

»Si la sociedad se limitara á nosotros dos, mi carta se reduciría á llamarte, diciendo: *soy libre y te adoro; sé mi marido.*

»Pero si tú, Enrique mío, que me quieres y me conoces, no me juzgas mal, el mundo en que forzosamente hemos de vivir no está en igual caso. Entre tú, hombre sin tacha, y tu pobre Lola, hay un pasado que es menester borrar, y yo le borraré.

»No es completamente infame, porque (bien lo sabe esa misma sociedad que me repudia) no habrá quien pueda tacharme de liviana, si se prescinde de la ilegalidad de los lazos que me ligaban á un hombre á quien consideré y respeté como mi marido, mientras tú, impulsado por tu amor, celoso, no me enseñaste la realidad y comprendí mi verdadera posición.

»Creo que el mundo no es del todo injusto; espero que si le pruebo que fué inexperiencia y desgracia, no liviandad, lo que me apartó del camino que conduce á realizar el ideal de la mujer, ser compañera fiel y cariñosa de un esposo honrado; si le convenzo de que soy digna de él, me perdonará, y entonces he de hacerte tan dichoso como no soñaste.

»Mas para esto, para purificarme, antes que nada, era menester dejar de ser la querida del Marqués de Valcorba, y ya no lo soy.

Es preciso convencerle de que soy buena y digna de ti, haciendo contrastar mi figura con otras, en un foco de corrupción como el teatro. Fuerza era, por fin, que te evitara.... Toda mi energía trocaríase en infantil debilidad en tu presencia; nos precipitaríamos, sería tu mujer antes de haber amordazado con mis méritos á la malevolencia, para que no dijera que móviles livianos ó interesados te habían sustituído al Marqués, y tu Lola no quiere eso.

»Te juro que cuando llegue el momento oportuno, iré á buscarte; mientras tanto, ya lo ves, *¡soy tu novia!* Escríbeme todos los días; yo haré lo mismo; pero no me sigas; te lo prohibo.

»Te idolatra y cifra toda su esperanza en tu amor, tu

»LOLA.»

Concluída apenas la lectura del documento, Enrique salió precipitadamente de su casa, y se dirigió á la de su amada, loco de alegría, creyendo que aún no habría partido, y en tal caso tenía el propósito de evitar aquel viaje, á su juicio inútil.

Pero al llegar al hotel la realidad destruyó sus ilusiones. ¡Era cierto; la joven partió hacía muchas horas!

Mustio y cariacontecido volvió, pues, al lado de su madre, resignándose con su suerte, bien á su pesar.

Para otro hombre, aquella carta en que la tiple confesaba su cariño, en que le fijaba un plazo para llegar al fin propuesto, hubiera sido un triunfo; pero él no lo entendía así, efecto de su carácter impresionable, capaz por tal circunstancia de amargar la felicidad bajo cualquier aspecto quo se presentara.

XLV.

La primera carta de Lola, fechada en Angulema, donde ella poseía una casita de recreo, quitó al enamorado joven toda esperanza de conseguir que aquélla le otorgara renunciar á la especie de expiación que se había propuesto antes de consentir en ser su mujer.

Casi contento renunció, pues, á sus pro-

pósitos, y con urgencia empezó á gestionar colocación que sustituyera á la perdida con la ausencia de su amada, pero que fuese tal, que, dándole honra y provecho, le hiciese más digno de ella.

Por fortuna, sus condiciones eran otras que cuando tocaba el piano en el café; pues á la sombra de la célebre tiple había hecho gran número de conocimientos, que le servirían para mucho.

Al tiempo que por lujo le impuso la música, su padre obligóle á seguir la carrera de derecho, y á la muerte de aquél hallóse tan capaz de conmover á su auditorio al interpretar á Mozart ó Beethoven, como de hacerle reir aplicando á un caso práctico las Leyes de Partida ó las Sentencias del Tribunal Supremo.

Pero, justa ó injustamente adquirido, poseía un título académico que le hacía idóneo para desempeñar un destino del Estado, tan fácil de obtener entonces, que conocía mucha gente, como imposible fué cuando, siendo casi un niño, salió de Valencia, dejando, entre las uñas de curiales y acreedores, la herencia paterna, sin un amigo á quien volver los ojos, y teniendo que

cuidar á su madre enferma de resultas del disgusto de su viudez, que la dejaba, con su pobre hijo, sin más patrimonio que el trabajo, ni más porvenir que la miseria.

La figura del *padrino*, esa entidad que en España sustituye con ventajas al saber y á la suficiencia, surgió delante de nuestro amigo, como evocada por el ruído del tren que llevaba á Lola lejos de su patria. El duque de Campo Redondo, servicial por naturaleza y con la monomanía de hacer bien sólo por darse tono, desenvolvió su enérgica influencia, como afecto al ministerio y como prestamista al Tesoro público, en los centros oficiales, y antes de un mes, el joven ocupaba el puesto de jefe de negociado en Gracia y Justicia, con veinticuatro mil reales de sueldo anual.

Sus relaciones con la tiple modificaron algo su carácter, indolente como de buen artista; convencido de que la amistad con personas de elevada posición es muy útil, propúsose adquirirla, y en unas por su protector, en otras por Viñales, fué presentado en varias casas conocidísimas en la corte.

Llevar un nombre ilustre, ser buen mozo, funcionario público de cierta catego-

ría y admirable pianista, son circunstancias á propósito para brillar, y así sucedió. Seis meses después de los últimos acontecimientos, Villar era echado de menos en tertulias y recibido con agrado en los principales salones de Madrid.

Cuando á la entrada del invierno, Lola regresó, obligada por su contrata, para cantar en el Real, su amante era otro hombre; reunía á sus buenas prendas personales, otra porción de atractivos que se adquieren con el trato, que son patrimonio de los que viven en la buena sociedad.

XLVI.

Una noche, cuando después de comer se disponía para vestirse, ir al teatro y luego á casa de Campo Redondo, que obsequiaba á sus numeroros amigos con un te, pretexto para bailar y hacer música, su criado entró en el cuarto tocador, y le entregó una esquelita, que decía así:

«Quisiera ver qué cara pones al leer

este papel, porque, con objeto de darte una sorpresa, te escribí hace dos días otra carta, que salió en el mismo tren que yo.

»Llegué esta mañana, y, ya descansada de mi viaje, espero verte cuanto antes.

»Estoy en el Hotel de Rusia, tu

»LOLA.»

—¿Espera contestación?—preguntó.

—No, señorito,—repuso el ayuda de cámara.

Sin tararear media ópera como acostumbraba hacerlo mientras se arreglaba, vistióse Enrique aquella noche.

La carta de su amada le contrariaba vivamente, poniéndole en la alternativa de faltar á un compromiso ineludible, ó verla apenas después de tan larga ausencia.

Por la mañana recibió, en efecto, la que refería Lola, y como en ella nada le decía de su viaje, no se le ocurrió aquella travesura de niño mal criado, que iban á pagar los dos.

¡Y en verdad que cara les costaría!

De mal humor despidióse de su madre hasta el día siguiente, y salió con dirección á casa de la joven.

XLVII.

Llegado al hotel de Rusia, fué conducido por un camarero al cuarto número 9 del entresuelo.

Se detuvo delante de la puerta unos segundos: su corazón latía con fuerza, y cuando llamó con los nudillos, ya el mal talante había desaparecido.

Lola, al verle, se precipitó en sus brazos; pero al contacto de sus labios, que la besaban con efusión, se estremeció de piés á cabeza, y rechazó dulcemente á su amante, con las mejillas rojas como amapolas, y sin atreverse á mirarle casi.

—Al fin, Lola mía, te tengo cerca. Lo que es ahora, yo te prometo que no te me escaparás como entonces,—dijo él, mientras se desembarazaba del abrigo.

—Ni me escapé, ni me escaparé ahora ni nunca (repuso ella). Era preciso, y lo que debe hacerse, se hace.

—Pero ¿por qué no me avisaste? Hubiese gozado de esta alegría desde las siete de la mañana; es decir, ¡doce horas más!....

—Primero quería sorprenderte. Luego, un viaje de dos días afea.... y yo quiero parecerte siempre lo más hermosa que pueda.

—¡Lola mía!—exclamó el joven, sentándose junto á ella y tomándole una mano.

—¿Sabes, Enrique, que te encuentro variadísimo? ¡Tienes algo raro.... en tu traje.... en todo!.... ¡Vienes á verme de frac!....

—¡Todo lo merece mi reina!.... Vengo de etiqueta, porque es día de *besamanos*,—repuso él, besándoselas en efecto.

—¡Enrique!—dijo la joven, retirándolas con presteza.

—¿Te enfadas?....

—¡No.... pero.... eso no está bien!....

—Luego te enfadas. Y la verdad es que quien debiera enfadarse soy yo, porque además de haberme privado del gusto de verte antes, esta noche me aburriré soberanamente.

—¡Aburrirte!....—exclamó Lola admirada.

—Sí, porque á las diez tengo que dejarte.

—¿Y por qué?

—Porque como supe tu llegada á las seis y media de la tarde, y á esa hora no podía avisar á Campo Redondo que me era imposible ir á su casa....

—¿Y á qué vas á casa del Duque?

—Á un malhadado te que da hoy, y á cuya fiesta le prometí asistir.

—¡Ah!....—dijo Lola, mordiéndose los labios.

—Las mujeres todas sois lo mismo (exclamó el joven con disgusto). Se trata de una persona á quien debo mil favores, que me distingue muchísimo, que de seguro se ofendería si no fuera.... y te enfadas.

—No, no me enfado, aunque creas que soy como las demás mujeres, á quienes por lo visto conoces á fondo....

—¡Ah! ¿Celos también?.... Vamos, resueltamente quieres que pase bien aburrida la noche en el famoso te.

—Te he llamado (interrumpió Lola, cambiando de tono), para que hablemos muy en serio. Como dispones de poco tiempo, y esta será la última vez que nos veamos así.... solos.

—¿La última?—exclamó Enrique asustado.

—Sí, la última, hasta que seas mi marido.

—¿Y por qué?

—Cuando te escribí aquella carta, un día muy feliz y muy desgraciado; feliz, porque desde entonces te pude decir que te amaba, y desgraciado.... ya sabes por qué: me propuse demostrar al mundo la verdad de mi arrepentimiento por una falta que cometí impulsada por la fatalidad. De entonces acá, hace más de medio año de esto, nadie ha venido á mi casa, y mi cuarto del teatro no volverá á ser centro de reunión. Me propongo llegar hasta ser grosera con todos, incluso contigo, si preciso es, para conseguirlo. El día en que seas mi marido, entonces me hallarás siempre junto á ti y mi amabilidad será para ti sólo.

—Pues me permitirás que te diga (repuso Enrique amostazado) que ese puritanismo á nada conduce, porque....

—Nada, nada (interrumpió ella). Perdóname; pero es mi resolución inflexible, como todas las mías. Aprovecha esta entrevista, porque será *única* en que á solas puedas hablarme hasta dentro de seis meses.

Conocedor del carácter de Lola, Enrique

no vaciló en aceptar aquellas condiciones. Tomó el partido de aprovechar el tiempo, y una conversación, en que las más calurosas protestas de amor eterno y los proyectos más bellos fueron el único motivo, comenzó entre los dos amantes.

Cuando el reloj, con su argentina campana, les advirtió que era llegada la hora de separarse, el joven se puso en pié, y con tono de disgusto, dijo:

—¡Las diez!.... ¡Parece imposible cómo han pasado tres horas! ¡Adiós, Lola de mi alma!....

—¡Te vas!....—exclamó ella, mirándole con pena.

—Sí, vida mía. No hay más remedio.

—Quédate,—insistió la joven.

—Pero, amor mío, sé razonable. Hazte cargo....

—No, no te disgustes.... Ya me hago cargo.... Ve con Dios (dijo ella); y que te diviertas mucho con esas mujeres que comparabas conmigo hace poco.

—Pero ¿crees posible que, amándote como te amo, pueda hallar placer lejos de ti?

—Tienes razón.... perdóname.... Te quiero tanto!....

—Adiós, Lola.... ¡Te adoro!

—Adiós, Enrique.... — murmuró ella, dejándole besar su mano, y mirándole con ternura.

XLVIII.

La joven se acostó, poco después de la salida de Villar, bajo una impresión penosa.

Mil negras ideas invadieron su mente; un vago temor trocó en llanto la alegría de ver al hombre amado con frenesí; y cuando cerró los ojos, rendida por la fatiga natural después de un viaje de dos días, lloraba aún.

El pianista, por su parte, llegó á la casa que habitaba Campo Redondo en la calle de Alcalá, y la escalera llena de flores é iluminada *a giorno*, el respirar el aire tibio de las soberbias habitaciones, el espectáculo de lujo y bienestar que se ofreció á sus ojos, no le causó el placer de otras noches. Estaba disgustado: de buena gana se hubiera vuelto junto á su amante Lola.

Él, tan alegre otras veces, parecía como

si le estorbase el bullicio que reinaba en la espléndida vivienda, y huyendo de él en cuanto saludó á los dueños de la casa, fué á refugiarse, mal humorado, en la magnífica estufa abierta después del último salón, llena de plantas exóticas, envueltas en húmeda atmósfera é iluminadas por un foco de luz eléctrica, que parecía acariciarlas con su luz blanca, semejante á la que despide la luna.

Allí, junto á un arbusto de los trópicos, sentóse sobre una butaca rústica, y permaneció absorto, hasta que una voz bien conocida para él, la de la condesa de Montaral, que del brazo de un joven rubio, casi un niño, venía en dirección á él, le sacó de su muda contemplación.

—Mira, Arturito; eres un chiquillo mal criado,—decía ella.

—Si llamas mala crianza á la dignidad, tienes razón (repuso él). Pero si piensas un poco (añadió con rabia), convendrás en que la tengo yo. No me opongo á que mimes á tu marido: eso nada tiene de particular. Pero que un *quidam* como Viñales te bese la mano, como yo lo he visto aquí mismo donde estamos ahora.... ¡Vamos, Carlota, no lo paso!....

—¡Tú estás loco! ¡Y sobre todo!....

—¡Calla! ¡Tu marido!....—murmuró él. Y sin darse por entendidos, llegaron á la barandilla de un pequeño estanque cubierto de flores de nenúfar, y poblado de peces de colores, muy cerca del lugar donde Enrique estaba medio oculto por el follaje.

—¿Miran Vds. los peces, como los chicos?—exclamó, acercándose á la pareja, y poniendo la mano sobre el hombro de Arturo, un hombre como de cuarenta años, alto, grueso, cuya noble fisonomía le hacía simpático á primera vista.

El joven, fingiendo sorpresa, se volvió exclamando:

—¡Ah! ¿Es V., Conde?....

—Pues, en efecto (dijo la Condesa, volviéndose á su vez), traje á este niño para que se entretenga viendo los pececitos, mientras las personas formales oimos á Villar, que va á darnos un buen rato. ¡Figúrate tú, que asegura no gustarle la música!.... ¡Ay, qué niños estos!....

—¿De modo (dijo el Conde, riendo), que en el Teatro Real pasará V. un mal rato?....

—No, no, señor; me gusta ver la gente....

—Y las tiples, ¿eh? ¡Picarón! Dígalo si

no la Wolff, que el invierno pasado le traía á V. loco,—añadió jovialmente Montaral.

—¡Oh! ¡esas mujeres que se venden, son temibles para los niños!.... ¡Mucho cuidado, Arturo!—exclamó la Condesa.

Y tomó el brazo á su marido, dirigiéndose ambos hacia el salón, mientras el pollo enclenque los veía alejarse, corrido y rabioso.

Al oir *que se venden*, Enrique se levantó de su asiento y rodeó el arbusto que le ocultaba; mas al volver los ojos hacia la mujer *honrada* que tales palabras profirió, ésta, con su marido, salía ya de la estufa.

Lanzóse tras ellos furioso y resuelto á decirles una inconveniencia; pero al llegar á la sala, tropezó con el Duque, que le detuvo, diciendo:

—Un momento, mi querido Villar.

Y dirigiéndose á un anciano de venerable rostro que junto á él estaba, añadió, señalándole:

—He aquí al notable pianista que V. deseaba conocer. Enrique, tengo el honor de presentarle al Marqués de Valcorba.

Este último, con una sonrisa singular, que daba á su rostro cierto carácter diabó-

lico, dijo á media voz, estrechando la mano del músico:

—Tenía interés en ser amigo de V.; en primer lugar, por tratarse de un joven que vale mucho, y, además, para que no se nos critique. *Mujeres* como *ella*, es natural que prefieran un joven á un viejo cuando ya son *ricas*. Seamos *amigos*, aunque V. aproveche su buena suerte y yo se la envidie.

Y así diciendo, pasó el brazo por entre el de Villar y su cuerpo, y le empujó hacia el salón. Pero el joven, desasiéndose, pálido por la cólera, encaróse con el viejo siempre sonriente, y exclamó:

—Señor Marqués, no entiendo qué quiere decirme.

—Quiero decir que no es motivo para que yo no procure merecer el honor de llamarme su amigo, el que me quitara la querida (dijo Valcorba en voz siempre baja, pero sin alterarse). Una mujerzuela no merece que yo quiera mal á una persona del mérito de V.

Enrique, de suyo impetuoso, olvidándose de todo, apretando el brazo del viejo Marqués, rojo como la amapola, fuera de sí, le interrumpió, diciendo con voz sorda:

—Á no hallarme en casa de una persona respetabilísima para mí, sin tener en cuenta las canas que nunca supo V. honrar, le cruzaba el rostro.

—Piense V. lo que dice, y si después de haber analizado lo que vale la mujer que defiende, tiene V. valor para repetirlo, estaré á sus órdenes, no sin lamentar que un hombre de tan buen sentido como V. sea capaz de tamaña tontería,—repuso Valcorba sin alterarso, y siempre con su infernal sonrisa.

—¡Es V. un miserable!....—exclamó Enrique, soltando el brazo del Marqués con rabia, exasperado por su calma glacial.

—Tenga en cuenta, Sr. Villar, que está en mi casa,—dijo el Duque al verle tan descompuesto.

—¡Perdóneme V.!.... Me he excedido; tiene V. razón, y más tendría si un hombre de honor como yo no hubiese tropezado por desgracia en sus salones con personas de la índole de este *caballero*....

—¡Villar!....—exclamó Campo Redondo.

—Beso á V. la mano,—repuso el joven, saliendo de la sala, y de la casa poco después.

XLIX.

La figura de Lola, si por sí misma interesaba, ofendida en público por el hombre causa única de sus males, llamada venal por una mujer cínica y sin sentido moral, que arrastraba por el lodo el nombre ilustre de un esposo demasiado bueno, resultaba aún más interesante.

Villar, que tan bien la conocía, que sabía cuánta bondad encerraba en su alma superior, que estaba enterado al detalle de su historia dirigida por la fatalidad, consecuencia de una falta preparada por la mano hábil de un malvado, no podía resistir aquel contraste.

El sentimiento de la justicia parecía gritarle: «Venga al mísero esclavo insultado por su verdugo, tan sólo porque quiere regenerarse....»

Y ardiendo en ira, renegaba de aquella sociedad, que ensalzaba al segundo y humillaba al primero; que no consideraba

repugnante la podredumbre, porque se envolvía en pergaminos y billetes del Banco.

En tal estado de ánimo, llegó á su casa, y sentado en una silla frente á su lecho, permaneció hasta bien entrada la mañana con el mismo traje que llevaba en el baile.

L.

Cuando su madre, recién levantada, le vió por la puerta entreabierta, al pasar por delante de su cuarto, entró, y con tierno acento, le dijo:

—¿Qué tienes, Enrique? ¿No te has acostado?

—No tengo sueño,—repuso él, besando en la frente á la bondadosa anciana, y esforzándose por aparecer sereno.

—¿Estás malo, hijo mío?

—No. Pero tengo que hacer, y decidí no acostarme hoy.

—¡Estás tan pálido!....

—¡Es natural!.... La mala noche....

—Sí: ¡es verdad!—replicó ella. Pero al salir pensaba: *¿Qué le pasa?*

Para ella era buenísimo, no tenía secretos, y, sin embargo, algo le callaba, pues que la agitación de su rostro desmentía la tranquilidad de sus palabras.

Fingiendo, pues, indiferencia, no dejó de observar un momento, y, por consiguiente, no le pasó desapercibido un solo acto de su hijo adorado.

Poco después que su madre, salió éste de su alcoba, despojado del traje de baile, y, envuelto en la bata, penetró en su despacho, y en el respaldo de una tarjeta escribió con mano nerviosa:

«Querido Adolfo: Necesito de ti. Cuanto antes puedas, ven ó dime dónde nos veremos. Es urgentísimo.»

Y llamando á su criado, puso la dirección en el sobre, y se la entregó, añadiendo:

—Vaya V. en seguida.

Antes de las doce, Viñales acudió al llamamiento.

LI.

Encerrados los dos amigos en el escritorio, Enrique corrió una pesada cortina delante de la puerta, y dirigiéndose á Adol-

fo, le dijo con tono que delataba su agitación:

—Siéntate; ¡tenemos mucho que hablar!

—Estoy á tus órdenes.

—¿Sabes lo que me pasó anoche en casa del Duque?

—Sí. Se enteró todo dios. Hasta á los criados debió llegar la noticia, comentada por todos de manera desfavorable para ti. Fué una salida de pié de banco la tuya, Enrique; te pusiste en ridículo, y veo que te dispones á continuar en él, cometiendo una nueva ligereza.

—¿Así llamas á no querer tolerar un insulto?—preguntó Villar asombrado.

—¡Pero si no hay insulto! Precisamente ahí está la ligereza. El marqués de Valcorba te fué presentado; te saludó cortésmente, y al ver en ti cierto encogimiento, lo atribuyó á que, dadas tus relaciones con Lola, sentías violencia al estrechar su mano, y con mucha razón te dijo que no merecía la pena de que no fuerais amigos semejante aventura.

—¿Eso crees tú, verdad?—interrumpió Villar con ironía.

—¡Pues ya se ve que sí! (continuó su amigo.) Como hombre de mundo, muy sensato, dió á la cuestión la importancia que merece. En todo caso, quien pudiera considerarse ofendido, sería él, que se quedó á la luna de Valencia, después de hacer cuanto pudo por esa mujer, ingrata cuando menos.

—Te oigo (dijo el joven, mirando á su amigo con asombro), y me parece que sueño. ¿Así juzgas á un ángel como Lola?

—¡Ta, ta, ta!.... ¿Ángeles de carne y hueso? Mujeres, hijo, mujeres, pero de baja ralea,—replicó Adolfo con despreciativo tono.

—¡Ten presente que se trata de una señora que me propongo hacer mi esposa! —exclamó enérgicamente Enrique.

—¿Tu esposa? Vamos, hombre, acuéstate; tu estás malo. De otro modo, no es posible que digas eso en serio. ¿Tú, noble y honrado, unirte á una mujer cuya vida galante nadie desconoce? Vaya, lo dicho; tú estas loco.

—Lola no es una mujer galante. El marqués de Valcorba, que es un canalla, la esclavizó con una premeditación infame. Prueba su angelical modo de ser, que nadie negará su fidelidad sin límites mientras

vivió unida al hombre vil que la sedujo.

—¡Ay, pobre amigo mío! ¡Seducida! La historia de todas; cuando llegan á cierta altura, sueñan con un marido, y tropiezan con un inocente como tú. Y en cuanto á lo otro, de su fidelidad, nadie mejor que tú puede dar fe durante la ausencia del pobre viejo.

—¡Basta, Adolfo! Esa joven es respetabilísima, y no consiento que se la trate así. Es digna de ser mi esposa, y lo será.

—Y tú de que te pongan en berlina, y te pondrán,—repuso Viñales sin alterarse.

—Te digo que basta.... Te llamé para que me digas francamente si quieres ó no representarme cerca del Marqués, para que arreglemos este asunto á balazos. Hay casos que no tienen compostura.

—Hombre, ten calma; no seas necio; tranquilízate, y no des más escándalo, que algún día me agradecerás que con tal franqueza te haya hablado. Vuelve en ti, y mira que....

—¿Quieres ser mi padrino ó no?—gritó Enrique frenético.

—Pues bien; ¡no! (repuso Viñales con energía.) Te quiero demasiado para poder

ir con calma á ponerte en ridículo desafiando á una persona dignísima, porque dijo la verdad, tratándose de una mujer como Lola....

—¡Eres un miserable como la sociedad en que vives (exclamó el joven con colérico tono); esa sociedad que insulta á la infeliz dueña de sus actos, en efecto seducida, cuando quiere reparar una falta que sólo á ella afectó, y mientras ensalza y respeta á la adúltera vil que sin remordimiento, con cínico descaro, ostenta su adulterio arrastrando por el fango el nombre de su esposo y de sus hijos!.... ¡Vete, déjame!.... Tú no eres, no puedes ser mi amigo.

—Hombre, no seas majadero. Suprime esos dicterios que escucho con pena, sólo con pena, porque son tus labios quienes los profieren, y razonemos (exclamó Adolfo impaciente). El adulterio (prosiguió) es infame, no cabe duda; pero el proceder de la que tú defiendes es tan infame como el de la adúltera, aunque sus consecuencias sean menos graves. El honor de una mujer depende de sus actos, es el resultado de un convenio entre los hombres que forman la sociedad; y en cualquier caso, la que cae,

como Lola, podrá edificar con un presente de virtud sin tacha, pero el sambenito de un pasado escandaloso no se lo quitará por más que se empeñe

—¡Déjame!.... ¡Me estás matando!....—gimió el pobre joven, en quien la reacción comenzaba á manifestarse bajo el peso de las palabras de su amigo.

—No, Enrique; no esperes que te abandone, que eso fuera dejarte. Ahora necesitas de mí. Tú estás impresionado por esa mujer, y no puedes razonar solo. Yo estoy muy lejos de pretender que rompas con ella: lo que quiero es que ni por descender tú, ni por elevarla, pierdas tu posición normal.... Sigue como hasta hoy; ámala, y di al mundo: *Es mi querida, y exijo que se la respete*. Y si procede bien, cuenta con que se la considerará todo lo que pueda merecer en su esfera; pero tú, con un porvenir soberbio, debido á tu talento y tus relaciones, no lo sacrifiques con ligereza, para tener que arrepentirte cuando la cosa no tenga remedio. Imaginemos que te bates con el Marqués, y le matas. Todos dirán que mataste á un anciano por una mujerzuela. Figurémonos que mueres tú: ¡vaya una muerte

honrosa; por una mujer galante!.... pensará todo dios. En cualquier caso, pues, quien pierde eres tú; sin contar con que en su origen el tal lance es una quijotada, porque, ¿acaso es mentira que fué la querida de Valcorba, y le abandonó por ti cuando era ya rica? Que calle una acción de una mujer quien por ella fué ofendido, se puede exigir solamente cuando se trata de una madre ó una hermana; pero tratándose de una.... Lola, comprende que varían las circunstancias. Con respecto á casarte con ella (prosiguió Viñales, sin parar mientes en el cruel efecto que su discurso hacía en Villar), nada debía decirte; porque creo que estabas loco cuando lo pensaste: de otra manera, no puedo admitir que halles natural formar una familia cuya base sea *una madre*, colocada por la sociedad fuera del círculo en que tú has de vivir, so pena de renunciar á todo, ni que á sangre fría trates de legar á tus hijos la vergüenza de llamar tal á una mujer señalada por todo el mundo, además de haberles hecho el flaco servicio de traerles á este valle de lágrimas. Todo esto, sin contar con una cosa. Tú eres un simple empleado.... mientras ella tiene una fortu-

na considerable, precio de su deshonor.

—¡De su trabajo!....—interrumpió Enrique.

—Así será; pero nadie lo cree,—repuso su amigo.

El último argumento de éste fué decisivo. El pobre joven cruzó los brazos encima de la mesa, y dejando caer la cabeza sobre ellos, exhaló un gemido, y luego rompió á llorar.

—¡Vamos, sé hombre!.... ¡No te aflijas! El valor no consiste en arrostrar la muerte; es menester demostrarle desafiando la desventura. ¡Tranquilízate! Piensa en el porvenir que te sonríe,—dijo Adolfo, después de un rato en que dió lugar á que su pobre amigo hallase desahogo con el llanto.

—No es debilidad, no es pobreza de espíritu lo que me hace verter estas lágrimas (repuso éste con voz ronca, enjugándolas y poniéndose en pié). Es desesperación, es desprecio de mí mismo, que soy incapaz de desdeñar la estúpida crítica de una sociedad miserable. Con tu razonamiento has llenado de luto mi alma, me has demostrado que inútilmente aspiraremos, esa pobre mujer y yo, á la sanción del mundo

para nuestro matrimonio; pero no has conseguido tu objeto. La causa primitiva de nuestra desgracia procede de la infamia de un hombre.... Pues bien: me vengaré, y luego huiré con Lola á encerrarme en un rincón, lejos de esa sociedad incapaz de juzgarnos. ¡Estoy resuelto!.... ¿Cuento ó no contigo?

Viñales reflexionó un momento, y después contestó:

—Sí. Eres testarudo hasta el extremo, y te veo decidido. Aunque me repugna, te representaré. No quiero que encomiendes esta locura á un tonto que, por darse importancia, te secunde y aumente la gravedad del caso.

—¡Gracias, Adolfo! (dijo Enrique, estrechándole la mano.) Ponte en mi caso....

—No, no puedo ponerme en tu lugar (interrumpió su amigo con viveza). Esto es una estupidez.... ¡pero lo hago por evitar males mayores!....

Y tomando el sombrero, salió seguido del pianista, que le acompañó hasta la escalera.

LII.

Al volver éste á su despacho, encontró en él á su madre, que apenas le vió, con tono en que había tanto de temor como de reproche, le dijo:

—He sido indiscreta. Tras la puerta escuché vuestra conversación.... ¡y lo sé todo! Eres un mal hijo. ¡Tu proceder con esta pobre anciana es infame!....

Y cubriéndose la pálida faz con sus flacas manos, prorumpió en amargo llanto.

—¡Madre!.... ¡madre mía!....—exclamó el joven.

—¡Sí, Enrique, sí (prosiguió la anciana llorando); todas las pesadumbres, todos los cuidados que empleé contigo, todo mi amor, carecen de importancia para ti; lo pospones á un afecto impuro!.... ¡Vas á jugarte la vida, y después á ser solidario de la deshonra de esa infame mujer, que te volvió loco, que te hizo olvidar lo que te debes á

ti mismo y á tu pobre madre debes! ... ¡Oh! ¡maldita la hora en que la conociste!....

—¡Por Dios, madre mía, no me aflijas aún más!.... ¡Yo mal hijo!.... ¡Ingrato yo, que te quiero con locura!....

—¡No, no, eso no es cierto (interrumpió la pobre mujer); yo no soy nada para ti! ¡Si fuera verdad que me quieres, cuando no se ha ofendido tu honor, cuando sólo se trata de una cuestión fútil, inexplicable para quien tenga un poco de sentido moral, no irías á exponer tu existencia, y con ella la tranquilidad de los últimos años de mi vida!.... ¿Qué sería de mí si te perdiera, siendo el único consuelo, el único apoyo de mi vejez?.... ¡Piensa esto, Enrique, hijo mío!.... ¡Renuncia á esa mujer, á ese duelo, cuya idea me hiela el alma!.... ¡Vive para mí, que te amo más que nadie!.... Porque, aunque ella dice que te ama, no la creas.... ¡si te amara, no querría comprar su felicidad al precio de la tuya!

—¡Basta, madre!.... ¡No puedo ceder!.... ¡No quieras borrar todos tus beneficios, todo tu amor maternal, obligando á tu hijo á caer en el abismo de la desesperación!....

—Está bien (exclamó la anciana irguién-

dose.) Yo sabré hacerte feliz, aunque tú no quieras serlo, que felicidad es vivir desesperados, pero sin que tengamos que avergonzarnos de nada.

Y lanzando á su hijo una severa mirada, con majestuoso porte salió del despacho, cerrando la puerta detrás de sí.

LIII.

Junto á su tocador, sobre un veladorcito, Lola concluía una larga carta, con verdadero placer escrita, á juzgar por la impresión de alegría que animaba su rostro.

Más de medio año hacía ya que diariamente dedicaba á Enrique las primeras horas de la mañana, transmitiendo al papel las impresiones de su alma, expresadas con frases ternísimas.

Los pasos de su criada al entrar en el dormitorio, la hicieron levantar la cabeza, al tiempo que con tono de impaciencia la decía:

—¿Qué quieres?

—Es que una señora anciana pregunta

por la señorita (repuso la doncella). Dice que tiene necesidad de ver á V. en seguida, y por eso la he interrumpido.

—¿No dió su nombre?

—No; asegura que la señorita no la conoce.

—Hazla pasar al gabinete,—dijo la joven, pensando: «¿Quién podrá ser?»

Recogió el papel escrito, guardólo en una elegante cartera de cuero de Rusia, y trocando por una bata el amplio peinador, salió en busca de la desconocida.

LIV.

—Soy la madre de Enrique Villar,—la dijo ésta apenas la vió.

Lola avanzó dos pasos; pero á un gesto de la anciana, que, pálida, con los párpados hinchados por el llanto y con un fuego especial en las pupilas, la miraba, se detuvo, y quedó inmóvil como una estatua.

—Tal vez mañana (prosiguió aquella), mi hijo habrá muerto.

—¡Señora!.... ¡Enrique!....—exclamó asustada la joven.

—Sí, el hijo de mi alma, el objeto de todo mi amor, habrá sido muerto por causa de V.

—¿Por mi causa?

—Sí, por su causa. No era sin duda bastante que V., con falsas palabras, le volviese loco, le hiciera olvidarse del nombre que lleva, de lo que á su madre debe. Era preciso que por defender una razón, bien pobre por cierto, el caballero se expusiera á derramar su noble sangre. Anoche, un antiguo amante de V., el marqués de Valcorba, la insultó en presencia de mi hijo. Él tomó su defensa, y entre los dos hay pendiente un desafío.

—¡Un desafío!.... ¡Enrique muerto! ¡Oh! ¡qué horror! (exclamó la joven, pasándose las manos por los ojos, como para borrar una imagen espantosa, y luego añadió): ¡Pero eso no puede ser!.... ¡Hay que evitarlo!.... ¡V. como madre!....

—¡Yo no soy nada para él! ¡Mi hijo está loco!.... Sólo V. puede evitar tan horrible lance, y por eso he venido,—dijo la anciana con amargura.

—¿Yo? (interrogó Lola.) Y ¿cómo?

—¡Renunciando á su amor!....

—¡Ah! ¡Eso es imposible!.... ¡Moriríamos los dos!....

Y así diciendo, la pobre joven, con el espanto pintado en el semblante, atónita, sin fuerzas para tenerse en pié, con el corazón oprimido como por una mano de hierro, secos los ojos, entreabierta la boca, con angustia, dió un paso atrás, y cayó sobre una silla.

La indefinible expresión de aquel rostro, revelando una pena cruel ante la idea de renunciar al amor del hombre, síntesis de todos sus ideales, impresionó vivamente á la anciana, que era mujer y madre, y que, por uno y otro concepto, sabía lo que es amar.

—¡Morir! (dijo con tono que ya no era duro, acercándose á la tiple y sentándose junto á ella). ¡Nadie, señorita, muere de pesar!....

La dulzura de aquellas palabras parece que aflojó el nudo que en la garganta de la infeliz artista ahogaba los sollozos. Contrajéronse los músculos de su cara; brotó el llanto de sus ojos, y sin darse cuenta de lo

que hacía, cayó de rodillas, ocultando la cara contra el seno de la madre de Villar, que, conmovida á su vez, prosiguió:

—Estas lágrimas, hija mía, me prueban que estaba en un error. La expresión de su fisonomía, el fuego de sus palabras, me demuestran que ama V. mucho á Enrique. Cuando entré aquí, la odiaba.... ahora la compadezco.... ¡Una madre no puede ser indiferente á la persona que ama á su hijo! El pobre estaba loco; su tristeza era mi agonía.... su desvío me daba celos.... Cuando V. partió, aproveché un descuido, y leí su carta de despedida.... Respiré al leerla: yo la creía sólo una desdichada como tantas mujeres que cruzan esta vida, sin más amor que el interés, ni más dios que la frivolidad. Pensé que aquel billete era el pretexto para concluir con unas relaciones que á V. no la convenían.... Pero V. ha vuelto.... ¡Yo me había engañado!.... Aquellas frases fueron escritas, no por una mujer caprichosa, sino por una mujer amante: y yo, que conozco el mundo, porque no en vano con mis años vinieron las lecciones de la experiencia, me horrorizo ante el porvenir de mi Enrique y de V., unidos

con lazos indisolubles, al convencerse de que partieron de un principio falso....

»Creen Vds. que la sociedad perdona, y no están en lo cierto: nunca otorga su perdón francamente, y menos aún si de él puede nacer una dicha envidiable. La envidia y la malevolencia son patrimonio de los hombres.... y piense V., señorita, si todos pueden perder la memoria. Si pasados los primeros tiempos del matrimonio, cuando al amor frenético sucediera el tranquilo afecto conyugal, V. viera que el hombre que la dió su apellido se avergonzaba de V., que temía exhibirse á su lado, ¿qué torturas no le atormentarían? Abandonándole V., uno y otro sufrirán; pero el tiempo hará su oficio.... y tal vez consigan días de ventura, siguiendo la corriente del mundo. Y ahora.... inmediatamente, se habrá evitado un riesgo horrible con el sacrificio que la pido.... Si el infeliz cayese herido de muerte por culpa de V., ¿cuál no sería el dolor que la oprimiera?.... Finalmente, señorita: una madre viene á exigirle el bienestar, el porvenir de su hijo.... no se lo niegue V. si tiene corazón.

Lola escuchó aquel horrible discurso con



verdadero espanto: cada palabra parecía clavarse en su alma como si estuviera escrita con fuego en la hoja de un puñal envenenado. Cuando la anciana acabó de hablar, permaneció un rato silenciosa, procurando coordinar sus ideas agolpadas en su mente en discorde conjunto.

Por fin, exhaló un hondo suspiro, y en voz baja, como si pensara, *sin entonación*, por decirlo así, balbuceó:

—¡Sí! ¡Todo eso es cierto!.... Enrique no puede ser feliz conmigo.... porque estoy manchada.... ¡Soy una miserable mujer!.... Me hacía ilusiones.... y ya sólo son humo.... ¡Oh, qué horroroso es despertar cuando tanto y tan bello se sueña!....

—Adiós, hija mía (exclamó la anciana conmovida, poniéndose en pié): la compadezco á V., y le ruego que me perdone.... La hice mal.... lo comprendo.... pero se trata de mi hijo....

Y con los ojos llenos de lágrimas salió.

La infeliz joven cayó sentada sobre la alfombra; luego, al verse sola, cruzó las manos, las elevó al cielo en ademán suplicante, y llorando de nuevo, con la desesperación pintada en su fisononía, las volvió

á bajar con abandono, exclamando con acento desgarrador:

—¡Dios mío!.... ¡Dios mío! ¡ten piedad de mí!.... ¡Qué desgraciada soy!

LV.

Mientras la referida escena tenía lugar, otra no menos interesante se desarrollaba en casa del marqués de Valcorba, entre éste y Viñales.

El último acababa de llegar, y sentado frente al viejo, empezó el desempeño de su comisión en esta forma.

—Marqués (dijo): siento muy de veras el motivo de mi visita. Vengo por encargo de Villar.

—Me lo figuré, y le esperaba,—contestó Valcorba.

—Pero no soy un emisario de guerra, por más que Enrique eso quería. Él está exaltado por algunas palabras que V. dijo contra cierta mujer, y yo, que no reconozco en ellas causa para un disgusto entre dos caballeros, vengo en busca, no de innecesa-

rias satisfacciones, pero sí en demanda de auxilio para sacar á mi mejor amigo de una situación absurda. V., con mucho mundo y muchísimo talento, no tendrá inconveniente en ayudarme para evitar una catástrofe sin razón de ser, y por eso....

—Veo, señor Viñales, que á pesar de su clara inteligencia, conoce menos el corazón de los hombres que su camarada Villar.

—No entiendo qué quiere V. decir.

—Pues es bien sencillo. Yo vivía casi dichoso poseyendo materialmente, ya que no de otro modo, á una mujer á quien adoré con fanatismo. Enrique Villar se interpuso entre nosotros, aprovechó mi ausencia, y deshizo mi trabajo de muchos años, despertando en ella afectos, cuyo sueño profundísimo me hizo creer que había conseguido aniquilarlos. Me subplantó y me quitó todos los medios para ser feliz. Yo necesitaba vengarme; pero al conseguirlo, era muy fácil que me pusiera en ridículo si obraba de ligero, y esperé la ocasión propicia, que no tardó en presentarse. Insulté á la querida infiel al ofrecer mi amistad al amante venturoso; de esta manera, todo me favo-

recía. La figura del viejo verde provocando al mozo que le aventajó en una intriga galante, perdió su carácter grotesco al trocarse por la del anciano ofendido, y por ende, esta última circunstancia me da la ventaja de escoger armas, evitando tener que pedir á las flacas piernas una agilidad imposible, y al brazo, débil por los años, una energía inverosímil. Además, si muero, á mi adversario le colocará la opinión casi en la categoría de los asesinos; y si mato, resultaré siempre un tipo caballeresco al probar que, si el tiempo envejeció mi cuerpo, no amortiguó la idea del honor. Ya ve V. cómo se engañó al suponer que yo trato de evitar esa catástrofe, como V. dice, siendo así que de ella, sea el que fuere el resultado, depende mi venganza.

Viñales se quedó atónito al oir tales razones. En su cabeza no cabía que pudiera existir tanto cinismo.

Conteniendo apenas el deseo de estrangular al viejo miserable, se puso en pié, y, tomando su sombrero, exclamó:

—Me he engañado, y me arrepiento del paso que di á impulso de mi buena fe.... Nunca pude imaginar que una persona bien

reputada por todo el mundo, encerrara un alma tan bastarda.

—Si los jóvenes *supieran* (le interrumpió Valcorba con ironía), los viejos que no *podemos*, estaríamos á su merced... Y le aconsejo que no trate de evitar el lance de su amigo; porque si él no persiste, seré yo quien le desafíe, porque en público me provocó....

—¿Y con quiénes me entiendo?—preguntó Adolfo impaciente.

—Con estos caballeros, que ya están prevenidos,—repuso el Marqués, dándole dos tarjetas.

Y siempre con aquella burlona sonrisa que no le abandonó un momento, añadió, tendiéndole la mano:

—Sr. Viñales.... adiós.

El joven volvió la espalda, sin estrechársela ni replicar, y salió, dirigiéndose á casa de Enrique, furioso y avergonzado.

LVI.

Al preguntar por él, la madre de Villar reconoció la voz del amigo de su hijo, y le salió al encuentro.

—Y bien: ¿qué pasa? (preguntó llena de ansiedad.) No me oculte V. nada. Estoy enterada de todo.

—Pues, señora, ocurre que el asunto se arreglará satisfactoriamente,—replicó Adolfo, comprendiendo en un instante toda la gravedad que tenía el que aquella pobre mujer tratase de oponerse á un lance inevitable.

—Por Dios, no me engañe V.

—Señora, yo la prometo que haré cuanto pueda hacerse para evitarlo. Es todo lo que puedo ofrecerle.

Enrique había salido. Su amigo, contrariado por mil conceptos, salió, tomó un coche, y resuelto á encontrarle, corrió en su busca.

LVII.

Cuando Lola estuvo algo repuesta, pensó en lo grave del caso. Su amante tenía pendiente un desafío, y ella, con su imaginación vivísima y exaltada por la entrevista con la madre de éste, veía un cuadro tan

horrible, que poco faltaba para que su mente se extraviase. Ella podía tal vez evitarlo, y lo evitaría á todo trance.

Esta idea dió al traste con todos sus propósitos, y rompiendo la carta empezada por la mañana, le escribió de nuevo, llamándole con urgencia. Por eso al llegar Adolfo no estaba en su casa, como convinieron.

El enamorado joven no se hizo esperar. Aunque muy nervioso, estaba sereno, y aun se esforzó por parecerlo más, al penetrar en el gabinete de la tiple.

Ésta, al verle, corrió á él, y cayó entre sus brazos, exclamando:

—¡Enrique!.... ¡Enrique mío.... qué desgraciada es tu pobre Lola!....

—No llores, alma mía (dijo él con amor), y hablemos. Sabes que soy tuyo en cuerpo y alma; me llamaste, y aquí estoy....

Y mientras esto decía, empujándola por el talle, condújola hasta el sofá, sentóse junto á ella, y después de enjugar con su propio pañuelo las lágrimas que corrían por sus mejillas, con cariñoso acento prosiguió:

—Tu rostro revela una terrible angustia, estás pálida, tiemblas entre mis brazos,

y tus manos heladas acusan el estado de tus nervios.... Ayer me prohibiste venir.... y hoy me llamas con premura.... ¿Qué tienes?

—Tengo, Enrique mío, espantoso miedó.... (repuso llorando la pobre joven). Lo sé todo.... Tu madre estuvo aquí, y me dijo que tienes pendiente un desafío por defenderme de un hombre que, no contento con ser el autor de mi desdicha, me insulta todavía.... Con sus palabras, llenas de verdad, me ha demostrado que, siendo tu esposa, serías solidario de mi deshonra, y, por consiguiente, infeliz.... Y yo, que te adoro, te llamé para exigirte que prescindas de todo por mí, por tu pobre Lola, y conmigo partas hoy mismo para Angulema.... Allí, en aquel bello rincón del mundo (prosiguió, después de una pausa, abrazada á su cuello y mirándole con entusiasmo), viviremos el uno para el otro...., y tú nunca te creerás humillado por estar unido á mí....: todo lo contrario; una querida hermosa como yo, que fué una celebridad artística, parece que da cierta importancia á su amante, en vez de rebajarle.... Y si un día te cansas de mí.... entonces.... podrás abandonarme, y,

libre como el viento, buscar goces nuevos.... si alguna mujer fuera capaz de quererte siquiera como yo.... ¡Enrique, Enrique mío, por piedad.... no me niegues lo que tu infeliz Lola te pide por su cariño infinito!

—¡Dios te bendiga, ángel mío!.... ¡Qué buena eres! —exclamó el joven, besando aquel rostro, embellecido por la pasión y el temor que en él se reflejaban.

Preciso es renunciar á referir la escena que tuvo lugar entre los amantes.

Ella desplegó toda la inventiva de su alma enamorada para conseguir su propósito.

Su palabra adquirió una fuerza de convicción imposible de contrarestar, y sus besos, haciendo el oficio de mordaza siempre que el enamorado joven iba á pronunciar una frase, le hicieron imposible la defensa.

Perdida la serenidad, subyugado por la fascinadora mirada de Lola, iba á rendirse accediendo á sus súplicas, cuando dos golpecitos dados en la puerta de la estancia le volvieron en sí, al paso que á la tiple se la oprimía el corazón.

—Adelante,—dijo Enrique poniéndose en pié.

Adolfo penetró en el aposento.

El pianista le miró con angustia; la joven con odio.

—Á los piés de V., Lolita. Dios te guarde, mal amigo,—exclamó Viñales jovialmente, al estrechar las manos de los amantes.

—¿Por qué es mal amigo?—preguntó ella con tono resuelto, pero apretando con fuerza nerviosa el brazo de Villar, como si temiera que se lo robaran.

—Porque quedó en esperarme en su casa, y cuando fui á buscarle se había ido.

—¿Y para qué le quería V.?—insistió la tiple, sin abandonar su tono ni su actitud.

—Pues figúreselo V. Para almorzar con él, y, como todos los días, ir juntos al Ministerio.

—Ya lo oye V., Lola; me voy,—dijo Enrique.

—No; no pienses marcharte (dijo ella con violencia; y volviéndose al otro, continuó): Y V., que es el mal amigo de veras, márchese de nuestra presencia, y dígale al miserable que quiere quitármelo, que, si se

atreve, venga y le arranque de mis brazos.

Y dando un empellón á su amante, le hizo caer sobre el sofá, y, sentada á su vez sobre sus rodillas, le oprimía el cuello estrechamente, con vigor increíble.

—Por Dios, Lola mía; no seas loca. Tú no sabes lo que dices,—gritaba él riéndose, y pugnando por desasirse.

—Sí; sé que te van á matar, y con tu muerte á condenarme á vivir desesperada.

—¿Ahora?—preguntó con extrañeza Viñales.

La joven reflexionó un momento, y sin soltar á Enrique, dijo:

—¿Me ofreces, bajo palabra de honor, partir conmigo hoy mismo?

—Sí: te lo ofrezco, bajo mi palabra,—repuso el joven, que había tenido una idea para salir del compromiso.

—Entonces ve con Dios; pero á tu casa, á recoger el equipaje más preciso. Á las cuatro sale el tren. No hay un minuto que perder,—exclamó la confiada Lola, poniéndose en pié.

Los dos amigos salieron juntos, y cuando volvieron, apenas contaban con el tiempo preciso para llegar á la estación.

Subieron al ómnibus, ya dispuesto y con los equipajes cargados, y partieron á escape; pero al llegar á la puerta de San Vicente, el vehículo se detuvo de pronto, y rechinó el torno con estrépito: los tirantes de uno de los caballos se habían roto.

Aquel accidente, preparado de antemano, fué lo que hizo á Enrique prometer bajo palabra que haría lo que su amada deseaba.

Aunque bajaron del coche, y sin equipaje y sin billetes consiguieron entrar en el andén, á su llegada era ya tarde.

La locomotora, lanzando chorros de vapor, se había puesto ya en movimiento.

La mirada de inteligencia que sin querer cambiaron Adolfo y Villar, no pasó desapercibida para la joven, que, llena de rabia, dijo, mirándoles alternativamente:

—¡Me han engañado Vds..... bien lo veo!.... Lo del coche fué un arreglo con el mayoral....; pero no cejo.... Lo que es tú Enrique, ni V., Sr. Viñales, no esperen que les sirva de juguete. Tú, hijo mío, te resignarás á no separarte de mí para nada....: y V., mal amigo...., nos hará compañía.

—Le juro á V., Lola (dijo este último), que yo no he intervenido.

—¡Vaya! No jure V., que la mentira no está bien para probar amistad.

Y apoyándose en el brazo de su amante, que junto á su amigo caminaba en silencio, todos tres, preocupados, se dirigieron hacia un carruaje, que los condujo de nuevo al Hotel de Rusia.

Apenas llegaron, la tiple escribió lo siguiente en el reverso de una tarjeta, que, encerrada en un sobrecito dirigido á la madre de su amante, entregó á un camarero, después de hablar con él en voz baja largo rato, dándole al concluir una moneda de cuatro duros:

«Enrique está conmigo, y yo le prometo que hasta que mañana salgamos de Madrid y luego de España, no le he de perder de vista.

»Tiempo habrá, después de pasado el peligro, para que me separe de él para siempre, si V. lo cree necesario.»

Cuando el criado salió, el joven músico dijo:

—Lola, quisiera que hablásemos en serio. Esto no creo que sea más que una broma. Te he prometido partir contigo, y partiré. Pero déjame salir. Ya ves, mi madre estará con cuidado.

—No, no temas; acabo de escribirla.

Y corriendo á la puerta, echó la llave, y mostrándosela, añadió:

—Con ella se puede abrir, si te atreves á quitármela: rompiéndome los dedos, saldrás; de otro modo, no.

—Pero....—insistió Enrique.

—Nada. Eres mi prisionero. Para ir tú á exponerte á perder la vida, me la tienes que arrancar á mí antes.

Y mirando á los dos con aire de triunfo, pasó al cuarto inmediato, donde se despojó del sombrero y el abrigo.

Al salir de nuevo, á los pocos minutos, los dos amigos, que junto al balcón hablaban en voz baja, interrumpieron su coloquio, fingiendo indiferencia.

Lola los vió, y poniéndose pálida, buscó en el bolsillo la llave; pero cuando se convenció de que estaba en su sitio, se tranquilizó y sonrió con alegría.

LVIII.

Viñales permaneció junto á ellos hasta las dos de la mañana, sin dejarlos más que

un cuarto de hora escaso, so pretexto de ir á buscar un periódico.

Tentada estuvo la joven de oponerse; pero pensó en que ningún riesgo había para Enrique porque su amigo saliera, y nada objetó en contra.

Apenas éste se vió en la calle, echó á correr, llegó á Fornos, permaneció unos minutos en un cuarto del entresuelo, y con igual premura volvió al Hotel.

Al entrar en la habitación de Lola, ésta se apercibió de que en la mano traía un papel doblado.

—¿Qué es eso?—preguntó con imperio.

—*La Correspondencia*, señora,—repuso Adolfo.

—¿Á ver?

Y tomándola, la desdobló; y viendo que, en efecto, era el diario noticiero, añadió riendo:

—Puede pasar. No extrañe V. el registro, porque la procedencia es sucia.

—Veo que no se fía V. de mí. ¡Pero, en fin, cómo ha de ser!

Y así diciendo, Adolfo dejó el periódico sobre el velador; pero al volver junto á los amantes, miró á su amigo, y entabló con la

joven una animada conversación, quejándose de su desconfianza, y haciendo de modo que se distrajera.

Entre tanto, Villar tomó el papel, y, sentado junto á la luz, fingió leer con indiferencia.

Alrededor de uno de los anuncios, con letra muy pequeña, estaban escritas con lápiz estas frases:

A las cinco: coche, Puerta del Sol: pistola.

Leyólas el músico dos veces, y aparentando distracción, mientras intercalaba algunas palabras entre las que su amigo y Lola decían, fué rasgando en tiras el periódico.

Destruído aquel motivo de sospecha, levantóse al propio tiempo que aquél se ponía en pié, diciendo:

—Supongo, adorable déspota, que no pretenderá V. que pasemos la noche en claro....

—No, en efecto. Puede V. irse cuando quiera.

—Pues buenas noches,—concluyó Adolfo, estrechando con fuerza nerviosa la mano de su amigo, y dirigiendo una violenta sonrisa á la joven.

¡Cuán lejos estaba la infeliz de sospechar el riesgo que amenazaba al hombre que adoraba, cuando el sueño la rindió!....

LIX.

Cuando el reloj dió las cuatro, Enrique salió sigilosamente del aposento de su amada, y con pasos quedos, respirando apenas, atravesó el gabinete, ganó la puerta, introdujo á tientas la llave en la cerradura, y, volviéndola con extraordinaria lentitud, abrió, y bien pronto el fresco aire de la calle le dió en el rostro.

Libre ya, respiró con fuerza, miró con expresión singular aquellos balcones, detrás de los cuales dormía tranquilo aquel ser adorado que tal vez no volvería á ver, y marchando de prisa, llegó á la Puerta del Sol, y subió en el coche, propiedad de su amigo Eugenio Romerosa.

—Buenos días, Enrique,—dijo éste último, estrechándole la mano y haciéndole lugar á su lado.

—Es V. bien puntual,—añadió otro jo-

ven sentado frente al primero, saludándole á su vez.

—En tales casos....—repuso el aludido.

—¿Está todo corriente?—preguntó el primero.

—Todo....—repuso el otro.

—Pues en marcha,—concluyó Romerosa.

Y el elegante tren partió á buen paso, camino del lugar donde el duelo iba á verificarse.

LX.

Cuando se detuvo junto á la Puerta de Hierro, otro carruaje, que en las portezuelas ostentaba dos coronas de marqués sobre un blasón enorme, estaba parado enfrente de un tortuoso sendero.

Siguióle Villar detrás de sus amigos, y todos se internaron por una espesa alameda.

Al llegar á una plazoleta bastante espaciosa, rodeada de árboles por todas partes, detuviéronse delante de un grupo que

formaban el Marqués de Valcorba y tres hombres más.

Aquel cuadro, iluminado por la luz del sol naciente, filtrada al través de la bruma, que daba al cielo un color plomizo, tenía algo de fatídico al par que bello.

Á no tratarse de la vida de un hombre, hubiera sido muy poético.

Enrique, en pié, tranquilo, pero triste, pensando en que tal vez iba á perder á Lola para siempre. El Marqués, mirándole con ojos de lobo hambriento que ve aproximarse la presa. Los padrinos, midiendo el terreno, y el médico disponiéndose para hacer una primera cura ó declarar que uno de aquellos dos hombres estaba muerto, daban lúgubre animación al paisaje triste, al par que pintoresco.

Por fin llegó el momento. Los contendientes fueron colocados á veinticinco pasos de distancia entre sí; se dió á cada uno una pistola, que ellos elevaron á la altura de la sien derecha, y al gritar un testigo *¡partid!*, sonaron dos tiros, y el viejo se encogió.

—¿Está V. herido?—dijo otro de los padrinos.

—No,—repuso aquel con sequedad.

De nuevo se cargaron las armas, y de nuevo se oyó la voz de mando; avanzaron cinco pasos, apuntaron, y Valcorba tiró; mas el gatillo sólo reventó el pistón.

Enrique dirigió el cañón al cielo, é hizo fuego.

Repetida la escena por tercera vez, cuando este último hizo un movimiento para marchar, el viejo disparó con tal premura, que la detonación ahogó la voz del testigo, y el músico soltó el arma sin disparar, cayendo de cara, exánime.

Sus amigos y el médico se abalanzaron á él, y al incorporarle vieron su pecho lleno de sangre.

El viejo Marqués, con sonrisa infernal, pasó á su lado, le miró gozoso, y reuniéndose con los suyos, murmuró:

—¡Creo que le maté!

—Muerto no está; pero herido infamemente sí,—exclamó el médico al oir la observación.

Valcorba se encogió de hombros, y desapareció con sus padrinos.

LXI.

Hecha la cura de primera intención, se llamó al lacayo, y entre todos cargaron con el cuerpo inerte del pobre joven, encaminándose hacia donde estaba el coche.

Próximos ya á él, vieron avanzar por la carretera á un jinete al galope largo; era Viñales, que, siéndole imposible apadrinar á su pobre amigo por la promesa hecha á la madre de éste, no había podido resistir á la ansiedad, y venía, deseoso de conocer el resultado del combate.

Al llegar junto al herido, echó pié á tierra, y sin cuidarse del magnífico animal que montaba, tomó una de las manos crispadas de aquel, y exclamó con angustia, dirigiéndose al Doctor:

—¡Muerto!

—No (repuso éste); pero poco menos. La bala debe haber interesado el pulmón; de modo, que si no sobreviene un derrame, la pulmonía traumática es inminente, y, en

cualquiera de los dos casos, nada bueno debemos esperar.

—¡Pobre amigo!—murmuró Adolfo, mientras ayudaba á colocarle en el testero del carruaje.

—¿Adónde, señoritos?—interrogó el lacayo.

—Á su casa no debemos llevarle así,—objetó Romerosa.

—¡Ah, no, de ningún modo! Es probable que á su pobre madre la costara la vida. Á la mía,—dijo Viñales, dirigiéndose al auriga.

Y montando á caballo de nuevo, echó á andar junto al coche, que lentamente tomó el camino de Madrid.

Hora y media después, el joven músico, casi yerto, con la muerte retratada en el semblante lívido, estaba acostado en el propio lecho de su amigo.

Casi al mismo tiempo que el mortífero plomo destrozaba el pecho de nuestro amigo, Lola despertó azorada de su intranquilo sueño, bajo la impresión de una pesadilla espantosa.

Soñaba que Enrique, perseguido por muchos hombres armados, que capitaneaba Valcorba, luchaba defendiéndose.

Ella, paralizada como si la sujetaran invisibles lazos, presenciaba aquel combate; cuando de pronto el joven, herido de muerte, cayó, llegó arrastrándose hasta sus piés, y espiró.

Lanzó un grito, sentóse en el lecho, presa de horrible angustia; se pasó las manos por la cara sin darse cuenta de su situación, y apresuradamente encendió luz.

Al verse sola, sospechó todo lo que había pasado, y, saltando de la cama, corrió al gabinete. Nada. Enrique no estaba allí.

—¡Ah, Dios mío!....—exclamó con angustia.

Y vistiéndose con impaciencia, se lanzó á la calle: desalentada llegó á casa de su amante; el portero no la había visto entrar, aunque hacía más de una hora que estaba levantado: subió á su habitación, creyendo hallarle; pero acabó de desengañarse al oir de boca de su ayuda de cámara que desde el día antes no había vuelto.

Cada vez más intranquila, salió con el propósito de correr en busca de su amigo Viñales; pero no recordaba la dirección, y era menester que volviera al hotel: tal vez su doncella la recordaría. Pero se encontró

con una nueva contrariedad: la criada, á quien la noche anterior había dado licencia para ir á despedirse de una hermana suya mientras ella dormía, había partido ya.

Sin saber qué hacer, abatida, sentóse junto al lecho, y echóse á llorar con angustia, permaneciendo así hasta que, ya bien entrada la mañana, volvió la sirvienta.

—¿Dónde vive el Sr. de Viñales?—le preguntó, apenas se apercibió de su presencia.

—En el barrio de Salamanca, enfrente de la calle de la Ese....; el número es lo que no recuerdo....

Sin escuchar estas últimas palabras, volvió Lola á salir; tomó un coche de punto, y encargando al auriga que corriera todo lo posible, se dirigió á casa de Adolfo.

Llegó después de algunos minutos; apeóse, subió la escalera presurosa, después de saber por la portera que habitaba en el piso segundo, y al coger con mano trémula el tirador de la campanilla, antes que ésta sonara, abrióse la puerta, apareciendo el joven en compañía de otro hombre.

Quedóse parada al verlos: el primero



lloraba; el otro le estrechó la mano, diciendo conmovido:

—¡Qué se le va á hacer, amigo mío!.... Ya lo dije.... mi colega tenía razón.... estaba más muerto que vivo.

—¡Enrique.... muerto!.... (gritó Lola, precipitándose dentro de la habitación.) ¿Qué es de él?.... Contesten Vds.....

Y viendo que no obtenía respuesta, se lanzó hacia una puerta que había en el fondo de la antesala, y era la del dormitorio de Adolfo.

Enrique, sin vida, yacía tendido sobre la cama, con los ojos vidriosos é inmóviles, y los labios, entreabiertos, llenos de espuma sanguinolenta.

Fuera de sí, con la mirada incierta, las pupilas horriblemente dilatadas y las facciones contraídas, se abalanzó á él, y con un esfuerzo nervioso, le tomó por la cintura, y agitándole, con voz ronca, gritó:

—¡Enrique.... Enrique mío!.... ¡Soy yo.... mírame!.... ¡Soy tu Lola!....

La cabeza inerte se apoyó sobre el hombro de la infeliz joven, arrojando un torrente de sangre negruzca por la boca y las narices. Ella abrió los brazos, y lan-

zando una carcajada horrible, se desplomó, presa de una convulsión, mientras el cuerpo del desventurado Villar caia á su vez con mortal pesadez sobre el lecho.

Perdido el conocimiento, fué conducida á su casa en muy mal estado. La bala de Valcorba, al herir el cuerpo de un hombre digno de ser feliz, destrozó el alma de una mujer merecedora de mejor suerte.

LXII.

Por espacio de algunas semanas, los nervios fueron dueños de aquel organismo debilitado por el dolor, y el cerebro, á su vez, débil por tantas cavilaciones, se interesó gravemente, complicando la enfermedad de la joven, en términos que los médicos llegaron á temer que perdiera la razón, si no la vida.

Por fin, una noche hizo crisis el mal: venció la juventud, y la muerte, en vergonzosa derrota, huyó de la cabecera de la enferma. Pero si la salud del cuerpo comenzó á robustecerse, la del espíritu no

podía volver. Enrique llevó, envueltas en el sudario, todas las esperanzas de aquella mujer sensible hasta el extremo, y lo que se encierra en una tumba, ya no es del mundo.

Viñales era un buen muchacho. Mientras estuvo enferma, la cuidó como á una hermana; y cuando pudo llorar, lloró con ella. Pero las lágrimas ni el tiempo para nada sirvieron. En los ojos de la infeliz no debía volver á brillar el amor, fuerza que la confortó en medio de tanta contrariedad.

Al abandonar el lecho, aunque siempre hermosa, había envejecido muchos años.

Cuando un día, entre jovial y cariñoso, el médico la dijo:

—Hemos triunfado: pronto estará V. buena; dentro de poco el mal será un recuerdo nada más.

Ella sonrió amargamente, y repuso:

—¡Ay, amigo mío! ¡Y qué triunfos tan efímeros son los que la ciencia alcanza en casos tales!

Desde que pudo pensar, después de la muerte de su amante, una sola idea la preocupaba á todas horas. Reparar el mal que imaginaba haber ocasionado.

Enrique había muerto por su causa; su madre, después de una penosa dolencia, efecto del disgusto de haber perdido á su hijo, pobre, enfermiza, quedaba poco menos que desamparada. Ella, á su vez, necesitaba buscar alivio á la desesperación en que estaba sumida. Todo estaba resuelto en su ánimo.

Un día, cuando se encontró bastante fuerte para llevar á efecto su plan, dijo á Viñales:

—Adolfo, ¿puedo contar con V?

—Sea para lo que fuere. Es V. tan buena, que nada puede ocurrirla que no sea digno de un ángel, —repuso aquél.

—Pues bien: quisiera nombrarle mi albacea.

—¡Su albacea.... ahora que está V. como hace un año!

—No; no se trata de morir.

—¡Pues entonces!....

—He resuelto reunirme cuanto antes con el hombre que la muerte me arrebató. No tengo valor para suicidarme, ni, aunque le tuviese, atentaría contra mi vida, que Dios me conserva porque aún no ha satisfecho su justa cólera, y acato sus santos

designios. Una mujer como yo, para nada sirve. Quiero morir siendo útil á mis semejantes, y estoy decidida á ser Hermana de la Caridad.

—Lola, V. está loca (interrumpió Adolfo). No, lo que es para eso, no cuente V. conmigo.

—Cuando lo sea (prosiguió ella sin atender á su amigo), mis bienes para nada los necesito. Mi fortuna quiero que sirva para que la madre de mi pobre Enrique pase los días que la quedan de vida con comodidades y bienestar. Si V. no acepta el cargo de administrador de esos bienes, habré que acudir á un extraño, que tal vez los explote, y haga fracasar mi proyecto. Muerta esa noble mujer á quien tanto daño hice, quiero que en manos de V., ó de sus herederos, se aumente ese capital, acumulando los intereses, hasta que baste para crear un colegio-asilo, donde se recoja el mayor número posible de niñas, procedentes de familias bien acomodadas que hubiesen venido á menos, y en él se las eduque de un modo tal, que al ser mujeres tengan vida propia, y el trabajo las ponga en condiciones de no ser fatalmente miserable mer-

cancía ó morir de miseria. V., que es abogado, sabe cómo se hace eso. Dispénseme el favor de arreglarlo cuanto antes.

—Amiga mía (exclamó Viñales conmovido); si hay ángeles en el mundo, V. es uno.

La joven no replicó....

....

....

Aquella voluntad era firmísima, y se cumplió.

Algunos días después, aquella mujer sublime salía con dirección á Burdeos; y al poco tiempo, con las tocas blancas rodeando su rostro melancólico y demacrado, parecía el ángel de la caridad.

En las diversas transformaciones que sufrió, al trocarse de autómata en mujer y de mujer en mártir, fué eliminando de su espíritu los elementos impuros que una educación viciosa hizo germinar; y del todo purificada, al llegar á la última metamorfosis que la volvía á su estado primitivo, al convertirse la mártir en ángel, debía volar al cielo, porque la tierra no era su reino.

EPÍLOGO.

Marsella, la ciudad mercantil, que remueve el oro como los ricos labradores palean el trigo; el gran mercado, que atrae el capital del mundo á cambio de los productos de todo el Mediodía de la industriosa Francia, está desconocida.

Los gritos de los cargadores, el ir y venir de los pesados carromatos conduciendo mercancías, no animan los muelles casi desiertos. El cielo está puro, brilla el sol radiante, y, sin embargo, una sombra de tristeza envuelve las calles y las plazas solitarias.

Los comercios que no están constantemente cerrados, abren sus puertas muy tarde, y las cierran antes de que el astro del día se hunda entre las mansas olas del Mediterráneo.

Un cortejo fúnebre en cada calle, el luto en el traje de la mayoría de los habitantes, la tristeza impresa en los ojos de todos, impresionan dolorosamente el ánimo del

viajero que acaba de llegar, ignorante de lo que ocurre, y que, no bien conoce la causa de aquel cuadro desconsolador, huye espantado, como si un fantasma le persiguiera.

El cólera, ese horrible ayudante de la muerte, asentó sus reales en la populosa ciudad; ahuyentó á quienes podían escapar, y diezma sin compasión á los que la suerte tiene uncidos al yugo del trabajo.

Si penetramos en un cuarto del primer piso del *Hotel de París*, un caso práctico de desolación se ofrece á nuestra vista.

Sobre el lujoso lecho gime un anciano atacado del tremendo mal, y blasfema, impío, enloquecido por los calambres que retuercen sus músculos secos y agarrotan los dedos de sus piés y de sus manos.

Junto á él, una mujer que asoma su bondadoso rostro por entre las blancas tocas que distinguen á la Hermana de la Caridad, reza por el mísero enfermo, para que Dios perdone sus blasfemias.

En un momento en que el dolor reposa, el viejo fija en la monja los ojos hundidos, y con rabia dice:

—¡Ah, hipócrita!.... Si me fuese dado verte mortalmente herida, como lo estoy

yo.... como vi á tu miserable amante muerto por mi mano vengativa.... ¡qué placer sentiría mi alma!.... ¡Me parece que se mitigarían estos dolores!....

—¡Tranquilícese, hermano! (responde ella con mansedumbre.) Piense en el Ser Supremo, y ruéguele que alivie sus males, que la desesperación es impropia del hombre. Él nos da aquí los sufrimientos, para devolvérnoslos convertidos en bienaventuranzas, allá donde el mísero cuerpo no encierra y esclaviza el espíritu, imagen del Hacedor.

—¡Oh! ¡Y estoy sólo, sólo contigo, que te gozas en la agonía de mi cuerpo, después que te gozaste en la de mi alma!

Y mientras él jura, la monja reza é implora piedad, y se multiplica en solícitos cuidados, aunque sus piernas se niegan á sostenerla, y en su semblante, bello en medio de la demacración, la parca ha impreso ya su lúgubre sello.

Por fin el enfermo muere, lanzando gritos de dolor y balbuceando frases impías; y cuando exhala el postrer aliento, aquella mujer cierra piadosa sus ojos, se arrodilla al pié del lecho, y ruega por el alma que

partió á la región de lo infinito, para deponer en la balanza del supremo juicio una inmensidad de culpas nada más.

Otro campeón de la caridad cristiana viene á relevarla, y ella, sosteniéndose apenas, llega á su convento, acuéstase casi exánime, y cuando los calambres tuercen sus músculos, cuando agarrotan los dedos de sus piés y de sus manos, mira al cielo, sonríe, y da gracias al Señor, que al fin la llama junto á sí.

Pero á poco se extingue su vida; ella oye la voz del sacerdote con deleite; ruega por el alma del que veló toda la noche y emponzoñó su cuerpo con el contagio, y con fe le perdona.

Aquel hombre se llamaba el marqués de Valcorba.

Aquella monja era Lola Wolff.

Su espíritu, purificado por los sufrimientos y la resignación, al abandonar la cárcel en que gimió por la infamia de los hombres, voló al cielo, envuelto en el último suspiro de la sublime Hermana de la Caridad.

FIN.

Arsène Houssaye.—*La Comedianta* (novela). Versión española de un Redactor de El Cosmos.—Un tomo en 8.º mayor.................................. 2,50

Jorge Onhet.—*Lise Fleuron* (novela). Traducida por José de Olave.—1884: un tomo en 8.º mayor.......... 2,50

Cuentos escogidos de los mejores autores, tales como Balzac, Hoffman, Erckman-Chatrian y otros.—1884: un tomo en 8.º mayor.. 2,50

Cañizo.—*Justicia y Providencia* (novela).—1884: un tomo en 8.º mayor.................................. 2,50

Barbey d'Aurevilly.—*Lo que no muere.* Versión española de Ricardo Pérez.—1884: un tomo en 8.º mayor. 2,50

Cubas.—*El Panal de miel* (novela).—1884: un tomo en 8.º mayor.. 2,50

Arambilet.—*Agnes.*—Un tomo en 8.º mayor......... 1

J. de la Cerda.—*La Tela de araña.*—Un tomo en 8.º mayor.. 1

Dickens.—*Dias penosos* (novela). Versión española del Licenciado Barbadillo.—1884: un tomo en 8.º mayor. 2,50

Fortunio.—*La Virgen de Belem* (novela). Versión española de D. Carlos B. Figueredo.—1884; un tomo en 8.º mayor.. 2,50

J. de la Cerda.—*El gran problema* (novela).—1884: un tomo en 8.º mayor.................................. 2,50

Ossorio y Bernard.—*Romances de ciego* (poesías).—1884: un tomo en 8.º.......................... 1

Galería de desgraciados (poesías), escrita por una colección de distinguidos escritores y escritoras, é ilustrada con grabados.—Un tomo en 8.º mayor........... 1

Ossorio y Bernard.—*Cuadros de género trazados á pluma.*—Un tomo en 8.º mayor...................... 2

Ossorio y Bernard.—*Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol.*—Un tomo en 8.º mayor................. 2

PRÓXIMAS Á PUBLICARSE.

Eça de Queiros.—*El Primo Basilio,* dos volúmenes.
Paul Mahalin.—*La Bella Horchatera,* en dos volúmenes.
Soles Eguílaz.—*En el quinto cielo.*
Salas.—*La Vindicta pública*
Gauthier.—*Una noche de Cleopatra.*
La Cerda.—*El Médico del alma.*

Los pedidos de estas obras se dirigirán al Administrador de El Cosmos Editorial (Montera, 21, Madrid), acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

